

L. Lorena Leguizamón y Elena Mingo Acuña (editoras)

La cuestión de género en las ruralidades

Perspectivas y prácticas sobre el trabajo



Ediciones FHyCS

Centro Editor

Colección: Investigación y
Posgrado

Laura Lorena Leguizamón

Elena Mingo Acuña

(editoras)

La cuestión de género en las ruralidades

Perspectivas y prácticas sobre el trabajo



La cuestión de género en las ruralidades: perspectivas y prácticas sobre el trabajo / Daniela Pessolano ... [et al.]; Editado por Laura Lorena Leguizamón; Elena Mingo Acuña. – 1ª. ed. – Posadas: Ediciones FHycS. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-91774-4-2

1.Sociología Rural. 2. Trabajo de Mujeres. 3. Estudios de Género. I. Pessolano, Daniela II. Leguizamón, Laura Lorena, ed. III. Mingo Acuña, Elena, ed.

CDD 320.5622

Composición y diseño de interior: Lic. Joan Mecozzi

Diseño de tapa y contratapa: Téc. Lucas Noguera de Arce

Ilustración de tapa: "Las manos de Felisa", La Rioja, 2 de noviembre de 2023.

Autora: Nadia Ludmila Lovrincevich

Esta obra cuenta con evaluación editorial y referato académico bajo la modalidad de doble ciego.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Desde el GT Géneros y Ruralidades agradecemos el apoyo de la Asociación Argentina de Sociología Rural (AASRu) para esta publicación.

ÍNDICE

Presentación. "Vivir-siendo académicas-militantes-feministas". Huellas del andar colectivo del Grupo de Trabajo Géneros y Ruralidades de la Asociación Argentina de Sociología Rural	4
Introducción. Laura Lorena Leguizamón y Elena Mingo Acuña	12
Primera parte	22
Bloque 1: Participación de las mujeres rurales	22
Participación, mujeres e instituciones agropecuarias. Silvana Seta, Mariana Mazzufero y Adhemar Pascuale	23
Sindicalismo rural y género: abordajes desde América Latina. Macarena Mercado Mott	42
Del mandato a la colectivización: reflexiones feministas sobre el cuidado en la ruralidad catamarqueña. Mariana Moreno, Esteban Pereyra y Roxana Paez	78
Bloque 2: Cuidados comunitarios	96
En la huerta una se olvida de los problemas. Mujeres migrantes y producción de alimentos en la provincia de Neuquén. Verónica Trpin	97
Mujeres de la pesca artesanal: trabajo, cuidados y afectos en Península Valdés (Chubut). Paula Ibarrola	119
Mujeres de Siembra: tejido total de trabajo-vida y resistencias descoloniales en la ruralidad catamarqueña. Roxana Paez, Valeria Mamanis y Gabriela Palavecino ..	140
Bloque 3: Uso del tiempo y sostenibilidad de la vida.....	166
Entre Quesos, Cocinas e Innovación: Aprendizajes en Interseccionalidad con Productoras Queseras de Amblayo. María Florencia Chavez	167
Trabajo, cuidado y sostenibilidad de la vida: una genealogía feminista de las transformaciones en el mundo rural bonaerense en clave de género. María Belén Tona	186
Sostener la vida en la ruralidad: Relatos de mujeres argentinas. María Elena Aradas Díaz.....	209
Conocer midiendo el tiempo. Trabajo doméstico y de cuidados en la ruralidad argentina. Daniela Pessolano, María Florencia Linardelli y Micaela Lisboa	232
Segunda parte	255
Relatoría del conversatorio: "Resistencias frente al extractivismo: cuerpos, territorios y organizaciones en lucha". Macarena Mercado Mott, Mariela Pena y Daniela Pessolano	256
Las editoras y las autoras	298
Epílogo, o una invitación para seguir aperturando diálogos.....	307

PRESENTACIÓN

"Vivir-siendo académicas-militantes-feministas".

Huellas del andar colectivo del Grupo de Trabajo Géneros y Ruralidades de la Asociación Argentina de Sociología Rural

El Grupo de Trabajo (GT) Géneros y Ruralidades de la Asociación Argentina de Sociología Rural (AASRu)¹, nació como colectivo en diciembre de 2020 -en el contexto de la pandemia- buscando institucionalizar diálogos que ya veníamos sosteniendo en seminarios, congresos y militancias compartidas. Desde el inicio nos propusimos visibilizar y problematizar las relaciones de género en el agro argentino, cuestionando las representaciones estereotipadas que relegan a las mujeres rurales al ámbito de los cuidados y la reproducción (sin reconocerlo como trabajo) y, que invisibiliza su agencia en la producción, la organización comunitaria y la acción política. Asimismo, intentamos superar la mirada “productivista” de las investigaciones existentes hasta el momento que sólo abordaban las problemáticas de las mujeres como productoras rurales y cuidadoras, para sumar al análisis la dimensión corporal y sus atravesamientos, el deseo como impulso de la vida, el derecho a decidir sobre su destino y sus adscripciones e identidades de clase, sexo-género, generación, étnico-nacionales entre otras.

Este libro -junto con el título *Arraigadas (y en movimiento) Formas de la política y los feminismos desde y en las ruralidades argentinas*, se suma a la Colección *Investigación y Postgrado* del centro editor Ediciones FHyCS de la Universidad Nacional de Misiones es un producto más de este recorrido conjunto en el marco del GT, por eso consideramos importante contar su trayectoria. En este sentido, esta presentación -en tanto biografía colectiva y trashumante de nuestro grupo- narra sus actividades, iniciativas e ideales sostenidos en una red de colegas interdisciplinaria y federal. Creemos que el registro de nuestra historia en plural e inscribir nuestros relatos en estas páginas, deja huellas. Huellas de nuestras

¹ Es importante destacar que la Comisión Promotora para crear la Asociación Argentina de Sociología Rural surge en octubre de 2016, durante el Congreso Pre-ALASRU en Santiago del Estero y se formaliza a finales del 2020. Ya desde ese entonces la Asociación comienza a funcionar en diversos grupos de trabajo <https://aasru.wordpress.com/>

sincronías y asincronías, de etapas superpuestas, de nuestras intervenciones situadas y de nuestro vivir-siendo académicas-militantes-feministas interesadas por las ruralidades en tanto espacios de la vida y de co-construcción de conocimientos.

Emergencia y primeras articulaciones (2020-2022)

En nuestros primeros pasos, bajo la coordinación de Verónica Trpin, Alejandra de Arce, María Muro y Elena Mingo Acuña, Lorena Leguizamón, desplegamos actividades que enlazaban reflexión teórica y experiencias territoriales: reuniones virtuales, conversatorios y talleres en congresos. La primera reunión general del GT se realizó de forma virtual en mayo de 2021 con amplia participación. El primer conversatorio “Repensamos los géneros y las ruralidades. Desafíos y perspectivas” (2021)² tuvo como motivo de celebrar el Día Internacional de las Mujeres Rurales (15 de octubre). Desde ese entonces, esa fecha forma parte de una agenda de nuestro GT, como marca distintiva que permanece en la virtualidad y que prioriza expandir las voces, retomar agendas federales y plurales, y que conecta las actividades de formación, extensión e investigación.

Otras actividades que marcaron momentos significativos en el entramado del grupo fueron el taller “Aportes del Feminismo para pensar las problemáticas de los contextos rurales” en el Congreso Internacional de Psicología de la UBA (noviembre de 2021) y nuestra primera sesión presencial en las I Jornadas Argentinas de Sociología Rural (FSOC-UBA, mayo de 2022). Estos encuentros -entre híbridos y co-presenciales-fueron raíces iniciales de una rizoma que comenzaba a expandirse, generando un archivo colectivo de debates y prácticas.

Consolidación y primeras jornadas (2022-2023)

En los años siguientes consolidamos nuestro lugar como espacio académico y político. Se suma al Conversatorio “Mujeres en lucha y escenarios amenazantes:

² 27/10/21. Invitadas: Mira Díaz (referente de MUCAAR, Secretaría de Agricultura Familiar), Natalia Tantarelli (MRA) y Yamila Rosso (INTA-Carlos Pellegrini).

diálogos necesarios” (Día Internacional de las Mujeres Rurales 2022)³, una serie de encuentros-taller (entre autoras-integrantes) para la elaboración del libro sobre feminismos y ruralidades, labor iniciada en 2021. Así, lecturas cruzadas y escritura colectiva le dieron forma a la obra *Mujeres y feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias*⁴. Entre las líneas significativas que surgen de nuestros diálogos en red, sus capítulos abordan la preocupación por los cuidados en las ruralidades, los circuitos alternativos de producción y venta, las dinámicas de reproducción, la profundización de las violencias y las desigualdades interseccionadas.

La organización de las Primeras Jornadas de Investigación y Reflexión sobre Géneros y Ruralidades: cuerpos, trabajos y territorios (26 y 27 de octubre 2023, UNLP, La Plata)⁵ fue un hito en la trayectoria del GT: con más de 140 participantes, seis mesas de trabajo, conferencias y talleres⁶, logramos cubrir un área de vacancia en el campo académico, reuniendo investigadoras/es de todo el país.

Las Jornadas se sustentaron en la experiencia de encuentros similares que se ocuparon de esta temática, impulsados por agencias del Estado (Plataforma de Género y Juventudes del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria-INTA), desde la Red Trama⁷, desde las mismas organizaciones de la ruralidad (Mujeres de la

³ 26/10/2022. Invitadas: Marisa Nallino (Ingeniera Agrónoma, Coord. Gral. de Prog. de Incentivo a la Producción Agroalimentaria del IMDEL. Municipio de Moreno. Referenta Frente Agrario Evita Moreno), Victoria Angélica Palomina (Presidenta de la Coop. de provisión de servicios para trabajadores rurales "Mariano Moreno") y Leticia Luna (referenta campesina indígena del MOCASE). Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=WDXvwKUKpkc>

⁴ Emergente del taller “Aportes del Feminismo para pensar las problemáticas de los contextos rurales”, el libro se publicó en 2024. Durante 2023 tuvieron lugar diversos encuentros virtuales que dieron formato a la obra colectiva. Fue compilado por Sabrina Logiovine y Vanina Bianqui. Disponible en: <https://rededitorial.com.ar/producto/mujeres-y-feminismos-en-las-ruralidades-trabajos-cuerpos-y-resistencias/>

⁵ Detalles de Mesas y Talleres en: <https://congresos.fahce.unlp.edu.ar/generos-y-ruralidades/1-jornadas>

⁶ Transcripciones en: <https://www.youtube.com/playlist?list=PLCAcyUrfarnlubYmWsKbZ7OHmfOvXcOWnT>

⁷ TRAMA es una Red de Mujeres y Organizaciones que trabajan con Mujeres Indígenas y Campesinas argentinas, con el objetivo de revertir las desigualdades que atraviesan por cuestiones de género y de oportunidades de clase (Biaggi, 2019) Disponible en: <https://www.teseopress.com/diccionarioagro/chapter/red-trama-argentina-1996-2019footnote-recibido-julio-2019-footnote/>

Ruralidad Argentina-MRA, Red de Mujeres Rurales, etc.) y dentro del Encuentro Nacional de Mujeres. No obstante, consideramos que hasta ese momento no existía un espacio propio de carácter académico que lograra reunir a investigadoras/es de todo el país donde se pudiera exponer, debatir y articular de manera específica la intersección entre el género y las ruralidades. En general, los estudios que se enfocan en estos temas suelen tener espacios reducidos como mesas de género en reuniones científicas destinadas a lo rural o en mesas vinculadas a lo rural en reuniones destinadas a temáticas de género. En este sentido, este encuentro logró cubrir un área de vacancia notable en el debate académico apostando por incluir -de manera permanente- la perspectiva de género en los estudios rurales.⁸

Espacio federal y rondas regionales (2024-2025)

Con tres años cumplidos de trayectoria, el GT funcionaba como un espacio de debate consolidado, con articulaciones internacionales y agenda de actividades propia, y crecía dentro de la AASRu. Permanecía entre sus objetivos sostener la horizontalidad y el federalismo en la gestión de la coordinación. En abril de 2024, participamos en las Segundas Jornadas de Sociología Rural de AASRu (UNR, Rosario). Coincidiendo con la renovación de las autoridades de la Asociación, ampliamos nuestro equipo de coordinación con la incorporación de Soledad Lemmi, Diana Haugg y Carolina Diez, quienes junto a tres de las coordinadoras iniciales - Alejandra de Arce, Elena Mingo y Lorena Leguizamón- aportaron nuevas perspectivas y territorialidades, fortaleciendo el carácter federal y plural del grupo. El recambio integró nuevas colegas -por mitades- para que la experiencia colaborativa se sostenga y transmita. Esta renovación marcó otro punto de inflexión: dejamos de ser un espacio emergente para convertirnos en un entramado consolidado que espera renovar su coordinación general como lo establece AASRu y fortalecer el GT a futuro. En este marco, las actividades grupales adquieren continuidad y producen resultados tangibles y comunicables.

⁸ Las conclusiones y resultados de las Jornadas se expusieron de manera colectiva en el Webinar: Género y Ruralidades “Debates, tendencias y desafíos” (01/12/23)
<https://www.youtube.com/watch?v=C6nsoHbcJBw>

En 2025, fruto de diálogos sostenidos en reuniones periódicas, la metodología feminista de la “ronda” se convirtió en un dispositivo central para fortalecer nuestro carácter federal. Estas rondas, realizadas en el mes de abril en la Universidad Nacional de Quilmes, en el mes de mayo en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, en el mes de julio en la Universidad Nacional de Rosario y en el mes de septiembre en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales de CONICET, nos permitieron articular con productoras locales, extensionistas y estudiantes, generando diagnósticos colectivos sobre las desigualdades de género en diferentes contextos de la ruralidad, vigentes, pretéritas. La dinámica de la ronda, basada en la reflexión compartida y la escucha activa y atenta, abrió un espacio para pensar juntas los avances de las investigaciones, los desafíos del contexto nacional y las estrategias de resistencia frente a las políticas neoliberales y extractivistas.

Este despliegue rizomático logró consolidar distintos nodos, pero también dejó en evidencia que aún quedan andariveles por recorrer en torno a otras regiones del país. El desafío futuro es dialogar de un modo más cercano con territorios del norte y del sur argentino, donde las ruralidades indígenas, campesinas y migrantes plantean problemáticas específicas que requieren ser visibilizadas y analizadas en clave feminista.

Publicaciones y archivo vivo

Nuestra producción colectiva apunta a instalar el debate, en la academia y fuera de ella, acerca de mirar las ruralidades a través de las lentes –teóricas y prácticas– del género. Como mencionamos, esta labor comenzó con la publicación del libro *Mujeres y feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias* (Red Editorial, 2024) a la que se sumó la edición de *Experiencias colectivas y luchas de mujeres rurales en la Argentina* (Editorial Topos-IPEHCS, 2025)⁹. Ambas combinan la rigurosidad de la investigación y la conexión con los territorios con la preocupación por comunicar de manera amena. En simultáneo, se avanzó en la

⁹ Surgido del diálogo entablado durante el conversatorio 2022 y editado por Verónica Trpin esta publicación entreteje las reflexiones que arrojaron los testimonios de las disertantes en sus capítulos al tiempo que ofrece relatos de experiencias de trabajo y género en ámbitos rurales de cinco provincias argentinas. Disponible en: <https://rdi.uncoma.edu.ar/handle/uncomaid/19070>

preparación y publicación de dosieres en revistas científicas como *Mundo Agrario*¹⁰, *La Magnolia*¹¹, *Abordajes*¹², *La Rivada*¹³ y *Estudios Rurales* (en prensa)¹⁴ que abordaron las ruralidades desde una perspectiva feminista y crítica. En este trabajo colectivo se tuvo en cuenta tanto una apuesta al fortalecimiento de las publicaciones des-centradas,¹⁵ como la divulgación de los resultados de investigaciones de las temáticas relativas al GT en las principales revistas sobre los estudios agrarios. Estas producciones no solo consolidan nuestra agenda académica, sino que también funcionan como archivo vivo de las luchas y resistencias de las mujeres en/desde las ruralidades.

En este sentido, la realización de un *Mapa de Campo Sonoro*¹⁶ constituyó otra de nuestras iniciativas más potentes: un registro de entrevistas y voces de mujeres de distintos territorios que, a través de relatos cotidianos, testimonios y memorias, permiten escuchar y sentir las ruralidades. Este archivo sonoro no es un simple

¹⁰ "Estado, políticas públicas y extensión rural en clave de género" (Coords. Alfonsina Alberti y Alejandra de Arce) Disponible en: <https://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAe262>

¹¹ "Cuidados y ruralidades en tiempos de profundización neo-liberal" (Coords. Verónica Tprin y Carolina Diez). Disponible en: <https://revistas.unaj.edu.ar/mag/article/view/96/69>

¹² "Géneros y ambiente: organizaciones y conflictividad en el contexto del modelo extractivista" (Coords. Macarena Mercado Mott y Mariela Pena). Disponible en: <https://revistaelectronica.unlar.edu.ar/index.php/abordajes/issue/view/82>

¹³ "Relaciones de género en el mundo del trabajo rural" (Coords. Diana Haugg y Lorena Leguizamón). En prensa, publicación prevista para N° <https://www.larivada.unam.edu.ar/index.php/larivada>

¹⁴ "Sujetas/os rurales desde la perspectiva feminista interseccional: género, clase, generación, etnicidad y migraciones" (Coords. Elena Mingo Acuña y Soledad Lemmi). Publicación prevista para N° 34 (diciembre 2026). <https://estudiosrurales.unq.edu.ar/index.php/ER/issue/archive>

¹⁵ Tal es el caso de las revistas localizadas en diferentes provincias, como *La Rivada. Investigaciones en Ciencias Sociales*, Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNaM (Universidad Nacional de Misiones) y *Abordajes. Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Rioja (UNLaR) o la participación en la revista *La Magnolia. Revista de estudios de género y sexualidades*, Programa de Estudios de Género (PEG) de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ).

¹⁶ Surge como actividad en la Feria en Defensa de la Ciencia y la Universidad Pública (Buenos Aires, 15/11/2024). Responsables de la actividad: Macarena Mercado Mott y Karen Medina Diaz. El Mapa sonoro es una publicación abierta. Para colaborar, consultar más detalles en la página 304. También puede escucharse en Spotify: <https://open.spotify.com/show/4bgTw4EbVRO2sMC4r31tOT?si=02b8f538f89f4ab2ynd=1ydlisi=e983d8a4a37d4e38>

complemento, sino una forma de conocimiento situada que amplía la dimensión sensorial y política de la investigación feminista.

Gestaciones y concreciones (2025-2026)

Los conversatorios “Las tramas del cuidado rural en Argentina y Uruguay” (2024)¹⁷ y “Resistencias frente al extractivismo: cuerpos, territorios y organizaciones en lucha” (2025)¹⁸, mostraron cómo nos enlazamos con luchas territoriales y organizaciones campesinas y los problemas transversales a las mujeres rurales de la región. Además, reforzaron la apuesta –que guía el GT– por un espacio plural, federal y la potencia de las redes internacionales. En ese mismo sentido, funcionan como incentivos al debate de temas en constante movimiento y actualidad, con el objetivo de trascender las reuniones y espacios de confluencia (académica, política, etc.), centralizados –generalmente– en las grandes urbes. El Panel: “Testimonios, saberes y diálogos con mujeres de las ruralidades santafesinas” desarrollada en conjunto con la Red TRAMA en el marco de las XVI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres. XI Congreso Iberoamericano de Estudios de Género¹⁹ intentó salvar esas distancias y concepciones sobre lo rural y lo urbano, convocó al diálogo interinstitucional e intergeneracional, en las palabras de referentes del agro santafesino.

¹⁷ 25/10/24. En el marco de la conmemoración del Día internacional de las mujeres rurales (15/10) y del Día Internacional de los Cuidados y el Apoyo (29/10) co-organizado por el GT Géneros y ruralidades–AASRu (Arg.) y el CEIMUR (UdelaR, Uruguay). Invitadas: Jacqueline Cachi (Productora familiar – UY), Susan Troche (Asalariada rural – UY), Laura Vásquez (Federación Rural para la Producción y el Arraigo, Sur cebollero– Buenos Aires, ARG), Ana Cubilla (Sindicato Único de Obreros/as Rurales y Zamba: Jardín de Cosecha) y Mirta Berent (Ex tarefera, actual directora del espacio de cuidado de hijos e hijas de tareferas y trabajadoras de las minas de piedra, Wanda– Misiones, ARG).

¹⁸ 31/10/25. “Resistencias frente al extractivismo: cuerpos, territorios y organizaciones en lucha”. Expusieron: Miriam Samudio – Integrante de la organización de pequeños productores Pip, UTT Misiones – Productores Independientes de Piray (Misiones); Daniela Dietrich – Productora de nueces en Centenario. Secretaría de la Red de Agroturismo (Neuquén); María González – MNCI (Jujuy); Olga González– UST Campesina y aterritorial, Comunidad Huarpe de Lagunas del Rosario (Mendoza); Mariana Barrios – Asamblea por la Vida Chilecito y Mujeres Defensoras del agüita del Famatina (La Rioja). Enlace: https://www.youtube.com/live/l_7-aDT57TI?si=J4oq4dHUWsy9uEJh

¹⁹ 18/7/2025. Rosario. Invitadas: Mónica Polidoro (AMRAF), Andrea Cracogna (floricultora y Concejal de Villa Ocampo), Carla Vallone (Veterinaria UNR), Virginia Fabbro y Karen Casa de Dio (Jóvenes AFA).

En 2026, logramos concretar un proyecto editorial que reúne investigaciones, reflexiones y experiencias colectivas de distintos puntos del país de la mano de integrantes del GT. Esta colección –de la que este libro forma parte– constituye un nuevo hito en la trayectoria del grupo, que no sólo da cuenta de su madurez, sino que también proyecta nuestro trabajo hacia nuevas generaciones de investigadoras y militantes.

Nuestro recorrido no puede pensarse como una línea recta, sino como una urdimbre que se expande, inter-conecta y crea entramados que sostienen y habilitan nuevas formas de diálogo e intercambio. La selección de actividades realizadas entre 2020 y 2026 –narradas aquí en una cronología intermitente e ininterrumpida, con proyectos que la atraviesan y tiempos cuidados– muestran un entramado que enlaza producción académica, acción política y militancia territorial, generando un archivo vivo de luchas, saberes y resistencias. Así, nos afirmamos como un espacio de investigación feminista que, lejos de clausurar caminos, se proyecta hacia futuros posibles donde las ruralidades argentinas y latinoamericanas puedan pensarse y transformarse en clave de género.

Alejandra de Arce²⁰, Diana Haugg²¹, L. Lorena Leguizamón²², Elena Mingo
Acuña²³, Carolina Diez²⁴ y Soledad Lemmi²⁵

Bernal, Posadas, La Rioja, Ciudad de Buenos Aires, Florencio Varela y La Plata, 13 de
abril de 2026

²⁰ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR) de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Docente y Extensionista UNQ.

²¹ Investigadora, extensionista y docente en la Universidad Nacional de Misiones.

²² Investigadora, extensionista y docente de la Universidad Nacional de La Rioja. En el Instituto de Estudios Antropológicos y Sociales de Géneros, Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales (MCAyN) de la UNLaR.

²³ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONCIET) en el Departamento de Planificación y Políticas Públicas de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa) y docente en la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ).

²⁴ Investigadora, extensionista y docente de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ).

²⁵ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Investigaciones en Ciencias Humanas y Sociales (IdIHCS). Docente y Extensionista de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Introducción

L. Lorena Leguizamón

Elena Mingo Acuña

La cuestión de género en las ruralidades. Perspectivas y prácticas sobre el trabajo

La cuestión de género o cómo se distribuyen los recursos, el trabajo y el poder en las sociedades actuales constituye un objeto de investigación que permite comprender cómo se estructuran las relaciones sociales. Mirta Lobato (2008) planteaba en sus clases de doctorado un ejercicio que, a modo de pregunta, invitaba a observar la forma en que podían visibilizarse las prácticas de distribución de roles y recursos sociales, pero también, y a la vez, la profundidad y el alcance de la perspectiva teórica feminista para comprender y analizar esa cuestión. La pregunta es: ¿Quién hace qué cosa? y se transforma en una potente herramienta metodológica para identificar y ordenar regularidades, definir los contornos de los roles sociales y cristalizar algunas certezas sobre la asignación de “prestigio” y “valor” a cada uno de ellos.

En definitiva, se trata de una pregunta específica relacionada con el proceso de división sexual del trabajo, una clave ordenadora de las relaciones sociales de producción y de reproducción social. En este sentido, producir conocimientos sobre la organización social a través de las prácticas sociales es, justamente, lo contrario de suponer la estructura social desde una concepción estática. Por el contrario, al acceder a la estructura social a través de sus relaciones sociales, estamos observando luchas de poder, antagonismos y, sobre todo, la expresión de las resistencias a considerar que los sistemas dominantes y sus prácticas son determinantes de la organización social.

“Lo importante de la noción de relación social, definida por el antagonismo entre grupos sociales, es la dinámica que reintroduce.” [...] “Sin duda se trata de una contradicción viva, perpetuamente en vías de modificación, de recreación” (Kergoat, 1997, p.3).

Las contradicciones y antagonismos de los que habla la autora, pero sobre todo las dinámicas de resistencia y cambios adquieren sentido en el contexto de los

territorios que estudiamos. En este sentido, la dimensión de género como una cuestión que estructura las relaciones sociales en la ruralidad amplía las dimensiones del conocimiento sobre lo rural, no solo como una forma de diferenciarse de lo urbano-industrial, sino como un tipo de organización territorial posible de ser estudiada y comprendida en sus contextos.

La cuestión de género en las ruralidades. Perspectivas y prácticas de trabajo se propone pensar la relación entre género y trabajo en la ruralidad a través de las formas de organización del trabajo productivo, del de reproducción y cuidados, en sus diversas formas, como así también las estrategias para la organización de la vida cotidiana, de la vida política y de la forma en que se producen las disputas, tanto por las condiciones materiales y de vida en los territorios como en las disputas de poder, representación y visibilidad. Los capítulos que conforman este libro aportan también claves interpretativas y herramientas metodológicas que superan los sesgos de medición e interpretación contruidos para las actividades industriales y los territorios urbanos. De este modo, la estructura del libro no busca ordenar las dimensiones de análisis atomizadas, sino, por el contrario, poner en valor uno de los aportes más importantes de esta obra colectiva que es la imbricación de los problemas analíticos que aborda.

Las dinámicas propias de la superposición de los espacios de producción y de reproducción, en determinados territorios rurales, dificultan establecer los procesos de división sexual del trabajo, sobre todo al analizar el trabajo de las mujeres rurales. En este sentido, el estudio del trabajo en la ruralidad requiere establecer la misma jerarquía para el análisis de las relaciones sociales de producción y de reproducción para comprender la configuración del trabajo en estos territorios. En esta misma línea, la cuestión del uso del tiempo y la superposición y simultaneidad de tareas, que configuran el trabajo productivo y el de reproducción y cuidados, requieren precisar metodologías analíticas capaces de abordar esas complejidades.

De este modo, la categoría de cuidado se expande en el análisis de los territorios rurales, mostrando sus múltiples aristas. Éstas van desde el cuidado a las infancias y familiares, en sus formas más típicas del trabajo de reproducción social, al que se adiciona el cuidado de sí mismas y el cuidado de pares, observado en

estudios recientes sobre las mujeres rurales. Asimismo, otra de las formas adoptadas por el trabajo de cuidado en la ruralidad se vincula con las disputas políticas que plantean las mujeres por la conservación de los territorios, donde residen y trabajan. Estas disputas se expresan en el reclamo del cuidado de formas de vida humana y no humanas con las que se establecen relaciones interdependientes. Este tipo de trabajo de cuidados se observa en las luchas por la conservación de la tierra, pero también, por la conservación de una forma de vivir y de habitar el territorio.

Por otra parte, el análisis de las desigualdades en el acceso y distribución de los recursos repone un problema común en la ruralidad latinoamericana sobre la propiedad de los recursos productivos, fundamentalmente la tierra. Esta restricción del acceso a la propiedad de los recursos productivos tiene consecuencias directas para la presencia de las mujeres en los espacios de diálogo y decisión con actores gubernamentales. No obstante, se registran formas de participación política específicas acompañadas de estrategias de acceso a recursos y formas de diálogos e intercambios con agentes estatales, configurados específicamente en diálogo con la experiencia de las mujeres rurales.

Entre las cuestiones que los estudios feministas han puesto en debate se encuentra el concepto de trabajo que, junto con la ruralidad, los cuidados y la participación política, constituyen los ejes sobre los que dialogan las contribuciones que conforman este libro. Es desde este concepto de trabajo ampliado y rediscutido, a partir de la categoría de género, que este libro relata, analiza, repiensa y replica el hacer cotidiano de las mujeres en la ruralidad.

Los capítulos que fueron seleccionados para integrar la obra se destacan por la diversidad propuesta en diferentes sentidos: la criticidad, el diálogo con y desde los territorios y el posicionamiento epistémico. En este sentido, cumple con el propósito que dio lugar a la obra colectiva, evidenciar que no hay una manera única de abordar a la ruralidad ni a las relaciones de género que la constituyen. Colocan en el centro de la discusión a los cuidados, comprendiendo que éstos exceden la variable material corpórea desplazándose hacia un entramado vital tan complejo como las producciones locales.

En su estructura interna, este libro cuenta con dos secciones principales, la primera sección, que contiene los capítulos seleccionados, que constan de tres bloques temáticos. El primero titulado: “Participación de mujeres rurales”, el segundo, titulado, “Cuidados comunitarios” y el tercero titulado, “Uso del tiempo y sostenibilidad de la vida”.

Cada uno de los apartados está compuesto por textos que dialogan con relación al eje articulador, pero con una coherencia lógica claramente identificable del primer al último aporte. Los trabajos que integran esta sección, con sus respectivos bloques, exponen manifestaciones situadas y lo hacen empleando trayectorias, sistematizaciones, voces y prácticas territoriales, en la constante búsqueda de complejizar el debate académico, repolitizando las configuraciones actuales.

La segunda sección titulada: “Relatoría del conversatorio: resistencias frente al extractivismo, cuerpos-territorios y organizaciones en lucha”, contiene una contextualización analítica de lo compartido en el citado conversatorio, organizado en ocasión del Día Internacional de las Mujeres Rurales en octubre de 2025. La relatoría del conversatorio contextualiza las experiencias compartidas con generosidad por las mujeres invitadas dando cuenta de la avanzada de los extractivismos en la región que es víctima del despojo que erosiona cuerpos-territorios. A la vez, esta sección del libro invita a conocer cómo se organiza la resistencia protagonizada por mujeres que cuidan, que accionan y que denuncian en la constante búsqueda de sostener las diversas formas de vida que habitan sus territorios.

A continuación, presentamos una síntesis de los capítulos que integran esta compilación, en la que se recuperan sus principales ejes de indagación y aportes:

En el primer apartado, se encuentra el trabajo desarrollado por Silvana Seta, Mariana Mazzufero y Adhemar Pascuale, que se pregunta por la participación de las mujeres en las instituciones agropecuarias y en diferentes etapas de su constitución. A su vez, plantea la necesidad de realizar el cruce analítico entre la propiedad de los recursos y la disponibilidad de capital, a fin de comprender los modos segregacionistas que actúan toda vez que una mujer, se aproxima a confrontar la desigualdad estructural. Se trata de una realidad espejo en toda América Latina que

agudiza la brecha de género presente en las organizaciones del agro. Si bien el texto no niega el acceso de las mujeres a posiciones de toma de decisiones, evidencia el lento proceso para conseguirlo, así como los obstáculos con los que se enfrentan una vez que se encuentran en el cargo. El trabajo analítico demuestra que es posible historizar las estrategias para preservar un orden gestado desde las diferencias y, también, es posible que una franja minoritaria de mujeres acceda a lugares de toma de decisión en las instituciones agrarias, no obstante, son múltiples los obstáculos que afrontarán para preservar el lugar conquistado.

En el segundo lugar de este primer bloque, el texto elaborado por Macarena Mercado Mott sistematiza de manera analítica las tendencias principales de los estudios que intersectan género y sindicalismo rural para el caso de América Latina, expone de esta manera la situación de Uruguay, Brasil, Chile y Argentina para reflexionar sobre la feminización del trabajo asalariado poniéndola en diálogo con pistas en torno a la histórica subordinación de las mujeres en estos espacios. El texto ofrece, además, una revisión crítica sobre la cuestión de la organización gremial/sindical agraria. Asimismo, relata las experiencias de las mujeres rurales desde diferentes niveles de participación, aportando un mapa-diagnóstico de interés en la materia expresado desde y para América Latina y, en particular, otorgando un lugar central a las hacedoras de dicha participación.

A continuación, el tercer y último aporte de este bloque, se trata del capítulo de Mariana Moreno, Esteban Pereyra y Roxana Paez, éste se origina en la sistematización de un taller denominado “El mandato de cuidar: diálogos desde una perspectiva interseccional” permite visibilizar los aportes de las mujeres rurales en materia de cuidados, a la vez que discurre respecto a la perspectiva comunitaria e interseccional. El trabajo da cuenta de la invisibilidad sostenida de dichos cuidados a cargo de las mujeres, así como alude a la intrínseca relación entre capitalismo colonial y patriarcado. Al mismo tiempo, es un texto que denuncia los obstáculos que se presentan toda vez que las mujeres procuran cuidar en un territorio asediado por el extractivismo. Es así que la noción de cuidado se reescribe con mirada decolonial y evidencia su faceta comunitaria, denuncia para afectar, al tiempo que plantea la necesidad de desarticular la alianza estatal-corporativa. Desde los

territorios y las cuerpas se reconoce que cuidar sostiene y garantiza la vida de un mundo entramado, decolonial y ecoterritorial.

Así, se apertura un segundo bloque denominado cuidados comunitarios. En esta sección el primer aporte es de Verónica Trpin, quien estudia la relación entre las mujeres migrantes y la producción de alimentos en la región sur de argentina. El texto se expresa en diálogos trasandinos, con la misma región del lado chileno, poniendo el foco en la experiencia de huerteras-feriantes y visibilizando la intrínseca relación entre las distintas esferas de los cuidados. Expresa el valor sustancial de la huerta en sus trayectorias vitales: no solo provee respuesta al sustento nutritivo básico, sino que implica un refugio frente a las dificultades que les presenta una sociedad gestada desde la exclusión de la cosmovisión y la cosmopolítica común. Se piensa aquí a los cuidados en sentido amplio y colectivo. Ello plantea la necesidad de revisar los marcos teóricos interpretativos aportados por la academia, para dar paso a la expresión de las subjetividades, de este modo se podrá considerar la perspectiva de género situada, enunciada desde y para las comunidades con las que pretende intercambiar.

El segundo texto del bloque, propuesto por Paula Ibarrola, aporta a una temática de reciente abordaje por la academia regional/local, remite a los estudios asociados a la pesca artesanal. Transversalizada por la perspectiva de género, busca restituir la mirada al mar y el modo en que se producen inter-relacionamientos cotidianos. El mar es aquí entendido como territorio vivo, dinámico y productivo. Localizado en Península Valdés (Chubut), versa sobre una actividad artesanal que, por serlo, registra bajo impacto ambiental y, a su vez, la distancia de modelos de pesca extractivista, perjudiciales para el entorno y las familias residentes. También, el texto, intersecciona ruralidad y género como giro epistémico reciente, adscribe al continuum rural urbano con zonas intermedias -nuevas ruralidades- para abordar el espacio de interés. Como en otros textos contenidos en el número da cuenta de la sobrecarga laboral de las mujeres pesqueras, destacando su papel como transmisoras orales de la actividad. A su vez aporta la noción de terrimaritimidad surgida de la actividad pesquera artesanal, la cual contiene respeto, cuidado, deseo de continuar con el oficio, memoria, reconocimiento del territorio-mar, es decir

remite a la complejidad de una actividad y un grupo social ignoradxs, en un ejercicio de justicia epistémica.

El tercer y último trabajo del bloque, pertenece a Roxana Paez, Valeria Mamanis y Gabriela Palavecino, discurre acerca de los ámbitos donde transitan su cotidianidad las mujeres rurales, proponiendo una mirada decolonial, situada, feminista comunitaria, entendiendo la necesidad de este desplazamiento como una interpelación a los modos convencionales de enunciar a los territorios. Parten de la sistematización de un taller, Mujeres de siembra: experiencias de intervención comunitaria con enfoque de género en ámbitos rurales. El mismo, destinado a docentes de instituciones educativas rurales, tensionará el locus referencial, pariendo-entramando nuevas categorías que disputen el sentido y la validez otorgada a las relaciones de trabajo. De este modo, proponen el concepto de tejido total de trabajo-vida, como herramienta analítica que permitirá reconocer la multiplicidad de funciones de las mujeres rurales, aportada por su intrínseca relación de sostén de la reproducción vital en los territorios.

Luego de la revisión categorial de los cuidados, se dispone de un último bloque denominado: Uso del tiempo y sostenibilidad de la vida. El primer texto de este bloque es el trabajo de María Florencia Chavez, que se inscribe en los debates de género e interseccionalidad, pero da un salto cualitativo al preguntarse por las relaciones entre agentes estatales y las mujeres productoras. Avanza un poco más y desentraña representaciones y preconcepciones, buscando desarticularles con un enfoque proactivo. Desde esta perspectiva dialógica restablece el valor al sector artesanal reconociendo la heterogeneidad de saberes posibles. Teoría e intervención se condensan en este texto pariendo preguntas urgentes, referidas al territorio y las relaciones que son configuradas por la lucha de fuerzas.

El segundo aporte del bloque, es una producción de María Belén Tona, referida a la interseccionalidad posible entre trabajo, cuidados y sostenibilidad de la vida, con énfasis en las contribuciones de la economía feminista. Aborda hitos históricos vinculados al proceso de migración interna y, a partir de allí, la reconfiguración del trabajo rural. Estudia la experiencia de agencias estatales que procuran restituir a las mujeres invisibilizadas en la estructura institucional, a cargo de la política pública del sector. Reconoce que hay elementos que escapan a las formas de

medición convencionales, da cuenta de las trayectorias y resistencias de las mujeres rurales, toda vez que se agencian desde el sostén de lo cotidiano. Atiende, a partir del empleo de una metodología cualitativa con foco en entrevistas, preguntas necesarias sobre los cuidados, en ello dialoga con la perspectiva de la economía feminista, ocupada en reivindicar produciendo nociones y métodos de medición específicos que amplíen la mirada en relación a los cuidados.

Un tercer diálogo de este bloque es el capítulo de María Elena Aradas Díaz, éste se entrama a partir de los relatos de mujeres rurales, situadas en diferentes puntos de la región reconocida como el centro y el litoral argentino. Los que se entretajan con la trayectoria laboral y de vida de la autora. Su devenir propone un acto de reparación a voces y perspectivas rurales no siempre consideradas, abonando así a complejizar la cuestión de manera integral y situada. La historicidad que emplea da cuenta de los abordajes institucionales, pero lo hace revisitando el propio recorrido, repasa cada aporte recibido destacando que el principal fue el realizado por quienes se suponía debía acompañar: las mujeres campesinas e indígenas. Pone así de manifiesto que, solo atendiendo a los procesos de interlocución, es posible pensar alternativas técnico-político-institucionales más representativas de las subjetividades y sus prácticas de sostenibilidad.

El trabajo de cierre de este bloque pertenece a Daniela Pessolano, María Florencia Linardelli y Micaela Lisboa, el mismo constituye un aporte clave enmarcado en la provisión de instrumentos de medición de las labores que implican el cuidado y, por ende, contribuyen al sostén de la vida. Adscriben al debate contemporáneo que sostiene esta línea temática y agrupa a exponentes de diferentes puntos de Latinoamérica. A partir de un relevamiento realizado en cuatro provincias argentinas, abordaron grupos representativos de la producción agropecuaria de las mismas. Así brindan indicadores cuantitativos complementarios del relevamiento cualitativo, en pos de cuantificar las tareas, otorgarles valor monetario y contabilizar su extensión temporal en la búsqueda del reconocimiento que las mismas merecen. Así, se problematiza las encuestas de uso del tiempo en la ruralidad, complejizando su análisis y reconociéndolas como insumo de gran utilidad, con el propósito de otorgar valor -desde una metodología

cualitativa feminista- al trabajo no remunerado que las mujeres rurales realizan cotidianamente.

La segunda parte de esta compilación está dedicada a recuperar y poner en valor una de las instancias de encuentro y diálogo que, desde los inicios del GT de Géneros y ruralidades de AASRu, llevamos adelante, todos los años, para conmemorar el Día internacional de las mujeres rurales. En este sentido, Macarena Mercado Mott, Mariela Pena y Daniela Pessolano transformaron la oralidad al lenguaje escrito de las experiencias de mujeres rurales activistas pertenecientes a organizaciones que, en diversos territorios del país, disputan con las diversas expresiones del modelo extractivista-exportador. Del conversatorio que aquí se presenta participaron mujeres rurales activistas de las provincias de La Rioja, Mendoza, Misiones, Jujuy y Neuquén. El intercambio se centró en compartir experiencias sobre las complejidades que presenta el contexto actual y su impacto sobre la vida cotidiana de las mujeres rurales que viven, producen y desenvuelven sus vidas en estos territorios.

Como materia resultante del intercambio, los aportes que se encuentran en este texto muestran los matices y especificidades de cada una de las experiencias de vida en la ruralidad, pero también formas alternativas de arraigo a las estrategias de producción y reproducción social que constituyen la vida de las mujeres rurales y que aquí se relatan.

Los textos que constituyen esta obra colectiva discurren desde diferentes recorridos hacia una cuenca común, la que se produce al intersectar cuerpos-territorios-trabajo. Nos propusimos generar este movimiento hacia la construcción de aquello que se produce cuando se procesan los cruces de categorías, de posicionamientos, de convicciones, de expresiones. Parir una episteme que de cuenta del carácter propositivo del saber situado, plantear la valía del mismo con la certeza de que su carácter cotidiano le otorga alteridad. Esta perspectiva puede posicionarse disputando el carácter colonial, patriarcal, racista, capitalista y hegemónico de la organización social, las formas en las que entiende el trabajo, las posibilidades de relacionamiento, los límites impuestos por el statu quo.

Cuando proyectamos el libro lo hicimos para visibilizar que, a pesar del dolor, la violencia, los extractivismos, las mujeres de la ruralidad contienen en sí mismas

capacidad de agenciamiento feminista. En el trayecto advertimos que aunque esta afirmación podía ser constatada sin mayor esfuerzo, lo que estábamos planteando podía provenir de una mirada esperanzadora, de superación, de transformación o conquista en un difícil escenario de disputa. Luego, observando, dialogando, leyendo principalmente escuchando fuimos advirtiendo que era necesario darle valor de texto al dolor. No podía resultar de otra manera, el trabajo, el cuerpo, el territorio duelen y les duele más a algunas que a otros. El giro entonces fue constitutivo de un dolor capaz de construir cursos otros allí donde no se avizora una salida.

Referencias

- Kergoat, D. (1997). Por una sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las categorías dominantes a una nueva conceptualización. En H. Hirata, D. Kergoat y M. H. Zylberberg-Hocquard (Eds.), *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio* (pp. 25-36). Asociación Trabajo y Sociedad / PIETTE del CONICET.
- Lobato, M. Z. (2008). Trabajo, cultura y poder: dilemas historiográficos y estudios de género en Argentina. *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 1(2).
https://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-94902008000200003&script=sci_arttext

Primera parte

Bloque 1: Participación de las mujeres rurales

Participación, mujeres e instituciones agropecuarias

Silvana Seta, Mariana Mazzufero, Adhemar Pascuale¹

La tenencia de la tierra y su incidencia en la producción

Este capítulo es una ampliación del trabajo titulado Participación de las mujeres en instituciones de producción agropecuarias del cual también forman parte nuestras colegas, las Licenciadas Claudia Torres Zanotti y Marisa Gonella quienes contribuyeron a la realización de este texto en el que abordamos el análisis acerca de la presencia y rol de las mujeres como asalariadas, productoras y participantes en instituciones vinculadas al sector agropecuario de la región pampeana. En esta etapa recortamos nuestro estudio de campo al sur de la provincia de Santa Fe.

Históricamente en la región, las mujeres son parte de la fuerza de trabajo dentro de las unidades familiares de producción. Sin embargo, su vinculación con la propiedad y el capital ha estado mediada por herencias o dotes matrimoniales, y no por la titularidad directa de la tierra o por el acceso a líneas de créditos específicas para mujeres productoras. Esta situación, lejos de ser particular, se reproduce en América Latina, donde persisten desigualdades estructurales en el acceso a los recursos de producción, evidenciando una brecha de género en las actividades relevadas como productivas en el contexto del agro. Dichas brechas se visibilizan más a partir de trabajos de la década de 1980, cuando los estudios de género se incrementaron e introdujeron una nueva mirada sobre las relaciones sociales y económicas en el medio rural.

El proceso de modernización agrícola que se aceleró en la región durante los años setenta del siglo XX, con la incorporación de nuevas tecnologías y la mecanización de las labores, produjo una reconfiguración del trabajo rural pero no se incrementaron los espacios de participación de las mujeres respecto al acceso a la tierra y capital. Actividades que eran fundamentales para la generación de ingresos como la producción avícola, la cría de animales de granja o la elaboración artesanal

¹ Las autoras y el autor pertenecen a la Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad Nacional de Rosario. Contacto: sil.seta@gmail.com

de alimentos, fueron desplazadas y desvalorizadas respecto a las actividades que generaban los ingresos principales. En muchos casos, las mujeres asumieron tareas administrativas o la gestión de campos heredados. En otras situaciones se vieron forzadas a vender sus tierras y migrar hacia zonas urbanas, alejándose de la producción directa. La generalización tecnológica que se produce en la globalización no redundo en mayores posibilidades para lograr la igualdad de género, tema que se ve agudizado en el agro y más aún para las mujeres (Arango, 2025).

Institucionalidad y división sexual del trabajo

Este proceso tuvo un correlato en el plano institucional. A medida que las mujeres se desvincularon de las tareas productivas, su presencia se fortaleció en otros espacios de la sociedad rural –como escuelas, hospitales, clubes o bibliotecas– donde la participación de las mismas fue visibilizada, aunque desde un enfoque tradicional de género. En el contexto agropecuario argentino, una experiencia significativa fue la de los Hogares Rurales impulsados por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) que promovió un desarrollo integral del medio rural. No obstante, las capacitaciones destinadas a las mujeres se centraron en actividades domésticas y de cuidado, y en la formación técnica para su autonomía económica como productoras o asalariadas como lo evidencian de datos de las plataformas para la mujer rural de parte del Instituto Interamericano de Cooperación Agropecuaria (IICA), así como los datos de la plataforma de Agricultura Familiar en Food Agricultural Organization (FAO).

En los datos por países respecto a las políticas específicas implementadas para la visibilización del trabajo rural con perspectiva de género, así como el acceso a tierra y capital, los datos dan cuenta de la situación de las mujeres respecto al trabajo considerado productivo y los diferentes temas que hacen a la reproducción y cuidados. Las instituciones que trabajamos han desempeñado un rol destacado en cuanto a diferentes capacitaciones referidas a unidades de producción llevadas adelante por mujeres. En la zona tomada para el estudio las unidades de producción se diferencian de la conceptualización de mujeres productoras campesinas aun aquellas que son de menores superficies. A su vez las asalariadas para las actividades de producción son poco frecuentes. Las capacitaciones técnicas en diferentes temas

se ligan en la historia narrada que se encuentra en integrantes de las organizaciones y territorios como, por ejemplo, en la división entre productoras y aquellas que trabajan en las unidades de producción que no revisten necesariamente la figura de asalariadas en las producciones predominantes. (FAO; INTA, s/f).

En el contexto agrario los estereotipos marcan improntas en el trabajo femenino y masculino vinculados a su vez con identidades socialmente validadas, aun cuando no existen reglas que los regulen. En la mayoría de los casos, la participación de mujeres en cargos directivos no se evidenció hasta avanzado el siglo XXI, marcada por la mirada social de la época. Las mujeres trabajan y reclaman derechos en un contexto atravesado por relaciones dominantes específicamente relacionadas a la titularidad de la tierra, el acceso al capital y la identificación como productoras, condición requerida institucionalmente para acceder a cargos directivos como productoras.

El esquema dominante se reproduce así con la alteridad que manifiestan los estereotipos dominantes otorgando diferentes lugares sociales en que se logran beneficios y se desplazan otros, con disímil visibilidad social de quienes ejercen por ejemplo la titularidad de las tierras y quienes acceden a trabajar las mismas. El acceso a capital no se modifica para la realización de producciones a escala y se acentúan las producciones artesanales lideradas por mujeres para lograr ingresos vinculados a la producción de alimentos, emprendimientos que se incrementan por las crisis sociales como la del 2000.

En el plano latinoamericano, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) brinda un marco de referencia para comprender las desigualdades estructurales de género. Los datos del Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe indican que el 25% de las mujeres de la región carece de ingresos propios, frente al 10% de los hombres en igual condición. En el caso de Argentina, los indicadores de autonomía en la toma de decisiones muestran fluctuaciones: las mujeres ocupaban el 22,2% de los cargos ministeriales en 2023, aumentaron al 33,3% en 2024 y descendieron nuevamente al 25% en 2025. A su vez, no hay representación femenina en la Corte Suprema de Justicia de la Nación, y la proporción de escaños ocupados por mujeres en el Parlamento pasó del 28% en 2000 al 42,4% en 2024 (CEPAL, 2025).

Los datos, elaborados a partir de reportes oficiales remitidos a Naciones Unidas, reflejan avances desiguales y discontinuidades temporales en la producción de información. Las estadísticas disponibles se refieren predominantemente al ámbito urbano, sin desagregación para contextos rurales, lo que limita el análisis de las condiciones de las mujeres en el agro. Sin embargo, los indicadores disponibles –vinculados al trabajo remunerado y no remunerado, a la pobreza, a la planificación familiar y a la participación política– evidencian cuantitativamente la persistencia de brechas de género.

A nivel nacional, las entidades tradicionales del sector agropecuario argentino continúan mostrando una baja participación de mujeres en sus órganos de conducción. Según datos recientes, la Federación Agraria Argentina (FAA) alcanza un 13% de mujeres en su comisión directiva (7 de 54 miembros), la Sociedad Rural Argentina (SRA) un 5,5% (1 de 18), mientras que Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (CONINAGRO) no registran mujeres en sus cargos de conducción (Revista Internos, 2020). La presencia de mujeres en la conducción de las mismas, situación que se modificó en 2024.

En este marco, la participación de las mujeres en las instituciones agrarias puede comprenderse como una práctica social vinculada tanto a las dinámicas de las producciones como a los procesos simbólicos y de representación. Para su análisis, resulta relevante diferenciar entre las instituciones surgidas antes y después de la década de 1990. Las instituciones consideradas tradicionales del agro argentino, históricamente masculinizadas, representaban identidades productivas asociadas a la figura del productor varón y propietario de la tierra; mientras que, a partir de los años noventa, emergen nuevas formas de institucionalidad ligadas a conceptualizaciones de desarrollo rural, que abren otros espacios –aunque limitados– para la participación femenina. (Manzanal, 2000; Biaggi et al. 2007; Biaggi y Knopoff, 2021)

En suma, el presente capítulo busca aportar elementos teóricos y empíricos que contribuyan a comprender las formas actuales de participación de las mujeres en las instituciones agrarias del sur de Santa Fe, identificando continuidades y

transformaciones en sus modos de inserción, representación y visibilidad dentro del entramado rural pampeano.

Los estudios vinculados a las cuestiones de género y participación en el agro en América Latina se han centrado en el papel de las mujeres como protagonistas de luchas históricas en defensa de los derechos agrarios, de la tierra y de las comunidades rurales. (Mecozi, 2020; Gutiérrez, 2020). Sin embargo, la producción académica que aborda específicamente la participación de las mujeres como productoras agropecuarias o integrantes de instituciones del agro es aún incipiente (Giarracca, 2001; Torres, Pascuale y Seta 2025). Esta ausencia de registros sistemáticos invisibiliza la identidad de las mujeres productoras, quienes se encuentran frecuentemente solapadas con el modelo predominante de unidad de producción familiar característico de la región pampeana.

En este contexto, la división del trabajo dentro de dichas unidades tiende a reproducir roles tradicionales: el trabajo productivo, asociado a las actividades directamente vinculadas a la producción y comercialización, históricamente reconocido como fuente de ingresos y prestigio económico; mientras que el trabajo reproductivo y de cuidados, sostenido en su mayoría por mujeres, queda relegado a la esfera doméstica, sin reconocimiento económico y con escasa visibilidad social. La modernización del agro profundizó esta brecha al redefinir los espacios de participación laboral y simbólica de las mujeres, consolidando un patrón de desigualdad reiterado.

Diversos autores coinciden en señalar que estas dinámicas reflejan problemáticas comunes con otras regiones latinoamericanas, aunque presentan también especificidades derivadas de la conformación histórica, social y productiva del territorio pampeano (Ferro, 2013; Tifni, 2017; Biaggi y Knopoff, 2021; De Arce, 2021; Durán y Hinojosa Pérez, 2023; ONU Mujeres, 2024; Torres Zanotti et al., 2025)

La forma en que las mujeres trascienden desde la vida privada para participar en la esfera pública institucional varía en función de la naturaleza de las propias instituciones, así como su visibilización en procesos de conflictividad agraria y de negociación con el Estado (Lattuada, 2001; Ringuelet y Valerio, 2008; Muro, 2022; Carini y Martínez, 2023). No obstante, en las instituciones agrarias tradicionales –

como asociaciones, federaciones o cooperativas– la presencia de mujeres continúa siendo limitada, especialmente en los niveles jerárquicos.

Contexto internacional

En el plano internacional, los estudios recientes sobre género y desempeño institucional exploran la diversidad de género y la incidencia en la eficiencia y sostenibilidad de las organizaciones agroalimentarias. El trabajo de Melia-Marti et al. (2020), analiza el caso de cooperativas en España y muestra la escasa participación de mujeres en cargos directivos. Si bien los resultados no son generalizables debido a las particularidades regionales, el estudio evidencia que la participación activa de mujeres se asocia positivamente con el liderazgo, la cooperación interinstitucional y el desempeño organizacional. No obstante, no se hallaron diferencias significativas respecto de la diversidad de género en las áreas de internacionalización o compromiso ambiental.

Complementariamente, Henning y Asmild (2023) examinan la evolución de la participación de mujeres en los consejos directivos de cooperativas agrícolas en Dinamarca. Su investigación revela un incremento sustantivo: del 1% en 2005 al 20% en 2022. Además, identifican barreras de carácter institucional, estructural e histórico-cultural que continúan limitando la representación de las mujeres. Estos hallazgos se inscriben en un contexto europeo donde crece la conciencia sobre la necesidad de incorporar la diversidad de género en los órganos de gobierno institucionales. En esa línea, se destaca la experiencia de Noruega, pionera en establecer por ley, en 2005, un cupo mínimo del 40% de mujeres en los directorios de distintas compañías.

Aun cuando los antecedentes internacionales y regionales no son totalmente comparables ni generalizables –debido a diferencias en los contextos socioeconómicos, metodologías y marcos institucionales–, hay coincidencia en que la participación de las mujeres en las instituciones agrarias disminuye notoriamente cuando se trata de espacios de conducción.

La participación en las instituciones se relaciona con las prácticas cotidianas y es en este sentido que indagamos respecto a las posibilidades de participación por

parte de las mujeres, ya que *a priori*, en las instituciones del agro los datos no reflejan paridad de género en cargos directivos.

Realizamos una diferenciación entre las instituciones creadas antes y después de los años noventa del siglo XX, puesto que, a partir de esa fecha, comienza a tener presencia en el escenario agropecuario otra institucionalidad. Esta nueva institucionalidad está relacionada a las cuestiones técnicas y a las dinámicas tecnológicas entre las instituciones tradicionales del sector y las generadas en los años 90.

La CEPAL, impulsa campañas orientadas a mejorar la recolección y sistematización de datos con perspectiva de género. No obstante, las bases de datos disponibles y los censos agropecuarios y poblacionales, aún presentan limitaciones significativas. En particular, la información relevada suele estructurarse de manera binaria -hombre/mujer- y centrarse principalmente en variables vinculadas al trabajo o a la titularidad de las unidades de producción, sin considerar otros aspectos de la participación femenina ni las dimensiones simbólicas, organizacionales y/o las decisiones que las atraviesan.

En consecuencia, cuando se accede a investigaciones que incluyen análisis cuantitativos, surge la necesidad de interpelar la calidad de la participación femenina: no se trata solo de contabilizar presencias, sino de comprender cómo las mujeres intervienen, son reconocidas y ejercen agencia en los espacios institucionales del agro.

En nuestro trabajo optamos por una estrategia metodológica que parte de los datos reflejados en bases de datos y censos agropecuarios, y a partir de los datos nos planteamos la realización de entrevistas semi estructuradas. Los datos son complementados con las entrevistas orientadas a recuperar las experiencias, vivencias y significados que las mujeres atribuyen a su participación en las instituciones agrarias del sur de la provincia de Santa Fe, en un diseño explicativo secuencial (Creswell y Plano Clark, 2018; Hernández-Sampieri y Mendoza, 2018).

Qué encontramos

Trabajamos con entrevistas semi estructuradas para complementar los datos de censos y de bases de datos. Las entrevistas se llevaron a cabo a integrantes de

instituciones con trayectorias laborales disímiles. Dentro de las instituciones no gubernamentales trabajamos principalmente con cooperativas y asociaciones del Sur de Santa Fe, Argentina.

A partir de los antecedentes disponibles sobre el tema definimos los siguientes ejes relevantes para las entrevistas:

- Identificación laboral
- Recorrido laboral
- Momento de ingreso a la institución
- Experiencia en género/trabajos realizados/formación
- Participación de las mujeres en las instituciones
- Trayectoria en el abordaje del tema de género y sugerencias para su tratamiento institucional

Estos tópicos permiten detectar tanto las experiencias individuales como las prácticas cotidianas cuando las mujeres trascienden a la esfera pública a través del trabajo, la identificación laboral y las trayectorias vinculadas al tema género y participación.

Las entrevistas se realizaron a integrantes de las siguientes instituciones:

- Servicio Nacional de Sanidad Animal (SENASA)
- INTA
- Comunas del Sur de Santa Fe (gubernamentales)
- Cooperativa Agropecuaria de Acopiadores Federados Ltda.
- Asociación de Productores de Siembra Directa (AAPRESID)
- Federación Agraria Argentina (FAA)
- Red de Federación de Cooperativas (FECOFE)
- Cooperativas artesanales
- Asociación de Mujeres Argentinas Federadas
- Cooperativa de Producción y Consumo Mercado Solidario Ltda.
- Asociación Argentina de Cooperativas (AFA)
- Asociación de Mujeres Rurales Federadas (AMRAF)
- Sociedad Rural Argentina (SRA) (afiliada a Confederación de Consorcios Rurales Argentinos (CRA))
- Asociación de Trabajadores Excluidos.

De estas instituciones se realizaron presentaciones mientras avanzaba la etapa de entrevistas. En FECOFE se identificó un relevamiento interno promovido por la misma institución, orientado a conocer cómo las cooperativas abordan la cuestión de género. Se trata de una de las pocas organizaciones que impulsa abiertamente la producción de datos sobre género hacia el interior de la institución. Algo similar se encontró en AFA, que incorporó información específica en su Balance Social.

En términos generales las instituciones gubernamentales han realizado las capacitaciones establecidas por la Ley Micaela².

Los ejes utilizados para las entrevistas posibilitaron que las entrevistadas pongan en voz las tensiones que atraviesan en la articulación entre lo público y lo privado, y cómo estas experiencias han incidido en sus trayectorias. Si bien no se realizó un análisis del discurso en sentido estricto, se estudió su relación con vínculos entre los estereotipos de género presentes en las actividades agropecuarias asociadas tradicionalmente a lo masculino y lo femenino con los tipos de tareas a las que acceden las mujeres dentro de las instituciones. En cuanto a los organismos relevados, SENASA, INTA, comunas del Sur de Santa Fe (gubernamentales), Cooperativa Agropecuaria de Acopiadores Federados, se observa que, pese a haber sido creados en distintos momentos históricos, comparten formas similares de concebir la participación cuando se trata de cuestiones vinculadas al género. La Asociación de Cooperativas de acopiadores de granos, presenta similares formas de considerar la participación como lo hacen las empresas privadas cuando se refiere al tema.

Por su parte, AAPRESID, aparece como una organización que asume un rol de interlocución con los Estados provinciales y nacionales, y que expresa características propias de las entidades surgidas en la década de 1990, donde la representación institucional se desplaza hacia un discurso predominantemente técnico.

² La [Ley Micaela N.º 27.499](#), promulgada en Argentina en enero de 2019, establece la capacitación obligatoria en género y violencia de género para todas las personas que trabajan en la función pública (poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial). Su objetivo es transversalizar la perspectiva de género y erradicar las violencias en el Estado.

La SRA, creada en la región en 1895, representa un grupo de productores de la Sociedad Rural Santafesina de Rosario, que promueve la realización de ferias agrícolas ganaderas y actividades relacionadas a propietarios de grandes extensiones de campos en superficie. Integra Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Confederación de Asociaciones Rurales de Santa Fe (CARSFE) (Diario Castellanos, 2025). La presidencia actual es ejercida por la Sra. María Soledad Aramendi, primera mujer presidenta de la entidad.

Federación Agraria Argentina es una entidad privada, de carácter gremial y de servicios que por libre determinación nuclea a pequeños y medianos productores respecto a la superficie que poseen. Su origen se remonta a la huelga de arrendatarios y aparceros que tuvo lugar en 1912 y que la historia recoge como “Grito de Alcorta”. Su presidenta actual es Andrea Sarnari, primera presidenta mujer de la entidad. (Federación Agraria Argentina [FAA], s.f.).

En cuanto a la Cooperativa de Trabajadores, se identifican como espacios creados por hombres y mujeres desplazados del mercado laboral formal, que encuentran en el asociativismo una modalidad para organizar el trabajo, la producción y la comercialización. La modalidad institucional para una situación de vulnerabilidad que adquiere importancia tanto para el trabajo doméstico y de cuidado, históricamente no remunerado, así como para constituir un ingreso. Actividades como la cría de animales menores, de granja, las huertas, entre otras, suelen asociarse a sectores con escaso o nulo acceso al capital para la producción.

Las Cooperativas de Producción y Trabajo, cooperativas que se incrementaron desde la crisis del año 2000, se erigen como alternativas para el desarrollo y comercialización de productos artesanales. Entre dichas alternativas se destacan la producción hortícola, los alimentos elaborados, la promoción de la alimentación saludable y comercio justo. Estas cooperativas enuncian la paridad de género en su organización y cuentan con una destacada participación de mujeres, como asociadas y en cargos directivos o en consejos.

Mujeres Rurales Argentina Federadas, fundada en abril de 2013, surge con la finalidad de visibilizar el trabajo realizado por mujeres en unidades productivas de pequeña superficie vinculadas a la agricultura familiar. Muchas de las asociadas

provenían de Mujeres Federadas, de donde se alejan al no encontrar representatividad frente a sus reclamos (Diario Castellano, 2025).

Dentro del ámbito gubernamental se encuentran instituciones de carácter técnico como son INTA y SENASA y comunas (en la actualidad municipios bajo la nueva constitución de la provincia de Santa Fe). Las modalidades de participación de estas organizaciones difieren de otras instituciones tradicionales del sector agropecuario. La consideración del tema se relaciona a políticas públicas locales y nacionales.

Las instituciones consideradas como tradicionales en el accionar del sector agropecuario como FAA, AFA, FECOFE, SRA presentan diversas modalidades de organización, pero todas se encuadran en la representación de las unidades de producción. En cambio, asociaciones como AAPRESID, AMRAF e incluso la Cooperativa de Acopiadores de Granos, emergen en el contexto de los años noventa y posteriores y presentan diferentes dinámicas respecto a aquellas consideradas instituciones tradicionales del agro argentino. En esa representación, las unidades de producción que tenían mujeres como productoras eran ínfimas y no accedieron a ser miembros de las instituciones como productoras, más que como administrativas, o empleadas de planta general.

En INTA, por ejemplo, los clubes de hogares rurales brindaron un espacio con marcada presencia de mujeres, pero no fueron habilitadas para la participación en estructuras de decisión como los consejos directivos (Mecozzi, 2018). Por su parte SENASA en la última década incorporó las identidades sexo-genéricas diversas, acorde con la ley de cupos y paridad principalmente para trabajos administrativos.

Los ejes relevados

Con relación a estos ejes y a lo expresado, es posible señalar: Se identifican al menos dos tipos de participación: por un lado, las que se realizan desde las coordinaciones hacia el interior y el exterior de las instituciones; por otro, la participación en los consejos e incluso el acceso a la presidencia de las mismas. En este sentido las mujeres entrevistadas comparten la tensión entre el trabajo doméstico y de cuidado (familiares a cargo y actividades de reproducción) y las exigencias horarias, etc. que demandan los cargos jerárquicos.

En el caso de las cooperativas, resulta importante si quienes participan son identificadas y reconocidas como productoras asociadas o si figuran sus esposos o hijos como productores. La situación es diferente en las cooperativas de trabajo y producción, ya que, por necesidades de generar ingresos, las mujeres son quienes producen y asociarse a una cooperativa les permite acceder a canales de comercialización y formalizarse tributariamente como monotributistas.

En las asociaciones agropecuarias, la situación varía según la institución, aunque de manera general cuentan con personal de entre 30 y 50 años. En estas instituciones prevalece la idea de que la brecha de género es parte de la decisión individual para involucrarse en la institución, aun cuando existen obstáculos. Las asociaciones buscan enfatizar valores individuales que pueden potenciarse en la institución. Si bien las entrevistas encuentran situaciones de discriminación, son consideradas como parte de los desafíos del trabajo que desempeñan.

Identificación y recorrido laboral

El trabajo se propuso reconocer las identificaciones laborales de las mujeres entrevistadas, así como si la condición de productoras es significativa. Como se indicó anteriormente, son pocas las mujeres que se identifican como tales y participan en las instituciones desde ese rol; esta identificación es más frecuente en mujeres que realizan producción artesanal. En las unidades de producción censadas como agrícolas-ganaderas las mujeres representan aproximadamente un 20% del total, al ser una minoría en inscribirse en el rol de productoras, esto coincide, en las menores posibilidades de acceso a la propiedad de la tierra. No obstante, pueden ser propietarias sin necesidad de inscribirse como productoras, identidad que históricamente ejercen los hombres, debido al predominio de estereotipos que relacionan lo masculino al acceso a recursos productivos. Históricamente y aún en la actualidad son los hombres quienes acceden a maquinarias, créditos y titularidad de la propiedad. Cuando las mujeres se reconocen como productoras y participan en las instituciones agropecuarias logran acceder a los consejos e incluso a la presidencia, aunque en menor proporción. En ese sentido, las prácticas institucionales cotidianas se ven tensionadas por la relación entre lo público y lo

privado y por los roles domésticos, desde donde se definen posibilidades individuales para articular trabajo productivo y reproductivo.

En las cooperativas de trabajo y producción las mujeres participan en los consejos y ocupan cargos directivos, estas posibilidades están relacionadas a ser reconocidas como productoras artesanales y a las capacitaciones requeridas para poder llevar adelante las responsabilidades legales y formales.

En el caso en que se identifican como trabajadores que alquilan tierras, participan mujeres y hombres en una división del trabajo marcada por la precariedad de tenencia y por producciones de corto plazo, determinadas por la duración de los contratos de alquiler y con lo producido generan un ingreso. La identificación que predomina es la de trabajadoras y trabajadores desplazados de empleos. No obstante también predominan los estereotipos en las actividades, es más frecuente que la maquinaria la manejen hombres.

Cuando desarrollan tareas como empleadas, aquellas que cuentan con formación como ingenieras, comunicadoras, trabajadoras sociales u otras profesiones se identifican desde sus estudios y ocupan puestos laborales, coordinaciones y lugares con mayor presencia en consejos directivos de instituciones gubernamentales.

Las empleadas administrativas se identifican principalmente como trabajadoras, con distintas responsabilidades según el puesto que ocupan y la participación gremial está supeditada a los tiempos entre trabajo productivo/trabajo doméstico y a la permeabilidad institucional para la participación de mujeres.

En los establecimientos agropecuarios los puestos laborales que son ocupados por mujeres en su mayoría asumen tareas de trabajo doméstico y mantenimiento de casas de campo.

Los recorridos laborales difieren entre quienes se relacionan directamente con actividades del campo y aquellas que lo hacen desde profesiones vinculadas con la ruralidad. En los dos casos, estos recorridos se combinan con temas domésticos, como lugar de residencia, distancias a los trabajos, empleos de las parejas, edad de hijas/os y responsabilidades de cuidado.

También se observan diferencias según la edad. En ninguna de las entrevistas se menciona la existencia de incentivos institucionales para la ocupación de cargos

jerárquicos; por el contrario, el acceso suele relacionarse con capacidades y objetivos individuales. Algunas mujeres siendo integrantes de unidades de producción participan en actividades institucionales, pero sin asumir tareas de coordinación. Entre quienes son empleadas ocurre algo similar, priorizan actividades que son inherentes al puesto y otras actividades se realizan por el interés individual, tensionadas por el tiempo demandado y la valoración y/o retribución que reciben.

Las profesionales coinciden en haber iniciado el recorrido en las instituciones a través de proyectos, pasantías o contratos temporales.

Las empleadas administrativas u otras funciones acceden a sus puestos por diferentes mecanismos, pero en ningún caso se registran contratos y/o empleos para mantenimiento de maquinarias, tractoristas u otras actividades, trabajos que históricamente están relacionados a estereotipos de género en el agro.

El momento histórico de las instituciones influye especialmente en aquellas de larga trayectoria en el agro. La incorporación de políticas de paridad de género impulsa cambios que no pueden ignorarse, aunque se abordan de manera disímil en cada organización.

En la última década se observan más posibilidades institucionales relacionadas con políticas públicas de género.

Para las empleadas, las oportunidades se vinculan con concursos, convocatorias a coordinaciones de proyectos o incorporación como personal de planta, etc. No se detectaron restricciones explícitas referidas a la condición de género en los requisitos de ingreso, sin embargo, en las entrevistadas expresan diferenciaciones implícitas. Por ejemplo, pocas mujeres se presentan a puestos de mantenimiento de maquinarias y es más frecuente que accedan a trabajos domésticos, principalmente de limpieza.

El momento de la historia de las instituciones es más notorio en aquellas consideradas tradicionales del agro y cuando hay políticas que impulsan la paridad de género, de diferentes formas en cada una de las instituciones.

Experiencias anteriores

No se identificaron planes sistemáticos de formación institucional sobre género. En general abordan el tema a partir de cuestiones previstas en la Ley Micaela

en instituciones estatales, pero los acercamientos suelen surgir por interés individual. Según lo manifestado en las entrevistas resulta difícil instalar un debate institucional sin que se recree la misma concepción binaria.

En las instituciones del agro, al igual que en la ruralidad en general, persisten estereotipos relacionados con lo que es inherente al trabajo femenino y masculino.

Las iniciativas de formación surgen, en general, de grupos de mujeres que buscan capacitarse y lograr espacios de validación institucional.

Todas las entrevistadas manifestaron haber presenciado o vivido situaciones de incomodidad respecto al tema. Algunas señalan que los hombres tampoco saben cómo tratar el tema y en otros casos que no les interesan tratarlo, prevaleciendo una concepción evolucionista en el sentido que antes era difícil estudiar o manejar un vehículo para las mujeres, siendo ahora más sencillo, como condiciones de evolución y no de luchas constantes por igualdades y por lograr presencia institucional.

En algunos casos las instituciones impulsan el tema y recopilan información a los fines de progresar en la paridad de género, pero varía entre los mandatos institucionales.

Participación de las mujeres en las instituciones

La participación es diferente según la condición de identificación por ejemplo si son propietarias o parte de unidades de producción, empleadas con títulos o empleadas para diferentes labores generalmente administrativas, o actividades relacionadas a lo doméstico.

Entonces las posibilidades de participación en espacios institucionales varían en ser parte de comisiones, miembros de consejo, presidentas, miembros de gremios. Remarcan las diferencias regionales en los territorios y las diferencias entre ir a trabajar al territorio y transitar y vivir lo cotidiano en los mismos.

En general, encontramos que participan cuando son relacionadas a las unidades de producción, y pueden acceder a coordinación de las instituciones de comisiones, áreas de gestión de género, y en menor proporción en cuestiones gremiales como empleadas. Siempre la participación en esos puestos es referida a

los intereses personales y a la relación que establecen entre el trabajo productivo/doméstico respecto al tiempo requerido y la remuneración.

Las normas institucionales no escritas, son parte de las prácticas sociales, y son mencionadas como aquellas situaciones en que encuentran posibilidades de participación y a los desafíos que afrontan con cargos de gestión.

Trayectoria en el abordaje del tema de género y sugerencias para su tratamiento institucional

En este tópico difieren. Hay quienes consideran que las capacitaciones fueron positivas y otros que consideran que generaron rechazo a tratar el tema institucionalmente.

Consideran que el tema debe ser tratado, pero difieren en cómo abordar el mismo, quiénes deben responsabilizarse por el tema, si los hombres también deben capacitarse hasta quienes consideran como toda respuesta que el tema es cultural y que como tal es inabarcable. Es difícil que puedan enfocarse en un común institucional que no remita a las condiciones individuales en que encuentran el trabajo productivo que les expone a lo público y el trabajo doméstico como un accionar privado.

Reflexiones finales

Las mujeres entrevistadas evidencian los mandatos de diferentes maneras, según las historias familiares, pero al momento del trabajo y al relacionarse con las instituciones se agudizan algunos temas que se reflejan en la participación. El tiempo que requieren de ausencia de las cuestiones domésticas, cuando acceden a cargos jerárquicos es una tensión que todas enmarcan cuando tienen hijos y/o personas al cuidado. Cuando no tienen esas situaciones a veces eligen un perfil competitivo, aunque también hay temas de competitividad entre mujeres con cargos jerárquicos porque siempre se remite a la capacidad individual y valoraciones institucionales. No se encuentran lineamientos institucionales que puedan ser considerados como políticas para disminuir las disparidades de género e

incorporación de diversidades. Cuando se producen acciones en este sentido es porque son impulsadas desde las estructuras gubernamentales.

El momento histórico de constitución de las diferentes instituciones del agro se materializa en la participación de las mujeres como asociadas y su constante cambio en el tiempo. En los últimos años en las instituciones tradicionales se ha incrementado la participación de las mujeres, no obstante, en los cargos jerárquicos la tradición condiciona los estereotipos de género y la división sexual del trabajo. En las instituciones del agro inauguradas 15 años atrás, relacionadas con la economía social y solidaria, se instituyen con la participación mayoritaria de mujeres y desde sus inicios presentan paridad de género en los cargos directivos. La incorporación de políticas de paridad de género impulsa cambios que no pueden ignorarse, aunque se abordan de manera disímil en cada organización. Los resultados pueden contribuir a un tratamiento del tema en las instituciones y al diseño de políticas que consideren aquellos que expresan las mujeres.

Las instituciones que referimos como tradicionales de la región representan unidades de producción y en esto quienes son propietarios de tierra y por ende tienen acceso a capital y aunque algunas instituciones impulsan acciones para incrementar la participación de mujeres ésta es aún minoritaria.

En las organizaciones de trabajo de economía social, el capital es el conocimiento y capacidades que van adquiriendo las mujeres principalmente en conocimiento y se las suele relacionar a programas estatales de emprendimientos y en algunos casos a microcréditos.

La historia de la incursión de las mujeres en las esferas públicas de la producción resalta los estereotipos de lo masculino y femenino en el agro y en la institucionalidad, y aunque se ven cambios paulatinos, la diferenciación histórica sigue presente.

Las instituciones públicas se rigen por las políticas implementadas al respecto y eventualmente toman iniciativas de paridad a través del accionar gremial.

En general los estereotipos de lo femenino y masculino respecto a las condiciones de trabajo están presentes en todas las instituciones mencionadas.

Es un camino a andar y los interrogantes persisten acerca de igualdad en derechos, en remuneración y en acceso a condiciones laborales facilitadas por las instituciones.

Referencias

- Arango, G. (2025). Una sociología sin fronteras: Exploraciones sobre género y trabajo. En M. Viveros Vigoya (Comp.) *Textos reunidos de Luz Gabriela Arango (1991-2018)*. CLACSO.
- Banco Interamericano de Desarrollo. (2024). *Reporte 2024*. <https://www.iadb.org>
- Biaggi, M. C., Cerniak, L., y Rigelet, M. (2007). *La participación de las mujeres rurales en el desarrollo: Una mirada desde las instituciones y los territorios*. INTA/FAO.
- Biaggi, C., y Knopoff, M. (2021). *Las mujeres rurales en Argentina: Análisis de datos censales*. OSF Preprints. <https://doi.org/10.31219/osf.io/abcd1234>
- Bidaseca, K., Aragão Guimarães Costa, M., Brighenti, M. y Ruggero, S. (2020). *Diagnóstico de la situación de las mujeres rurales y urbanas y disidencias en el contexto de COVID-19*. Pensar la Pandemia. Observatorio Social del Coronavirus. <https://www.pensarlapandemia.org>
- Carini, G., y Martínez, J. (2023). Una visión más amplia: Cooperativismo y mujeres, una lectura desde la experiencia de Santa Fe. *Zona Franca*, (31), 198-216.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2024). *Panorama social de América Latina y el Caribe 2024* (LC/PUB.2024/21-P/Rev.1). CEPAL.
- Cloquell, S., Propersi, P., y Albanesi, R. (2011). Algunas reflexiones acerca de la producción familiar pampeana. En N. López Castro y G. Prividera (Eds.), *Repensar la agricultura familiar: Aportes para desentrañar la complejidad agraria pampeana* (pp. 97-103). Ciccus.
- Creswell, J. W., y Plano Clark, V. L. (2018). *Designing and conducting mixed methods research* (3.ª ed.). SAGE Publications.
- De Arce, A. (2021). Desigualdades instituidas, género y ruralidades en la Argentina (S. XX-XXI). *Estudios Rurales*, 11(22).
- Diario Castellanos. (2025, 19 de marzo). 130 años de la Sociedad Rural de Rosario: Historia, desafíos y futuro. *Diario Castellanos*. <https://www.diariocastellanos.com.ar>
- Durán, B. R., y Hinojosa Pérez, M. (2023). *Informe mujeres: Acceso a la tierra y territorio en Sudamérica*. Instituto para el Desarrollo Rural de Sudamérica (IPDRS).

- Federación de Cooperativas Federadas. (s. f.). *Nuestros orígenes*.
<https://www.fecofe.coop/nuestros-origenes/>
- Ferro, S. L. (2013). *Género y propiedad rural en la Argentina*. UCAR.
- Gasselin, P., Cloquell, S., y Mosciaro, M. (Eds.). (2013). *Adaptaciones y transformaciones de las agriculturas pampeanas a inicios del siglo XXI*. Ediciones Ciccus.
- Gonnella, M., Pascuale, A., Torres Zanotti, C., Seta, S., y Mazzufero, M. (2025). Mujeres en la ruralidad, participación e instituciones. *Raei (Paranaguá)*, 7(1), 88-105.
- Hernández-Sampieri, R., y Mendoza, C. P. (2018). *Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*. McGraw-Hill.
- Lattuada, M. (2001). Articulación de intereses y movimientos sociales en Argentina: El caso del movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MMAL). *Revista Internacional de Sociología*, 59(30), 107-137.
- Lattuada, M., Nogueira, M. E., y Urcola, M. (2015). Las formas asociativas de la agricultura familiar en el desarrollo rural argentino de las últimas décadas (1990-2014). *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, (84), 195-228.
- Lipietz, A. (1997). El mundo del postfordismo. *Ensayos de Economía*, 7(12), 11-52.
- López Castro, N. (2013). *Transformaciones sociales y procesos de diferenciación social de la producción familiar pampeana* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata].
- Manzanal, M. (2000). Los programas de desarrollo rural en la Argentina (en el contexto del ajuste macroeconómico neoliberal). *EURE*, 26(78), 77-101.
- Manzanal, M. (2006). Regiones, territorios e institucionalidad del desarrollo rural. En M.
- Manzanal, G. Neiman y M. Lattuada (Comps.), *Desarrollo rural: Organizaciones, instituciones y territorios*. Ediciones Ciccus.
- Massey, D., y Bernal, G. E. (1998). Espacio, lugar y género. *Debate Feminista*, 17, <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.1998.17.428>
- Mecozzi, J. G. (2018). *Los clubes del hogar rural: Una política del INTA dirigida a las mujeres (1958-1974)* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de La Plata]. SEDICI. <https://sedici.unlp.edu.ar>

Sindicalismo rural y género: abordajes desde América Latina

Macarena Mercado Mott¹

¿Por qué nos interesa la participación de las asalariadas agrícolas en los sindicatos? Porque, como dice Andujar (2022), nos interesa “poner de relieve la gravitación del género en la formación de la clase, en la experiencia proletaria y en la protesta”. Pensar el trabajo asalariado implica considerar la organización sindical; por lo tanto, para reflexionar sobre la feminización del trabajo asalariado agrícola (Lara, 1995; Valdés Subercaseaux, 2015), es necesario contemplar sus formas de participación en los sindicatos rurales y agrarios.

La principal motivación –y pregunta– radica en indagar en qué medida la “marea sindical” (Goldman, 2018) salpicó a los sindicatos rurales y a los estudios sobre sindicalismo rural. Es decir, cómo se dio el fortalecimiento de “la producción académica sobre las relaciones entre sindicalismo, feminismo y movimientos sociales (...) en el marco de los activismos feministas y las demandas por la ampliación y reconocimiento de derechos laborales, sociales y de igualdad de género” (Rodríguez, 2025, p. 611) en los estudios agrarios. Para esbozar una respuesta, nos propusimos encarar una sistematización de los aportes recientes, identificando los distintos abordajes y destacando los principales hallazgos de las autoras².

El capítulo tiene por objetivo presentar una revisión sistemática y crítica de los estudios desarrollados en América Latina que han puesto la mirada en la organización gremial de las trabajadoras rurales. Para ello, hemos desarrollado un estado del arte sobre el sindicalismo rural en clave de género, al cual podemos considerarlo como parte fundamental de cualquier investigación –en tanto la

¹ Docente en la carrera de sociología de la Universidad Nacional del Chaco Austral (UNCAUS) e integrante del Grupo de Trabajo "Géneros y Ruralidades" (AASRU) y del Programa "Trabajo, hogares y organizaciones en espacios rurales" (CEIL-CONICET).

² Si bien en el relevamiento de la producción sobre sindicalismo rural/agrario y género encontramos varones como coautores, quienes exponen la preocupación por la temática y se ocupan de abordarla en su mayoría son mujeres. En consecuencia, haremos referencia a “las autoras” cuando se trate de obras colectivas y del corpus de textos que tomamos para la elaboración de este capítulo.

revisión de antecedentes permite definir la situación actual del problema y encontrar una vacancia a la cual contribuir- o bien como una investigación documental con desarrollo propio. En esta ocasión optamos por el segundo camino, lo cual no significa abandonar la posibilidad de desarrollar futuras investigaciones a partir de los hallazgos y reflexiones a las que lleguemos.

En ese sentido, aplicamos la elaboración de un estado del arte como propuesta metodológica de investigación cualitativa-documental de carácter crítico que revisa lo producido por otros/as/es (Gómez Vargas, Galeano Higueta y Jaramillo Muñoz, 2015). En decir, proponemos una *investigación de la investigación* (Jiménez Becerra, 2004) dedicada a la participación de las mujeres en los sindicatos rurales.

El trabajo tiene sus inicios en la estancia de Doctorado Sándwich realizada en la Universidad Federal de Integración Latinoamericana, en Brasil, durante los meses de abril a julio de 2025. En ese período se llevaron adelante tareas de consulta y sistematización bibliográfica bajo el arco temático *“Sindicatos rurais e vínculos com o Estado visto da perspectiva latino-americana”*. Una de las dimensiones que organizó la indagación, orientada a identificar las interseccionalidades que constituyen los colectivos de trabajadores/as rurales que integran las organizaciones sindicales en áreas rurales latinoamericanas, fue la dimensión de género.

A partir del barrido bibliográfico en diversas fuentes, principalmente motores de búsqueda académica, repositorios institucionales e índices bibliográficos, pero también a partir de la recomendación de otros/as investigadores/as y docentes que estudian el trabajo asalariado en el agro y sus formas de organización y participación político-gremial, hemos encontrado 27 trabajos que abordan el sindicalismo rural desde una mirada de género, abarcando el período 2004 - 2025.

Como plantea Tosta Gonçalves, “se é pouco o que se sabe sobre os modos de vida e as condições de trabalho dos assalariados e das assalariadas (principalmente no caso destas), menor ainda é o conhecimento e o debate sobre a sua organização política”³ (p. 75). En este sentido, las investigaciones sobre sindicalismo rural no

³ Debido a que el capítulo propone una mirada regional, se intentó conservar el portugués en las citas textuales de autores y autoras brasileiros/as.

abundan, al menos respecto a otros sujetos del campo. Sin embargo, existe una serie de trabajos en Argentina, Chile, Brasil y Uruguay que analizan las formas en que las mujeres que trabajan en el campo participan en los sindicatos.

En cada caso, los estudios se detienen en problemáticas diversas, ya que tanto las ruralidades como las características del trabajo y de las organizaciones presentan particularidades propias. Una primera revisión permitió advertir que los países mencionados concentran, en los últimos años, la mayor producción sobre la temática; por ello, el capítulo se limita a sistematizar y analizar los estudios desarrollados en Argentina, Chile, Brasil y Uruguay.

Las olvidadas de la tierra y el sindicalismo agrario en Uruguay

El sindicalismo agrario en Uruguay tiene sus orígenes en la década de 1930 con las reivindicaciones que contemplan mejoras salariales y de condiciones de trabajo en los arrozales. Su desarrollo fue ampliamente resistido por las patronales hasta que en el año 2005, desde el gobierno se impulsaron derechos laborales para los/as asalariados/as del agro. Desde entonces, el sector rural es convocado para los Consejos del Salario, situación que estimuló y revitalizó al sindicalismo agrario (Riella y Mascheroni, 2019), llegando a la existencia de una veintena de organizaciones y de una central a nivel nacional: la Unión Nacional de Asalariados, Trabajadores Rurales y Afines (UNATRA) (Mascheroni, Fiorit y Courdin, 2024).

En *“Las olvidadas de la tierra: asalariadas rurales del Uruguay. Clase y género en cuestión”* Rodríguez Lezica y Carámbula (2015) parten de una problemática central al momento de pensar el lugar de las mujeres en el sindicalismo agrario, “la falta de una perspectiva de análisis que integre y problematice las relaciones de clase y género” (p. 93) en el marco de las relaciones capitalistas en el agro, enfoque que permite explicar cómo se expresa la desigualdad de género en el hogar, en el ámbito laboral y en las organizaciones de los/as trabajadores/as del campo.

Mediante una revisión bibliográfica, las autoras identifican los esfuerzos, hasta ese momento escasos, por estudiar la situación de los trabajadores asalariados en el medio rural, las experiencias de sindicalización en un contexto de expansión de los complejos agroindustriales en el país, los cambios en la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo agraria.

Entre esos esfuerzos por pensar a este sector de trabajadores, resaltan aquellas investigaciones que pusieron en el centro las condiciones de trabajo y sindicalización de las trabajadoras. Destacan que esas investigaciones, como asimismo el artículo en cuestión, plantean una

(...) ruptura con la lectura homogénea de ‘las mujeres rurales’, lectura que no reconoce la diversidad al interior de esta categoría, centrándonos particularmente para este artículo en una distinción de clases y sin desconocer otros varios factores de diferenciación (raza o generación, entre otras), buscando coherencia con el rechazo al ‘universalismo’ abstracto, masculino, presente también en categorías homogéneas como la de ‘asalariados rurales’. (Rodríguez Lezica y Carámbula, 2015, p. 97)

En ese sentido, resaltan que la categoría de asalariados es compleja y heterogénea, y que esta complejidad tiene su correlato en las organizaciones, por lo que proponen que el enfoque de clase contenga el de género y viceversa al momento de analizar al asalariado rural en el Uruguay.

Rodríguez Lezica (2018), en *“¿Y las mujeres dónde están? Una otra mirada al sindicalismo rural en Uruguay”*, se pregunta qué ocurre cuando se indaga por el lugar de las mujeres en el sindicalismo rural, por las acciones que despliegan en la lucha contra su explotación y por las limitantes a las que se enfrentan incluso en esas experiencias de lucha.

En esta oportunidad, la autora avanza sobre un caso concreto para analizar “las acciones de insubordinación de mujeres que trabajan en la fase rural de la citricultura uruguaya en el departamento de Paysandú” (p. 5). De cierta forma, justifica su investigación a partir del contexto de revitalización de las organizaciones sindicales de asalariados/as rurales en Uruguay que tiene lugar desde el año 2005, e incluso del desarrollo de estudios que toman como objeto de análisis a mencionadas organizaciones. Sin embargo, la autora reconoce que quedan caminos por recorrer en lo que a mujeres asalariadas rurales respecta, y en la “invisibilidad que ha tenido su lucha en un contexto de explotación capitalista y cultura patriarcal” (Rodríguez Lezica, 2018, p. 7).

Vale destacar que la autora se posiciona, resaltando el componente político de su estudio y el ensayo metodológico en clave feminista que desarrolla “para develar de esa manera aquello que hasta entonces habría permanecido oculto” (Rodríguez Lezica, 2018, p. 8). Este planteo recorre todo el texto en dos sentidos:

(...) se han colocado bajo la lupa relaciones de poder que pudieran estar generando desigualdades al interior de los sindicatos, buscando develarlas en el transcurso de la investigación y junto a las mujeres con las que se trabajó. Se ha buscado además hacer un llamado de atención sobre las olvidadas de la tierra dentro del campo de la sociología rural, y los estudios sobre organizaciones sindicales rurales. (Rodríguez Lezica, 2018, p. 9)

En el libro “*Los sindicatos rurales tienen género: Un abordaje organizacional y feminista de un sindicato rural uruguayo*”, sus autoras/es presentan un diagnóstico organizacional feminista de un sindicato de trabajadores y trabajadoras cosechadores citrícolas en el departamento de Salto en Uruguay. Su preocupación es principalmente la baja participación de las mujeres en los sindicatos rurales, considerando dos procesos que podrían implicar un escenario diferente: “el aumento de la mano de obra femenina en la citricultura, entre otros rubros, y el incremento de la sindicalización rural” (Migliaro et al., 2018, p. 115).

Para poder encontrar una explicación, las autoras analizan la producción citrícola y realizan un estudio de caso sobre los factores organizacionales sindicales que favorecen u obturan la participación equitativa entre trabajadores y trabajadoras. En ese camino consultan una diversidad de fuentes: “entrevistas individuales (a integrantes del sindicato e informantes claves), entrevistas grupales (donde se recurrió a las herramientas: línea de tiempo y organigrama), observación y relevamiento de información secundaria” (Migliaro et al., 2018, p. 116).

La propuesta de análisis que proponen las autoras tiene como punto central que la “estructura sindical se asienta sobre el proceso de trabajo (...) todo estudio sobre la organización sindical debe transversalizar el análisis de la organización del trabajo relativo al sector de actividad, estudiando el proceso de trabajo, la

organización de la producción, la composición de la mano obra y las modalidades de contratación” (Migliaro et al, 2018, p. 117).

Las autoras identifican una serie de núcleos problemáticos que actúan como barreras para la participación de las mujeres en el sindicato y sostienen que las desigualdades de género presentes en el trabajo rural asalariado se reproducen en la organización sindical. El primero se vincula con las características de la mano de obra en la citricultura de Salto y la feminización de la zafralidad, en un contexto atravesado por la figura de los contratistas, la persistencia de malas condiciones laborales y bajos salarios. El segundo refiere a la tensión entre la vida familiar o de pareja y la participación sindical, donde el tiempo disponible y los roles de género tradicionales resultan determinantes. El tercero alude al sexismo y a la configuración masculinizada de las prácticas y espacios sindicales. En conjunto, estos factores explican una participación femenina menor o intermitente, condicionada por la precarización laboral, la desigual distribución del tiempo y situaciones concretas de violencia y exclusión que pueden incluso obstaculizar su involucramiento desde las etapas iniciales de organización sindical.

Rodríguez Lezica, Migliaro y Krapovickas (2018) *Del papel al barro: metodología feminista para el abordaje de las desigualdades de género en sindicatos rurales uruguayos*”, comparten el diseño y los resultados de una metodología de investigación feminista que desarrollaron en el marco del proyecto “Desigualdades en la participación sindical de asalariados y asalariadas rurales en Uruguay”.

Desde una lectura estructural sobre las desigualdades de clase y género, indagan sobre los modos en que se construyen y perpetúan esas desigualdades en las organizaciones sindicales rurales. Proponen realizar la investigación desde un abordaje metodológico feminista, la cual consiste en tres etapas: 1) elaborar el proyecto; 2) revisar literatura sobre epistemología y metodología feminista; 3) implementar el diseño metodológico feminista, el cual implica la autoformación del equipo de investigación y grupos focales interpretativos.

Las autoras contextualizan sus preocupaciones y motivaciones en la historia y la coyuntura que atraviesa el sindicalismo rural uruguayo, donde se les presenta una pregunta clave por parte de una referente “¿por qué las mujeres no participan en los sindicatos rurales?”. Preguntan que ellas refuerzan con otro cuestionamiento

“¿hay algo novedoso que podamos proponer desde la Universidad para abordar esta problemática?”.

Esto las lleva a reflexionar sobre la epistemología y la metodología feminista, especialmente sobre “el compromiso ético y/o político de la investigación, el control sobre el proceso, las relaciones de poder, la confidencialidad y el uso de la información, la veracidad y la fiabilidad de la información obtenida, sea cual fuere la metodología escogida para llevarlo a cabo” (Rodríguez Lezica et al., 2018, p. 8).

Las autoras presentan las dinámicas que resultaron de los espacios de autoformación y de los grupos focales interpretativos. Analizan aspectos de contenido, pero también reflexionan sobre cuestiones que surgen a partir de la aplicación de cada una de las decisiones metodológicas. Entre sus conclusiones, además de exponer la emocionalidad que implicó el proceso, sintetizan el trabajo realizado en el siguiente párrafo

(...) el análisis del mundo del trabajo asalariado y del sindicalismo rural desde una perspectiva feminista no implica simplemente analizar y denunciar los roles y condiciones de trabajo de las mujeres. La perspectiva feminista nos permite denunciar las desigualdades sociales que recaen sobre las mujeres e incluso ir más allá, alterando el abordaje desde donde construimos el problema. (Rodríguez Lezica, Migliaro y Krapovickas, 2018, p. 22)

Por su parte, Mascheroni, Fiorit y Courdin (2024) en “No somos almohadón, no estamos pa'relleno”: sindicalismo agrario y género en Uruguay. Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia” se centran en comprender las experiencias de militancia sindical de las mujeres en el sector agrario de Uruguay. A través de un abordaje cualitativo (talleres, entrevistas y fuentes documentales) se focalizan en las dificultades para la participación sindical, las formas de participación, los logros y desafíos en la incorporación de la agenda de género en la negociación colectiva.

Antes de abordar estrictamente la cuestión sindical, las autoras caracterizan el empleo agrario, resaltando que “la inserción de las mujeres (...) está marcada por la forma en la que opera la división sexual del trabajo en el espacio de producción y reproducción, (...) empleos más precarizados, menos calificados y con menor

remuneración (...) que su presencia es mayor entre las ocupaciones transitorias y zafrales del sector, una de las ocupaciones más asociadas a la vulnerabilidad social y laboral en el país” (Mascheroni et al., 2024, p. 311). Esta caracterización es fundamental, debido a que como ellas mismas citan, las desigualdades de género en el mundo del trabajo se perpetúan en la organización sindical, la cual está atravesada por mecanismos patriarcales que condicionan tanto la presencia como la permanencia de las mujeres en esos espacios.

En ese contexto, las autoras identifican las diferentes formas en las que el patriarcado opera en los modos en que las asalariadas agrarias se insertan en el mercado de trabajo y en los espacios gremiales. De esta manera, concluyen que

Los sindicatos agrarios son espacios masculinizados tanto en sus afiliaciones como en las dirigencias, las prácticas sindicales y los temas tratados. Las asalariadas identifican un conjunto de obstáculos a la participación gremial de las mujeres vinculados con los problemas para conciliar la vida familiar, laboral y sindical, y con mecanismos patriarcales que operan en la interna de los sindicatos. Dentro de los primeros se encuentra la alta carga total de trabajo de las mujeres, la dificultad de compatibilizar responsabilidades familiares con las dinámicas sindicales, los conflictos y resistencias familiares. Dentro de los segundos se destacan prácticas de humillación, menosprecio e inferiorización de las mujeres que se traducen en aspectos tales como el lenguaje y formas de interacción ofensivas, violencia y acoso laboral, deslegitimación de su capacidad de representación. Asimismo, los sesgos de género se expresan en la agenda sindical y de la negociación colectiva. (Mascheroni et al. 2024, p. 326)

En *“Mujer, rural, asalariada y militante”*, un texto escrito a cuatro manos por Rossi, ingeniera agrónoma, y Troche, asalariada rural, se narra la historia de vida de esta última. En su texto nos encontramos con la trayectoria vital y laboral de una mujer que desde niña “lleva el trabajo rural en la sangre”.

Rossi y Troche (2024) nos introducen al mundo que habitan las asalariadas rurales. Nos describen, mediante esta historia de vida, las condiciones de trabajo, la

baja o nula registraci3n de las mujeres, sus posibilidades de jubilarse, las tareas que realizan de forma temporal en las cosechas.

El recorrido llega al momento en que Susan Troche pasa de ser una afiliada m1s a militar en el sindicato de la empresa, el Sindicato de Trabajadores de la Horticultura (STH), del cual lleg3 a ser vicepresidenta, cargo que la llev3 a tener una activa participaci3n en la Uni3n Nacional de Asalariados, Trabajadores Rurales y Afines (UNATRA). El repertorio de Susan Troche en el 1mbito sindical inicia en 2012 e incluye militancia en el lugar de trabajo, movilizaciones, ocupaciones y hasta una huelga de hambre por el cierre de la empresa Green Frozen.

Tambi3n form3 parte de la Uni3n de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), volvi3ndose su secretaria general en 2018. Cuando el texto termina de escribirse, en el a1o 2023, Susan Troche comenta que decidi3 dejar la militancia sindical cuando su marido enferm3 y que luego de su fallecimiento, sus compa1eras de UTAA la convocaron para una elecci3n, de la cual result3 electa como Secretaria de G3nero y Equidad.

As Margaridas do Brasil

En lo que refiere a Brasil, Favareto (2006) resalta la particularidad de la composici3n de los sindicatos rurales respecto de lo que ocurre en otros pa1ses.

a principal base social e os principais quadros dirigentes que se firmaram ao longo dos trinta anos de trajet3ria desse movimento foram os produtores familiares de diferentes origens, e n1o os assalariados rurais. Ao contr1rio da experi4ncia da maioria dos pa1ses desenvolvidos e dos pa1ses da periferia, no Brasil essa representa3o se deu de uma maneira muito particular. (Favareto, 2006, p. 27-28)

A mediados de los a1os 50, aparecen en la arena pol1tica una serie de diferentes categor1as de trabajadores en lucha, destac1ndose las Ligas Campesinas que denunciaban el monocultivo, la mecanizaci3n y el latifundio que representaba, al mismo tiempo, la gran propiedad privada y las formas de dominaci3n y opresi3n existentes en ella. Las Ligas Campesinas se expandieron por 40 municipios,

generando un ambiente de discusión política-ideológica-organizativa con otros espacios. Ante ese escenario, el Estado resolvió institucionalizar el sindicalismo rural que, hasta 1960, no había reconocido a más de 8 sindicatos rurales (Thomas Júnior, 1998).

Los trabajadores rurales se organizaron en Sindicatos de Trabajadores Rurales a nivel municipal, en Federaciones de Trabajadores en la Agricultura a nivel estadual y en la Confederación Nacional de los Trabajadores Rurales Agricultores y Agricultoras Familiares (CONTAG) a nivel nacional. Esto implicó que toda la diversidad de grupos sociales y situaciones de trabajo rural fueron encuadradas en la categoría única de *trabajador rural*.

En ese contexto, João Goulart sanciona el Estatuto del Trabajador Rural⁴, efectivizando la extensión de la legislación laboral (Consolidação das Leis do Trabalho - CLT) al campo, creada en 1943 durante el Estado Novo (Magalhães, 2022, p. 12). Además, el Estatuto consolidó la posibilidad del derecho a la sindicalización (De Medeiros, 2023). Sin embargo, el sindicalismo rural fue recién reglamentado en 1962 (Thomaz Júnior, 1998).

Fue esa reglamentación la que garantizó las bases legales para la creación de la Confederação Nacional dos Trabalhadores Rurais Agricultores e Agricultoras Familiares (CONTAG) en diciembre de 1963, la cual atravesó diversas coyunturas gremiales internas, rupturas y transformaciones. Uno de esos acontecimientos, relevante para nuestro trabajo, ocurrió en 2014, cuando en una reunión del Consejo Deliberativo Extraordinario de la CONTAG se decidió estructurar a los/as trabajadores/as rurales en dos sistemas sindicales autónomos y armónicos. Se optó por mantener, por un lado, la representación de la agricultura familiar y, por otro, por disociar la categoría de los/as asalariados/as rurales, formando un sistema

⁴ El Estatuto del Trabajador Rural instituyó la obligatoriedad de la Cartera Profesional de Trabajador Rural para quienes tenían más de 14 años; jornada laboral de 8 horas; descanso semanal remunerado; estabilidad (es decir, la imposibilidad de despedir a quien llevaba más de diez años en el mismo establecimiento); salario mínimo regional, del cual podrían ser descontados la vivienda y la alimentación ofrecida por los patrones, siempre que esté garantizado el cobro de un 30% en dinero. Además las mujeres pasaron a tener el derecho de ausentarse del trabajo 6 semanas antes y después del parto, pudiendo en casos excepcionales, aumentar ese período. El Estatuto consolidó la posibilidad del derecho a la sindicalización (De Medeiros, 2023).

sindical específico denominado Confederação Nacional dos Trabalhadores Assalariados Rurais (CONTAR).

Otro proceso que destacamos como relevante para nuestro trabajo fue la consolidación, a lo largo de ese período, de una tendencia que ya se venía gestando desde los años 80 en el interior del movimiento: la afirmación y el reconocimiento de las especificidades de los distintos grupos sociales del medio rural, cuyas demandas no podían reducirse únicamente al apoyo a la producción o a una mejor inserción en los mercados.

En el plano local, emergieron identidades con fuertes recortes étnicos y territoriales que tuvieron repercusiones dentro de la CONTAG. La primera, y probablemente la más destacada, fue la lucha de las mujeres por la democracia interna en los sindicatos. Si bien esta acción se remonta a los años 70 y 80, fue en los 90 cuando cobró mayor visibilidad.

En el congreso de 1998 se aprobó la cuota mínima del 30% de mujeres trabajadoras rurales en todas las instancias del movimiento, lo que permitió, por primera vez en la historia de la entidad, la elección de mujeres para la dirección ejecutiva y el consejo fiscal de la CONTAG. A partir de ese mismo año se incorporó el término *trabajadora* en el nombre del congreso de la organización. En ese marco, otro hito en la lucha de las mujeres dentro del sindicalismo rural fue la creación de la Marcha de las Margaritas, movilización que es problematizada y analizada por varias de las autoras que conforman nuestro corpus de producciones sobre sindicalismo rural y género.

Uno de los primeros estudios que encontramos es el de Franco Garcia (2008), *“Trabajo rural femenino y movilización social en el noreste brasileño: la dinámica geográfica de una época”* (1998-2008), donde identifica el proceso de territorialización del Movimiento de Mujeres Campesinas en la región del Noreste brasileño, presentando datos específicos de dos estados del noreste de Brasil, tomando como recorte temporal una década (1998-2008) y un enfoque geográfico. A través de una revisión de bibliografía temática, la autora expone por qué toma al MMC para estudiarlo, destacando que antes se llamó Movimiento de las Mujeres Trabajadoras Rurales y que desde 1990, el MMC unió a las luchas por derechos para

las trabajadoras rurales, la temática de la reproducción social y las relaciones de género.

Su trabajo inicia con un planteo sobre que “las mujeres trabajadoras rurales aumentaron su visibilidad colectiva a través del sindicalismo oficial”, donde la CUT y la CONTAG, “fueron las primeras organizaciones en movilizar mujeres bajo las banderas del reconocimiento de los derechos laborales y sociales. Desde 1980, las trabajadoras rurales crearon comisiones, colectivos y espacios específicos como el MMTR, el cual en su fundación se definió “como una organización autónoma de mujeres trabajadoras rurales. El motivo central para su legitimación como movimiento fue la necesidad de reconocimiento y valorización” (Garcia, 2008, p.3).

Un reconocimiento y valorización respecto de su condición de trabajadoras rurales, quienes, en 1980 y en plena expansión de la proletarización del campo, se constituyen como una organización de clase. Ya en los años 90, cuando los conflictos por la tierra se aceleran, el MMC contempla en su agenda la reivindicación del derecho a la tierra para las mujeres, en el marco de sus articulaciones con movimientos como el MST.

La autora repite una cuestión que es común en los textos que estudian el sindicalismo rural en Brasil, con la particularidad de hacer referencia a las mujeres, y señala que el MMC se destaca por “su capacidad de organización y construcción de consciencia de lucha de las mujeres trabajadoras rurales y campesinas (...) sean ellas agricultoras, labradoras, arrendatarias de tierras, aparceras, ocupantes, caseras, jornaleras, pescadoras, mariscadoras, quebraduras de coco, asentadas de reforma agraria, pequeñas productoras y sin-tierra” (Garcia, 2008, p.4).

Sin embargo, para el caso que la autora analiza, el MMTR en el noreste de Brasil, la unificación de todas las mujeres rurales en el MMC en 2003 constituyó una excepción. Según Garcia (2008), uno de los motivos que podría explicarlo es “la construcción de la categoría *camponesa* y la de *trabajadora rural* como conceptos centrales de tradiciones distintas en la lucha por la representación de las mujeres agricultoras” (p. 6).

Por su parte, de Brito Mota (2009) “*Mulheres no sindicalismo rural – reconfigurando a política*” realiza una pesquisa documental que considera el

material producido en el ámbito del movimiento sindical rural del estado de Ceará y, además, realiza entrevistas a dos mujeres que integran direcciones sindicales.

La autora expone que la experiencia política de las trabajadoras rurales en el sindicalismo cearense se manifiesta en cómo se denomina el movimiento sindical rural: “movimiento de los trabajadores y trabajadoras rurales”. De esta manera, la autora identifica cómo se da esa integración, cómo las mujeres permean el sindicalismo rural con prácticas de los movimientos de mujeres que incorporan la mística dentro de los espacios de militancia.

Al mismo tiempo, expone que la FETRECE, federación de Ceará, aprueba cuotas mínimas de participación para las mujeres de 30% en todas las instancias de deliberación y dirección de la estructura sindical, y un 50% para los cursos de formación. Si bien menciona que desde 1995, se da una inclusión femenina en el sindicalismo rural, en Ceará ese proceso tiene lugar en 1998.

La autora realiza su trabajo desde una perspectiva histórica que reconstruye momentos clave de la participación de las mujeres en el sindicalismo rural. Por ejemplo, cuando menciona que en 1995, en un Congreso Nacional de la CONTAG, se crea la Comisión Nacional de las Mujeres Trabajadoras Rurales y se anuncia que la Coordinadora recibirá un salario para poder quedar disponible para cumplir sus funciones. Para 1998, las mujeres ya podían ocupar cargos en la Dirección Ejecutiva de la CONTAG, medida que debía ser adoptada por todas las Federaciones y Sindicatos de Trabajadores Rurales.

Por último, una cuestión interesante que coloca de Brito Mota (2009) es que la participación de las mujeres en los sindicatos rurales incorpora temas y aspectos de la vida familiar, del cotidiano, de la intimidad individual traspasando los límites entre mundo público y privado. En sus palabras, “as mulheres trabalhadoras rurais, com sua militância, imprimem e radicalizam o caráter político do mundo pessoal, por entre diversas dimensões que abrangem o movimento sindical dos trabalhadores e trabalhadoras rurais do Brasil” (de Brito Mota, 2009, p. 11).

En “*Mulher, sindicalismo rural e relações de poder*”, Oliveira Amorim y de Carvalho Fiúza (2011) realizan una pesquisa basada en la revisión de trabajos teóricos, buscando profundizar algunas lecturas y debates acerca del empoderamiento de las mujeres sindicalizadas del campo. A partir de esas lecturas,

analizan la construcción de las relaciones de poder en el ámbito de participación de la mujer rural en instituciones de representación colectiva, partiendo del presupuesto de que la actuación política es un factor que promueve nuevas perspectivas de poder para las trabajadoras rurales tanto en ámbitos públicos como privados.

Las autoras señalan que hasta 1980 el movimiento sindical rural era mayoritariamente masculino. En los años posteriores esta situación comenzó a modificarse, incrementándose la participación de mujeres en las direcciones sindicales, impulsada por la acción de movimientos como el Movimiento de Afectados por las Barreras, el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra y el Movimiento de Mujeres Trabajadoras Rurales, así como por la intervención de la Iglesia Católica, que abrió espacios para debatir la condición de la mujer durante los años 1990.

En ese contexto, se buscaba construir un nuevo sindicalismo en el campo, rompiendo con estructuras asistencialistas. Entre los cambios se habilitó la posibilidad de que las mujeres accedieran a cargos de dirección e incluso a la presidencia de los sindicatos, aunque ello no implicó la desaparición de prácticas discriminatorias.

Por un lado, las autoras sostienen que la expansión de los estudios sobre la mujer se vincula con la lucha por la inserción en el mercado de trabajo, el desarrollo de los movimientos feministas y la emergencia de nuevos paradigmas en torno a las relaciones de género.

Cardoso Pimenta (2012) *“Participação, poder e democracia: mulheres trabalhadoras no sindicalismo rural”* aborda la trayectoria de mujeres en el sindicalismo rural, poniendo el foco en las estrategias construidas para su reconocimiento y participación política. A partir del análisis de documentos y publicaciones del movimiento sindical de trabajadores y trabajadoras rurales, y entrevistas a dirigentes sindicales, identifica prácticas que limitan y potencian la participación sindical de las mujeres, considerando tensiones entre igualdad y diferencia, entre reconocimiento y distribución, entre ciudadanía y democracia sindical.

Gama (2012), en el capítulo II del caso de Brasil sobre empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas, analiza el mercado de trabajo femenino en la fruticultura irrigada en el Submedio del Valle de São Francisco, enfocándose en el empleo temporal femenino en dos cultivos de exportación: la uva y el mango. Desarrolla su estudio en las áreas rurales del Noreste; en los estados de Pernambuco y Bahía.

El estudio desarrolla varios aspectos sobre la fruticultura de exportación, las unidades productivas, las instituciones de los mercados de trabajo, las políticas públicas, las condiciones de trabajo, etc. Como principal fuente de datos, el autor, utiliza la Encuesta Nacional por Muestra de Domicilios (PNAD) realizada en 2009, el Censo Agropecuario de 2006, el Catastro General de Empleados y Desempleados (CAGED) del Ministerio del Trabajo y Empleo (MTE).

Respecto a la sindicalización, el autor destaca que

(...) en Brasil, la organización de las mujeres trabajadoras rurales se ha ido consolidando, tanto en los movimientos autónomos como en aquellos vinculados a los sindicatos, para expresar sus reivindicaciones a partir de su condición de clase y de género y cuestionar la explotación de clase, las relaciones sociales entre hombres y mujeres, y cómo las mujeres trabajadoras son discriminadas en sus diferentes espacios. (Abramovay y Silva, 2000 en Gama, 2012, p.117)

En el texto se dedica una parte a exponer sobre cuestiones más generales de la participación de las mujeres en el movimiento sindical, como un fenómeno en aumento que pone en debate “derechos específicos (jubilación, subsidio postnatal, salud preventiva) y ciudadanía (documentación personal, acceso a políticas públicas, reconocimiento como trabajadora en las políticas públicas y en los programas de asentamientos de la reforma agraria, entre otras cuestiones básicas)” Gama, 2012, p.117).

De acuerdo a los casos que toma en su trabajo, el autor hace foco en la participación de mujeres sindicalizadas en el Sindicato de Trabajadores Rurales de Petrolina, donde el 65% de los 31 mil sindicalizados son mujeres. Este dato se

refuerza cuando hace mención a que más de la mitad los/as afiliados/as se emplean en la fruticultura, y cuando detalla las principales conquistas de las mujeres a través de la herramienta sindical, las cuales

(...) están relacionadas con el salario unificado, el piso salarial por sobre el salario mínimo nacional para los trabajadores de ambos sexos y la inclusión en la pauta de negociaciones de la diferenciación por género. La negociación colectiva aseguró a las trabajadoras labores compatibles con sus características físicas y fisiológicas, prohibiéndose cualquier tipo de discriminación, entre ellas la esterilización de mujeres para la permanencia en el empleo, así como el asedio sexual o moral a las operarias. (Gama, 2012, p.118).

Nara Pinilla (2018) en *“Mulheres e sindicalismo rural: considerações sobre gênero e participação política”* plantea que la intersección entre género y clase social son fundamentales para entender la participación política de las mujeres en los espacios de la política sindical rural. Al mismo tiempo, coloca que, si bien las cuotas del 30% existen desde la década del 90, la presencia de las mujeres aún es un desafío.

Como otras autoras mencionan en sus trabajos, los años 80 se caracterizan por la expansión de las luchas por los derechos y la participación de las mujeres en los sindicatos rurales y urbanos, y otros espacios como los partidos políticos. Un contexto donde “as transformações no campo e a absorção da mão de obra feminina assalariada levam a crescentes mudanças no reconhecimento do seu lugar na dinâmica produtiva e no seu reconhecimento quanto trabalhadora rural” (Pinilla, 2018, p.2).

La autora se enfoca en el Movimiento de Mujeres Trabajadoras Rurales de Santa Catarina, retomando bibliografía especializada sobre género, trabajo y movimientos rurales. En su estudio de caso, destaca que las mujeres ocuparon espacios en el sindicato, integraron direcciones sindicales y participaron en fórmulas electorales.

Moreira y Huff Theodoro (2023), en *“A luta das mulheres trabalhadoras rurais da Contag: a Marcha das Margaridas em diálogo com o(s) feminismo(s)”*, analizan la lucha y contribución de las mujeres trabajadoras rurales en Brasil a partir de las acciones llevadas a cabo por mujeres en y de la CONTAG. Ponen el foco en la Marcha das Margaridas y su diálogo con los feminismos, considerándola un hito en la movilización de las mujeres del movimiento sindical, en parceria con diversas organizaciones de mujeres y feministas de Brasil.

Desarrollan una investigación cualitativa basada en análisis documental y entrevistas semiestructuradas a lideranzas de la CONTAG, de la Marcha das Margaridas, de entidades aliadas y a representantes del gobierno que estuvieron en diálogo con estas luchas. Observan que la creciente organización de *las mujeres del campo, de las aguas y de las florestas* ha otorgado visibilidad y reconocimiento político al sindicalismo de la CONTAG, tanto hacia adentro como hacia afuera del movimiento, teniendo como expresión la fuerza política de la Marcha, que se tornó referencia nacional e internacional.

Asimismo, identifican un proceso de fortalecimiento mutuo entre las mujeres de la CONTAG y los feminismos. En el plano teórico, dialogan con la teoría de los movimientos sociales y con los estudios de género y la epistemología feminista.

Moreira y Huff Theodoro (2023) utilizan la Marcha das Margaridas como ejemplo para reflexionar sobre las articulaciones que componen esta movilización y sobre la configuración de las organizaciones del campo brasileño. Señalan que esta acción estratégica se fue construyendo y reconstruyendo en cada edición mediante la ampliación de su composición y la incorporación de nuevas identidades, lo que dio lugar a la denominación colectiva de mujeres del campo, de la floresta y de las aguas. Este proceso expresa una complejización de las concepciones de desarrollo rural, agroecología y lucha feminista.

Recuerdan que la identidad de mujeres trabajadoras rurales fue inicialmente construida por las sindicalistas para reclamar el reconocimiento de un trabajo históricamente invisibilizado. Posteriormente, la redefinición como mujeres del campo, de la floresta y de las aguas incorporó nuevos sujetos y se consolidó en el diálogo entre movimientos y gobiernos.

Un aporte relevante del texto es la caracterización de los feminismos que dialogan con el sindicalismo rural de la CONTAG y con la Marcha. Señalan que en la CONTAG existe una mayor aproximación al feminio msmarisxta, con centralidad en el trabajo, y al feminismo radical, que enfatiza las opresiones estructurales, mientras que en la Marcha se amplían los diálogos hacia feminismos comunitarios, campesinos, populares y hacia el movimiento negro, en función de su carácter articulador.

Las autoras muestran que la trayectoria de las mujeres rurales en la CONTAG posibilita una revisión del propio sindicalismo rural al problematizar los sujetos y las formas de hacer política. Al mismo tiempo, refuerzan la necesidad de reconocer a las mujeres como trabajadoras, incorporar sus demandas específicas e incluirlas en los espacios de decisión, destacando la relevancia de instancias de autoorganización y de acciones afirmativas como cuotas y paridad.

Finalmente, sostienen que la Marcha das Margaridas ha fortalecido a la CONTAG y al sindicalismo rural brasileño, consolidándose como referencia de lucha, con capacidad de incidencia en negociaciones y procesos formativos, y reafirmandose como una experiencia feminista que amplía el poder político de las mujeres rurales en su diversidad.

En la misma línea, Galindo (2023), en *“Mulheres jovens trabalhadoras rurais: a emergência de uma nova categoria política e suas repercussões no sindicalismo rural”*, propone analizar las interacciones entre las categorías políticas de *mujeres trabajadoras rurales* y *juventud trabajadora rural* dentro de la CONTAG, evidenciando las tensiones y contribuciones que ambas generan en la acción sindical. Sostiene que, especialmente a partir de la mayor participación de mujeres jóvenes trabajadoras rurales, emerge una nueva categoría política dentro del sindicalismo rural, que asume características propias y redefine agendas y prácticas organizativas.

La investigación se basa en una metodología cualitativa. Su principal fuente son las narrativas biográficas de tres directoras de la CONTAG, complementadas con el análisis de documentos institucionales.

La autora identifica que las mujeres trabajadoras rurales, a partir de su inserción y protagonismo en el sindicato, inauguran tres procesos fundamentales.

En primer lugar, la creación de espacios y procesos específicos de formación y autoorganización. En segundo lugar, la promoción de medidas destinadas a ampliar las condiciones de participación. En tercer lugar, el impulso de acciones colectivas de carácter público. A través de estas iniciativas, se institucionalizan condiciones que posibilitan la emergencia de nuevas categorías políticas surgidas de la intersección entre género, clase y generación.

En este contexto, emergen las mujeres jóvenes trabajadoras rurales, quienes comienzan a reivindicarse como una identidad política específica y a construir un campo de articulación propio dentro del sindicalismo. Su participación introduce nuevos abordajes sobre temas ya presentes en la agenda sindical, al tiempo que disputa espacios de poder y visibilidad en torno a problemáticas generacionales y de género.

Un aporte particularmente relevante del trabajo es el señalamiento de que el movimiento feminista logró incidir en el sindicalismo rural mediante la mediación de sectores de la izquierda brasileña, principalmente a través de las centrales sindicales –en especial la Central Única de los Trabajadores (CUT)– y de los partidos políticos, particularmente el Partido de los Trabajadores (PT). La autora destaca la circulación de ideas y el diálogo entre lideresas feministas y dirigentes sindicales rurales, que permitió la construcción de alianzas en torno a demandas y estrategias comunes. Asimismo, resalta la importancia de los movimientos autónomos de mujeres trabajadoras rurales, en los cuales muchas de estas dirigentes ya participaban.

Si en la década de 1980 las mujeres trabajadoras rurales fueron protagonistas en la construcción de espacios propios dentro de la CONTAG, en la década de 1990 ese lugar comienza a ser ocupado también por la juventud trabajadora rural, que se consolida como una nueva categoría política en el sindicalismo rural.

Finalmente, el desarrollo de políticas afirmativas –como la implementación de una cuota mínima del 20 % de jóvenes en los espacios de decisión de la CONTAG y sus entidades afiliadas, junto con la adopción del principio de paridad– desempeña un papel importante en la ampliación de la participación femenina, especialmente de las mujeres jóvenes. No obstante, la persistencia de desigualdades estructurales de género, así como las contradicciones y dinámicas internas del movimiento

sindical coordinado por la CONTAG, continúan produciendo mecanismos que tienden a concentrar el poder de decisión en dirigentes que, en su mayoría, son varones.

Las temporeras chilenas

En Chile, la ley reconoce un tipo de sindicato de trabajadores eventuales o transitorios para las faenas cíclicas o intermitentes. Sin embargo, la sindicalización en el sector agroexportador es escasa, sobre todo entre los/as temporeros/as debido a las dificultades que implican la dispersión geográfica, la transitoriedad de las labores y los intermediarios contratistas (Caro, 2012). Según la Dirección del Trabajo en el año 2002 unos 62 sindicatos de trabajadores transitorios fueron constituidos con unos 3168 afiliados, bajando a 31 sindicatos y 2678 afiliados en el año 2011.

Valdés Subercaseaux y Godoy Ramos (2016), en *“Mujeres de cuerpos dañados: Las temporeras de la fruta en Chile”*, destacan que el movimiento campesino fue derrotado luego de su presencia inédita en la historia social de Chile cuando es aprobada la Reforma Agraria y la Ley de Sindicalización Campesina en el año 1967. Respecto a la sindicalización de las mujeres mencionan:

(...) aunque hay mayor sindicalización de mujeres en la agricultura hoy día, frente a menos del diez por ciento en esos años de la reforma agraria, se trata de un tipo de sindicato instalado junto al modelo neoliberal en la Legislación de 1979 que poco sirve a las trabajadoras de temporada –las temporeras– para la negociación de las condiciones de trabajo y los salarios. (Valdés Subercaseaux y Godoy Ramos, 2016, p. 30)

Pamela Caro (2012), en su capítulo sobre el *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas en el caso chileno*, se toma el trabajo de definir a la categoría social de trabajador/a de temporada agrícola⁵ como aquella que surge del

⁵ Los/as temporeros/as son asalariados/as agrícolas, empleados masivamente en los meses estacionales, en las fases de producción (predios y huertos), preparación para la exportación (packing) o en plantas de procesamiento (agroindustria). En el primer caso, en labores como poda, desbrote, amarre, raleo, limpieza y cosecha; en el segundo en tareas de limpieza, selección, pesaje, embalaje,

efecto de la modernización agrícola. En ese sentido, destaca que una de las características importantes del empleo temporal agrícola es el número significativo de mujeres, dando lugar a un fenómeno inédito de la agricultura chilena; la feminización del mercado de trabajo agrícola, sobre todo en las etapas de packing y en las plantas de procesamiento.

A través de entrevistas, Caro (2012) constata la existencia de tres perfiles de temporeras: temporera de verano, temporera larga y temporera falta. Los perfiles se diferencian entre sí principalmente por la cantidad de meses en los que se emplean tanto en cosecha como packing. Además, a partir de datos del Departamento de Estadísticas de la Dirección de trabajo, identifica que

Las temporeras en Chile no solo se organizan en sindicatos, a pesar de que la sindicalización es la forma legítima de defensa de derechos laborales. Probablemente debido a la historia social de Chile, existen más organizaciones de temporeras no sindicales que sindicales. Muchas se agrupan como organizaciones funcionales, al alero de los municipios, como grupos informales e incluso como agrupaciones comerciales para acceder a fondos públicos para iniciar un emprendimiento colectivo que les permita generar ingresos en invierno, que si es exitoso las saca del empleo agrícola. Gran parte de las organizaciones de mujeres temporeras están nucleadas o se articulan con ANAMURI. (Caro, 2012, p. 185)

Valdés Subercaseaux y Godoy Ramos (2016) en *“Mujeres de cuerpos dañados: las temporeras de la fruta en Chile”*, donde analizan las condiciones laborales de las asalariadas agrícolas en la economía exportadora chilena, especialmente en aquellas que trabajan por temporada en la fruticultura, observan las estrategias que despliegan las organizaciones como ANAMURI (Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas) para incidir en las políticas públicas.

timbrado y paletizado. Se trata de producciones orientadas principalmente al mercado externo. Los subsectores en los que se desempeñan los temporeros/as agrícolas en Chile son el frutícola, siguiéndolo en importancia el vitivinícola y hortícola (Caro, 2012, p. 148).

Si bien ANAMURI, que fue constituida por aquellas dirigentas que abandonaron los Departamentos Femeninos de las Confederaciones Sindicales campesinas, no es estrictamente un sindicato, representa un espacio de organización y acción colectiva de las mujeres frente a la violencia en el trabajo agroindustrial.

Desde el año 2009 despliegan acciones que denuncian las enfermedades y accidentes laborales que afectan a las temporeras. Para reconstruir las condiciones de trabajo que afectan la salud de estas trabajadoras, las autoras realizan unas 50 entrevistas que son presentadas en formato de relato.

De esta manera, nos permite identificar, más allá de la diversidad de su composición, las acciones específicas que la organización realiza con eje en las asalariadas del agro, siendo los Tribunales Éticos su principal expresión. Espacio donde denuncian, al mismo tiempo, la situación de las trabajadoras y los espacios institucionales que les son negados para que puedan participar y exponer sus demandas.

Respecto a su orgánica,

ANAMURI se organiza a través de frentes. Entonces, tiene el frente productoras, el frente indígena y el frente asalariadas. Dentro de las asalariadas, hace 5 años fundó el Sindicato Nacional de Asalariadas de la Tierra y el Mar. Entonces, es un sindicato independiente. Bien. No tiene relación con alguna industria ni con alguna empresa. Es como una figura más bien reivindicativa política. Sí. Entonces eh como también ha habido una alta participación y logros entre las trabajadoras de actividades del mar, que ellas se llaman las mareras... que son actividades conectadas a la pesca artesanal, por ejemplo, encarnadora, fileteadora, recolectora de orilla. La ley de pesca reconoció estas actividades hace poquito, dos, tres años y ese fue un logro de estas agrupaciones. Y este sindicato es como la cara visible de ANAMURI frente a los temas de asalariadas. (Pamela Caro, comunicación personal, 24 de octubre de 2025)⁶.

⁶ Dado que Chile fue el caso en el que encontramos menor producción entre los cuatro países que componen nuestro recorte, tomamos la decisión de entrevistar a una de las autoras referentes en la

Valdés Subercaseaux, Godoy Ramos y Mendoza (2017) en *“Acción colectiva y resistencia: asalariadas agrícolas en Chile frente a la precarización laboral”*, las autoras trabajan con fuentes escritas, orales, documentos y observación de reuniones y congresos de ANAMURI, buscando abordar la diversidad de estrategias que despliegan para enfrentar la precarización laboral de las “temporeras” en la agro-exportación.

Su abordaje es interesante porque, en el intento por entender al actor social, complejizan el contexto donde, por un lado, los discursos públicos promueven la igualdad de género y la inclusión de mujeres al mercado laboral de la agricultura de exportación y, por otro, las temporeras son expuestas a altos niveles de explotación

en el marco de la des-sindicalización de los trabajadores agrícolas. Bajo este escenario, sin embargo, las mujeres se organizan creando distintas estrategias de resistencia a la precarización laboral. Entre ellas, acciones colectivas frente a los padecimientos laborales y la falta de derechos en el trabajo. Construyendo demandas se transforman en interlocutoras frente al Estado, otros agentes y actores tras la gran derrota que sufrieron las organizaciones sindicales de campesinos y trabajadores agrícolas con el golpe de Estado de 1973 y la dictadura militar. Al mismo tiempo, la organización genera un fuerte vínculo identitario entre quienes forman parte de esta Asociación que se proyecta a nivel local, nacional e internacional. (Valdés Subercaseaux, Godoy Ramos y Mendoza, 2017, p. 170)

Las posibilidades de organización de cosecheras y tareferas en Argentina

Hacia principios del siglo XX se identifican los primeros antecedentes de organización sindical de trabajadores rurales en la Argentina. En un contexto de intensa precariedad laboral, legal, de condiciones de trabajo y con una ausencia casi total de reconocimiento y garantía de derechos y protección, “las organizaciones se constituían fragmentariamente en diferentes zonas del país, sin demasiados

temática de trabajo asalariado agrícola y género en Chile, con el objetivo de contar con mayores insumos para desarrollar el apartado dedicado a los estudios chilenos.

contactos entre ellas y en su composición. Si bien predominaban los “trabajadores rurales y estibadores” también la integraban obreros de otras especialidades” (Forni y Neiman, 2001, p.64).

En aquella época, las organizaciones estaban fuertemente influenciadas por los movimientos socialistas y anarquistas, determinantes de algunos conflictos agudos y de confrontación con las patronales y el Estado. Como no existía una legislación nacional que contemplara a los trabajadores rurales, la negociación local de las condiciones de trabajo era fundamental y, por ende, los conflictos también (Berger y Bober, 2010).

El Estatuto del Peón establece un punto de inflexión en la situación de los/as obreros/as rurales, constituyendo una forma de materializar la intervención estatal en cuestiones relativas a las relaciones laborales, procurando reconvertir al peón de campo en obrero rural. En este contexto, la base social organizada con apoyo estatal da lugar, en octubre de 1947⁷, a la conformación de la FATRE que luego pasó a llamarse UATRE.

Los estudios sobre el lugar de las mujeres en los sindicatos rurales han mirado tanto lo que ocurre al interior del sindicato histórico, Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores, como también en los nuevos sindicatos⁸ que emergen como una propuesta alternativa a partir del llamado “Conflicto del campo” en 2008 y la sanción del Nuevo Régimen de Trabajo Agrario en 2011.

En este contexto, encontramos diversas producciones que se enfocan en la participación de las mujeres en el sindicalismo rural, tomando como casos tanto a la histórica UATRE como al SUOR, e incluso a sindicatos locales, como el Sindicato de Obreros y Empacadores de Fruta de Río Negro y Neuquén.

Este último sindicato mencionado es objeto de estudio de Millares (2004), quien escribió el libro *“Entre la casa y el galpón ¿hay lugar para el sindicato? Las*

⁷ La UATRE tiene sus orígenes en la FATRE que pasa a ser una Unión en el año 1988.

⁸ Nos referimos a aquellas organizaciones de trabajadores/as rurales que se autodenominan como el Nuevo Sindicalismo Rural, buscando diferenciarse de la UATRE y su dirigencia, siendo ese aspecto el principal soporte de su construcción. Entre sus principales referentes se encuentran Ana Cubilla, Secretaria General del Sindicato Único de Obreros Rurales (SUOR) en la provincia de Misiones, y Gabriela Reartes, referente de la Asociación de Trabajadores Rurales y Estibadores de Salta (ATRES). Ambas, junto a Ernesto Ojeda, conducen la Federación de Trabajadores Agrarios de la Actividad Primaria (FeTAAP).

mujeres en el Sindicato de la fruta en el Alto Valle de Río Negro (1950-1996)”. Desde una perspectiva histórica y social, que cruza género y clase, la autora estudia la participación de las mujeres obreras en el sindicato, tomando como periodo de referencia más de cuatro décadas. Decisión que ella misma justifica en la fecha de creación del Sindicato de Obreros de la Fruta, y las huelgas que se llevaron a cabo para conseguir su personería jurídica, así como también el hito de que una mujer obrera ocupara la Secretaría General en la conducción del gremio.

Las fuentes que utiliza Millares se basan en entrevistas y análisis de la prensa local. A partir de estas, identifica la superposición continua del mundo de la producción y la reproducción, a lo que luego suma la participación sindical. “No conciben que terminada su jornada laboral remunerada no continúen su trabajo doméstico, así trabajo visible e invisible son dos tipos de trabajo que se dan como continuidad uno del otro. (...) podría incluir, en el caso de aquellas mujeres con una participación sindical significativa, el concepto de triple jornada” (Millares, 2004, p. 181).

La autora no solo caracteriza la situación de las obreras de la fruta en general, sino que desarrolla un caso emblemático para analizar las formas de participación de las mujeres en los sindicatos rurales. En su texto, narra la historia de Telma León, quien en 1992 llegó a conducir el sindicato, poniéndose a prueba a sí misma, desafiando los roles sindicales tradicionales e imponiendo su figura frente a otro referente varón, en un contexto de crisis de la fruticultura y siendo comunista, entonces la línea opositora al peronismo dentro del sindicato.

Como la propia autora señala, Telma fue la única que alcanzó un cargo de liderazgo, aunque no la única en participar en distintas instancias sindicales. Las mujeres intervenían a nivel de cada galpón de empaque como delegadas y asistían a asambleas o reuniones, aun cuando estos espacios se organizaban fuera del horario laboral, lo que constituía un obstáculo para su presencia. Asimismo, se describen las formas en que lograban involucrarse en la vida sindical, a través de la mutual, tareas asistenciales, organización de cursos de oficios vinculados al empaque, comisiones de fiestas y secretarías de actas o de prensa.

En lo que refiere a UATRE, Trpin (2020) en “Mujeres rurales y sindicalismo en el norte de la patagonia, Argentina” parte de un planteo donde “el género opera en

ambas esferas (productiva y reproductiva) y que la reproducción de las desigualdades de género continúa en el ámbito mismo de la producción y en los espacios de representación sindical” (p. 109).

A partir de ese planteo, la autora se pregunta “qué experiencias interseccionadas vivencian las mujeres en los sindicatos y desde qué apuestas metodológicas y epistemológicas accedemos a ellas” (p. 110). Para responder, Trpin (2020) se centra en los Valles Irrigados del Alto Valle y Valle Medio de la provincia de Río Negro, en el norte de la Patagonia argentina, y realiza una serie de entrevistas y conversaciones, entre 2001 y 2015, en predios productivos de peras y manzanas y en actividades de UATRE.

En su análisis, la autora expone algo interesante para los estudios sobre trabajo y sindicalismo en el agro “la tendencia en los estudios rurales y del trabajo fue la de resaltar sus limitaciones, sin presentar a los interlocutores/as que participaron en su construcción, ni tener en cuenta la vigencia que posee la categoría de trabajador y trabajadora rural o el sindicato en los diversos contextos productivos del país” (p. 113).

Otro aporte de Trpin (2020), que contribuye a ajustar la mirada, es su advertencia acerca de que “en el abordaje del sindicalismo rural en Argentina ciertas tendencias investigativas no solo han clausurado las miradas sobre las diversas prácticas reivindicativas, sino también sobre la presencia de mujeres trabajadoras y sus demandas” (p. 113). En ese sentido, en su texto se aboca a ambas tareas: a partir de su caso de estudio, busca problematizar esas omisiones y realizar un aporte a la vacancia que ella misma señala.

Luego de señalar que “UATRE es un sindicato hegemonizado por varones” (Trpin, 2020, p. 114), tanto por la cantidad de afiliados como por quienes ocupan la conducción de delegaciones y seccionales, realiza un doble movimiento para hablar de las mujeres. Por un lado, rescata la historia de Haydee Coila, trabajadora rural y peronista, quién dio sus primeros pasos en el mundo sindical siendo delegada de empresa y llegó a encabezar la seccional de Allen (Río Negro) durante diez años.

Por otro lado, la autora reconstruye la institucionalización de los espacios de trabajadoras dentro de UATRE, como la conformación de la Red Nacional de Mujeres

de UATRE en 2006, el Congreso Extraordinario de UATRE que creó la Secretaría de la Mujer en 2003 y el 1º Encuentro de Mujeres Rurales en 2001.

Algo interesante que comenta Trpin (2020) sobre la Red Nacional de Mujeres de UATRE es que no solo participan afiliadas y dirigentas sino que también forman parte “hijas, esposas y hermanas”. Esto pone de relieve el vínculo entre el sindicato y la familia trabajadora, y a quienes se encargan del trabajo reproductivo de la fuerza de trabajo agraria. Asimismo, la autora observa las problemáticas que surgen para que la Red pueda seguir funcionando debido a que los fondos y espacios para los encuentros dependen de dirigentes varones, quienes suelen hacerse presentes en las reuniones entre las trabajadoras.

Por último, la autora menciona los roles asignados a las mujeres que participan en el sindicato. El de “colaboradoras gremiales”, quienes son nombradas por las comisiones administrativas, generalmente son hijas, esposas o hermanas del delegado y suelen emplearse en la boca de expendio de la obra social. En ese caso y en otros que se detallan en el texto las mujeres aparecen como voluntarias, colaboradoras, como gestoras de los servicios o beneficios que otorga el sindicato a sus afiliados/as y sus familias (asignaciones por desempleo, útiles escolares, cajas navideñas, obra social, etc.).

Mercado Mott (2022), en *“Miradas feministas sobre el sindicalismo rural en la producción de limones en Tucumán (Argentina). La trayectoria laboral y sindical de Dalinda Sánchez como un emergente para reflexionar”*, analiza también un caso en UATRE. En esta oportunidad, a partir de la trayectoria laboral y de militancia sindical de Dalinda Sánchez, examina el sindicalismo rural en la producción de limones en la provincia de Tucumán.

Desde una mirada feminista, presenta fragmentos de dos entrevistas en profundidad realizadas a la referenta en 2020 y 2022, y complementa el análisis con archivos del diario provincial *La Gaceta*. El trabajo busca interpelar los discursos y prácticas que sostienen que las mujeres no participan en los sindicatos. En ese sentido, el caso de Dalinda Sánchez le permite no solo describir las características del mercado de trabajo agrario del limón y del sindicalismo rural, sino también precisar las formas de participación femenina tanto en las cosechas como en

distintas instancias del sindicato histórico, la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores.

Dalinda constituye un ejemplo de aquellas trabajadoras que inician su militancia como delegadas en las fincas, luego se desempeñan en las bocas de expendio del gremio y llegan a ocupar un cargo en la conducción sindical, en su caso, el de Secretaria General de la Seccional de Alberdi. La autora reconstruye su trayectoria y la posterior expulsión del sindicato tras plantear diferencias con quienes lo conducían a nivel provincial y nacional. Asimismo, muestra cómo la referenta reflexiona sobre esa experiencia y las estrategias que implementó tanto dentro del sindicato como, una vez expulsada, en la construcción de nuevos espacios de organización junto a los/as trabajadores/as rurales.

Respecto a las mujeres en el Nuevo Sindicalismo Rural, Goldman (2018) dedica un capítulo de su libro *La marea sindical. Mujeres y gremios en la nueva era feminista* a la historia de vida de Ana Cubilla. En “El largo regreso a casa”, la autora reconstruye la trayectoria de Ana, trabajadora de la agroindustria, específicamente en la semillera Satus Arger, quien fue despedida por una superiora que también era delegada de UATRE, luego de negarse a despedir a compañeras que estaban bajo su responsabilidad.

La experiencia de Ana se inscribe en el contexto de aprobación del Nuevo Régimen de Trabajo Agrario (Ley N° 26.727) y de la creación del Registro Nacional de Trabajadores y Empleadores Agrarios (RENATEA), organismo que entonces se encontraba bajo la órbita de UATRE y las patronales agrarias. En ese interín, mientras intentaba resolver su situación laboral y la de las compañeras que la apoyaron –y también fueron despedidas–, “se iba interiorizando cada vez más en asuntos sindicales” (Goldman, 2018, p. 60). Ese proceso la llevó a contactarse con un referente del sindicalismo rural en Salta que impulsaba la organización de una Mesa Nacional de Trabajadores Agrarios, con el horizonte de construir una alternativa sindical frente a UATRE.

Siendo oriunda de Misiones, Ana fue propuesta para llevar adelante la normalización del Sindicato Único de Obreros Rurales; “era la única mujer entre los sindicalistas y los punteros de los campos” (Goldman, 2018, p. 64). De este modo, la autora retrata las internas del mundo sindical rural en Argentina, las condiciones de

los/as trabajadores/as agrarios/as –en particular de los/as tareferos/as– y el lugar que ocupan las mujeres en un ámbito al que no resulta sencillo ingresar ni permanecer.

Mercado Mott (2020) en *“La participación de las mujeres en el (Nuevo) sindicalismo rural en Argentina: caracterización y desafíos”*, intenta esbozar una definición del NSR a partir de las experiencias, trayectorias, disputas y voces de las sindicalistas como Ana Cubilla. Para ello, realiza una entrevista en profundidad a la referente y le pregunta sobre su experiencia en la lucha sindical, tanto en el SUOR, como en el NSR. La autora destaca que la referente identifica como principal diferencia entre el NSR y la UATRE, la presencia de las mujeres.

Me parece, que es porque hay involucradas mujeres. Al frente de este NSR la mayoría son mujeres. Si bien tienen secretarios generales, las que se ven en la tele, las que se ven en los medios, las que se ven en la Corriente Federal o las que se sientan, son mujeres. En el caso mío, yo soy secretaria general, pero, por ejemplo, hay una compañera que se llama Gabriela Reartes que es la Secretaría Administrativa del sindicato, pero ella es la cara visible, digamos, de todo lo que es la lucha (Ana Cubilla en Mercado Mott, 2020, p. 112).

De esta manera, la autora da cuenta que las mujeres participan de los sindicatos rurales, y que reconocen en esa participación una revitalización, así como también una parte fundamental de lo que ellas consideran necesario al momento de construir “otro sindicalismo rural”.

Mercado Mott y Mingo (2021) en *“Ahora que sí las vemos, miremos la ruralidad: condiciones de trabajo y participación sindical de las asalariadas agrícolas”*, se proponen centrar la mirada en lo que ocurre en la ruralidad, específicamente en lo que refiere al trabajo y la sindicalización de las mujeres agrícolas, desarrollando un estado de la cuestión del sindicalismo rural, sus condicionantes y factores que favorecen o desfavorecen la sindicalización.

Las autoras realizan una caracterización del trabajo agrícola y la situación particular de las asalariadas, para luego retomar aquellas producciones que se han dedicado a estudiar los cruces entre sindicalismo rural y género. De esta manera,

identifican los aportes de autoras argentinas y uruguayas, quienes identifican factores que desfavorecen la sindicalización de las trabajadoras del campo, ampliando los factores que la literatura había detallado hasta el momento, y que se vinculan más con las características propias de la actividad agrícola o con las especificidades del trabajo agrícola como la estacionalidad y la intermediación laboral, sin focalizarse en qué otros aspectos determinan la escasa o nula participación sindical.

Los aportes que Mercado Mott y Mingo sistematizan incluyen las relaciones de género, los estereotipos, la dimensión reproductiva y la distribución de las tareas de cuidado, la división sexual del trabajo, en general, y de las tareas militantes, en particular, como obstáculos para esa participación de las asalariadas agrícolas. Al mismo tiempo, exponen diversos casos de liderazgo que han logrado superar esas barreras.

Santiago, Lombardi y Mercado Mott (2024), en *“Se nos encima todo: jornadas y resistencias de las mujeres tareferas en Misiones”*, a partir de una entrevista grupal realizada a mujeres tareferas afiliadas al Sindicato Único de Obreros Rurales de Andresito, problematizan el supuesto de la “triple jornada”, considerando las tareas que estas mujeres desempeñan en el yerbal (trabajo productivo remunerado), en sus hogares (trabajo reproductivo no remunerado) y en el sindicato.

Las autoras analizan los testimonios y dinámicas surgidas en la entrevista mediante un lente que articula género, clase y ruralidad, abordando la complejidad que implica ser mujer trabajadora y habitar la ruralidad. En ese marco, identifican que el conjunto de actividades que realizan, incluso las sindicales, se orienta a sostener y reproducir su propia vida y la de sus familias, especialmente la de sus hijos e hijas. En relación con el sindicato, aparecen referencias a que se trata de un espacio que les permitió disponer de tiempo para sí mismas, aun cuando ese tiempo estuviera destinado a organizar merenderos, espacios de cuidado, festejos por el Día de las Infancias, entre otras actividades. También señalan que allí “aprendieron a hablar”, a posicionarse y expresar lo que piensan, así como a viajar, conocer otras experiencias y proyectar sueños. Estas dimensiones se condensan en el testimonio que comparten: “Yo ahí vi que nosotras también teníamos que hacer un tiempito

para eso, que no solo es trabajo y la casa” (Tarefera en Santiago, Lombardi Mayan y Mercado Mott, 2024, p. 158).

Por su parte, Mercado Mott, Lombardi Mayan y Alberti (2025), en *“No tenemos tiempo. El uso de la entrevista grupal a cosecheras en el marco de organizaciones sindicales”*, presentan dos experiencias de trabajo de campo en las que utilizaron la entrevista grupal como técnica de producción de datos primarios: una con mujeres cosecheras de yerba mate (tareferas) en Andresito, Misiones (noviembre de 2019), y otra con mujeres cosecheras de limón en Santa Lucía, Tucumán (agosto de 2023).

Las autoras no se limitan al análisis del contenido de las entrevistas, sino que reflexionan sobre el tiempo como determinante metodológico al diseñar estrategias de investigación con mujeres trabajadoras, empleadas en labores agrícolas o agroindustriales, madres y afiliadas. Relatan que, en ambos casos, las entrevistas habían sido pensadas inicialmente en formato individual y en las sedes sindicales; sin embargo, al comenzar el trabajo de campo, tanto tareferas como cosecheras manifestaron no tener tiempo disponible, ya que regresaban de la jornada laboral y debían continuar con tareas domésticas.

Asimismo, detallan los condicionantes de realizar las entrevistas en las sedes del SUOR y de UATRE, considerando la presencia o ausencia de delegados o secretarios varones, o de una secretaria mujer, que habilitaba hablar de otros temas (violencias, por ejemplo). Analizan qué cuestiones emergen con mayor fluidez, cuáles no aparecen, en qué momentos predominan los silencios o los gestos, y cuándo las intervenciones se complementan entre sí. Estas dinámicas permiten comprender no solo a las entrevistadas, sino también el funcionamiento de las organizaciones sindicales rurales.

Reflexiones finales

A partir del recorrido realizado, es posible identificar algunas tendencias en los estudios sobre género y sindicalismo rural en América Latina. En primer lugar, se advierte un posicionamiento político explícito por parte de las autoras, así como la adopción de metodologías y abordajes feministas, críticos y no extractivos. Predominan los enfoques cualitativos, los estudios de caso -ya sea por producción

agrícola, por organización sindical o a partir de historias de vida- y el uso de entrevistas en distintos formatos, individuales y grupales, como herramienta privilegiada para la producción de conocimiento.

Estos trabajos incorporan de manera sistemática un aparato conceptual feminista -estereotipos de género, división sexual del trabajo, trabajo reproductivo, tareas de cuidado, doble o triple jornada- que permite ampliar la noción de trabajo y complejizar las fronteras entre lo productivo, lo reproductivo y lo sindical o político. En ese movimiento, no solo se analizan las condiciones laborales en el agro, sino también las formas en que las mujeres sostienen la reproducción de la vida, muchas veces en jornadas fraccionadas, continuas o superpuestas.

Asimismo, la literatura mapea diversas formas de organización, resistencia y acción colectiva que tensionan y expanden las categorías de trabajador/a rural y de sindicato como herramienta central de organización de la clase trabajadora, en particular en las publicaciones producidas en Chile y Brasil. Se identifican referentes, lideresas y dirigentes que han ocupado y disputado espacios en las estructuras gremiales durante largos períodos. Sin embargo, si bien las mujeres logran hacerse lugar en los sindicatos, persisten dificultades para romper el “techo de cristal” y acceder a secretarías generales a nivel nacional o de federaciones. Con mayor frecuencia, su liderazgo se despliega en niveles provinciales, regionales, estatales o en seccionales que, aunque jerárquicamente inferiores, suelen ser los espacios de mayor proximidad a las bases y al territorio.

Un aspecto significativo es que, aunque muchas de estas mujeres llevan décadas trabajando y organizándose en el campo -como ya lo advertían los estudios sobre la feminización del trabajo asalariado agrícola-, la producción académica que las coloca en el centro del análisis se ha intensificado en la última década, al calor de los feminismos y su carácter internacional. Incluso nuestro propio corpus, inicialmente delimitado entre 2015 y 2025, nos condujo a recuperar antecedentes de comienzos de los años 2000, lo que muestra una genealogía más extensa de estas preocupaciones.

Otra característica relevante es la pluralidad de perspectivas feministas que nutren estos estudios -desde la economía feminista y el feminismo marxista hasta el feminismo comunitario y el feminismo negro-, configurando un campo

heterogéneo que dialoga con las especificidades territoriales y productivas del agro. Este ejercicio analítico supone, al menos, un doble movimiento: acercarse al sector agrario y su coyuntura, y, al mismo tiempo, adentrarse en la intimidad de los procesos organizacionales sindicales. A ello se suma un tercer movimiento: localizar a las mujeres en ese entramado, preguntarse qué espacios ocupan, qué tareas realizan y cómo esas posiciones inciden en la reproducción de sus vidas.

Finalmente, estos estudios amplían e interpelan los consensos en torno a la supuesta baja participación sindical de los/as asalariados/as rurales. Desde una mirada de género, identifican barreras y obstáculos –violencias, falta de tiempo, estereotipos, dinámicas masculinizadas–, pero también evidencian que las mujeres sí participan, que existen prácticas gremiales en el campo y que estas adquieren formas y agendas propias. En sus similitudes y diferencias con otros sectores de la clase trabajadora, el sindicalismo rural aparece atravesado por disputas en torno a la democratización y la burocratización, por condiciones laborales específicas y por estrategias organizativas situadas. En ese cruce, las mujeres no son una excepción ni un apéndice, sino protagonistas de procesos que reconfiguran tanto el mundo del trabajo agrario como las formas de organización sindical.

Referencias

- Amorim, É. O., y de Carvalho Fiúza, A. L. (2011). Mulher, sindicalismo rural e relações de poder. *Veredas da História*, 4(2), 81-89.
- Andújar, A. (2022). Sindicalismo y género: Un balance posible. *Descentrada. Revista Interdisciplinaria de Feminismos y Género*, 4(1), e159.
- Aparicio, S. (2012). Caso de Argentina. En F. Soto Baquero y E. Klein (Coords.), *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. FAO, OIT y CEPAL.
- Berger, M., y Bober, G. (2010). Reflexiones sobre conflicto social y procesos de organización de los trabajadores agrícolas en la Argentina. En C. Figari, P. Lenguita, y J. Montes Cató (Comps.), *El movimiento obrero en disputa: La organización colectiva de los trabajadores, su lucha y resistencia en la Argentina del siglo XX* (1.a ed.), CICCUS-CEIL.
- Caro, P. (2012). Caso de Chile. En F. Soto Baquero y E. Klein (Coords.), *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. FAO, OIT y CEPAL.
- De Medeiros, L. S. (2023). 60 anos do Estatuto do Trabalhador Rural.

- Favareto, A. (2006). Agricultores, trabajadores: Os trinta anos do novo sindicalismo rural no Brasil. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 21(62).
- Forni, F., y Neiman, G. (2001). Trabajadores y sindicatos agrarios en la Argentina. En G. Neiman (Comp.), *Trabajo de campo: Producción, tecnología y empleo en el medio rural*. CICCUS.
- Galindo, E. (2024). Mulheres jovens trabalhadoras rurais: A emergência de uma nova categoria política e suas repercussões no sindicalismo rural. *Revista Estudos Sociedade e Agricultura*.
- Gama, P. (2012). Caso de Brasil. En F. Soto Baquero y E. Klein (Coords.), *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. FAO, OIT y CEPAL.
- Gómez Vargas, M., Galeano Higueta, C., y Jaramillo Muñoz, D. A. (2015). El estado del arte: Una metodología de investigación. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 6(2), 423-442.
- Jiménez Becerra, A. (2004). El estado del arte en la investigación en las ciencias sociales. En A. Jiménez Becerra y A. Torres Carrillo (Eds.), *La práctica investigativa en ciencias sociales* (pp. 27-42). Universidad Pedagógica Nacional. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/handle/CLACSO/4470>
- Lara, S. M. (1995). La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad salvaje. En S. Lara (Ed.), *Jornaleras, temporeras y bóias-frias: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Nueva Sociedad.
- Magalhães, R. V. (2022). *História do Estatuto do Trabalhador Rural: Embates políticos na configuração da extensão da legislação trabalhista ao campo no Brasil (1960-1963)*[Manuscrito].
- Mascheroni, P., Florit, P., y Courdin, V. (2024). “No somos almohadón, no estamos pa'relleno”: Sindicalismo agrario y género en Uruguay. *Cuestiones de Género: De la Igualdad y la Diferencia*, (19), 310-330.
- Mercado Mott, M., Lombardi Mayán, J., y Albertí, A. (2025). “No tenemos tiempo”. El uso de la entrevista grupal a cosecheras en el marco de organizaciones sindicales. *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales y ALASRU. <https://ojs.ceil-conicet.gov.ar/index.php/revistaalasru/article/view/1423>
- Mercado Mott, M. (2022). Miradas feministas sobre el sindicalismo rural en la producción de limones en Tucumán (Argentina): La trayectoria laboral y sindical de Dalinda Sánchez como un emergente para reflexionar. *Controversa: Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Teoría Social*, 22(1). <https://doi.org/10.54118/controver.vi22i.1300>

- Mercado Mott, M., y Mingo, E. (2021). Ahora que sí las vemos, miremos la ruralidad: Condiciones de trabajo y participación sindical de las asalariadas agrícolas. En N. Goren (Coord.), *Feminismos: Experiencias sindicales y laborales en Argentina* (1.a ed., pp. 199-224). Edunpaz; CLACSO. <https://edunpaz.unpaz.edu.ar/OMP/index.php/edunpaz/catalog/book/69>
- Mercado Mott, M. (2020). La participación de las mujeres en el (nuevo) sindicalismo rural en Argentina: Caracterización y desafíos. *Cultura y Trabajo*, (96), 106-114. <https://www.ens.org.co/lee-y-aprende/revista-cultura-trabajo-n-96/>
- Migliaro, A., Rodríguez Lezica, L., Krapovickas, J., Cardeillac, J., y Carámbula, M. (2018). Los sindicatos rurales tienen género: Un abordaje organizacional y feminista de un sindicato rural uruguayo. *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, 4(7).
- Migliaro González, A., Cardeillac Gulla, J., Rodríguez Lezica, L., Krapovickas, J., y Carámbula Pareja, M. (2021). Discusiones feministas sobre el trabajo asalariado en la fase industrial de dos cadenas globales de valor en Uruguay. *Revista de Geografía Espacios*, 12(22), 1-24.
- Millares, G. (2004). *Entre la casa y el galpón: ¿Hay lugar para el sindicato? Las mujeres en el Sindicato de la Fruta en el Alto Valle de Río Negro (1950-1996)*. Publifadecs.
- Moreira, S., y Huff Theodoro, S. (2023). A luta das mulheres trabalhadoras rurais da Contag: A Marcha das Margaridas em diálogo com o(s) feminismo(s). *Revista Estudos Sociedade e Agricultura*.
- Mota, M. D. de B. (2009). *Mulheres no sindicalismo rural: Reconfigurando a política*. Trabajo presentado en el XXV Simpósio Nacional de História, ANPUH, Fortaleza, Brasil.
- Pinilla, N. (2018). Mulheres e sindicalismo rural: Considerações sobre gênero e participação política. *Cadernos de Agroecologia*, 13(1). Anais do VI CLAA, X CBA e V SEMDF.
- Riella, A., y Mascheroni, P. (2019). La organización sindical de los trabajadores agrarios en Uruguay: Origen, trayectoria y perspectivas. *Mundo Agrario*, 20(43).
- Rodríguez Lezica, L. (2018). ¿Y las mujeres dónde están? Una otra mirada al sindicalismo rural en Uruguay. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, (49).
- Rodríguez Lezica, L., y Carámbula, M. (2015). Las olvidadas de la tierra: Asalariadas rurales del Uruguay. Clase y género en cuestión. *Agrociencia Uruguay*, 19, 93-100.

- Rodríguez Lezica, L., Migliaro, A., y Krapovickas, J. (2018). Del papel al barro: Metodología feminista para el abordaje de las desigualdades de género en sindicatos rurales uruguayos. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, (4).
- Rossi, V., y Troche, S. (2024). Susan Troche: Mujer, rural, asalariada y militante. En *Cangüé* (Núm. 46, especial “Mujeres a la intemperie”, pp. 19–27). Revista de la Estación Experimental, Facultad de Agronomía, Universidad de la República.
- Santiago, A., y Lombardi Mayan, J., Mercado Mott, M. (2024). “Se nos encima todo”: Jornadas y resistencias de las mujeres tareferas en Misiones. En V. Bianqui y S. Logiovine (Comps.), *Mujeres y feminismos en las ruralidades: Trabajos, cuerpos y resistencias* (1.a ed.). Red Editorial.
- Teixeira, M. A. (2023). CONTAG 1963–2023: Ações de reprodução social e formas de ações coletivas.
- Thomaz Júnior, A. (1998). O sindicalismo rural no Brasil: No rastro dos antecedentes. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, (15).
- Trpin, V. (2020). Mujeres rurales y sindicalismo en el norte de la Patagonia, Argentina. En L. Rodríguez Lezica et al. (Coords.), *Asalariadas rurales en América Latina: Abordajes teórico-metodológicos y estudios empíricos* (pp. 108–127). Universidad de la República.
- Trpin, V., y Pizarro, C. (2017). Movilidad territorial, circuitos laborales y desigualdades en producciones agrarias de Argentina: Abordajes interdisciplinarios y debates conceptuales. *REMHU: Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, 25, 35–58.
- Valdés Subercaseaux, X. (2015). Feminización del empleo y trabajo precario en las agriculturas latinoamericanas globalizadas. *Cuadernos de Antropología Social*, (41).
- Valdés Subercaseaux, X., y Godoy Ramos, C. G. (2016). Mujeres de cuerpos dañados: Las temporeras de la fruta en Chile. *Revista de Geografía Espacios*, 4(12), 13–31.
- Valdés Subercaseaux, X., Godoy Ramos, C. G., y Mendoza, A. (2017). Acción colectiva y resistencia: Asalariadas agrícolas en Chile frente a la precarización laboral. *Izquierdas*, (35), 167–198.

Del mandato a la colectivización: reflexiones feministas sobre el cuidado en la ruralidad catamarqueña

Mariana Moreno¹, Esteban Pereyra², Roxana Paez³

Para las mujeres de nuestra Catamarca, la vida es una continuidad que enlaza a los ancestros, la tierra y las *guagüitas* nacidas y por nacer (Parodi, 2024). Esta mirada entra en tensión directa con el capitalismo colonial y patriarcal que avanza sobre nuestras geografías, un régimen de poder que se caracteriza precisamente por su desprecio por la reproducción de la vida y por los vínculos que la sostienen. En este marco, la pregunta por el lugar que ocupa el mantenimiento de la materia viva y de los entornos que la hacen posible adquiere una densidad particular. Pensar el cuidado desde aquí implica desbordar su reducción a las tareas domésticas para reconocerlo como un principio organizador de la vida social y territorial que sostiene nuestra existencia. Pese a su centralidad, el cuidado continúa siendo una actividad históricamente invisibilizada, feminizada y desigualmente distribuida.

El cuidado adquiere formas, contenidos y significados que varían según coyunturas sociohistóricas específicas, por lo cual resulta necesario pensarlo de manera situada y descolonial. Cuidar, como vivencia comunitaria, involucra también las interconexiones con la naturaleza: el sostenimiento del agua, las semillas, los suelos, las relaciones intergeneracionales y la continuidad de la vida común. Así, el cuidado emerge de la interfaz entre lo social y lo material, involucrando prácticas, saberes y vínculos que sostienen tanto la vida humana como la no humana.

¹ Instituto Regional de Estudios Socio-culturales (IRES- CONICET-UNCa/Argentina). Proyecto: Función social, económica y política de la política social y los derechos humanos en la provincia de Catamarca en el periodo 2024-2025. SCYT/UNCA. Correo: morenomariana382@gmail.com

² Departamento de Trabajo Social. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Catamarca. Proyecto: Función social, económica y política de la política social y los derechos humanos en la provincia de Catamarca en el periodo 2024-2025. SCYT/UNC. Correo: estebangabriel.pereyra@gmail.com

³ Departamento de Trabajo Social. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Catamarca. Proyecto: Función social, económica y política de la política social y los derechos humanos en la provincia de Catamarca en el periodo 2024-2025. SCYT/UNC. Correo: crpaez868@gmail.com

En contextos rurales, estas desigualdades adquieren características particulares. Las mujeres asumen simultáneamente tareas domésticas, productivas y comunitarias, configurando una triple carga que se naturaliza y reproduce cotidianamente. Estas tensiones se vuelven especialmente visibles en territorios como la ruralidad catamarqueña, donde los procesos de empobrecimiento, las distancias geográficas, la falta de servicios públicos y la presión del extractivismo minero sobre la vida comunitaria profundizan la precarización de los tiempos y cuerpos destinados al cuidado.

De hecho, en nuestro territorio, la alianza estatal-corporativa se ha empeñado en una práctica sistemática de *minar* (Machado Aráoz, 2022), es decir, hacer del territorio un enclave: un fragmento arrancado de su temporalidad, sus horizontalidades y arraigos, desprovisto de su sociobiodiversidad. Con Minera Alumbrera⁴ Catamarca ingresó en un proceso sostenido de asedio mineral, hoy multiplicado y profundizado por los proyectos de litio y el proyecto MARA (fusión Minera Agua Rica y Alumbrera).

En este contexto, las mujeres rurales son especialmente afectadas por la racionalidad extractivista. Como relatan Rosa Farías y Marianela Gamboa (2021) desde Andalgalá, la minería deteriora simultáneamente los cuerpos, los territorios y los vínculos comunitarios: problemas de salud asociados a la contaminación, estrés y desgaste emocional, junto con la intensificación de la carga de cuidados debido a la escasez de agua, el encarecimiento de los alimentos y el desplazamiento de las economías locales. A ello se suman violencias específicas como el acoso, el hostigamiento institucional y las infiltraciones en las organizaciones, que funcionan como tecnologías de disciplinamiento de género y buscan desactivar su participación política. Así las mujeres enfrentan una doble estigmatización en los procesos de resistencia: por cuestionar el extractivismo y por desafiar los mandatos que las confinan al ámbito doméstico.

⁴ Esta operación se inició en 1994 y su etapa productiva se extendió hasta 2018. En 2020, su infraestructura e instalaciones fueron integradas al proyecto MARA, marcando la continuidad del enclave extractivo.

Alimentado por este marco territorial, el taller *El mandato de cuidar: diálogos desde una perspectiva interseccional*⁵, se propuso como un espacio de reflexión crítica y colectiva. La propuesta buscó problematizar los mandatos de género que lo organizan, visibilizar las desigualdades que lo atraviesan y recuperar una mirada amplia y comunitaria que incluye también el cuidado de la naturaleza, del territorio y de los bienes comunes.

Este artículo tiene como objetivo analizar críticamente dicha experiencia, explorando cómo se construyen, reproducen y disputan los mandatos de cuidado en la ruralidad catamarqueña. Nos preguntamos: ¿qué desigualdades emergen al observar el cuidado desde una perspectiva interseccional? ¿Cómo se expresa el mandato de cuidar en territorios atravesados por dinámicas extractivas? ¿Qué posibilidades habilita su colectivización?

Con el fin de abordar estas preguntas, el trabajo se inscribe en la sistematización de experiencias (Jara, 2006; 2011), entendida no sólo como herramienta técnica sino como posicionamiento político-pedagógico. Desde una perspectiva feminista y descolonial, en diálogo con los planteos de Lugones (2016), producir conocimiento implica restituir saberes subalternizados y reconstruir críticamente los procesos vividos desde las voces de quienes los protagonizan.

En el taller sistematizado participaron alrededor de quince personas (docentes, estudiantes del nivel terciario, trabajadores de la salud y comerciantes) cuyas trayectorias permitieron visibilizar sentidos y tensiones en torno al cuidado en territorios rurales del interior catamarqueño. El dispositivo combinó dinámicas grupales, ejercicios corporales y trabajos con consignas que cruzaban roles de cuidado con variables de género, clase, edad y condiciones socioeconómicas y ambientales.

Siguiendo la propuesta metodológica de Jara, el proceso implicó: vivir la experiencia, formular preguntas orientadoras, reconstruir el proceso y reflexionar críticamente sobre sus aprendizajes. Para el análisis recurrimos a la noción de tramas (Muelle, 2019; Gamboa, 2023), distinguiendo una dimensión micro: cuerpos, emociones y memorias; una mesopolítica: instituciones y regulaciones del cuidado,

⁵ Desarrollado en el IX Congreso de Ciudades y Pueblos del Interior en el departamento de Los Altos (Catamarca, Argentina) los días 9 y 10 de octubre del año 2023.

y una transnacional: procesos históricos como la colonialidad del género, la división sexual del trabajo y el extractivismo.

La reconstrucción se realizó a partir de registros de campo, anotaciones y fotografías producidas antes, durante y después del encuentro.

El artículo se organiza en cuatro apartados. El primero desarrolla el marco conceptual articulando los aportes de los feminismos para pensar el cuidado en clave territorial y descolonial. El segundo reconstruye la experiencia del taller. El tercero recupera los principales hallazgos, tensiones y resistencias surgidas en torno a los mandatos de cuidado en la ruralidad catamarqueña. Finalmente, el cuarto ofrece reflexiones y proyecciones sobre la colectivización del cuidado como horizonte político para fortalecer la vida comunitaria.

Cuidado como entramado vital: aportes de los feminismos para una mirada territorial y descolonial

Pensar el cuidado exige reconocer que la vida, en sus múltiples formas, se sostiene en condiciones profundamente tensionadas. En territorios atravesados por desigualdades históricas, por violencias coloniales y por dinámicas extractivas que amenazan la continuidad misma de la existencia, el cuidado emerge no solo como una práctica cotidiana, sino como una tarea política. Cuerpos y territorios aparecen entrelazados en una misma trama: allí donde la vida es vulnerada, también se activan formas de defensa, de resguardo y de responsabilidad compartida. En este marco, los territorios de cuidado (Haesbaert, 2020) no remiten únicamente a espacios físicos, sino a relaciones, vínculos y prácticas que buscan mantener lo que hace posible la vida.

La reflexión sobre el cuidado se ha consolidado como un campo plural y crítico dentro de los feminismos. Desde los primeros planteos de la ética del cuidado (Gilligan, 1982) que subrayan la interdependencia humana como condición de existencia, hasta las críticas estructurales de Fraser (2023) y Federici (2004), que visibilizan la explotación histórica del trabajo reproductivo y su centralidad en la acumulación capitalista, el cuidado ha pasado de ser una categoría asociada a lo doméstico a constituirse en una clave analítica para comprender la organización social de la vida.

La economía del cuidado, en esta línea, ha avanzado desde la denuncia de la invisibilidad del trabajo reproductivo hacia una conceptualización más amplia que integra dimensiones materiales, emocionales, sociales y comunitarias (Pérez Orozco, 2014). Este campo advierte sobre el reto de pensar el cuidado no como una responsabilidad exclusiva de las mujeres, sino como una cuestión que involucra al conjunto de la sociedad. Como explica Picchio (2001), reflexionar sobre el cuidado implica atender a la incesante producción material y subjetiva de personas y comunidades, así como a las condiciones en que esta reproducción se realiza bajo el capitalismo. De este modo, se vuelve evidente que el cuidado no concierne a unas pocas, sino que constituye un elemento medular para la vida colectiva.

Desde un análisis más profundo, las perspectivas ecofeministas ofrecen herramientas fundamentales para pensar el cuidado en diálogo con los territorios y la naturaleza. Mies (1999/2019) fue pionera al mostrar cómo el capitalismo patriarcal se sostiene sobre una triple explotación de sus colonias: las mujeres, la naturaleza y el tercer mundo, concebidos como recursos infinitos para la acumulación. Merchant (1982/2023), por su parte, analizó la transición histórica hacia una visión mecanicista del mundo que permitió la legitimación de la violencia sobre la naturaleza y sobre los cuerpos feminizados. Gebara (1997) profundiza en la dimensión ética y espiritual del ecofeminismo latinoamericano, destacando la necesidad de comprender la interdependencia radical entre cuerpos, territorios y comunidades. Más recientemente, Herrero (2013) retoma estos debates situándolos en el contexto de la crisis ecológica contemporánea: propone entender los cuidados como prácticas que sostienen la vida humana y no humana en un planeta finito, tensionando la lógica productivista y extractivista del capitalismo.

Ampliando esta mirada, desde perspectivas surgidas en nuestra Abya Yala, se considera fundamental la *posición política encarnada*, donde cuerpo y territorio forman una unidad indisociable. Así, los feminismos descoloniales han subrayado la importancia de pensar los cuidados de manera situada, atentas a los entramados territoriales, las historias de lucha y los impactos diferenciales del capitalismo colonial y patriarcal en los cuerpos y en los ecosistemas.

Desde este horizonte, se plantea que no es posible comprender los cuidados sin cuestionar los marcos teóricos heredados de la modernidad occidental, que han

tendido a ocultar las violencias raciales, epistémicas y de género que estructuran nuestras sociedades. Lugones (2008), muestra que el género mismo fue configurado como una tecnología colonial que organizó jerárquicamente a los pueblos y, a los cuerpos; Espinosa-Miñoso (2017), propone entender las opresiones entrelazada, es decir, de manera interseccional señalando cómo se combinan el racismo, el sexismo, la explotación económica y la colonialidad para producir desigualdades concretas; mientras que Curiel (2013) advierte que la heteronormatividad funciona como un dispositivo político que disciplina las vidas y define qué formas de existencia son reconocidas y cuáles quedan fuera del marco legítimo. Desde estos aportes, el cuidado aparece no sólo como una práctica cotidiana, sino como una trama relacional, que sostiene la vida en condiciones históricas marcadas por el despojo y la reproducción del orden colonial y patriarcal.

Para esta mirada, el cuidado no se restringe a la esfera doméstica, sino que se expresa en prácticas comunitarias y territoriales que resisten a los procesos extractivos y defienden la continuidad de la vida. Este desplazamiento, desde el trabajo de cuidado hacia el *entramado vital que posibilita la vida*, permitió reconocer las dimensiones relacionales, comunitarias y ecológicas del cuidado, así como su inscripción en procesos históricos y materiales específicos.

En este sentido, pensar el cuidado como entramado vital implica activar un ejercicio de hilado, tal como propone Lobos Castro (2021): un proceso en el que múltiples motas irregulares de lana se ajustan entre sí al compás del huso hasta formar un hilo nutrido de hebras indispensables unas para otras. De manera análoga, así puede comprenderse la relación que las mujeres sostienen con la vida humana y no humana en los territorios. El cuidado, entonces, no constituye únicamente una actividad, sino un gesto de entrelazar mundos humanos y no humanos, tejido en las prácticas que las mujeres han preservado, recreado y resignificado a lo largo del tiempo.

Este entendimiento del cuidado como entramado vital exige, a su vez, una metodología capaz de tejer esos hilos de experiencia, voz y territorio, que no extraiga, sino que reconstruya colectivamente.

El dispositivo en acción: descripción y desarrollo del taller

La realización del taller El mandato de cuidar: diálogos desde una perspectiva interseccional, tuvo también como punto de partida central el pensamiento y la reflexión acerca de las fronteras ontológicas/epistémicas dominantes que invisibilizan el trabajo de cuidados de las Mujeres y la Madre Tierra (Pereyra, 2023).

En un contexto de crisis civilizatoria marcada por el ecocidio y las pandemias, sostenemos que no puede concebirse la vida humana si el cuidado no se entiende como nexo fundamental entre los derechos humanos y el respeto a la naturaleza. Las fronteras y barreras ontológicas y epistémicas dominantes se manifiestan en estructuras de conocimiento eurocéntricas, impuestas históricamente por hombres blancos, cristianos, adultos, heterosexuales y capitalistas, y que se han legitimado a través de universidades, medios de comunicación y diversas instituciones (Pereyra, 2023). Estas estructuras naturalizan dicotomías como público/privado, productivo/reproductivo, racional/corporal o intelectual/emocional, invisibilizando las prácticas de cuidado y consolidando la división sexual del trabajo.

Para llevar estas reflexiones al plano de la experiencia concreta se diseñó una dinámica corporal y vivencial que permitiera visibilizar, de manera situada, las jerarquías y desigualdades que teníamos presente teóricamente. El taller reunió a docentes, estudiantes universitarios y de institutos de educación superior, una enfermera, comerciantes, mujeres y varones del interior catamarqueño y combinó dinámicas grupales.

La primera actividad consistió en una ronda de presentación, donde cada participante compartió su nombre y aquello que le gusta hacer en la vida. Este gesto inicial, permitió habilitar un clima de confianza y cercanía, al tiempo que puso en valor las experiencias, deseos y sensibilidades de quienes integraron el espacio.

En la segunda actividad, se dio paso a una instancia de problematización y sensibilización en torno al cuidado como una actividad profundamente naturalizada, que suele ser entendida como un deber propio de ciertas personas, principalmente de las mujeres y no como un trabajo que sostiene la vida y que implica tiempo, energía, habilidades y compromiso emocional. En esta fase se invitó al grupo a decodificar la problemática, es decir, a desmontar los sentidos que invisibilizan el cuidado y lo ubican como una tarea privada, doméstica o personal.

La tercera actividad consistió en la presentación y explicación de la dinámica central del taller. Para ello se realizó una asignación aleatoria de roles, a través de tarjetas construidas estratégicamente para cruzar dimensiones como género, clase, etnicidad, orientación sexual, edad, discapacidad, situación migrante y distintas formas de relación con la Madre Tierra. Los personajes incluían desde una mujer afrodescendiente y trabajadora doméstica precarizada, hasta un enfermero gay, una madre trans, un trabajador indígena migrante, mujeres mayores cuidadoras, personas sin responsabilidades de cuidado, trabajadores con privilegios económicos y materiales, y diversas formas de la Madre Tierra (sanadora, protectora, amenazada, Pachamama, Gaia).

Después de esto y situados en el patio de la escuela, la consigna invitaba a “entrar en el papel”, activando corporalmente dimensiones que suelen discutirse sólo en la abstracción teórica. Este gesto performativo permitía encarnar los efectos de las fronteras ontológicas/epistémicas: quién cuida, quién es cuidado, quién sostiene, quién es reconocido, quién sufre la precarización o la discriminación, quién tiene acceso a bienes comunes y quién queda relegado a zonas de sacrificio.

Luego se realizó la dinámica de “un paso al frente”, basada en la lectura de situaciones vinculadas con derechos, acceso a recursos, experiencias de discriminación, posibilidades materiales, privilegios socioeconómicos y también acontecimientos socioambientales (vertidos tóxicos, incendios forestales, degradación territorial). Cada frase exigía que los participantes avanzaran solo si consideraban que su rol gozaba de ese derecho o posibilidad.

La dinámica permitió observar tres patrones con gran fuerza pedagógica. Uno de ellos fue el rol que más logró avanzar en el espacio: un hombre cis, joven, soltero, sin responsabilidades familiares, con una profesión bien remunerada y con altos niveles de autonomía personal y material. La figura concentraba privilegios de género, clase, edad, capacidad corporal y situación familiar, lo que le permitió avanzar prácticamente en todas las consignas vinculadas al acceso a derechos, tiempo libre, oportunidades de formación, bienestar subjetivo y capacidad de decisión. Su posición final en la dinámica, muy por delante del resto visualizó cómo el ideal neoliberal de éxito individual, descansa en sujetos que pueden desligarse de

los cuidados, porque ese trabajo es realizado por otros cuerpos, generalmente feminizados, precarizados o invisibilizados.

En contraste, la mayoría de los personajes representados por los participantes quedaron ubicados en posiciones intermedias, reflejando la coexistencia de ciertos derechos conquistados con limitaciones estructurales derivadas de desigualdades de género, etnicidad, orientación sexual, clase social o edad.

Finalmente, quienes quedaron más atrás en el espacio fueron los roles asociados a la Madre Tierra, mientras algunos roles humanos avanzaban ante situaciones de bienestar, los roles de la Tierra quedaban atrás ante amenazas ambientales, mostrando la asimetría entre la lógica extractiva y el sostenimiento de la vida. Este contraste permitió vincular directamente la planteado por Pereyra (2023).

Por su parte Machado Aráoz (2023), aporta la idea de que los regímenes extractivistas producen *fracturas metabólicas*, es decir, rupturas profundas en los vínculos que sostienen la vida entre las sociedades y la naturaleza. El autor plantea que el extractivismo no sólo extrae minerales, sino que desarticula los ciclos vitales que sostienen nuestra existencia.

Vinculado con la realidad catamarqueña, las fracturas metabólicas se expresan en la forma en que las políticas extractivas trasladan a las comunidades tareas de cuidado que antes realizaba la propia naturaleza: garantizar agua limpia, suelos fértiles, aire respirable, salud colectiva y continuidad de los ciclos ecológicos. Lo que antes era provisto por la Madre Tierra se convierte hoy en una carga cotidiana para las familias, que deben organizarse para sostener aquello que el modelo extractivo destruye.

En la cuarta actividad, se generó una instancia de debate a través de preguntas sobre poder, desigualdad, interseccionalidad, acceso a bienes comunes, redes de apoyo y reconocimiento de los cuidados. Las respuestas dieron cuenta de que las desigualdades no se distribuyen linealmente, sino que se superponen: ser mujer, pobre, migrante, indígena, mayor, con discapacidad o cuidadora de la Madre Tierra potencia la vulnerabilidad y la carga de cuidado.

Finalmente, en la última actividad, se abrió un espacio de discusión colectiva acerca de quiénes resuelven hoy las demandas de cuidado en la práctica cotidiana. El intercambio puso en evidencia que estas responsabilidades siguen recayendo de manera desproporcionada en mujeres de sectores populares y en territorios rurales, lo que tensiona aún más las desigualdades preexistentes y profundiza la precarización de la vida en contextos atravesados por dinámicas extractivas.

A partir de esta reflexión situada, el grupo comenzó a proyectar cómo debería redistribuirse social y políticamente el cuidado, reconociéndolo como un derecho y una responsabilidad colectiva, y no como una obligación privada. Desde allí, se fueron organizando distintas propuestas según los actores involucrados. En el ámbito familiar, se destacó la importancia de educar a las nuevas generaciones en la igualdad de género y el cuidado compartido. En el nivel municipal, se planteó la necesidad de crear espacios comunitarios que acompañen y descompriman las tareas cotidianas. Desde la escuela, se subrayó que la educación sobre igualdad de género y roles de cuidado debe formar parte del currículo. En el ámbito del mercado y las empresas, se señaló la urgencia de implementar políticas de equidad de género. Desde la justicia, se discutió la importancia de abordar la violencia y la discriminación, y asegurar el acceso igualitario a la justicia. A nivel comunitario, comedores y centros vecinales emergieron como actores claves para fortalecer redes de apoyo y responder a necesidades concretas de cuidado que el Estado muchas veces desatiende. Por último, en los niveles provincial, nacional e incluso internacional, se identificó la necesidad de políticas de cuidado interculturales e interseccionales, articuladas con los derechos humanos y los derechos de la Madre Tierra.

Esta mirada multinivel permitió comprender que ningún actor por sí solo puede sostener el cuidado, y que su redistribución implica un cambio profundo en las lógicas institucionales, familiares, económicas y estatales.

El taller permitió corporizar la teoría, mostrando cómo las fronteras ontológicas/epistémicas no son abstracciones, sino fuerzas que modelan vidas concretas en Catamarca. La actividad visibilizó que los cuidados humanos y no humanos no pueden seguir siendo concebidos como responsabilidades individuales, sino como un entramado social, político y ecológico que exige reconocimiento, redistribución y colectivización. Esta comprensión situada abre la posibilidad de

pensar políticas públicas integrales, interseccionales, interculturales y ecológicas que articulen el bienestar humano con el de la Madre Tierra, condición imprescindible para sostener la vida en territorios atravesados por la desigualdad y el extractivismo.

Hallazgos, tensiones, desigualdades y resistencias en el cuidado rural

El taller “El mandato de cuidar: diálogos desde una perspectiva interseccional” permitió visibilizar un entramado complejo de desigualdades, tensiones y formas de resistencia que configuran las prácticas de cuidado en la ruralidad catamarqueña. A continuación, se sintetizan los hallazgos centrales organizados en tres dimensiones articuladas: las tensiones identitarias y de mandato, las desigualdades interseccionales y las estrategias de resistencia y colectivización.

Tensiones entre el mandato moral y la agencia territorial

Una de las tensiones más recurrentes emergió entre el cuidado como mandato de género naturalizado y el cuidado como práctica política de sostenibilidad de la vida. Las participantes identificaron que el “deber ser” de la mujer cuidadora opera como un dispositivo que confina su acción al ámbito doméstico, al tiempo que se les exige asumir responsabilidades comunitarias y territoriales sin reconocimiento ni apoyo institucional.

Esta tensión se agudiza en contextos de extractivismo, donde el cuidado se expande hacia la defensa del territorio, pero es leído por las instituciones como “oposición política” y no como continuidad de la ética del sostén de la vida. En este sentido, como advierte Cruz Hernández (2017), los espacios extractivistas se configuran como territorios altamente masculinizados, en los que la instalación de empresas provoca una “patriarcalización de los territorios”. El aumento de la violencia en estos entornos y la consolidación de jerarquías de género refuerzan la deslegitimación de las prácticas de cuidado cuando estas se despliegan como defensa comunitaria. Así, lejos de ser un “exceso” o una “politización indebida” del rol femenino, la agencia territorial de las mujeres puede leerse como respuesta a la intensificación de estas dinámicas extractivas y patriarcales.

Desigualdades interseccionales: quién cuida, quién es cuidado, quién descansa

La dinámica de roles evidenció con claridad cómo las desigualdades se superponen, generando jerarquías de acceso al descanso, al tiempo y a los recursos.

El privilegio invisible: el personaje que más avanzó en la actividad fue un varón cis, profesional, sin responsabilidades de cuidado, reflejando un ideal neoliberal de autonomía que depende del trabajo de otros cuerpos feminizados y precarizados. Esta figura no es meramente contingente, sino que remite a una genealogía más amplia: la del hombre conquistador como sujeto paradigmático de la modernidad. En este sentido, Machado Aráoz (2020) advierte sobre el carácter profundamente imperial de la Razón moderna capitalista y de la figura masculina que la encarna: un individuo que se concibe a sí mismo como autosuficiente, que se arroga el señorío del mundo y trata a la tierra y a los cuerpos racializados, feminizados y subalternizados como objetos de dominio y explotación.

La interseccionalidad concreta: las figuras que representaban a las mujeres indígenas, adultas mayores, migrantes o con discapacidad quedaron sistemáticamente en posiciones de mayor sobrecarga y menor acceso a derechos.

La Madre Tierra como última en la fila: los roles que representaban a la naturaleza (Pachamama, territorios amenazados) fueron los que menos “pasos al frente” pudieron dar, mostrando la fractura metabólica (Machado Aráoz, 2023) que traslada a las comunidades la carga de restaurar lo que el extractivismo daña.

Cuidado comunitario como resistencia al extractivismo

Frente a estas desigualdades, el taller permitió identificar prácticas de cuidado colectivo que funcionan como resistencia territorial. Estas no se limitan a ser respuestas ante la necesidad inmediata, sino que se configuran como formas de organización política que disputan el sentido mismo de la vida en común. Entre ellas, destacan las redes informales de trueque, acompañamiento y cuidado compartido entre mujeres, que tejen solidaridades cotidianas más allá del mercado. También emergen las huertas comunitarias y la gestión colectiva del agua como actos concretos de soberanía alimentaria y defensa del territorio frente al despojo. Además, se reconocen espacios de contención emocional y memoria, donde el

cuidado se convierte en un gesto de preservación frente al hostigamiento empresarial y estatal, nutriendo así la persistencia de los lazos comunitarios en medio de la conflictividad socioambiental.

Estas prácticas constituyen el arraigo, el “ombligo” colectivo que ancla el reconocimiento de quiénes somos. En este sentido, su defensa no es meramente económica ni ambiental: es existencial. Como advierte Segato (2022), borrar el paisaje implica deshistorizar y desorientar a los pueblos; cuidarlo, en cambio, es preservar el horizonte de sentido que sostiene la identidad colectiva. Desde esta perspectiva, las experiencias comunitarias identificadas en el taller no solo resisten el despojo material, sino también la “conspiración existencial” que busca convertir territorios y vidas en cosa. Aquí el cuidado del territorio es inseparable del cuidado de los cuerpos humanos y no humanos que lo habitan.

Hacia la colectivización: demandas y proyecciones desde los territorios

Las participantes coincidieron en que la redistribución del cuidado requiere transformaciones estructurales multinivel. Entre las propuestas concretas surgidas destacan:

- En lo familiar: educación en igualdad de género desde la primera infancia.
- En lo comunitario: fortalecimiento de comedores, centros de día y redes de apoyo mutuo.
- En lo municipal: creación de espacios de cuidado comunitario con perspectiva intercultural.
- En lo educativo: integración del cuidado y la sostenibilidad de la vida en los currículos.
- En lo político-institucional: políticas de cuidado interseccionales que reconozcan el trabajo de las mujeres rurales y defensoras del territorio.

Aprendizaje central: el cuidado como entramado político-territorial

La experiencia permitió concluir que en la ruralidad catamarqueña el cuidado no es una tarea individual ni meramente doméstica, sino un entramado vital profundamente político. Se trata de una práctica que sostiene la vida en condiciones de precariedad y extractivismo, que visibiliza desigualdades cruzadas de género,

clase, etnia y territorio, y que genera resistencias que disputan activamente el modelo de desarrollo hegemónico. A su vez, este entramado exige ser colectivizado desde una ética de interdependencia radical, tanto humana como no humana. Este aprendizaje refuerza la necesidad de politizar el cuidado en las agendas públicas, no como un “tema de mujeres”, sino como un asunto fundamental de justicia territorial y supervivencia comunitaria.

Reflexiones finales: hacia una politicidad del cuidado en clave territorial y comunitaria

El proceso de sistematización de la experiencia del taller *“El mandato de cuidar: diálogos desde una perspectiva interseccional”* nos permite cerrar esta reflexión con aprendizajes que no sólo interpelan la realidad de las mujeres rurales catamarqueñas, sino que proyectan claves para repensar el cuidado como horizonte político y comunitario en contextos de desigualdad y extractivismo.

Al retomar las preguntas que guiaron este ejercicio, podemos afirmar que las desigualdades emergen de manera superpuesta y jerárquica allí donde el género se intersecta con la clase, la etnicidad, la edad, la territorialidad y la relación con la naturaleza. No es lo mismo cuidar siendo una mujer blanca urbana con recursos, que hacerlo siendo una mujer indígena rural, migrante, adulta mayor o defensora del agua en un territorio en conflicto. La interseccionalidad se revela así no como una categoría meramente analítica, sino como una realidad encarnada que determina quién puede descansar, quién tiene voz y quién carga con el sostén material y afectivo de la vida.

En territorios atravesados por dinámicas extractivas, el mandato de cuidar se expande y se tensiona. Por un lado, se intensifica la carga sobre las mujeres, quienes deben responder no solo al cuidado familiar, sino también al de los bienes comunes amenazados: el agua, el suelo, la salud comunitaria. Por otro lado, ese mismo mandato es reapropiado como herramienta política: cuidar el territorio se convierte en un acto de resistencia que desborda lo doméstico y se proyecta como defensa de la vida frente al modelo extractivo. El extractivismo, de este modo, no solo explota recursos, sino que precariza y feminiza la responsabilidad de restaurar lo dañado,

profundizando las fracturas metabólicas que separan a las comunidades de sus ciclos vitales.

Frente a esta realidad, la colectivización del cuidado se presenta no solo como estrategia de supervivencia, sino como potencia transformadora. Cuando el cuidado deja de ser una carga individual y se comparte en red, se generan espacios de autonomía, sororidad y construcción de poder popular. Colectivizar el cuidado significa, también, colectivizar la lucha: reconocer que la defensa del territorio es inseparable del cuidado de quienes lo habitan, y que ambas dimensiones exigen organización comunitaria, políticas públicas con perspectiva de género y ecológica, y una redistribución radical de los tiempos, los recursos y las responsabilidades.

Esta experiencia nos deja al menos tres aprendizajes centrales que pueden nutrir futuras reflexiones y acciones. Primero, que el cuidado es un acto político-territorial: lejos de ser una práctica privada o un “tema de mujeres”, se revela como un nexo fundamental entre la reproducción social y la sostenibilidad ecológica. En contextos rurales impactados por el extractivismo, cuidar es también defender, y defender es ya una forma de cuidar. Segundo, que la interseccionalidad opera como una brújula metodológica y ética: trabajar desde esta perspectiva no sólo visibiliza desigualdades, sino que evita homogenizar las experiencias de las mujeres, recordándonos que únicamente desde un enfoque situado y atento a las múltiples opresiones es posible diseñar estrategias de transformación que no dejen a nadie atrás. Tercero, que la sistematización de experiencias constituye un acto de recuperación de saberes subalternos: esta metodología nos permitió valorizar los saberes encarnados de las participantes, no como “datos” a extraer, sino como conocimientos vitales que deben orientar las políticas públicas, la investigación y la acción comunitaria.

El taller no cerró un debate, sino que abrió caminos. Como proyección, se vislumbran rutas posibles: fortalecer redes comunitarias de cuidado que articulen lo doméstico con lo territorial, incluyendo a varones, instituciones locales y organizaciones socioambientales; impulsar incidencias en políticas públicas locales y provinciales que reconozcan el cuidado como derecho y como responsabilidad colectiva, con presupuestos, equipamientos y programas específicos para la ruralidad; profundizar en la formación y la investigación-acción participativa desde

enfoques feministas, descoloniales y ecoterritoriales, que sigan visibilizando y acompañando las luchas de las mujeres rurales; y tejer alianzas con otros movimientos –ambientalistas, indígenas, de derechos humanos– para posicionar el cuidado como eje de un proyecto de sociedad alternativo al extractivismo.

En un mundo donde el capitalismo colonial y patriarcal sigue desgarrando los vínculos que sostienen la vida, el cuidado emerge no solo como una necesidad, sino como un horizonte político posible. Para las mujeres de Catamarca y de tantos otros territorios en lucha, cuidar es ya un acto de insubordinación y de esperanza. Colectivizar ese cuidado significa, en última instancia, colectivizar la posibilidad de un futuro vivible donde la vida, en todas sus formas, sea finalmente prioridad.

Referencias

- Curiel, O. (2013). La nación heterosexual: Análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación. Brecha Lésbica; En la Frontera.
- Cruz Hernández, D. T. (2016). Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos. En Solar, 12(1), 35-46.
- Espinosa Miñoso, Y. (2017). Hacia la construcción de la historia de un (des)encuentro: la razón feminista y la agencia antirracista y decolonial en Abya Yala. Praxis, (76), 1-14.
- Farías, R., y Gamboa, M. (2021). Las voces y los silencios de las mujeres en resistencia a la minería en Catamarca. En C. Aliaga, N. Fuentes, Á. D. Rojas Becerra, S. Vega, y E. Vázquez (Comps.), Mujeres contra el extractivismo minero en el Abya Yala. Defensoras. El Chaski Editores.
- Federici, S. (2004). Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Traficantes de Sueños.
- Fraser, N. (2023). Capitalismo caníbal: Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia. Editorial Siglo XXI.
- Gamboa, M. (2023). Narrativas genealógicas y etno-fotografía afectiva en la producción del archivo vital de nuestras luchas feministas antiextractivistas. Memorias Disidentes, 1(1).
- Gebara, I. (1997). Intuiciones ecofeministas: Ensayo para repensar el conocimiento y la religión. Soluciones Editoriales.

- Gilligan, C. (1982). *En una voz diferente: Teoría psicológica y desarrollo de las mujeres*. Harvard University Press.
- Haesbaert, R. (2020). Do corpo-território ao território-corpo (da terra): Contribuições decoloniais. *GEOgraphia*, 22(48).
- Herrero, Y. (2013). Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible. *Revista Economía Crítica*, 16, 278-307.
- Jara, O. (2006). Guía para sistematizar experiencias. UICN-Mesoamérica, Programa Alianzas metodológicas.
- Jara, O. (2011). La sistematización de experiencias: aspectos teóricos y metodológicos. *Decisio*, 28.
- Lobos Castro, F. (2021). Agua-cuerpo-territorio: Las cicatrices y reexistencias de las mujeres rurales en el Maule Sur precordillerano de Chile. *Ecología Política*, 61, 112-116.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tábula Rasa*, 9.
- Lugones, M. (2016). Hacia un feminismo descolonial. *La Manzana de la Discordia*, 6(2), 105-117.
- Machado Aráoz, H. (2020, junio). Seminario virtual: Lecturas sobre la pandemia BP Construyendo Comunidad [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=AYa48kzHkHg>
- Machado Aráoz, H. (2022). Andalgala, una larga caminata de re-existencia. *Bordes*, (27), 13-23.
- Machado Aráoz, H. (2023). El extractivismo y las raíces del “Antropoceno”: Regímenes de sensibilidad, régimen climático y derechos de la Naturaleza. *Direito e Práxis*, 14(1), 407-435.
- Merchant, C. (1982/2023). *La muerte de la naturaleza: Mujeres, ecología y revolución científica*. Siglo XXI Editores.
- Mies, M. (1999/2019). Patriarcado y acumulación a escala mundial. *Traficantes de Sueños*.
- Muelle, C. (2019). Etnografía, acción feminista y cuidado: una reflexión personal mínima. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 35, 91-111.
- Parodi, C. (22 de noviembre de 2024). Las mujeres de Nación Diaguita: la ancestralidad como elección. *El Diario AR*. https://www.eldiarioar.com/blog/punto-de-encuentro/mujeres-nacion-diaguita-ancestralidad-eleccion_132_11837762.html
- Pereyra, E. (2023). Fronteras/barreras ontológicas/epistémicas dominantes que invisibilizan el trabajo de cuidados de las Mujeres y la Madre Tierra. *Margen*, (109).

- Pérez Orozco, A. (2014). Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida. Traficantes de Sueños.
- Picchio, A. (2001). Un enfoque macroeconómico ampliado de las condiciones de vida. Conferencia inaugural presentada en Jornadas Tiempos, trabajos y género, Universidad de Barcelona.
- Segato, R. (2022, septiembre 17). Sin paisaje nos quedamos huérfanos. Ecología Política del Sur. <http://www.ecologiapoliticadelsur.com.ar/nota/75-rita-segato-sin-paisaje-nos-quedamos-huerfanos>.

Bloque 2: Cuidados comunitarios

En la huerta una se olvida de los problemas. Mujeres migrantes y producción de alimentos en la provincia de Neuquén

Verónica Trpin¹

En los estudios rurales, las migraciones se han constituido en un eje central, al analizarse circuitos laborales en producciones intensivas y la conformación de nichos “etnicizados”, marcados por trayectorias de movilidad territorial. Asimismo, en los últimos años, se han consolidado líneas de trabajo en torno al origen de los alimentos frescos y a las condiciones en las que se resuelve su producción, lo cual ha reorientado diversas investigaciones a lo largo de la Argentina, evidenciando los múltiples circuitos productivos a pequeña escala que se anudan con la presencia de migrantes limítrofes que realizan horticultura.

En este escrito, el foco estará situado en las trayectorias de trabajadoras rurales migrantes y sus experiencias como huerteras y como feriantes, las cuales resultan ventanas para analizar, desde las herramientas que nos ofrece la teoría feminista, dinámicas locales con lentes en género y pensar los cuidados anudados a la producción.

Con el propósito de dar cuenta de las marcas de género y las migraciones en las ruralidades, nos centraremos en experiencias de producción de alimentos frescos a pequeña escala en el departamento Añelo en la provincia de Neuquén, al norte de la Patagonia. El estudio se ancla en una perspectiva de género, de modo de comprender las tramas que se sostienen en los territorios, centralmente articuladas por mujeres migrantes, para quienes ser “huerteras” se vivencia como una alternativa no solo alimentaria y de trabajo ante crisis sanitarias o económicas, sino también como refugios colectivos que nutren sus vidas.

Desde una apuesta etnográfica, la investigación se sustenta en conversaciones con trabajadoras migrantes de origen limítrofe (Chile y Bolivia) y migrantes internas (del norte de la provincia de Neuquén), agentes estatales

¹ Instituto Patagónico en Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS-CONICET-UNCo). Correo electrónico: vtrpin@gmail.com

vinculados/as a la agricultura urbana y periurbana y en el trabajo de campo realizado entre los años 2023 y 2025 en circuitos de producción de alimentos frescos en la provincia de Neuquén. Este material nos permitió sumergirnos en la indagación sobre la expansión de huertas en espacios rurales y urbanos, espacios que refieren a estrategias que garantizan alimentos, en un sentido amplio de los cuidados, desde tramas que expresan iniciativas anudadas en apuestas colectivas.

En una primera parte del trabajo se presenta el territorio abordado, caracterizado por la producción concentrada de peras y manzanas y por la presencia de migrantes que se emplearon en dicha actividad. En una segunda parte, se recorren estudios que nos invitan a articular la “condición migrante” de trabajadores/as en el campo con dimensiones centrales de las desigualdades: la clase, el género y la pertenencia étnica, de modo de complejizar las trayectorias laborales de las huerteras de Añelo.

En un último apartado, se recuperan las experiencias productivas de las huerteras y los sentidos que le otorgan a los espacios productivos que comparten, en los cuales se anudan conocimientos sobre plantas, prácticas agroecológicas y complicidades. En las conclusiones se articulan los hallazgos y los desafíos teóricos del abordaje de las trayectorias de mujeres migrantes y sus actuales implicancias en la producción de alimentos desde apuestas colectivas.

San Patricio del Chañar: empresas de capital concentrado y la circulación de trabajadores/as migrantes

En este apartado nos centramos en las dinámicas productivas recientes en la localidad de San Patricio del Chañar, localizada en el departamento de Añelo, provincia de Neuquén. Esta zona constituye la más reciente área productiva con irrigación artificial del corredor del margen inferior y central del río Neuquén, configurada inicialmente por empresas de capital concentrado y pequeños/as productores/as que se dedican a la fruticultura, vitivinicultura y en menor medida, a la horticultura.

La tardía incorporación de esta zona a la fruticultura data de la década de 1970. Según indican Steimbregger et al. (2003), la disponibilidad de suelos fértiles y de agua para la agricultura, permitió la sistematización de tierras para la implantación de

cultivos intensivos con variedades de crecimiento rápido: las ventajosas condiciones naturales aseguraron a empresas integradas de la fruticultura, la ampliación de su escala productiva para responder de manera rápida y flexible a los cambios cuantitativos y cualitativos de la demanda internacional de frutas frescas.

Este proceso de concentración productiva se inició en el año 1968, con la adquisición del conocido campo de El Chañar por parte de la empresa Frigorífico Cipolletti S.A. – luego Sociedad Anónima Gasparri Hermanos –, empresa que ya en 1979 ocupaba el quinto lugar a nivel nacional como empacadora y exportadora de frutas. A partir de este momento, las tierras de El Chañar comienzan a ser incorporadas a la producción agrícola intensiva con proyección exportadora. El perfil empresarial que se consolidó en el área favoreció la demanda y atracción de mano de obra temporaria y permanente de origen migrante para las distintas tareas de la actividad frutícola primero y luego vitivinícola. Este dinamismo demográfico, ligado a la configuración de un importante mercado laboral agrícola, consolidó en la década de los ochenta el centro de población San Patricio del Chañar, creado en 1973.

Según datos de Estadísticas y Censos de la provincia de Neuquén, en 1980, el departamento contaba con 2602 personas, representando las nacidas en Argentina del 83% (de la provincia de Neuquén o de otras provincias del noroeste) y 17% extranjeras. Para el siguiente censo, la población se duplicó, registrándose 4668 habitantes y replicándose la distribución de argentinos/as y extranjeros. Para el 2001 la población era de 7558 personas con un porcentaje mayor de argentinos/as (87%). La presencia de migrantes limítrofes refiere, principalmente, a población de origen chilena/o, en articulación con el empleo en chacras frutícolas.

Por otra parte, el actual *boom* de la actividad hidrocarburífera en esta misma región, motorizó la llegada de trabajadores/as que se emplean en las empresas de explotación de petróleo y gas. Los censos de población reflejan dichas tendencias: en el año 2010 vivían 10.244 personas en San Patricio del Chañar, mientras que en el año 2022 se registró una población de 18.166.

La histórica presencia de familias migrantes que se insertaron como mano de obra en las chacras desde los años ´80 resulta una característica del corredor productivo de los valles irrigados del norte de la Patagonia. Las posibilidades laborales temporales que otorgó la fruticultura y actualmente la vitivinicultura,

permitieron absorber trabajadores migrantes que luego optaron por residir en la zona y conformar pequeños núcleos de población (Radonich, Ciarallo y Trpin, 2011) en localidades como San Patricio del Chañar.

Las marcas de clase que atravesaron las vidas de las familias migrantes insertas como mano de obra en la fruticultura, han sido intersectadas también por la etnicización al pertenecer a un “país limítrofe”. Ese estigma, “ser chilenos/as”, convivió con la imagen de que los hombres eran “buenos trabajadores”, siendo las mujeres migrantes trabajadoras invisibilizadas, y, en general, desplazadas de la posibilidad de que su trabajo sea reconocido y por lo tanto, de acceder a derechos laborales (Trpin, 2020).

En América Latina, los estudios sobre movimientos temporales o estacionales de trabajadores/as tienen una trayectoria significativa dada la relevancia que este fenómeno ha mantenido a lo largo del tiempo (Bendini et al., 2009). En particular, los desplazamientos estacionales de trabajadores/as en Argentina se relacionan estrechamente con el surgimiento del trabajo asalariado para las labores agrícolas, de la mano del proceso de modernización en la agricultura y del desarrollo de las economías regionales del interior del país. Investigaciones pioneras sobre esta temática son las de (Sabalain y Reboratti, 1982), quienes identificaron desde una escala regional ampliada, en las décadas de 1970 y 1980, distintos sistemas de migraciones estacionales en los que se articulaban los/as trabajadores/as agrícolas. En las primeras décadas del siglo XXI estas formas de movilidad territorial mantienen vigencia porque forman parte de las estrategias familiares de reproducción social (Murmis, 1994, Bendini y Radonich, 1999 y Giarraca, 2000); desplegándose como una opción ventajosa ante el desempleo, el subempleo y a las condiciones adversas de existencia en las regiones de origen (Bendini et al. 2011) (Rau, 2010).

La actividad frutícola ha tenido gran protagonismo en la organización social y económica de los valles irrigados en Neuquén y Río Negro motorizando los flujos migratorios. Asimismo, en los últimos diez años, nuevos/as migrantes circulan por la región en relación a la horticultura, actividad que registra una lenta y constante ampliación en cuanto a superficie sembrada en los valles. La “bolivianización de la horticultura”, tan estudiada por los/as colegas en referencia a los cordones

hortícolas de diferentes regiones de la Argentina (Barsky, 2005; Benencia, 1994, 2005, 2012; Feito 2013, 2018; Feito y Barsky, 2020; Pizarro, 2010) se presenta como una tendencia también en los valles irrigados de Neuquén.

Sin embargo, debido a la predominancia de la fruticultura y vitivinicultura orientada a la exportación, la actividad hortícola en la región, ofrece, a diferencia de otras áreas, limitadas condiciones para que los/as migrantes puedan construir un verdadero territorio hortícola en el departamento de Añelo. Cabe remarcar que en un contexto de alta concentración productiva frutícola y vitivinícola, las apuestas productivas se resuelven a escalas reducidas y acompañadas por el estado provincial neuquino. Las trayectorias recorridas desde los relatos de mujeres huerteras en San Patricio del Chañar nos sumergen en las experiencias que transitan y las marcas de género, migratorias y de clase que las encuentran colectivamente.

Las experiencias rurales de mujeres que nos acompañaron en ruedas de conversaciones en San Patricio del Chañar, nos sumergieron no solo en sus mundos laborales, sino en las interacciones que establecen desde sus conocimientos del mundo rural atravesado por la migración, el género y la clase. Dichas dimensiones no pueden soslayarse en los análisis que atienden la relación entre procesos de acumulación, trabajo y migraciones. Andrés Pedreño Canovas, en su consolidado estudio del trabajo agrario en Murcia, España, se refiere a la “condición migrante” como una conceptualización desde la cual observar la configuración modelada por la inserción de los/as inmigrantes extranjeros/as en la estructura social de las regiones receptoras, así como por los proyectos migratorios de estos/as trabajadores/as, en cuanto proletarización en esas economías, proletarización acompañada por las marcas de la desposesión:

la *condición inmigrante* es justamente esa experiencia de desposesión según la cual “no es el trabajador quien elige su trabajo, sino el trabajo el que elige al trabajador”. La inserción en empleos precarios aparece, así como *un destino* propio de su ser social, según el cual ser extranjero consiste en hacer trabajos destinados a extranjeros” (Pedreño Cánovas, 2011, p. 12)².

² Cursivas del autor.

En este sentido, Ulrik Schierup y Ålund advierten que hay una relación recíproca entre la segmentación del mercado laboral y la migración: en lugar de ser sólo un “ejército de reserva” reclutado con la finalidad de cubrir los espacios vacíos en los mercados laborales duales, abordan la migración, “como un factor dirigido a que las estrategias empresariales configuren, regulen y reestructuren activamente mercados de trabajo con nichos asimétricos” (2022, p. 73).

Para quienes abordamos migraciones laborales las categorías de mercados de trabajo segregados y condición migrante han sido vertebradoras. Comprender la movilidad territorial como una estrategia de reproducción social para las familias migrantes conduce a dar cuenta, tal como plantea Pedreño Canovas, de una historia de despojos, de enajenación de bienes, recursos y también de relaciones de clase en el capitalismo global.

Tal como hemos señalado en otros escritos (Trpin y Pizarro, 2017; Trpin y Moreno, 2020), en el abordaje de los mercados de trabajo y las migraciones, la clase social debió articularse con desigualdades que pueden rastrearse en los cruces del género, la raza, la etnia, el origen nacional y el estatus migratorio (Anthias, 2006; Yuval-Davis, 2006; Magliano, 2015). Esta perspectiva ha sido una apuesta teórico-metodológica consolidada para comprender las relaciones sociales de poder y los contextos en que se producen las desigualdades sociales vividas por los sujetos sociales, mediante el abordaje de diferentes posiciones y clasificaciones sociales históricamente situadas (Magliano y Mallimaci Barral, 2018).

En Argentina, hemos retomado esta línea de análisis para dar cuenta de las características de la discriminación étnico-nacional de los migrantes laborales internacionales. Pizarro (2013) ha discutido sobre la pertinencia de emplear el concepto de etnicidad para referir a aquellos procesos de marcaciones identitarias que justifican y legitiman la asignación de ciertos migrantes internacionales en las jerarquías laborales más precarizadas.

Consideramos que, en los estudios rurales, la clase constituyó un concepto dominante para analizar las relaciones laborales en los mercados de trabajo en los que participan migrantes. Así, distintas investigaciones se limitaron a analizar las relaciones sociales basadas en relaciones productivas o económicas. El estudio de la intersección de las desigualdades de clase con las étnico-nacionales y raciales se

incorporó gradualmente. Es sólo en los últimos años que se ha reparado en la incidencia de las desigualdades de género. Por otra parte, la diferencia salarial, la segregación de los empleos, el papel de los estereotipos de género en la definición de las calificaciones y ocupaciones, la escasa o nula representación de las mujeres en organizaciones gremiales, son algunos elementos que dan cuenta del modo en que el género opera más allá del ámbito privado (Radonich y Trpin, 2013).

En este sentido, existe un recorrido que se ha expandido y fortalecido y que refiere a la relación entre trabajo, condiciones laborales y desigualdades, recuperando la interseccionalidad entre pertenencias de clase, de género y de origen étnico-nacional, así como la racialización de ciertos/as migrantes (Ataide, 2019; Linardelli, 2020; Insaurralde, N., y Lemmi, 2020; Mercado Mott y Mingo Acuña, 2021).

Mujeres migrantes en el Chañar: de trabajadoras rurales a huerteras

Desde el trabajo de campo en San Patricio del Chañar, hemos registrado las trayectorias de las huerteras Eva, Elsa y Elvira de Chile, María de Bolivia, Sandra hija de chilenos/as. Ellas eran trabajadoras rurales y la circulación por el territorio no era una novedad en sus vidas, sino parte de sus experiencias laborales con la tierra. Una huertera que llegó de Chile nos contaba:

nosotros vivimos en la chacra empleados y nunca las casas tuvieron comodidades. Era solamente el ranchito, paredes, techo y si tenés la suerte de tener cerca el agua, el baño adentro es una lotería. Cuando se hizo el Chañar, toda esta zona, no había ningún servicio. Y era campo bruto y había que trabajarlo. (entrevista realizada el 20/7/2023)

Las marcas laborales se reflejaron desde el trabajo significado como “duro” y resuelto por toda la familia:

yo era regadora en la chacra, peleaba con los hurones que son unos roedores que los detesto porque me hacían huecos en la tierra, se me iba el agua y tenía que hacer círculos protegiendo que no se desmorone el terreno y había que

trabajar con la pala. Toda la familia trabajaba en la chacra. (entrevista realizada el 1/7/2023)

María, de Bolivia, luego de recorrer desde sus relatos los distintos puntos de la Argentina en los que trabajaron con “otros paisanos”, llegaron al Valle y se quedaron:

que nos enganchamos y vinimos con él (su marido). Nos gustó el lugar y así fuimos quedando. Él trabaja en los frutales, en la cosecha. Nos fuimos quedando. Estuvimos en Salta muchos años, en temporada de verano llega a 45, 50 grados, entonces es un infierno allá. Fuimos armando así, hicimos una casita. (entrevista realizada el 1/7/2023)

Elsa entre sus recuerdos nos cuentan que migró en pareja como tantas otras mujeres chilenas:

vinimos de Chile con mi esposo recién casados y estuvimos primero acá, él trabajaba en lo que era de Gasparri, él trabajó ahí. Ahí crecieron los niños y después vinimos acá al pueblo, porque vivíamos en la costa del río, ahí teníamos un ranchito. Y después nos vinimos acá, los niños crecieron, fueron a la escuela. Y yo trabajé en la chacra, estuve bastante tiempo cosechando y al pasar el tiempo después acá en el puesto se iba a hacer huerta familiar, nos vinimos. (entrevista realizada el 20/7/2023)

Todas las migrantes trabajaron y vivieron en chacras una vez asentadas en la zona, junto a sus compañeros. Las mujeres resaltan la posibilidad de “salir de las chacras” para acceder a terrenos en el pueblo y construir sus viviendas. En las trayectorias de las familias, fueron los varones quienes se jubilaron como trabajadores rurales, mientras que ellas, a pesar de las labores realizadas, contaron con el acceso a una jubilación “como amas de casa³”. Con edad avanzada, las

³ En el año 2004, durante el gobierno de Néstor Kirchner, se puso en vigencia una moratoria previsional por la cual todas aquellas personas que tuvieran edad para jubilarse pero no la cantidad de aportes

necesidades materiales y sus experiencias de “vivir en el campo” las encontró siendo huerteras en un Centro de Capacitación del Ministerio de Educación de la provincia. En este sentido, Elvira señala “que tenemos casas, sitios pequeños donde no queda espacio para producir y tenemos la suerte de poder venir a producir acá” (entrevista realizada el 1/7/2023).

La condición migrante se articula en sus relatos con los condicionamientos de clase: la movilidad para trabajar en la fruticultura, los circuitos masculinizados y las labores no reconocidas de las mujeres, desde trayectorias en las que no se contó con la posibilidad de acceder a la tierra para producir. Es por ello que, para estas mujeres migrantes, la producción de agroalimentos en huertas colectivas se presenta como una novedad en sus vidas: poder decidir sobre los cultivos y la disponibilidad de verduras y frutas que obtienen desde el trabajo con otras mujeres sin mediar una relación laboral.

“El Puesto” y el encuentro entre surcos y verduras

En el departamento Añelo, un espacio de referencia y de promoción de huertas lo constituye el Centro de Formación Profesional Agropecuaria (CPPA) N°2 en San Patricio del Chañar, conocido por el “Puesto del Chañar”. El mismo se conformó en la década de 1990 en el marco del programa de Expansión y Mejoramiento de la Educación Técnica Agropecuaria (EMETA). Dicho programa incluía un sistema de nuclearización de escuelas, acompañado de políticas de diagnóstico, perfeccionamiento docente, regionalización del currículo, dotación de equipamiento y refacciones, ampliaciones y construcciones de edificios escolares (Leguizamón, 2014). El programa EMETA fue financiado por fondos del BID (Banco Interamericano de Desarrollo) con el objetivo de desarrollar la productividad en zonas rurales mediante la modernización agrícola y las políticas educativas.

A principios de la década de los noventa y en el marco de este programa, se crearon centros de capacitación agropecuaria de educación “no formal” para adultos (hoy denominados Centros de Formación Profesional Agropecuarios), localizados

requeridos que exige el sistema pudieran hacerlo. Si bien el objetivo era para varones y mujeres en general, de las 2.700.000 personas que accedieron a la jubilación, el 86 por ciento fueron mujeres. Por esta razón es que la moratoria terminó siendo conocida como “la jubilación para amas de casa”.

en las principales zonas agrarias de la provincia de Neuquén. Uno de los cinco centros de capacitación es el actual CFPA N° 2 conocido como el Puesto del Chañar (Rodríguez, Chara y Romero, 2020).

La fuerte presencia de trabajadores/as rurales en la localidad –según el CNPV del año 1990, el 80% de la población estaba relacionada con el trabajo agrario–, delineó acciones dirigidas al sector. Por ello, las capacitaciones para adultos/as se centraron inicialmente en clases sobre trabajos culturales realizados en las chacras y orientadas a acompañar las innovaciones y exigencias de calificación de la fruticultura y luego de la vitivinicultura.

Años más tarde, la opción de sumarse a capacitaciones para el cultivo de verduras en el Puesto del Chañar se constituye en una alternativa para garantizar la alimentación y la venta de algún excedente. Tal como fuera adelantado, el trabajo de la tierra no era desconocido para las mujeres que comenzaron a tomar clases sobre huertas y agroecología, quienes año tras año se fueron sumando al “Puesto”.

Una de las técnicas enfatizó en relación a la tierra que ellas no quieren perder su espacio:

Hay ejemplos de señoras que tienen mucha edad y la cantidad de tierra que tienen es un montón. Y la siguen sosteniendo. Ponen a trabajar a todo el mundo. Incluso a expensas de su propio cuerpo. (entrevista realizada el 25/8/2023)

El trabajo diario comenzó a ser concentrado mayormente por mujeres migrantes. A la posibilidad de formarse como huerteras, se sumó la alternativa de sostener circuitos de venta de cercanía en la feria local organizada por el Puesto. Los/as técnicos/as señalaban que las huerteras:

esperaban el momento de feria como un momento de ahorro en algún lugar, ¿no? Como es el espacio donde se hace un plus al que generalmente se tiene o al ingreso que se tiene y a partir de ese plus es que se pueden pensar otras cosas o planificar, agregarle un valor. Eso se paró, la gente destinó lo que tenía

a seguir viviendo, o sus gastos fijos, y después en cuanto a lo doméstico, a la organización más doméstica, económicas. (entrevista realizada el 17/7/2020)

Las mujeres organizaron su dinámica de trabajo centrada en los predios asignados, en algunos casos poseen cultivos bajo cubierta, complementados con el trabajo en surcos. Los/as técnicos realizan el seguimiento y promueven capacitaciones hacia una transición agroecológica, además de promover la elaboración de conservas y envasados.

Esta experiencia se ha replicado en la llamada Chacra Municipal, de la participan mujeres que se ocupan también del cultivo de hortalizas, frutas finas y hongos. En ambas iniciativas se combina el acompañamiento del PRODA (Programa de Desarrollo Agroalimentario, Ministerio de Producción e Industria del Gobierno de la Provincia del Neuquén).

Cabe destacar el sostenimiento de la producción de alimentos frescos en espacios gestionados y acompañados por el Estado, en un marco de concentración de la tierra destinada a la fruticultura y de la vitivinicultura intensiva. El trabajo de mujeres migrantes que se emplearon en chacras desde los inicios de la expansión productiva de San Patricio del Chañar, hoy permite construir dinámicas a pequeña escala que garantizan alimentos frescos y sanos en una localidad en la que acontecen nuevos procesos de uso del suelo y del agua, al compás de la expansión hidrocarburífera.

Las huerteras consolidan sus espacios de producción como una oportunidad, tanto de cultivar para su familia como para encontrarse con otras mujeres. Desde los relatos, las historias de tramas solidarias y de aprendizajes colectivos relacionan a las huerteras con agentes estatales que las asesoran, acompañan en las compras de semillas y orientan en el sostenimiento de prácticas agroecológicas desde hace más de 20 años. La crisis del 2001 permitió que estas personas cultivaran para “el consumo” y la pandemia y postpandemia las encontró ante nuevas urgencias alimentarias que las anudan en acompañamientos, afectividades e iniciativas comunes, como ferias o el armado de bolsones de verduras en los predios.

Garantizar la alimentación y su acceso desde circuitos de la economía social en tiempos de profundización de desigualdades, permite la sostenibilidad de la vida

y la construcción de estrategias tramadas que resultan, para muchas mujeres, alternativas sustentadas en lo común. Crear formas más cooperativas de llevar a cabo el trabajo de cuidados y “reconocer la existencia de diversas trayectorias y culturales y la multiplicidad de formas sociales” (Federici, 2018, p. 105) habilita la mirada sobre la proyección de espacios y relaciones sociales más justas y solidarias. En este sentido, cabe señalar cómo las mujeres involucradas en experiencias que las encuentran como huerteras, refieren a la potencia de llevar alimentos frescos como una conquista que las une, con el fin de generar prácticas colectivas y de autonomía. La apropiación de los espacios de cultivo, procesamiento y venta a pequeña escala les permite desentenderse de actividades domésticas que generalmente absorben por su condición de mujeres, valorando el tiempo de trabajo con otras en la tierra, en la feria, en la planta de elaboración.

El fortalecimiento de estos espacios no sólo proyecta la resolución de la alimentación como práctica de cuidado para otros/as, sino también para el autocuidado, encontrarse habilita conocer sus historias y sus emociones, permite acompañar, consolar, encontrar soluciones aunadas y proyectar desafíos. De este modo, sostener la vida de otras posibilita sostener sus propias vidas desde tramas solidarias que involucran afectividades: desde las conversaciones compartidas las mujeres saben qué cultiva o produce cada una, pero también de dónde viene, con quienes viven, a quienes perdieron durante la pandemia, cuáles son los padecimientos y preocupaciones que las atraviesan. A partir de los relatos y la observación en el trabajo de campo señalamos la potencialidad de analizar los espacios productivos o huertas no sólo como una alternativa alimentaria ante crisis sanitarias o económicas, sino también como espacios de encuentro que nutren la vida de cada una de las mujeres que participan.

En una rueda de conversación compartían entre ellas:

Me voy a la huerta y me concentro con la planta, me olvido de todo y nos ponemos a charlar un rato con las compañeras. En la huerta una se olvida de los problemas.

X.: Son esos momentos de charla que a veces doña Eli nos dice: "ya es hora de irnos, doña Rosa", bueno. Porque a veces nos prendemos en la charla.

X.: Sí. Con la huerta o las gallinas, cada una está en lo suyo, entonces cuando ya nos vamos... anteriormente con Eli nos íbamos siempre, las últimas. (entrevista realizada el 1/8/2023)

En un ida y vuelta de complicidad, charlar y acompañarse resuelve desligarse de algunas demandas domésticas:

Y en la casa: me pego un baño, pongo la pava, un té y si hay comida, se pone a hacer, ya ve que hay ropa para lavar y hay que limpiar, no... yo por ahí disparo de la casa, mi hija me dice: “pero mamá, ponete en tu casa a limpiar, ordenar, ¿para qué tenés casa?”, “para eso los tengo a ustedes”, le digo. (entrevista realizada el 1/8/2023)

Las experiencias de estar “afuera” de la casa recrea modos de distribuir responsabilidades históricamente asignadas a las mujeres, las risas cuando María comenta esa anécdota la dotan de cierta picardía y saberse rompiendo, aún con límites, lo esperado por ser mujer.

Por otra parte, en los momentos compartidos en el trabajo de campo, resulta llamativa la interacción respecto a saberes que circulan entre ellas: se nutren desde interaprendizajes colectivos sobre el cultivo de alimentos, sobre plantas para tratar enfermedades y malestares. Las apuestas por sostener la vida y mejorarla, así como encontrarse con otras mujeres, conversar, acompañarse, resultan parte de sus vidas en este territorio del cual se apropian y cuidan desde la agroecología. María, migrante boliviana recuerda sus trayectorias de movilidad y los trabajos que tuvo en distintas producciones:

Nosotros trabajamos en otras empresas, hacían puras verduras, en cambio acá en la huerta familiar es distinto porque no usamos químicos, no usamos esas cosas, por ahí algunos igual le echan un poco. Cómo hacíamos para vender igual capaz comprábamos y le echábamos una vez, si no, no había ganancia por el tema de que comprábamos una semilla y si no curaba, no nos

daba nada. Pero es un poco más orgánico. Y ahora directamente no... solamente abono y agua. Y por ahí preparamos los caldos.

D.: Casero. ¿Cómo son esos, qué tienen?

X.: De todo, de todo.

E.: Eso es para matar las plagas. D.: ¿Y lo hacen juntas a eso?

X.: Sí, lo hacemos en conjunto a esos caldos. Tienen de todo, yuyos del paraíso con el ajo.

X.: Eso lo aprendimos aquí. Y después las verduras orgánicas, lo aprendimos acá.

Desde los intercambios de semillas y de conocimientos sobre plantas se vislumbran las marcas migratorias desde las cuales transfieren lo que saben sobre los cultivos y “yuyos”:

Y bueno, en Bolivia yo sí vi a mis padres que ellos no usaban químicos, todo era orgánico. Vivía en el campo y todo lo que sacaban de los animales lo echaban a la tierra nomás, lo mezclaban y con eso hacían abono. Y cuando vinimos a Salta ya no y cuando llegamos aquí volvimos a usar el abono en las chacras. (entrevista realizada el 25/8/2023)

Se destaca cómo el cuidado de la alimentación, del cuerpo, de cómo se produce, se traslada también a la propia tierra:

es muy bueno trabajar la tierra, como la huerta familiar. Nosotros de todo comenzamos a cultivar y la tierra no estaba como ahora, tan cansada, ahora sí hay que trabajarla mucho. Y ahora hacemos los bancales en la tierra. Pero ahí se aprovecha mucho la tierra, todo lo que una pone, porque sino con muchos años ya la tierra está cansada. (entrevista realizada el 25/8/2023)

El registro de producir “una tierra cansada”, muestra su mirada y la relación establecida con la tierra: no se le puede pedir más de lo que da, hay que abonarla, nutrirla, no extraerle todo sin repararla. Estas percepciones sobre la naturaleza

observamos que se trasladan a sus propias vidas, atravesadas por la exposición al trabajo: ellas, como la tierra, están cansadas. Aun sintiendo el peso de los años, el trabajo en la tierra se sostiene, las convoca, las une como oportunidad de obtener mejores condiciones de vida (Federici, 2018) en relación a esa “otra” economía en la que se sitúa la vida y todo lo necesario para reproducir y mantener la vida (Bennholdt-Thomsen y Mies, 2000).

La satisfacción de cultivar para ellas y para otros/as resulta una apuesta que las involucra. Sin embargo, el trabajo en la tierra no se traslada a las siguientes generaciones. Una técnica reflexionaba al respecto:

están orgullosas, por ejemplo, las que sus hijos trabajan en el hospital, están orgullosas de que sus hijos sean enfermeros y que ellas se van a morir en la huerta, es como... ellas son de la huerta, su espacio es la huerta y sí... les gustaría, que poder compartir. (...), lograron sus hijos tener un oficio, una profesión y está buenísimo para ellas, eso. La huerta es esto, lo relacionan como una cuestión de más ellas en relación con sus antepasados. (entrevista realizada en 25/8/2023)

El trabajo en la tierra no resulta una opción laboral deseada para hijos e hijas, menos aún en un contexto en el que el trabajo en la actividad hidrocarburífera redunde en acceder a altos salarios para los/as jóvenes, especialmente varones:

V.: ¿Y sus hijos a qué se dedican?

E.: Ellos trabajan, algunos están en empresas trabajando.

V.: ¿En empresas de qué cosa?

E.: Uno de mis hijos está en una empresa petrolera. Y otros trabajan acá, dos de mis hijos. Así que estamos quedando nosotros dos nomás en casa. Uno está en casa, pero ya... crecen y ya cada uno arma su familia.

Según una técnica:

ellas saben, son conscientes que dejan, dejaron el cuerpo en la huerta, en esa huerta o en los otros trabajos que han tenido y no quieren eso para sus hijos. Eh... es eso, ellas sí lo dejan todo ahí, pero sus hijos están, en esto, en otro escalón social. Apenas, un poquito más, han logrado formarse un poquito más y... para ellas eso... vivieron para eso, para ver eso (entrevista realizada en 25/8/2023).

En contextos de migración, las representaciones de movilidad social han sido abordadas en relación a circuitos laborales y al acceso a la educación.

Según Giménez et al. (2021, p. 244) “detrás del conjunto de decisiones, acciones, prácticas y experiencias familiares que confluyen en las migraciones se encuentran expectativas de movilidad social que se relacionan con transformaciones en los contextos socio-históricos de los lugares implicados” Cabe destacar que la posición de clase trabajadora inserta en circuitos laborales rurales carga con marcas en el cuerpo, limita el acceso a derechos y por, sobre todo, no permite contar con sueldos formalizados y permanentes, por lo que, desalentar familiarmente “el contacto con la tierra”, denota una proyección de “movilidad”. Mariana González, al respecto observa que “si antes había una expectativa de continuar con la tradición fruti-hortícola, hoy dicho horizonte compite con la tentadora oferta petrolera, que la supera en términos de remuneración” (2023, p. 2).

Consideraciones finales

En las últimas décadas, el abordaje del trabajo de las mujeres vinculado a experiencias de producción de subsistencia se ha fortalecido en América Latina y Argentina. Líneas de investigación centradas en la interseccionalidad, la desigualdad en la disponibilidad diferencial de espacios y usos del tiempo, así como las luchas protagonizadas por campesinas, trabajadoras rurales y pequeñas productoras (Nobre, 2015, 2022; Ulloa, 2016; Guerreiro, Hadad y Wahren, 2018), han puesto de relieve —desde una perspectiva feminista— la importancia estratégica que adquiere este tipo de agricultura y ganadería orientada a la supervivencia. Para las mujeres trabajadoras, estas prácticas representan una oportunidad de obtener

mejores condiciones de vida en el marco de sus trayectorias migratorias y de su pertenencia a la clase trabajadora.

Observando las carencias vivenciadas por las familias trabajadoras, en trabajos anteriores realizados en chacras frutícolas y hortícolas de Río Negro observamos la persistencia de huertas y corrales de animales de granja que aportaban al autoconsumo o complementaban los magros salarios mediante la venta de excedentes (Trpin, 2020; Trpin, Abarzúa y Bouchoud, 2015). En esos contextos, el trabajo no reconocido ni remunerado de las mujeres para garantizar el sustento familiar constituyó un complemento necesario de los reducidos ingresos de los varones asalariados (Trpin, Rodríguez y Bouchoud, 2017). La posibilidad de cultivar los propios alimentos desplegó conocimientos necesarios para la sostenibilidad de la vida, particularmente cuando los salarios o las jubilaciones no alcanzan para garantizar la reproducción cotidiana.

En el estudio actual, advertimos que la producción y el abastecimiento familiar de alimentos frescos a pequeña escala han constituido una alternativa de subsistencia por fuera de las chacras, articulada con circuitos de venta propios de la economía social, particularmente ante marcas de clase que han restringido el acceso de las mujeres a la tierra productiva y a derechos laborales. En Neuquén, los circuitos alternativos de huertas colectivas-mayoritariamente motorizados por el Estado y sostenidos por mujeres- garantizan el autoconsumo o la venta de verduras en reducido volumen. Estas estrategias alimentarias, expandidas en predios productivos, barrios y hogares, reflejan una amplia trama de cuidados (Pérez Orozco, 2018).

Este análisis se recuesta en la economía feminista para problematizar el estudio de las prácticas nombradas como cuidados y reproducción, vinculadas a “la responsabilidad de sacar adelante los procesos vitales amenazados” (Pérez Orozco, 2018, p. 25). Desde estas trayectorias, la reproducción no puede desarticularse de las dinámicas productivas, las cuales, en estos casos, aparecen fuertemente feminizadas.

A partir de los relatos y conversaciones, se observa que el cuidado de lo producido, de las compañeras, del propio cuerpo y de la tierra remite a una concepción amplia del cuidado, entendido como el conjunto de actividades y

prácticas necesarias para la supervivencia cotidiana de las personas en la sociedad desigual en que viven, así como su gestión individual y colectiva. La información relevada permite advertir que las estrategias desplegadas por las mujeres en los predios productivos se anclan en tramas sociales y redes de cuidados que hacen que, en las huertas, “se olviden de los problemas”, en un contexto de profundización de necesidades que nos son posibles de satisfacer con sus ingresos.

Referencias

- Anthias, F. (2006). Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia translocalizacional. En P. Rodríguez Martínez (Ed.), *Feminismos periféricos* (pp.49-68). Alquila.
- Ataide, S. (2019). La reproducción de las desigualdades de género en contextos migratorios y laborales. El caso de migrantes bolivianos y bolivianas en torno al mercado de trabajo hortícola de Salta (Argentina). *REMHU: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 27 (55), 181-197.
- Barsky, P. (2005). El periurbano productivo, un espacio en constante transformación. Introducción al estado del debate, con referencias al caso de Buenos Aires. Scripta Nova, *9*. <https://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/952>
- Bendini, M. I., Steimbregger, N. G. y Radonich, M. (2011). Continuidad y relevancia de un proceso histórico: los trabajadores golondrinas. XI Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina.
- Bendini, M. y Radonich, M. (Coords.). (1999). *De golondrinas y otros migrantes*. La Colmena.
- Bendini, M., Steimbregger, N., y Radonich, M. (2009). Opacidad histórica y relevancia social: la migración estacional en un contexto modernizado. 9° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, Argentina.
- Benencia, R. (1994). La horticultura bonaerense: lógicas productivas y cambios en el mercado de trabajo. *Desarrollo Económico*, 53-73.
- Benencia, R. (2005). Producción, trabajo y migraciones transnacionales: configuraciones territoriales de la horticultura en Buenos Aires (Argentina). Seminario Migración Intrafronteriza en América Central, Perspectivas Regionales, San José, Costa Rica.
- Benencia, R. (2012). Predominio de inmigrantes bolivianos en los eslabones estratégicos de la cadena agroalimentaria de la horticultura en fresco de la Argentina. *Política y Sociedad*, 49 (1), 163-178.

- Bennholdt-Thomsen, V., y Mies, M. (2000). Subsistence perspective. Zed Books.
- Federici, S. (2018). Economía feminista entre movimientos e instituciones: posibilidades, límites y contradicciones. En C. Carrasco Bengoa y C. Díaz Corral (Eds.), Economía feminista. Desafíos, propuestas y alianzas (pp. 15-22). Editorial Madreselva.
- Feito, C. (2018). Problemas y desafíos del periurbano de Buenos Aires. Revista Estudios Socioterritoriales, (24). <https://bit.ly/2NC4GLF>
- Feito, C. y Barsky, A. (2020). Definición de Periurbano 1985-2020. En A. Salomón y J. Muzlera (Eds.), Diccionario del Agro Iberoamericano. Teseo. <https://www.teseopress.com/diccionarioagro/chapter/periurbano/>
- Feito, M. C. (Comp.). (2013). Migrantes bolivianos en el periurbano bonaerense. Memorias, producciones, trabajo y organizaciones. Ediciones INTA - Fundación Xavier Albó.
- Giarraca, N. (Coord.). (2000). Tucumanos y tucumanas. Zafra, trabajo, migraciones e identidad. La Colmena.
- González, M. (2023). La escuela como un bastión de resistencia en el norte neuquino. Primer encuentro interdisciplinario "Indagaciones situadas en torno a las desigualdades". Universidad Nacional del Comahue.
- Guerreiro, L. G., Hadad, G. y Wahren, J. (2018). De (re)emergencias y resistencias territoriales: la lucha campesina e indígena en la Argentina contemporánea. Revista de Estudios Marítimos y Sociales, (13), 165-206.
- Insaurrealde, N., y Lemmi, S. (2020). Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata (2017). En F. González Maraschio y F. Villarreal (Comps.), La agricultura familiar entre lo rural y lo urbano (pp. 107-130). EdUNLu.
- Linardelli, M. F. (2020). Migraciones de mujeres en el agro de América Latina y Argentina. RevIISE - Revista de Ciencias Sociales y Humanas, 16 (16), 51-67.
- Magliano, M. J. (2015). Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos. Estudios Feministas, (23), 691-712.
- Magliano, M. J. y Mallimaci Barral, A. (2018). Segregación laboral. Revista Temas de Antropología y Migración, 10, 13-20.
- Mercado Mott, M., y Mingo Acuña, M. E. (2021). Ahora que sí las vemos, miremos la ruralidad: condiciones de trabajo y participación sindical de las asalariadas agrícolas. En Feminismo y sindicalismo (pp. 199-224). Universidad Nacional de José C. Paz - UNAJ.
- Mies, M., y Shiva, V. (1998). La praxis del ecofeminismo: biotecnología, consumo y reproducción (Vol. 128). Icaria Editorial.

- Murmis, M. (1994). Incluidos y excluidos en la reestructuración del agro latinoamericano. *Debate Agrario*, (18). CEPES.
- Nobre, M. (2015). Economía solidaria, agroecología y feminismo: prácticas para la autonomía en la organización del trabajo y de la vida. En C. Verschuur, I. Guérin e I. Hillenkamp (Dirs.), *Une économie solidaire peut-elle être féministe? Homo economicus, mulher solidaria* (pp. 273-294). L'Harmattan.
- Nobre, M. (2022). Trilhas feministas e agroecológicas para pensar os cuidados. En *Boletín 7: Trabajo agrario y ruralidades en transformación*. CLACSO. <https://www.clacso.org/boletin-7-trabajo-agrario-y-ruralidades-en-transformacion/>
- Pedreño Cánovas, A. (2011). La condición inmigrante del trabajo en las agriculturas globalizadas. En S. Lara Flores (Coord.), *Los "encadenamientos migratorios" en espacios de agricultura intensiva* (pp. 5-15). Porrúa.
- Pérez Orozco, A. (2018). ¿Espacios económicos de subversión feminista? En C. Carrasco Bengoa y C. Díaz Corral (Eds.), *Economía feminista. Desafíos, propuestas y alianzas* (pp. 23-50). Editorial Madreselva.
- Pizarro, C. A. (2010). Ruralidades emergentes en áreas periurbanas de los Partidos de Escobar y Pilar. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, (33), 87-127.
- Pizarro, C. A. (2013). La bolivianidad en disputa. (Des)marcaciones de etnicidad en contextos migratorios. En G. Karasik (Coord.), *Migraciones internacionales: reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea* (pp. 331-360). CICCUS.
- Radonich, M., Ciarallo, A. y Trpin, V. (2011). Chilenos y bolivianos en la conformación de territorios en áreas rurales del Alto Valle de Río Negro, Argentina. En C. Pizarro (Comp.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 379-400). CICCUS.
- Radonich, M., y Trpin, V. (2013). Mujeres migrantes en la organización de territorios rurales en el Alto Valle de Río Negro. En G. Karasik (Coord.), *Migraciones internacionales: reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea* (pp. 279-304). CICCUS.
- Rau, V. (2010). La situación de los asalariados agropecuarios transitorios en Argentina. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 50 (198), 249-269.
- Rodríguez, M. D., Chara, y Romero, F. (2020). Experiencia de turismo rural: el circuito de producción de agroalimentos y la feria de la tierra a tu mesa en San

- Patricio del Chañar, Neuquén, Argentina. PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, (27).
- Sabalain, C. y Reboratti, C. (1982). Vendimia, zafra y alzada. Migraciones estacionales en la Argentina. En A. Lattes (Comp.), Migración y desarrollo (Serie Población 6). CLACSO.
- Steimbregger, N., Radonich, M. y Bendini, M. (2003). Expansiones de frontera agrícola y transformaciones territoriales: procesos sociales diferenciales. En M. Bendini y N. Steimbregger (Comps.), Territorios y organización social de la agricultura (pp. 17-39). La Colmena.
- Trpin, V. (2019). Migraciones y desigualdades en el norte de la Patagonia: configuraciones territoriales y concentración productiva. Revista Interdisciplinaria de Estudios Sociales, (16), 9-33. <https://www.ceiso.com.ar/ries/index.php/ojs/article/view/84>
- Trpin, V. (2020). "Somos libres, cuando queremos nos vamos". Sindicalismo, migrantes chilenos/as y "norteños" en la fruticultura del norte de la Patagonia. Editorial Universidad de Los Lagos. <https://editorial.ulagos.cl/somos-libres>
- Trpin, V., Abarzúa, F. y Bouchoud, S. (2015). Producción de tomate para industria en el Valle Medio de Río Negro: una perspectiva desde los actores involucrados. Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios, 5, 5-25.
- Trpin, V. y Bouchoud, S. (2023). Producción de alimentos frescos en las fronteras del extractivismo: transformaciones y tendencias en el norte de la Patagonia. IV Foro en Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Comahue.
- Trpin, V. y Moreno, M. S. (2020). Segregación laboral en territorios de agricultura intensiva: aproximación comparada en las producciones agrícolas de Mendoza y Río Negro. RevIISE, (16), 69-84.
- Trpin, V. y Pizarro, C. (2017). Movilidad territorial, circuitos laborales y desigualdades en producciones agrarias de Argentina: abordajes interdisciplinarios y debates conceptuales. REMHU: Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana, 25 (49), 35-58.
- Trpin, V. y Rodríguez, D. (2023). Producción de agroalimentos en Neuquén. Tensiones y dinámicas alternativas en contextos de expansión extractivista. Primer encuentro interdisciplinario "Indagaciones situadas en torno a las desigualdades". Universidad Nacional del Comahue.
- Trpin, V. y Rodríguez, M. D. (2022). Agroalimentos y tramas en tiempos de pandemia. Aportes para pensar los cuidados desde el norte de la Patagonia. 3°

- Workshop Las formas de la desigualdad social en la Argentina. Abordajes desde las ciencias sociales y humanas. Universidad Nacional de Quilmes.
- Trpin, V., Rodríguez, M. D. y Bouchoud, S. (2017). Desafíos en el abordaje del trabajo rural en el norte de la Patagonia: mujeres en forestación, horticultura y fruticultura. *Trabajo y Sociedad*, (28), 267-280.
- Ulloa, A. (2016). Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos. *Nómadas*, (45), 123-139.
- Ulrik Schierup, C. y Ålund, A. (2023). Un contramovimiento del precariado: migración, trabajo y el enigma de los derechos humanos. *Migración y Desarrollo*, 21 (40), 71-92.
- Yuval-Davis, N. (2006). Intersectionality and Feminist Politics. *European Journal of Women's Studies*, 13 (3), 193-209.

Mujeres de la pesca artesanal: trabajo, cuidados y afectos en Península Valdés (Chubut)

Paula Ibarrola¹

A pesar de la importancia socioeconómica y el valor cultural y patrimonial de la pesca artesanal, los estudios sociales acerca de esta actividad en general y las mujeres dentro de ese oficio en particular son recientes en nuestro país. La ausencia de ellos contribuyó a la noción de una sociedad de espaldas al mar (Mateo, 2003). Esta situación comenzó a revertirse con los aportes de (Truchet et al., 2020), quienes abordaron los roles femeninos en la pesca artesanal, las relaciones de género dentro de las familias pescadoras de Bahía Blanca. Con respecto a la pesca fluvial, (Vuarant, 2021) registró la vida cotidiana de familias pescadoras y la vinculación de las mujeres en las actividades productivas. Dichos trabajos son inaugurales y muy importantes acerca del tema. El presente capítulo se inscribe en la misma temática, poniendo el foco en la pesca artesanal del noreste de Chubut, desde una perspectiva feminista.

Para definir a lxs pescadorxs artesanales es destacable el reciente estudio de (Sánchez Carnero et al., 2022) sobre la pesca artesanal en Argentina, ya que elaboran el concepto de “unidad de pesca”² para definir las distintas modalidades de pesca artesanal que existen en la costa marítima de Argentina. Es importante tener en cuenta que la diversidad, movilidad y fragilidad de los recursos influyen en la modernización de la actividad y a la forma heterogénea de ella, debido a su dinamismo (Antonelli, 2015). De esta manera, “la pesca artesanal es a la pesca de altura, lo que la agricultura de secano es a la agricultura de grandes sistemas irrigados” (Bocco et al., 2015, pp. 30) debido al bajo impacto ambiental, y al cuidado del recurso que muchos pescadores artesanales practican y defienden.

¹ UNP -becaria cofinanciada entre la Secretaría de ciencia y tecnología del Chubut- CONICET. pauladibarrola@gmail.com

² Se define la unidad de pesca como definida como “el conjunto de pescadores que pertenecen a una misma localidad o sector costero y desarrollan su actividad pesquera con un determinado arte de pesca, una operatoria particular y con las mismas especies objetivo” (Sánchez Carnero, 2022 pp. 22).

En las costas de Chubut existen recursos marinos muy apreciados y de alta demanda, como son el langostino y la merluza (extraídos por una flota semi industrial) la vieira, los pulpos, la almeja, el mejillón y la cholga (Sánchez Carnero et al., 2022, pp. 130). Si bien la pesca de alta mar es considerada una economía indispensable para la región, la pesca artesanal fue subalternizada por el sector estatal como la Secretaría de Pesca Nacional y provincial y la Subsecretaría de Turismo provincial.

Objetivos

El presente escrito intenta profundizar en los relatos de las mujeres pescadoras artesanales (pulperas históricas, buzas marisqueras, hijas de líderes de la comunidad) del área protegida Península Valdés, para dilucidar las estrategias y formas de habitar el territorio, atendiendo a los vínculos afectivos con el lugar. En consecuencia, al poner el acento en la vida cotidiana de ellas, podemos aproximarnos a la construcción de subjetividades e identidades que asumen tanto al interior de sus familias como en una escala comunitaria. A su vez, entender las tareas realizadas por dichas mujeres es esencial para valorar su participación en el circuito de la pesca artesanal.

Se considera valiosa la presente investigación, debido a la necesidad de historiar y analizar un grupo social subalternizadx como son lxs pescadorxs artesanales en general y las mujeres de ese oficio y sus relatos en particular. Vincular la pesca artesanal con la subjetividad de sus protagonistas, es un trabajo valioso para visibilizar el arraigo al territorio y al oficio que por años han construido.

Materiales y métodos

En principio, se retoma el planteo de Escobar et al. (2022) al ubicar el trabajo en el “sur del Sur”. Dicho concepto fue construido por las autoras desde los márgenes de la academia, tradicionalmente ubicadas en las grandes urbes de Argentina, en tanto país situado al sur global.

El enfoque utilizado para la confección del trabajo fue cualitativo, a partir de la realización de entrevistas semi-estructuradas. Este tipo de diálogos con nuestras entrevistadas permitió conocer, a través de sus dichos, estructuras motivacionales

que tienen un origen común (Budar y Belmonte, 2012). Se utilizó la técnica de “bola de nieve”, debido al dinamismo social y temporal de la actividad que dificulta el acceso a lxs entrevistadxs, por lo cual la disponibilidad de información por parte de los protagonistas es clave. A su vez, se recurrió a las herramientas que nos brinda la historia oral (Pasquali, 2008; Pozzi, 2012) con el fin de analizar y reconstruir los recuerdos de lxs protagonistas. Se entienden a los testimonios abordados como construcciones de las memorias, que implican multiplicidad de voces, circulación de múltiples «verdades», también de silencios, cosas no dichas (Jelín, 2001), que veremos en nuestras entrevistas.

La investigación parte de un feminismo situado, más precisamente del Punto de Vista (Harding, 2010). Dicha corriente epistemológica propone descentrar la mirada “neutral” que tradicionalmente sostuvo la ciencia, sin tener en cuenta las opresiones hacia los grupos subalternxs. Por el contrario, la Teoría del Punto de vista prioriza la mirada de los sectores oprimidos, teniendo el mayor recaudo por no apropiarse de sus voces.

Al mismo tiempo se utilizaron los aportes elaborados por los estudios sobre afectos o emociones (Massumi, 2001; Ahmed, 2013; Lara y Enciso Domígo, 2013; Chuvín, 2019), tanto por su carácter transdisciplinar. También permite “formular entradas al entendimiento de lo social, lo económico y lo político” (Chuvín, 2019, p. 11) desde los sentires del cuerpo, las emociones³ y las subjetividades de las pescadoras artesanales.

Para analizar la participación de las mujeres pescadoras en el proceso de producción y reproducción a partir de su cotidianeidad, se utilizarán herramientas de la economía feminista (Pérez Orozco, 2014; Rodríguez Enríquez, 2018; Carrasco Bengoa, 2019). Esta corriente presenta un gran abanico de posturas, pero a su vez, presenta elementos distintivos: ampliación de la noción de economía para incluir todos los procesos de aprovisionamiento social y las relaciones de género como un elemento constitutivo del sistema socioeconómico. La desigualdad de género, específicamente en el ámbito económico es algo presente en la región de América

³ Si bien se tiene el conocimiento de que existen dentro de lo que se denomina como “giro afectivo” posiciones las cuales disciernen entre afectos y emociones, al estar los últimos mediados por los procesos de raciocinio, en este escrito apelamos a Ahmed (2013) al utilizar los dos términos de igual manera.

Latina. Las diferencias económicas se articulan con otras opresiones como las sexuales, de etnia y de clase. Estas dimensiones actúan de manera conjunta y se influyen entre sí. Por esto, se consideran necesarias las herramientas brindadas por el feminismo interseccional (Crenshaw, 1989; Hill Collins, 1991; Lugones, 2008). En los últimos años su significado se ha vuelto muy heterogéneo, al igual que el uso que se realiza dentro de la academia.

Se entiende que la construcción de las memorias individuales, la reflexión sobre la tarea de cuidados y el valor afectivo que desprende de dichas mujeres, moldea la memoria colectiva de la actividad pesquera artesanal. Se intentará abordar sus decires para visibilizar la importancia de la actividad en la región.

Península Valdés como espacio rural

La pesca artesanal abordada en este escrito se realiza en un contexto rural. En las últimas décadas, los estudios sobre la ruralidad y las actividades desarrolladas allí fueron analizadas desde perspectivas integrales, realizando un giro epistémico en el modo de comprender esos espacios (Gordiejczuk y Mikkelsen, 2023). En la actualidad se plantea la existencia de un continuum rural urbano con zonas intermedias denominadas nuevas ruralidades (Matijasevic y Silva, 2013), periurbanos (Bocco et al., 2015) o neoruralidad (Ares et al., 2020). Cada uno de estos conceptos con sus particularidades, coincide con ser neologismos utilizados para nombrar zonas intermedias o híbridas entre lo rural y urbano y, por tanto, no puede contextualizarse ni definirse de manera binaria y/o dicotómica. A su vez, se entiende que las definiciones de ruralidad no deben prescindir de las visiones que tengan los sujetos que habitan allí, y de las demandas que plantean. Las costas y asentamientos donde trabajan lxs pescadorxs artesanales son un ejemplo de estos espacios.

Figura 1

Mapa satelital de la Península Valdés

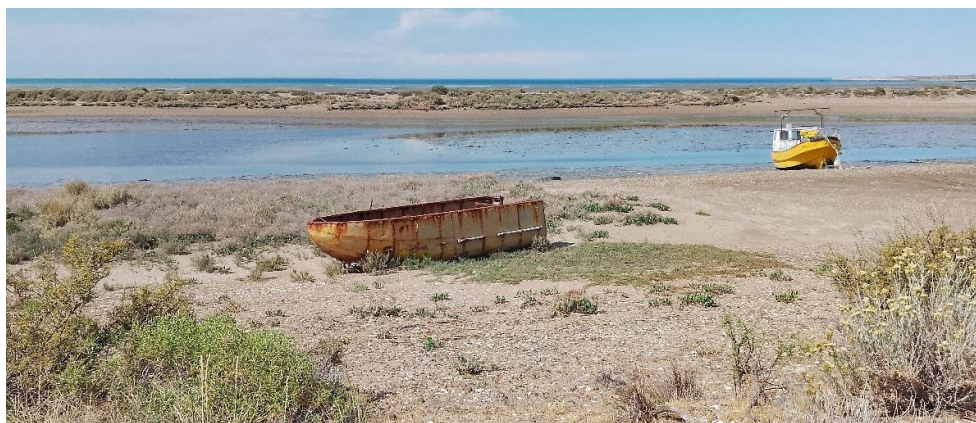


Nota. Google Maps.

Península Valdés es un área protegida rural que fue declarada Patrimonio de la Humanidad en el año 1999. A partir de ese momento, se implementaron medidas restrictivas en el uso y acceso al territorio y de la costa. No obstante, desde décadas anteriores, distintos grupos sociales habitan y transitan dicho espacio, como ganaderos ovinos (propietarios de extensas tierras) ONG propietarios de tierras, prestadores turísticos y pescadores artesanales. Se entiende que el espacio rural de Península Valdés, y en particular la pesca artesanal presente allí, poseen fuertes contactos con áreas urbanas cercanas, por ende y continuando con lo anterior, no se planteará una visión dicotómica de lo rural- urbano.

Figura 2

Riacho San José



Nota. Autoría propia.

La marea como lugar de encuentro

Es necesario investigar las relaciones que se construyen en la costa, durante las mareas y en el territorio. Este se encuentra constituido por las relaciones entre lo percibido, lo concebido y lo vivido, que nunca son ni simples ni estables. (Lefebvre, 1974, p. 46). Ahí se producen diferentes manifestaciones de espacialidad que expresan desigualdades entre sectores, pero que a su vez manifiestan el arraigo a la tierra en las mujeres pescadoras.

Cuando el dueño del campo lindero me vino a caranchar y decir que iba a sacar todo, le advertí: yo tuve un sueño donde los verdaderos dueños me dejaban estar acá, vos tampoco sos el dueño de este lugar. Él se reía. (S., Recolectora de costa, mayo del 2025)

En los dichos de la recolectora se puede dilucidar tres cuestiones: en primer lugar, el arraigo al contexto rural en el cual vivía cotidianamente. En segundo lugar, la situación de agencia que plantea la pescadora artesanal frente a otro sector como son los propietarios privados, poniendo en cuestión la legitimidad de dicha propiedad. Por último, el valor de lo sensitivo/emocional, al remitir a sueños vividos por ella como reveladores de una verdad.

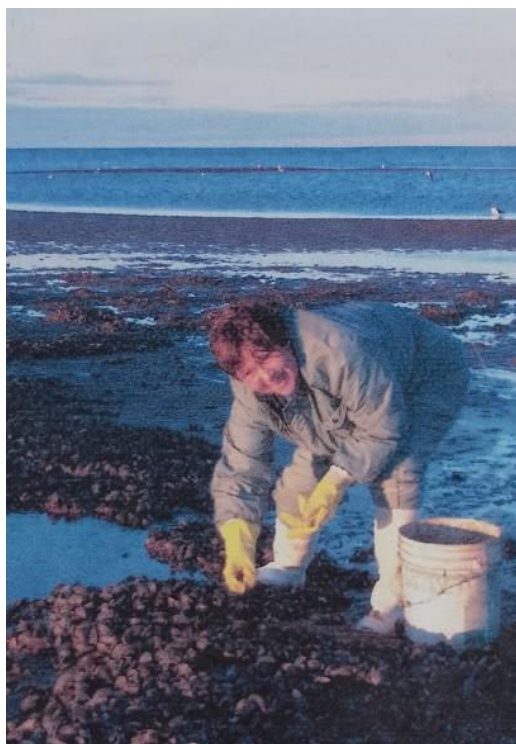
Allá yo me siento y en la ventana miro el mar (...) es un ranchito de chapa, pero tengo todas las comodidades que necesito, es lo más bello que hay (...) yo le digo a mi familia cuando no pueda caminar más quiero que me lleven allá (...) si lo tomas como un trabajo es bruto, pero yo estoy acostumbrada a hacer fuerza, estar ahí en el mar, me encanta. (A, recolectora de costa, octubre del 2024)

El estereotipo construido acerca de los trabajos en el sector rural suele girar en torno a la imagen de trabajos a “destajo” o “sacrificados”. De la misma forma, la pesca artesanal es percibida de esa forma por sus protagonistas, ante el uso de la fuerza, el padecimiento del clima o el cansancio del cuerpo. Sin embargo, en los dichos de la entrevistada se expone el valor afectivo a la actividad, en relación al entorno natural como es el mar.

Tuvimos un amigo que siempre nos traía mariscos, y como era amigo nos empezó a invitar, y eso hace más de 30 años (...) para nosotros era una familia que había encontrado (...) nos llevaba a la costa y nos enseñaba, en ese entonces había mucha abundancia de mejillones, y él nos enseñaba cómo sacar (...) La verdad estaba predestinado ir a ese lugar (...) Entonces un día él me dice “¿Por qué no te haces tú casita?” y así es como me hice la casita de material y ahí comenzamos (...) estuvimos 25, 30 años viviendo allá (...) no queríamos saber nada de la ciudad... la paz, la tranquilidad...en ese tiempo eran muchos pescadores, hacíamos las dos mareas, sabían haber cincuenta, sesenta personas sacando mejillones, porque los pescadores que tenían permiso llevaban a su familia. (M, recolectora de costa, junio del 2023)

Figura 3

Recolectora de costa en el Riacho San José



Nota. Fotografía cedida por la pescadora.

La memoria juega un papel significativo como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades, a través de sistemas de autovaloración y mayor confianza en uno mismo y en el grupo.

Mi mamá siempre fue pulpera por mi abuelo y mi abuela (...) se molestaba cuando entraban a la costa con los cuatriciclos y gritaba: ¡esto no se hace! (...) los que si nos enseñó mi mamá es a cuidar el recurso. (S, recolectora de costa, junio del 2025)

El autoperibirse dueña del lugar ante otro (s), especialmente ante las entidades públicas o el turismo fueron estrategias clave de las pescadoras artesanales, al preservar y cuidar el recurso, con el fin de que su actividad pueda realizarse a lo largo del tiempo.

(...) Por más que vaya la gente (turistas) no puede (...) nosotros somos rompe bolas, pagamos un permiso, les decimos que no pueden bajar y sacar mejillones o cholgas, les decimos tranquilos (...) La gente entiende que no se puede bajar a marisquear, y preguntan ¿son dueños ustedes? Y nosotros decimos que si pagamos un servicio y somos de ahí.... (A., recolectora de costa, octubre del 2024)

Bucear en la igualdad de género en la pesca artesanal

La marisquería por buceo se realiza en Playa Larralde desde hace varias décadas y consiste en sumergirse varios metros durante el invierno para recolectar manualmente la vieira, el recurso más valioso a nivel comercial dentro del sector. Allí, hijas de marisqueros históricos se formaron en el buceo, a través de familiares y realizan la actividad junto con su familia. Por la estacionalidad del recurso realizan las inmersiones generalmente en invierno cuando las temperaturas del golfo San José son muy bajas, y a partir del uso de un salabardo (bolsa para recolectar los mariscos) y el uso de un narguile (que le proporciona aire desde la embarcación) se sumergen varias horas diarias. A su vez, dentro de la embarcación las espera un marinerx, el cual garantiza la buena provisión de aire y recibe el salabardo cuando la recolección termina.

Empecé en buceo recién el año pasado porque soy hija única de parte de mi papá y pensé bueno, en el día de mañana alguien se tiene que hacer cargo de la actividad, entonces yo quería aprender todo todo...así que bueno mi pareja me acompañó porque él era también buzo... y ahí empecé de a poquito, empecé de ayudante de mi papá. (J., marisquera por buceo, abril del 2023)

La transmisión de conocimientos a través de las familias pescadoras es innegable en dichos testimonios, garantizando la actividad en las generaciones más jóvenes.

Yo soy la cuarta tengo 3 hermanos y soy la cuarta, de hecho tendría que haber sido varón (...) todos fuimos atrás de mi papá, nos enseñó bueno obviamente

el recurso, los valores, el trabajo todo lo que es la pesca (...) siempre digo q es algo que me crie y lo sé hacer si no que es algo que amo... (...) Hay algo de sacrificio con el clima y que hay que estar, bueno yo por mi parte dejar a mis hijos, ser la única porque no es solo bucear sino eso, levantar los cajones, hacer todo lo que hacen los hombres. (F., marisquera por buceo, noviembre del 2022)

A pesar de ser pocas en la actividad, las mujeres marisqueras son un ejemplo ante lo arriesgado de la actividad, y al romper con la pared de cristal (Truchet et al. 2020) que de forma histórica estuvo presente en la actividad, ante la imposibilidad de acceder al mar. A su vez, el valor familiar de la marisquería realizada allí es un elemento destacable, ya que fueron sus padres los que, desafiando los estereotipos de género, enseñaron a sus hijas a bucear, no como recreación sino como oficio de la pesca para garantizar la continuidad de la actividad dentro de Península Valdés.

Figura 4

Venta de escabeches en Playa Larralde



Nota. Fotografía cedida por Aldana Ibarrola.

Pesca artesanal, género de vida y “terrimaritimidad”

Las actividades de las mujeres en la pesca artesanal y su vinculación con el entorno construyeron un género de vida rural (Ares et al., 2020) específico de la actividad. Este se refiere a un análisis integral y relacional, combinando naturalidad, acciones, sentidos y formas de habitar, articuladas con el contexto (Gordziejczuk y Mikkelsen, 2023). A su vez, distingue diferentes maneras de vivir y actividades comparables en términos de clase social, medio de vida, estatuto familiar, género, entre otras. Las actitudes, motivaciones, deseos y cuidados de las pescadoras se ven plasmadas en su vinculación con el territorio.

El mar me parece una cosa tan grande, una energía tan fuerte, tengo respeto, pero me da mucha calma. Lo adopté como un lugar de libertad, porque se parecía mucho a mi crianza, fue parte de lo que me gustó y me encariñe... Enseñe a mis hijos a adaptarse, a cuidar la naturaleza (...) Es un lugar donde nos sentíamos libre, eso es impagable. (S., recolectora de costa, julio del 2025)

El género de vida se vincula de manera estrecha con los afectos que atraviesan lo corporal. Sentimientos como la calma o la libertad que les produce el entorno implica una construcción de arraigo al lugar. De esta forma, podría pensarse que lxs pescadorxs artesanales de Península Valdés se encuentran implicados a la noción de territorialidad. Dicho concepto refiere a la construcción social del comportamiento humano en el espacio, de los conocimientos de las personas en relación a la realidad exterior y los vínculos obtenidos en el territorio, con el territorio y con el resto de los sectores que intervienen allí. A su vez, dicha relación conlleva una organización y tradición familiar, el lugar de residencia del pescador artesanal, así como la participación local o historia familiar, como el siguiente testimonio:

Empecé a trabajar con mi papá, me sentía muy consentida “la nena” mujer, siempre estaba atento. Hubo una época que mi papá no podía trabajar y estuvimos yendo con mis hermanos y fue como “te encargo a tu hermana”, pero la verdad esa etapa de trabajar con mi papá y mis hermanos fue hermosa (F., buza marisquera, noviembre del 2022).

Por otro lado, el concepto de maritimidad (Noceti, 2019) posee un anclaje histórico y situado, refiriéndose a contextos socioculturales donde aparecen implicados mujeres y hombres relacionados de forma estrecha con el mar, la costa y sus espacios. Los pescadores artesanales poseen una sensibilidad, saberes y relación particular con el mar, la navegación y el área intermareal. Para ellxs, el mar no solo representa el lugar que materialmente necesitan para subsistir, sino que también de él dependen simbólicamente, lo que influye en sus identidades como pescadores artesanales (Estrada y Arnaboldi, 2019, p. 4). Esta relación estrecha se puede evidenciar en sus testimonios y los modos de posicionarse con el resto de los sectores:

Con el dueño del campo todos los problemas porque siempre nos quiso echar, por eso vendí mi caballo, porque se quejaba (...) pero con los pescadores no se iba a meter (...) Siempre le pido al intendente de Pirámides (...) siempre tenemos que reclamarle a vialidad que arreglen los caminos (L., recolectora de costa, junio del 2024).

Las acciones colectivas desplegadas allí son producto de la naturaleza y la actividad humana, en una sinergia que además de modificar el territorio, moldea la vida de los y las pescadoras. De esta manera, ambos espacios se encuentran interconectados.

Sigo haciendo la misma vida sola... el otro día me llamó mi sobrino que había una marea, la última vez me agarró fiebre... y fui a la marea a la siete de la mañana tenía que esperar que aclare, me puse un térmico (...) llegué re mal, no se siente frío trabajando. (M., recolectora de costa, octubre del 2023)

A partir de los testimonios se plantea que el género de vida, es decir, el conjunto de actividades, interacciones, comportamientos, significados, se articula con el sentido de lugar, creando una relación bidireccional y dialéctica (Ares et al. 2020, p. 140). Los testimonios relevados aquí reflejan el sentido de lugar de los pescadores artesanales moldeado por el mar y el territorio, de forma relacional y

estrecha. También los saberes, experiencias, estrategias, vida cotidiana y el valor afectivo que supieron construir los pescadores artesanales en Península Valdés.

De este modo se plantea que los pescadores artesanales elaboraron una *terrimaritimidad*: dicha noción se refiere a una relación histórica, afectiva y de arraigo, que se traduce en el comportamiento dentro del espacio rural, donde el vínculo con el mar es inherente, más allá de los límites de propiedad privada y del poco apoyo del Estado.

Allá yo me siento y en la ventana miro el mar (...) es un ranchito de chapa, pero tengo todas las comodidades que necesito, es lo más bello que hay (...) yo le digo a mi familia cuando no pueda caminar más quiero que me lleven allá (...) si lo tomas como un trabajo es bruto, pero yo estoy acostumbrada a hacer fuerza, estar ahí en el mar, me encanta. (A., recolectora de costa, octubre del 2024)

De esta manera, el territorio puede ser interpretado como una construcción social e histórica, con identidad propia al ser un “espacio apropiado” por los pescadores artesanales y vinculado de manera estrecha al mar y la costa. Se entiende entonces que la *terrimaritimidad* conjuga estrechos lazos entre el ámbito marítimo como en el espacio rural de manera indisoluble.

Te tiene que gustar esa vida... yo sigo yendo... yo voy me quedo con mis animales (...) a mí me gusta, aunque mis hijos se enojan porque ya estoy más grande, sigo entrando a la marea. (M., recolectora de costa, junio del 2024).

La noción de *terrimaritimidad* se encuentra ligada a la identidad de pescadorx artesanal, al deseo de continuar con el oficio, de entrar a la marea para recolectar mejillones o sumergirse varios metros a buscar vieiras, a pesar de las inclemencias del frío y de lo complejo de la actividad en la región. Involucra el cuidado del recurso y del territorio, al entender las temporadas para extraer las distintas especies, y a la vez preservarlo en los tiempos de veda. También implica la defensa del oficio y su presencia en el lugar. Es decir, un reconocimiento para poder hacer visible y

sostenible la pesca artesanal. Ello se ve en los testimonios de las mujeres pescadoras, tanto en la transmisión del cuidado del recurso como en el del entorno.

Una vez nos encerró la marea y casi nos ahogaba, pudimos salir con mi marido después de 3 horas, ya no dábamos más y llegamos y nos pusimos a llorar los dos... La vida del pescador es muy sacrificada y arriesgada. Muchos dicen el pescador llega, pero no saben lo que se sufre. Para mi toda la pesca es una experiencia grande (...) además después es elaborar el producto, yo hago escabeches...” (M., recolectora de costa, enero del 2022)

Se intenta desromantizar la vida de los pescadores artesanales y sus acciones en el territorio, al visibilizar la complejidad del oficio, como también valorando los intentos de continuar con ella. La *terrimaritimidad*, categoría apta para el contexto y el trabajo, se puede evidenciar en sus decires y acciones, valorizando el oficio, el recurso y el espacio que transitan desde hace muchos años. Al mismo tiempo, incluye a las mujeres rurales que trabajaron (y trabajan) las mareas o realizan buceo, pero también cuidan de los hijos o mantienen el hogar y la administración de la vivienda.

El trabajo de cuidados y el trabajo invisible en la pesca artesanal

La participación de las mujeres pescadoras artesanales en las actividades de extracción o productivas no puede escindirse de las tareas domésticas y de cuidados. Especialmente porque las condiciones laborales de la actividad en Argentina no han sido regularizadas ni atendidas por las autoridades estatales, fenómeno que se refleja en todo el país (Sánchez Carnero et al., 2022). Dicha irregularidad se profundiza aún más si atendemos a los trabajos de cuidado y de sostén doméstico de lxs pescadorxs artesanales. Se entiende que el trabajo de cuidados garantiza la supervivencia cotidiana de las personas que ya han transitado su vida en el espacio de la producción (la fuerza de trabajo pasada) y la que lo hará en tiempos próximos (la fuerza de trabajo futura) (Rodríguez Enríquez, 2018, p. 74), pero que, hasta la actualidad, no posee el reconocimiento que merece. Por ello planteamos que la

organización actual de los trabajos es injusta y refleja relaciones de poder asimétricas, siendo más claro en estos contextos.

Cuando fuimos al Riacho llorábamos, estábamos acostumbrados a la ciudad, allá era todo natural...los faroles a querosén... después nos adaptamos, pero nos re costó porque estábamos acostumbrados a tener luz y allá era todo como camping... Yo siempre me encargué de la casa... a cocinar, a limpiar, me acuerdo la primera vez que había preparado un guiso que me había salidos seco... en el 2009 entro a trabajar como portera del riacho. (V., recolectora de costa, junio del 2024)

En el testimonio se visibiliza la desigual distribución en las tareas de cuidado. El sostenimiento de la vivienda y los deberes domésticos comenzaron cuando eran pequeñas, al ser las hermanas mayores.

Al ser la mayor, cuidaba a mis hermanos, iba cuando la marea era chiquita y mi mamá me decía que vaya, pero al ser la mayor debía cuidar a los hermanos y la casa... era re sacrificado porque cuando recién llegábamos hacíamos los campamentos con ramas de piquillín y de molle, le sacaban las espinas, los clavaban, mi mamá con eso hacía escobas (...) juguetes, hacíamos casitas y muñecas con jarilla y con latitas de tomates. (P., recolectora de costa, junio del 2025)

Se entiende que la división del trabajo en base al género también se reproduce en las ruralidades: las mujeres, si bien recolectan y realizan la extracción del recurso, son las encargadas de realizar las tareas domésticas. En estos casos, son las hijas más grandes de las familias las que permanecían en los campamentos o viviendas, al encargarse del cuidado de hermanos pequeños, de cocinar y limpiar. Se plantea entonces que la desigualdad se encuentra no sólo entre varones y mujeres (hablando en los términos binarios), sino también entre los actores del cuidado: hogares, Estado, mercado y comunidad (Rodríguez Enríquez, 2018, p. 77). En relación a la

falta de asistencia estatal para las familias pescadoras artesanales, las mujeres desplegaron distintas estrategias para permanecer y cuidar el recurso.

Para que no cerrara la escuela tuve que dejar aparte mi carácter e ir a hablar con Marita y decirle “*que vamos a hacer con la escuela*” porque no nos servía que los chicos se fueran todo el día a Pirámides, porque se iban todo el día (...) y en una reunión con el supervisor conseguimos que abran la secundaria en el Riacho. (S., recolectora de costa, mayo del 2025)

La pescadora manifestaba su manera de comunicarse ante el sector estatal, con el fin de garantizar la escuela dentro de la comunidad. Los mapadres necesitaban que sus hijos se mantengan cerca de la costa para ayudarlos en la tarea de recolección. Las mujeres del paraje articularon estrategias para mantener la institución en el lugar

A pesar de que mis hijos no fueron a la escuelita luchamos para que no la cerraran... nos vinimos de allá a razón porque S. tenía hijos e iban a la escuelita, así que bueno, luego volvieron a abrir. (A., recolectora de costa, octubre del 2024)

En los últimos testimonios se visualiza la importancia de la escuela en la formación de sus hijxs. Sin embargo, se entiende que la presencia de tal institución garantizaba servicios básicos que eran y son muy necesarios hasta el día de hoy. La lucha de ellas por la permanencia de la escuela forma parte de su agencia en el territorio y en defensa de la actividad. Esto condice con los dichos de un docente que brindó clases en el lugar para lxs pescadorxs adultos que quisieran terminar la escuela.

Los adultos del Riacho decidieron ellos terminar la escuela primaria. Ellos se dieron cuenta que la única forma de sostener la presencia del Estado era a través de la escuela (...) eso le aseguraba a la comunidad tener gas envasado, usar la cocina de la escuela. Fue un acompañamiento desde lo social. Su

objetivo no era el estudio si no mantener abierta la escuela. (S., maestro de escuela primaria, agosto del 2022)

A pesar de los intentos por mantener la escuela en funcionamiento en el año 2015 el estado provincial la cerró por falta de matrícula ya que lxs hijxs de familias pescadoras ya eran mayores. Ante ello, algunxs pescadorxs solicitaron el lugar para la creación de un espacio de capacitación y de encuentro, o un “*museo donde la gente pudiera ver la historia del Riacho*”, sin embargo, hasta la actualidad dicho proyecto aún no se concretó.

El trabajo de las pescadoras artesanales va más allá de las dualidades producción/reproducción. Sólo la enorme cantidad de trabajo doméstico y de cuidados que realizan hace posible que el sistema económico pueda seguir funcionando. Dicho trabajo sostiene el edificio de la economía de mercado capitalista (Carrasco Bengoa, 2017, p. 35). Las tareas de extracción propias de la pesca artesanal (donde predominan los hombres) se complejizarían sin la asistencia de las mujeres en el cuidado de sus hijos y sostén de los hogares, debido a las largas jornadas en el mar o en la costa.

Yo no creo en que se trabaje con las mareas, al menos yo pescaba en cualquier clima, me levantaba los aseaba les ponía el guardapolvo y los llevaba a la traffic para que vayan a la escuela. Ahí buscábamos nosotros en esa playa o en Villarino o en Playa Blanca si hay pescado, después cargar los cajones, después esperar que vengan los chicos de la escuela y veníamos en el camión a dejar el pescado a Madryn. (R., redera de costa, noviembre del 2022).

Con respecto a los últimos datos sobre las condiciones de la pesca artesanal, en el 2025 se realizó un censo multidimensional al sector pesquero artesanal en el golfo San José (Cinti et al., 2025). Allí, se obtuvo la información en la cual del total de pescadorxs encuestadxs, en su mayoría hombres, un 60% afirmaba que las familias participan en alguna etapa de la producción. Esto reafirma por un lado el carácter familiar propio de la actividad, por otro, problematiza la invisibilización del trabajo de las mujeres tanto en la producción de conservas, cuidado de niños,

manejo de redes sociales para el comercio de los productos como en la coordinación de las asociaciones, entre tantas otras.

Reflexiones finales

El escrito relevó testimonios de mujeres pertenecientes a la pesca artesanal de Península Valdés. En sus decires se evidenció el arraigo a la actividad a través de su cotidianeidad, en la elaboración de productos, a lo largo de las jornadas en las mareas, y también en las estrategias y planteos hacia sectores como la propiedad privada y el Estado Provincial. Esto evidencia la capacidad de agencia de dichas mujeres para valorizar y defender la pesca artesanal en el lugar, a pesar de las condiciones en las cuales trabajan y la ausencia de apoyo estatal.

Al mismo tiempo se abordó el valor afectivo con el espacio donde realizaban (y realizan) su actividad, más allá de la permanencia o no en los parajes. Allí se incluyó a las mujeres que realizan tareas de cuidado (en general las hermanas mayores) o elaboración en los últimos eslabones de la cadena productiva. Todas las entrevistadas consideran que la pesca artesanal es un elemento importante en sus vidas, ya que es un oficio practicado hace años por ellas o por sus familias.

A partir de sus testimonios se pudo evidenciar el cuidado del recurso y del espacio donde transitan su cotidianeidad. De esta manera, lxs pescadorxs artesanales construyen un sentido de lugar, denominado aquí como *terrimaritimidad*, ya que el mar y el territorio son elementos afectivos y esenciales para el sostenimiento de la pesca artesanal, en un contexto rural como Península Valdés, donde existen otros sectores con sus intereses particulares.

El papel de las mujeres en la transmisión oral de la actividad y del cuidado del recurso es clave. Al mismo tiempo, la organización familiar se encuentra sostenida bajo su responsabilidad, así como en la resistencia ante el desalojo o la falta de acceso a la educación de sus hijos/as. La terrimaritimidad se manifiesta en sus decires, en sus prácticas, en sus manifestaciones ligadas a los afectos. Es imposible encontrar una memoria e interpretación única de la pesca y de las experiencias vividas por las entrevistadas.

Este escrito permite reconocer el trabajo de las pescadoras artesanales en torno al ámbito doméstico y de cuidados, pero también de producción dentro de la

pesca artesanal, a partir de la reflexión sobre las desigualdades de género dentro de un oficio esencialmente “masculino”. En consecuencia, se plantea el cuestionamiento de la adscripción binaria de trabajos “masculinos” y “femeninos”, donde a cada uno se le aporta un valor social, desplegando una gama amplia de actividades que realizan las mujeres dentro del oficio. Ellas se encuentran presentes en distintos eslabones de la producción, pero el sostenimiento de la vida y de los cuidados es inherente a ellas. Es esencial visibilizarlo, ponerlo en cuestión y valorizar sus tareas dentro de la actividad. Recuperar la figura de las mujeres pescadoras artesanales como sujetas históricas de la ruralidad en la región es una tarea pendiente para las ciencias sociales. Visualizar las voces, subjetividades y agencias es un primer inicio.

Referencias

- Ahmed, S. (2018). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ares, S., Mikkelsen, C., y Carballo, C. (2020). Los buscadores: Narraciones territoriales de nuevos géneros de vida rural en el partido de General Pueyrredón, provincia de Buenos Aires. *Revista de Ciencias Sociales*.
- Auer, A. D., Mikkelsen, C., y Maceira, N. (2022). Territorialidad, servicios ecosistémicos y prácticas sustentables de los productores del sudeste bonaerense, Argentina. *Áger*, (3).
- Bocco, G., Cinti, A., y Urquijo, P. (2015). La construcción social del paisaje en comunidades de pescadores artesanales en una porción de la Patagonia atlántica: El caso de Península Valdés, provincia del Chubut, Argentina. En *Conocimiento, paisaje, territorio: Procesos de cambio individual y colectivo* (pp. 27-58). Universidad Nacional de la Patagonia Austral.
- Bocco, G., Cinti, A., Vezub, J., Sánchez-Carnero, N., y Chávez, M. (2019). Lugar y sentido de lugar en un camino de la costa atlántica patagónica, 1950-1970. *Región y Sociedad*, 31, e1127.
- Carrasco Bengoa, C. (2017). La economía feminista: Un recorrido a través del concepto de reproducción. *Ekonomiaz: Revista Vasca de Economía*, (91), 52-77.
- Cinti, A., y Marin, F. (2021). Vivir al ritmo de las mareas: El oficio del pulpeo. *La Nación Trabajadora*, (4), 1-17.

- Cinti, A., Venerus, L., Góngora, E., y Ibarrola, P. (2025). *Caracterización multidimensional de la pesca artesanal en Península Valdés, provincia del Chubut*. Fundación Vida Silvestre.
- Cruz, M. A., Reyes, M. J., y Cornejo, M. (2012). Conocimiento situado y el problema de la subjetividad del investigador/a. *Cinta de Moebio*, (45), 253-274.
- Estrada, M. E., y Arnaboldi, J. P. (2019). Pesca artesanal y turismo: ¿Complementariedad o rivalidad? El caso de la localidad de Pehuen Co (Coronel Rosales, Buenos Aires, Argentina). *Revista Planeo: Espacio para Territorios Urbanos y Regionales*.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista: O el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón. https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS_map55_La%20potencia%20feminista_web.pdf
- Gordziejczuk, M., y Mikkelsen, C. (2023). Turismo y recreación en los espacios rurales de Argentina: Variaciones según los censos nacionales agropecuarios 2002 y 2018. *Investigaciones Geográficas*, 1-19.
- Hill Collins, P. (2019). *Interseccionalidad*. Ediciones Morata.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (A. Martínez, Trad.). Capitán Swing. (Trabajo original publicado en 1974).
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9), 73-101.
- Matijasevic Arcila, M. T., y Ruiz Silva, A. (2013). La construcción social de lo rural. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*. <http://www.relmis.com.ar/ojs/index.php/relmis/article/view/60>
- Méndez, F. M. (2020). Territorialidades en tensión: El caso de los pescadores artesanales en el Delta del Paraná (2012-2017). *Huellas*. <http://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/huellas>
- Noceti, M. B. (2019). Antropología del mar: Maritimidades en conflicto en el estuario de Bahía Blanca, Argentina. *ARIES. Anuario de Antropología Iberoamericana*.
- Padola, N. L., Margheritis, A., y Bustamante, A. (2014). Abigeato: Del lugar del hecho al laboratorio. En *Genética forense no-humana* (pp. 32-53). Facultad de Ciencias Veterinarias, Universidad Nacional de La Plata.
- Pasquali, L. (2008). *Historia social e historia oral: Experiencias en la historia reciente de Argentina y América Latina*. Homo Sapiens.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Subversi%C3%B3n%20feminista.pdf>

[ista%20de%20la%20econom%C3%ADa_Traficantes%20de%20Sue%C3%B1os.pdf](#)

- Pinassi, C. A. (2022). Patrimonio y turismo: Conceptos, procesos y experiencias comunitarias actuales en el espacio rural argentino. *Mélope*, 58-76.
- Portelli, A. (2003). *El uso de la entrevista en la historia oral*. Universidad Nacional de Rosario.
- Rodríguez Enríquez, C. (2013). Organización social del cuidado y políticas de conciliación: Una perspectiva económica. En L. Pautassi y C. Zibecchi (Coords.), *Las fronteras del cuidado: Agenda, derechos e infraestructura*. ELA-Biblos.
- Rodríguez Enríquez, C. (2018). Economía del cuidado y desigualdad en América Latina: Avances recientes y desafíos pendientes. En C. Carrasco Bengoa y C. Díaz Corral (Eds.), *Economía feminista: Desafíos, propuestas, alianzas*. Madreselva.
- Salinas, L. (2024). *Península Valdés: Tensiones en el paraíso*. Remitente Patagonia.
- Sánchez Carnero, N., Góngora, M., Álvarez, M., y Parma, A. (2022). *La pesca artesanal en Argentina: Caminando las costas del país*. Edición de autor. <https://pescare.com.ar/wp-content/uploads/2022/08/La-Pesca-Artesanal-en-Argentina.pdf>
- Solana, M., y Vacarezza, N. L. (2020). Sentimientos feministas. *Revista Estudios Feministas*, 28(2).
- Truchet, D., Truchet, M., y Noceti, M. B. (2020). Roles y relaciones de género en contextos de pesca artesanal: Una reconstrucción a partir de narrativas orales. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, (16), 64-86.
- Vuarant, S. (2021). *Vida cotidiana de las mujeres de familias pescadoras artesanales en Entre Ríos*. Tiempo de Gestión.

Mujeres de Siembra: tejido total de trabajo-vida y resistencias descoloniales en la ruralidad catamarqueña

Roxana Paez¹, Valeria Mamanis², Gabriela Palavecino³

Las relaciones entre género y trabajo en los ámbitos rurales constituyen un campo privilegiado para comprender cómo se producen y reproducen desigualdades históricas que atraviesan la vida cotidiana de las mujeres. Estas desigualdades no se fundan en diferencias naturales, sino en construcciones sociales y culturales que han consolidado una división sexual del trabajo jerarquizada, asignando a los varones la centralidad de la esfera pública y productiva, mientras que a las mujeres se les atribuye la responsabilidad principal sobre el cuidado, la reproducción social y el sostenimiento cotidiano de la vida.

En los contextos rurales, estas desigualdades adquieren características específicas y se profundizan. La distancia geográfica, la escasez o ausencia de servicios básicos, la precariedad laboral y la concentración de recursos configuran condiciones estructurales que impactan de manera diferencial sobre las mujeres. A ello se suma la persistente invisibilización de sus aportes al trabajo productivo y comunitario, así como la subvaloración social y económica de las tareas de cuidado que sostienen la reproducción cotidiana de la vida. Frente a este escenario, categorías analíticas ampliamente utilizadas –como la noción de “doble” o “triple jornada”– resultan insuficientes para capturar la complejidad de las experiencias de las mujeres rurales, en tanto fragmentan una realidad que, en la práctica, se vive como un entramado continuo de responsabilidades orientadas al sostenimiento de la vida.

¹ Departamento de Trabajo Social. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Catamarca. Proyecto SCYT/UNCA Función social, económica y política de la política social y los derechos humanos en la provincia de Catamarca. Correo: crpaez868@gmail.com

² Proyecto SCYT/UNCA Función social, económica y política de la política social y los derechos humanos en la provincia de Catamarca. Correo: vale.m823@gmail.com

³ Proyecto SCYT/UNCA Función social, económica y política de la política social y los derechos humanos en la provincia de Catamarca. Correo: gabspalavecino@gmail.com

En este marco, el presente trabajo asume un posicionamiento epistemológico que busca ir más allá de estas categorías fragmentadoras. En diálogo con los feminismos descoloniales y comunitarios (Lugones, 2008; Espinosa Miñoso, 2014; Paredes, 2010), se propone comprender el trabajo de las mujeres rurales no como una suma de jornadas diferenciadas, sino como un tejido integral para el sustento de la vida. Desde esta perspectiva, las actividades productivas, reproductivas y comunitarias no constituyen esferas escindidas que se agregan entre sí, sino dimensiones entrelazadas de un mismo compromiso vital con la reproducción de la comunidad y el territorio.

Este desplazamiento no es únicamente conceptual, sino también político, ya que interpela los modos en que se diseñan intervenciones y políticas públicas destinadas a la ruralidad desde marcos fragmentados que no dialogan con las experiencias territoriales.

En este sentido, el artículo recupera la experiencia del taller Mujeres de Siembra⁴: experiencias de intervención comunitaria con enfoque de género en ámbitos rurales. El encuentro reunió a docentes de instituciones educativas rurales que compartieron experiencias vinculadas con la organización cotidiana de la vida en territorios atravesados por desigualdades estructurales.

La investigación se desarrolló desde un enfoque cualitativo y participativo, combinando la realización del taller presencial con registros de campo, producciones colectivas y un análisis reflexivo posterior, enmarcado en los principios de la investigación-acción con perspectiva feminista. Las voces de las participantes constituyen el núcleo empírico del trabajo y son abordadas no como testimonios individuales aislados, sino como expresiones de condiciones sociales compartidas que permiten problematizar la organización del trabajo, los cuidados y la vida comunitaria en los territorios rurales.

Los hallazgos revelan la presencia de múltiples dimensiones que estructuran la vida cotidiana de las mujeres rurales, entre ellas, las distancias geográficas que condicionan el acceso a derechos, la precariedad o ausencia de servicios básicos, la

⁴ El taller se desarrolló en la localidad de Los Altos, provincia de Catamarca, en el marco del IX Congreso de Ciudades y Pueblos del Interior, organizado por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca.

invisibilización del trabajo femenino en las economías familiares, la feminización de las responsabilidades de cuidado y la expropiación del tiempo propio. Estas dimensiones, aunque analíticamente diferenciables, aparecen en la experiencia cotidiana profundamente entrelazadas, configurando una trama compleja de trabajo y vida que sostiene la reproducción social en contextos de fuerte precariedad territorial.

A partir de estos resultados, el artículo propone el concepto de tejido total de trabajo-vida como una herramienta analítica que permite nombrar esta integralidad y superar las categorías fragmentadas que han dominado los estudios sobre trabajo femenino. Esta noción busca reconocer que las mujeres rurales no solo realizan múltiples actividades, sino que sostienen cotidianamente la reproducción material, afectiva y comunitaria de la vida en sus territorios. De este modo, el trabajo busca contribuir a una comprensión más integral del sostenimiento de la vida en la ruralidad y abrir un diálogo entre teoría feminista y saberes territoriales, reconociendo al territorio no solo como espacio de intervención, sino también como lugar de producción de conocimiento situado.

Género, trabajo y ruralidad: bases conceptuales para un análisis situado

El género, como categoría analítica, permite desnaturalizar las relaciones sociales y cuestionar los fundamentos biológicos que históricamente han justificado la desigualdad entre varones y mujeres. Como señala Lamas (1996), el género constituye “una categoría construida culturalmente sobre la base de la diferencia sexual” (p. 35). Esta construcción no es neutral, sino que se inscribe en relaciones de poder que asignan valores jerárquicos a lo masculino y lo femenino. En contextos rurales, estas construcciones adquieren características específicas, donde “la división sexual del trabajo aparece naturalizada como derivación de diferencias biológicas” (Gutiérrez, 2012, p. 48).

Scott (1996), por su parte, enfatiza el carácter relacional y situado del género, señalando que “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basado en las diferencias percibidas entre los sexos, y es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (p. 45). Esta perspectiva resulta fundamental para analizar cómo en los espacios rurales se configuran y reproducen prácticas que

asignan a varones y mujeres roles diferenciados en la producción, la reproducción y el cuidado.

El orden de género se sostiene en mandatos y estereotipos que regulan comportamientos, prácticas y expectativas, tanto en el ámbito privado como en el público. En relación con el trabajo, estas regulaciones han establecido históricamente una asociación entre los varones y la esfera productiva, vinculada al empleo remunerado y a la participación en espacios de decisión, mientras que las mujeres han sido identificadas con la esfera reproductiva, el trabajo doméstico y las tareas de cuidado. Como señala Paulilo (2004), esta división sexual del trabajo no solo organiza el tiempo y los cuerpos, sino que también produce jerarquías que colocan a las mujeres en posiciones de subordinación, al tiempo que naturaliza la sobrecarga femenina y la invisibilidad de sus aportes productivos (p. 89).

En los espacios rurales, estas lógicas se expresan con particular intensidad. El sujeto agrario continúa siendo pensado en clave masculina, lo que se traduce en mandatos que asignan roles diferenciados: mientras se espera que los varones se desenvuelvan en la esfera productiva y pública (el banco, la agronomía, la cooperativa o la finca), se asume que las mujeres se responsabilicen de la esfera reproductiva y doméstica (el cuidado de la familia, las tareas del hogar, la huerta y la crianza de animales).

Este orden de género, cimentado en prejuicios que naturalizan la diferencia sexual como fundamento de la desigualdad, perpetúa relaciones históricas y jerárquicas de poder que ubican a las mujeres en posiciones de subordinación. Dicha lógica se materializa en el acceso diferencial que ellas enfrentan a recursos productivos estratégicos —tierra, crédito, asistencia técnica y espacios de capacitación—, lo que constituye una de las expresiones más concretas de la brecha de género en el ámbito rural (Deere y León, 2001). A pesar de que las mujeres participan activamente en las decisiones productivas y sostienen múltiples trabajos al interior de las unidades familiares, sus aportes suelen quedar confinados al ámbito doméstico y despojados de reconocimiento económico y social.

Patriarcado, capitalismo y colonialidad: hacia una crítica integral del trabajo femenino rural

El patriarcado constituye un sistema de poder que estructura jerárquicamente las relaciones sociales a partir del género, naturalizando la asignación diferencial de roles, espacios y recursos. En los contextos rurales, este sistema se manifiesta en la consolidación de pares binarios y desiguales, donde se asigna a los varones la esfera productiva y el espacio público, y a las mujeres el ámbito reproductivo y el espacio doméstico (Pateman, 1988). Esta división no es un fenómeno aislado, sino que se articula históricamente con las lógicas del capitalismo.

Como señala Federici (2004), la división sexual del trabajo fue un pilar de la acumulación originaria, al naturalizar el trabajo reproductivo como “destino biológico de las mujeres” (Federici, 2004, p. 122), relegándolas a labores no remuneradas y socialmente desvalorizadas. En el medio rural, esta articulación adquiere una intensidad particular. Las tareas domésticas y de cuidado son concebidas como “extensión natural de la feminidad” (Deere y León, 2001, p. 67), lo que refuerza la asignación exclusiva de dichas responsabilidades a las mujeres.

Esta dinámica se traduce en lo que Paulilo (2004) denomina “invisibilidad productiva”, donde “las mujeres realizan trabajos agrícolas que no son reconocidos como tales, al tiempo que cargan con la totalidad de las tareas domésticas y de cuidado” (Paulilo, 2004, p. 89).

La autora añade que “a la condición económica desigual de las mujeres por la sobrecarga de trabajo y la retribución monetaria se suma el desigual acceso a la tierra” (Paulilo, 2004, p. 92), configurando una doble invisibilización, por un lado, como trabajadoras productivas y por otro, como sujetas de derechos agrarios. Así, las mujeres rurales no solo sostienen cotidianamente la reproducción social, sino que su contribución a la producción agrícola permanece sistemáticamente opacada, reproduciendo y profundizando las asimetrías de género en el acceso, control y beneficios de los recursos productivos.

Los aportes de la economía feminista han sido centrales para cuestionar esta mirada restringida del trabajo. Desde esta perspectiva, se pone en el centro la sostenibilidad de la vida y se amplía la noción de trabajo para incluir el conjunto de actividades necesarias para garantizar la reproducción social: los cuidados, la

provisión cotidiana, la socialización y el mantenimiento de las comunidades. En este sentido, la aparente separación entre trabajo productivo y reproductivo se revela como una ficción que invisibiliza el papel fundamental de las mujeres en el funcionamiento de la economía y de la vida social.

Carrasco (2013) propone el concepto de “sostenibilidad de la vida” como horizonte analítico y político, entendiendo que “el sistema económico debe estar al servicio de la vida y no al revés” (p. 56). Desde esta perspectiva, “el trabajo de cuidado no es una actividad marginal, sino central para la reproducción social” (p. 59). Pérez Orozco (2014) profundiza esta mirada al señalar que “la crisis actual es una crisis de los cuidados, donde el modelo de desarrollo choca frontalmente con las condiciones necesarias para el mantenimiento de la vida” (p. 34). En contextos rurales, esta crisis se agudiza por la falta de servicios públicos, las distancias geográficas y la concentración de las responsabilidades de cuidado en las mujeres

Por su parte, Rodríguez Enríquez (2015), señala que “la crisis de los cuidados no es solo una crisis de reproducción social, sino también una crisis de sostenibilidad de la vida, que evidencia la tensión entre acumulación capitalista y reproducción social” (p.36).

Ahora bien, comprender la situación de las mujeres rurales exige trascender los análisis que se limitan a la articulación entre patriarcado y capitalismo, para incorporar una perspectiva interseccional y descolonial que de cuenta de las especificidades de los territorios latinoamericanos. Desde una perspectiva interseccional, abordar la ruralidad implica reconocer que las desigualdades de género se entrecruzan con otras dimensiones de la desigualdad, como la clase social, la pertenencia étnica, el territorio y las condiciones materiales de existencia. La perspectiva interseccional, desarrollada inicialmente por Crenshaw (1989), permite analizar cómo se articulan múltiples sistemas de opresión.

En América Latina, los feminismos descoloniales han enriquecido este enfoque, señalando la necesidad de superar los universalismos y de construir análisis situados que den cuenta de las múltiples formas en que el capitalismo, el patriarcado y las herencias coloniales producen asimetrías y violencias sobre los cuerpos de las mujeres. Según Lugones (2008), “el género moderno/colonial se construye a través de la intersección de raza, clase y sexualidad, produciendo

jerarquías que organizan la vida social” (p. 12). En los territorios rurales, esta interseccionalidad se expresa en lo que Espinosa Miñoso (2014) denomina “colonialidad del género”, donde “las mujeres indígenas y campesinas enfrentan una triple opresión, sea por género, por clase y por etnia” (p. 45).

Esta mirada permite comprender que la invisibilización del trabajo femenino no es solo un efecto del patriarcado o del capitalismo por separado, sino el resultado de un sistema complejo y articulado que opera simultáneamente en múltiples dimensiones. Mallimaci y Magliano (2019) analizan cómo estas desigualdades se materializan en las experiencias temporales, señalando que “el tiempo de espera en servicios públicos, el tiempo de traslado y el tiempo dedicado al trabajo no remunerado configuran una economía temporal desigual que afecta especialmente a las mujeres rurales” (p. 102). Esta economía temporal desigual es, a su vez, expresión de un entramado más profundo donde la distancia geográfica, la precariedad de servicios y la ausencia estatal se combinan con mandatos patriarcales y herencias coloniales para producir condiciones de vida específicas.

La articulación de estos enfoques –economía feminista, interseccionalidad y pensamiento descolonial– nos permite advertir los límites de las categorías analíticas heredadas. Estos límites evidencian la insuficiencia de las nociones que fragmentan el trabajo en esferas separadas y jerárquicas. Precisamente, son esas limitaciones las que nos conducen a interrogarnos acerca de cómo nombrar el trabajo de las mujeres rurales desde una perspectiva que capture su integralidad y complejidad. Esta inquietud abre paso a la necesidad de un desplazamiento conceptual que permita reconocer dicha integralidad sin reinscribir las jerarquías propias de la matriz moderno-colonial.

Tejido total de trabajo-vida: una propuesta decolonial para nombrar la integralidad

Si bien las categorías de “doble jornada” o “triple jornada” han sido fundamentales para visibilizar la sobrecarga laboral femenina y cuestionar la naturalización del trabajo doméstico, continúan operando dentro de una matriz analítica moderna-colonial que fragmenta y jerarquiza las actividades humanas en esferas separadas: productiva, reproductiva, doméstica y comunitaria. Esta lógica,

heredera de la racionalidad capitalista y eurocéntrica, organiza el trabajo en compartimentos diferenciados, estableciendo jerarquías que privilegian lo productivo y remunerado por sobre lo reproductivo y relacional.

Los feminismos descoloniales y comunitarios han problematizado esta fragmentación, señalando que no se trata simplemente de una división funcional, sino de una imposición histórica que invisibiliza otras formas de concebir y experimentar el trabajo y la vida en los territorios. En contextos rurales, indígenas y campesinos de Nuestra América, estas esferas no siempre se viven como separadas ni como acumulación de jornadas, sino como parte de una responsabilidad colectiva orientada al sostenimiento integral de la comunidad. En tanto, la fragmentación entre lo productivo, lo reproductivo y lo comunitario es heredera de la colonialidad del género (Lugones, 2008), que impuso una mirada occidental, dicotómica y jerárquica (público/privado, productivo/reproductivo, trabajo/no trabajo) sobre formas relacionales que no operaban bajo esas separaciones.

Julietta Paredes (2010), desde el feminismo comunitario boliviano, propone pensar el trabajo de las mujeres no como una suma de jornadas, sino como parte de la responsabilidad de la vida, es decir, un compromiso integral con la reproducción material, afectiva y espiritual de la comunidad. En esta misma línea, las reflexiones de Espinosa Miñoso (2014) invitan a “descolonizar el género” y, con él, las formas en que nombramos y comprendemos el trabajo en los territorios rurales.

Desde esta perspectiva, proponemos el concepto de “tejido total de trabajo-vida” para referirnos a la trama indisociable de actividades que las mujeres rurales despliegan cotidianamente, entre ellas se encuentran: sembrar y cosechar, cuidar hijos y ancianos, participar en asambleas comunitarias, gestionar el agua, sostener redes de reciprocidad, transmitir saberes, mantener la memoria comunitaria, entre otras. Estas dimensiones no se suman como jornadas separadas, sino que se entrelazan en un flujo continuo y relacional orientado a un fin común, el cual es, la reproducción de la vida en su integralidad –humana y no humana, material y simbólica, individual y colectiva–.

Este desplazamiento conceptual no es meramente terminológico; implica una decisión epistemológica y política. Supone reconocer que las mujeres rurales no son sujetas que soportan una sobrecarga medible en horas, sino sostenedoras de la

vida cuya contribución integral ha sido sistemáticamente invisibilizada por categorías analíticas heredadas del pensamiento colonial. Asumir esta mirada nos permite, como plantea Espinosa Miñoso (2014), descolonizar las categorías con las que nombramos y pensamos el trabajo. En este sentido, el concepto de “tejido total de trabajo-vida” busca ofrecer una herramienta analítica que permita comprender de manera más adecuada la integralidad del trabajo femenino en contextos rurales latinoamericanos.

Contexto y metodología de la experiencia de intervención

La experiencia de intervención que se analiza en este trabajo se desarrolló en la localidad de Los Altos, departamento Santa Rosa, provincia de Catamarca, un territorio caracterizado por su ruralidad, la dispersión geográfica de la población y las dificultades estructurales de acceso a servicios básicos. Se trata de una zona ubicada a más de 80 kilómetros de la cabecera departamental, condición que incide de manera directa en las posibilidades de movilidad, acceso a derechos y sostenimiento de redes institucionales, especialmente para las mujeres.

El taller tuvo lugar en el marco del IX Congreso de Ciudades y Pueblos del Interior y se realizó en la Escuela Secundaria N.º 24 Anexo N.º1, en horario vespertino. La elección del espacio escolar respondió tanto a su función como institución de referencia en el territorio como a la disponibilidad de un ámbito comunitario que permitiera el encuentro y el intercambio colectivo.

Previo y durante el desarrollo de la actividad se evidenciaron diversos condicionantes materiales, tales como, la ausencia de conectividad a internet, la falta del equipamiento tecnológico inicialmente previsto (proyector y alargue eléctrico), limitaciones edilicias vinculadas a la ventilación en un contexto de altas temperaturas y la interrupción temporal del servicio de agua. Estas condiciones forman parte de la cotidianeidad de los espacios rurales. Lejos de constituir meros obstáculos logísticos, estas condiciones configuraron el escenario concreto de la intervención y pusieron de relieve las desigualdades estructurales que atraviesan a las comunidades rurales, impactando de manera diferenciada en la vida cotidiana de las mujeres.

El taller⁵ contó con la participación de diecisiete personas adultas, de las cuales trece eran mujeres y cuatro varones, en su totalidad docentes que se desempeñan en instituciones educativas de la zona rural. La composición del grupo permitió un intercambio situado, atravesado tanto por experiencias personales como por trayectorias profesionales vinculadas al trabajo cotidiano en contextos rurales.

Enfoque metodológico y técnicas de investigación: una apuesta por el diálogo de saberes

La intervención se diseñó desde una perspectiva sociocomunitaria con enfoque de género, entendiendo al taller como un dispositivo participativo orientado a la construcción colectiva de sentidos más que a la mera transmisión de contenidos. El desarrollo de la actividad se organizó en dos momentos articulados que permitieron transitar desde la reflexión conceptual hacia el intercambio de experiencias situadas, en un movimiento que reconoce el conocimiento como producción dialógica y no como depósito unidireccional.

En un primer momento, se trabajaron categorías teóricas vinculadas al género en el ámbito rural: “género como construcción social”, “división sexual del trabajo”, “economía del cuidado”, “interseccionalidad” a través de una exposición dialogada que buscó poner en relación los marcos conceptuales con los saberes y vivencias de las y los participantes. Este abordaje partió de la convicción de que las comunidades no son receptoras vacías de teoría, sino productoras de conocimiento situado que interpela y enriquece las categorías académicas.

En un segundo momento, se propuso una dinámica de intercambio y reflexión colectiva que habilitó la circulación de la palabra y la recuperación de experiencias. Este espacio permitió identificar problemáticas recurrentes, distancia geográfica,

⁵ Si bien la propuesta inicial del taller estaba pensada para ser desarrollada junto a referentes de instituciones públicas y organizaciones civiles que intervienen directamente con mujeres rurales, la dinámica del encuentro se adaptó a la composición del grupo participante. Esta reconfiguración no implicó un corrimiento del enfoque de género, sino que habilitó la emergencia de nuevas variables de análisis a partir de las experiencias compartidas por quienes, desde su rol docente, acompañan cotidianamente a comunidades atravesadas por múltiples desigualdades.

falta de servicios, precariedad laboral, tensiones en la participación, favoreciendo que les docentes compartieran tanto experiencias personales como profesionales, dando cuenta de los desafíos que enfrentan en el entorno rural y del rol de las mujeres frente a limitaciones estructurales.

Desde esta perspectiva, el taller no fue concebido como instancia de transmisión, sino como espacio de escucha, problematización y producción de conocimiento. La flexibilidad en el desarrollo permitió atender a las demandas emergentes del grupo, reafirmando el carácter dinámico y situado de la intervención con enfoque de género.

Para recuperar las experiencias, sentidos y saberes producidos, se utilizaron diversas técnicas cualitativas orientadas por el compromiso de generar un proceso de investigación participativo y dialógico, no extractivista. Se realizaron registros a través de notas de campo elaboradas por el equipo facilitador, documentando el desarrollo de la actividad, las dinámicas grupales, las tensiones surgidas y las adaptaciones sobre la marcha.

Se promovieron producciones grupales –sistematización en afiches y construcción de relatos colectivos– como estrategias para favorecer la reflexión compartida y la elaboración conjunta de problemáticas. Estas producciones constituyeron insumos centrales para el análisis posterior, expresando percepciones, acuerdos y tensiones emergentes. La dimensión visual y colectiva de estas técnicas permitió que emergieran aspectos que quizás no habrían aparecido en un intercambio exclusivamente verbal.

Con consentimiento informado, se documentaron testimonios significativos, priorizando fragmentos que daban cuenta de experiencias situadas, desigualdades naturalizadas y procesos de toma de conciencia colectiva. Estos testimonios fueron considerados no como relatos individuales, sino como expresiones de condiciones sociales compartidas, respondiendo al principio feminista de que las voces de las mujeres son fuentes válidas y centrales de conocimiento.

Finalmente, se realizó un análisis reflexivo posterior basado en la triangulación entre los registros producidos, el marco teórico de referencia y las observaciones del equipo facilitador. Este proceso se inscribió en los principios de

la investigación-acción participativa con perspectiva feminista (Maffía, 2007), privilegiando las voces de las participantes como productoras de conocimiento válido sobre su propia realidad.

Esta aproximación metodológica se encuentra en sintonía con la propuesta conceptual del tejido total de trabajo-vida. Así como aquella categoría busca superar la fragmentación impuesta por las miradas coloniales sobre el trabajo femenino, esta metodología procuró no fragmentar las voces y experiencias de las participantes, sino comprenderlas en su integralidad y complejidad. El taller se constituyó así en un espacio donde la teoría y la práctica dialogaron, donde las categorías académicas se encontraron con los saberes territoriales y donde se hizo visible que las mujeres rurales no solo siembran alimentos, sino también resistencias, saberes y futuros posibles.

Hallazgos y análisis: voces desde el territorio

Los emergentes identificados durante el taller permiten reconocer diversas dimensiones que estructuran la vida cotidiana de las mujeres rurales de Los Altos. Distancia, acceso a servicios, condiciones laborales, organización de los cuidados y gestión del tiempo aparecen como aspectos recurrentes en los relatos compartidos por las participantes. Si bien en este apartado se presentan estas dimensiones de manera diferenciada con fines analíticos, es importante señalar que en la experiencia cotidiana de las mujeres estas no operan como esferas separadas. Por el contrario, se entrelazan en una trama compleja de actividades, responsabilidades y relaciones que en este trabajo conceptualizamos como tejido total de trabajo-vida.

Presentar estas dimensiones por separado permite visibilizar las desigualdades específicas que atraviesan a las mujeres rurales; al mismo tiempo, el análisis busca comprender cómo estas desigualdades se articulan en la organización cotidiana en el territorio. Cada testimonio, cada situación narrada, expresa esa integralidad que las categorías analíticas heredadas no logran capturar.

La distancia: más que un obstáculo, un dispositivo colonial de desigualdad

La distancia geográfica apareció de manera reiterada en los relatos⁶ no como un mero dato territorial, sino como un dispositivo de reproducción de desigualdades que opera en múltiples dimensiones. Una docente señaló:

Sandra (...) Para llevar a mi hijo al médico tengo que salir a las 4 de la mañana, caminar hasta la ruta, esperar el colectivo que a veces pasa y a veces no, y llegar al pueblo cerca del mediodía. Pierdo el día entero por una consulta de 15 minutos. (Docente rural mujer -R1)

Este testimonio ilustra con crudeza lo que Mallimaci y Magliano (2019) conceptualizan como "tiempo de espera", es decir, un tiempo "desigualmente distribuido y que configura relaciones de poder y dominación" (p. 102). Pero desde nuestra perspectiva descolonial, la espera no es solo tiempo perdido; es la materialización de una economía temporal colonial que organiza quiénes pueden moverse, quiénes deben esperar y quiénes cargan con los costos de la ausencia estatal.

La distancia opera así en múltiples dimensiones interconectadas que, lejos de ser independientes, se refuerzan mutuamente: 1) Restringe el acceso a servicios esenciales, tales como la salud, educación, trámites administrativos, convirtiendo derechos en privilegios mediados por la capacidad de movilidad. 2) Condiciona una movilidad diferenciada por género: son las mujeres quienes predominantemente asumen los traslados relacionados con la salud familiar, la educación de hijos e hijas y las gestiones domésticas, reforzando la división sexual del trabajo. 3) Genera costos económicos y temporales que recaen desproporcionadamente sobre los hogares con jefatura femenina, perpetuando ciclos de pobreza de tiempo y autonomía limitada.

El tiempo destinado a la movilidad y a la espera, sistemáticamente invisibilizado en los análisis tradicionales sobre el trabajo, se revela, así como un

⁶ Los nombres utilizados en los testimonios han sido modificados para resguardar el anonimato de las participantes. Cada relato ha sido codificado para su análisis cualitativo según dimensiones emergentes del trabajo de campo.

recurso profundamente desigual que, al entretenerse con las tareas productivas, reproductivas y comunitarias, configura una experiencia de sobrecarga que no puede ser comprendida desde la lógica fragmentada de jornadas separadas.

Falta de servicios: la materialización del abandono estatal

La carencia o precariedad de servicios básicos constituye otro de los ejes problematizados durante el taller. El acceso intermitente o inexistente a agua potable, conectividad, transporte y servicios de salud no solo deteriora las condiciones de vida, sino que refuerza y profundiza desigualdades de género preexistentes.

En muchos casos, son las mujeres quienes deben desplegar estrategias cotidianas para suplir estas ausencias, entre ellas, gestionar la provisión de agua, reorganizar tiempos para acceder a centros de salud lejanos, resolver la falta de transporte, inventar formas de conectividad cuando no hay internet. Estas estrategias, que podrían leerse como resiliencia desde enfoques convencionales, desde nuestra perspectiva constituyen trabajo no reconocido que se suma al tejido total de sostenimiento de la vida.

La falta de servicios no se presenta únicamente como un problema técnico o infraestructural, sino como una dimensión central de la desigualdad territorial que, al articularse con mandatos patriarcales, produce condiciones de vida específicas para las mujeres. El hecho de que el taller se realizara sin agua corriente -como se documentó en el contexto metodológico- no fue un accidente logístico, sino la materialización de esa desigualdad que las mujeres rurales enfrentan cotidianamente.

Precariedad laboral y la ficción de la “ayuda”: cuando el trabajo femenino no es trabajo

Durante los intercambios, se puso de manifiesto la precariedad estructural que atraviesa las condiciones laborales de las mujeres en contextos rurales. La escasez de oportunidades de empleo formal, la inestabilidad de los ingresos y la ausencia de reconocimiento de derechos laborales configuran trayectorias marcadas

por la vulnerabilidad. Pero más allá de estas dimensiones cuantificables, lo que emergió con especial potencia fue un mecanismo simbólico que opera como bisagra entre la precariedad material y la invisibilización: la categorización del trabajo femenino como “ayuda”.

Esta noción, “la ayuda” no es una descripción inocente de tareas compartidas, sino un dispositivo de desvalorización que impregna las relaciones productivas en el ámbito rural. Cuando el trabajo de las mujeres en la huerta, el cuidado de animales, la producción de alimentos o la gestión comunitaria es nombrado como “ayuda” al varón, se produce un desplazamiento fundamental: lo que podría ser reconocido como trabajo productivo queda subsumido bajo la categoría de lo accesorio, lo complementario, lo no decisivo. Esta operación discursiva tiene efectos materiales concretos: impide que el trabajo femenino sea reconocido como tal, justifica su carácter no remunerado o precariamente retribuido, refuerza la dependencia económica de las mujeres y naturaliza que las decisiones sobre la producción, ya sea qué cultivar, qué vender, cómo invertir queden en manos de los varones.

El testimonio de un participante varón nos muestra esta dinámica:

Pedro (...) En mi familia, mi mujer maneja la huerta, las gallinas y la producción de quesos, pero cuando viene el técnico del INTA, me habla a mí. Ella está ahí, pero no la consideran. (Docente rural varón -R1)

Esta escena, que podría leerse como una anécdota sobre la ceguera institucional, revela en realidad la profundidad de la colonialidad del género operando en el corazón de las políticas de desarrollo rural. El técnico del INTA no olvida a la mujer; la excluye activamente porque su matriz de percepción —heredera de una división sexual del trabajo naturalizada— no la reconoce como interlocutora válida. Ella está ahí, físicamente presente, trabajando cotidianamente en esas producciones, pero su presencia no alcanza para ser vista. La mirada institucional, formada en la ficción del sujeto agrario masculino, la convierte en transparente.

Esta exclusión simbólica se articula en un círculo de invisibilización que opera en múltiples niveles. Por un lado, limita el acceso a recursos productivos: créditos,

asistencia técnica, programas de fortalecimiento, todo ello queda fuera del alcance de las mujeres porque no son identificadas como interlocutoras válidas. Por otro, reproduce la concentración de la titularidad de la tierra en manos de los varones, perpetuando lo que Paulilo (2004) denomina "desigual acceso a la tierra" (p. 92) y consolidando una estructura de propiedad que excluye a las mujeres del principal recurso productivo rural. Finalmente, naturaliza que el trabajo productivo femenino sea considerado secundario, aunque sea central y, con frecuencia determinante, para la subsistencia familiar.

Desde la perspectiva del tejido total de trabajo-vida, esta dinámica revela algo más profundo que la mera precariedad laboral. Muestra cómo opera la colonialidad en la economía rural: no sólo excluyendo a las mujeres de los recursos, sino negando la condición misma de trabajo a lo que ellas realizan. El trabajo femenino no es solo precario porque sea mal pago o inestable, sino también porque ni siquiera es nombrado como trabajo. Es ayuda, es colaboración, es lo que las mujeres hacen. Esta negación epistémica es la base material de su exclusión: si no hay trabajo, no hay trabajadora; si no hay trabajadora, no hay sujeto de derechos laborales; si no hay sujeto de derechos, no hay demanda legítima que hacer al Estado o al mercado.

La ficción de la "ayuda" sostiene, así, todo un entramado de desigualdades que excede lo laboral para impregnar las dimensiones de la ciudadanía, la participación y la autonomía. Desmontar esta ficción no es solo una tarea conceptual, sino una condición para cualquier intervención que pretenda transformar realmente las condiciones de vida de las mujeres rurales. Porque mientras el trabajo que sostiene la vida siga siendo nombrado como "ayuda", las mujeres seguirán esperando, como en la escena del INTA, a ser vistas, reconocidas e incluidas.

Organización social de los cuidados en contextos de precariedad

La organización social de los cuidados en Los Altos revela con especial nitidez la integralidad del trabajo-vida que venimos planteando. Lejos de constituir un conjunto de tareas delimitadas que puedan asignarse a un sector o jornada específica, los cuidados se despliegan como una trama continua que atraviesa todos

los ámbitos de la existencia cotidiana, como son: el hogar, la escuela, la huerta, la comunidad, los caminos.

El testimonio de una maestra rural condensa esta experiencia:

Laura (...) En la escuela no sólo soy docente; soy enfermera, psicóloga, cocinera a veces. Y cuando llego a mi casa, empieza mi otra jornada: hijos, casa, animales, huerta. (Docente rural mujer –R2)

Esta narración no describe una suma de roles que se agregan unos a otros, sino un flujo vital donde todas estas dimensiones se entrelazan en la experiencia de una misma persona que sostiene, simultáneamente, la reproducción de la vida. Lo pedagógico se funde con lo comunitario, lo doméstico con lo productivo, el cuidado con la subsistencia. No hay un momento en que termine un rol y comience otro; hay una disposición permanente para responder a las necesidades que emergen.

Esta experiencia expresa la forma en que se organizan socialmente los cuidados en contextos rurales marcados por la ausencia estatal. En Los Altos, la organización social de los cuidados, tal como señalan Rodríguez Enríquez y Fraga (2021), descansa casi exclusivamente sobre las redes familiares y comunitarias, con una marcada y persistente feminización. Son las mujeres quienes tejen cotidianamente esa red que sostiene la vida: cuidando hijes y ancianos, garantizando la alimentación, gestionando la salud, manteniendo los vínculos comunitarios, supliendo con inventiva y trabajo las carencias de servicios que el Estado no provee.

La falta de agua durante el taller no fue una anécdota, sino la materialización de esa ausencia estructural que las mujeres deben compensar cotidianamente. Detrás de cada vaso de agua hay trabajo femenino que requiere, gestionar su provisión, racionar su uso, caminar para conseguirla. Detrás de cada consulta médica hay tiempo femenino que implica, horas de espera, de traslado, de organización familiar. Detrás de cada trámite hay energía femenina que demanda, kilómetros recorridos, papeles resueltos. El Estado no provee; las mujeres proveen.

Esta dinámica revela lo que Federici (2004) identifica como la persistencia del cuidado concebido como “destino biológico” de las mujeres, un mandato que

ninguna política pública ha logrado desarticular porque, precisamente, las políticas públicas rara vez llegan a estos territorios, y cuando lo hacen, lo hacen desde lógicas fragmentadas que no abordan la integralidad del problema.

Lo que emerge con fuerza, sin embargo, no es solo la denuncia del abandono. Desde la perspectiva del tejido total de trabajo-vida, se visibiliza también la potencia de un entramado comunitario que, en condiciones extremadamente adversas, inventa formas de sostener la vida colectivamente. Las redes de cuidado entre mujeres, los sistemas informales de apoyo mutuo, las estrategias cotidianas para garantizar lo indispensable constituyen un saber-hacer que rara vez es reconocido como conocimiento válido, pero que es la base material sobre la que se sostienen comunidades enteras.

La organización social de los cuidados en Los Altos nos habla, entonces, de una paradoja profunda, es decir, la misma precariedad que sobrecarga a las mujeres es también el terreno donde ellas despliegan su potencia creadora, tejiendo redes que no solo amortiguan el abandono, sino que construyen, día a día, formas alternativas de organizar la vida. Reconocer esta potencia no implica romantizar la precariedad, sino visibilizar lo que ya está ahí, en tanto, un entramado de saberes, prácticas y relaciones que, si fueran reconocidos y fortalecidos por políticas públicas integrales, podrían transformar radicalmente las condiciones de vida en la ruralidad. La pregunta, entonces, no es solo cómo aliviar la sobrecarga, sino cómo poner el Estado al servicio de estas tramas comunitarias sin destruirlas, cómo fortalecer lo que ya existe sin colonizarlo, cómo construir corresponsabilidad sin desplazar a quienes han sostenido la vida durante siglos.

Estrategias emergentes de resistencia y organización

Frente a las desigualdades estructurales identificadas, el taller permitió reconocer un conjunto de estrategias cotidianas de resistencia y organización que las mujeres rurales ya están desarrollando desde sus espacios de vida y trabajo. Estas prácticas, aunque frecuentemente invisibilizadas, configuran un entramado de respuestas adaptativas y comunitarias que no solo les permiten enfrentar condiciones adversas, sino también generar espacios de autonomía relativa y construcción colectiva.

Desde la perspectiva del tejido total de trabajo-vida, estas estrategias no son adicionales a la sobrecarga, sino parte constitutiva de la trama de sostenimiento que las mujeres despliegan.

Entre ellas, destacan la conformación de redes informales de cuidado, basadas en la reciprocidad y la confianza, las mujeres intercambian horas de cuidado infantil o de personas mayores, y establecen sistemas de trueque mediante los cuales intercambian productos de la huerta por otros bienes o servicios. Estas redes operan como amortiguadores ante la ausencia de políticas públicas y como formas de economía solidaria que desafían la lógica mercantil.

Asimismo, emergen con fuerza microemprendimientos feminizados, pero socialmente desvalorizados, como la producción de alimentos procesados -quesos, conservas, dulces-, la elaboración de artesanías con materiales locales y la prestación de servicios de cocina para eventos comunitarios. Estas actividades, aunque a menudo no sean registradas como trabajo formal, constituyen fuentes de ingreso complementario y espacios de creatividad e intercambio entre mujeres que, desde la mirada colonial, permanecen en la informalidad, pero desde la perspectiva comunitaria sostienen economías locales.

Por último, se identificó el uso pedagógico de la escuela como espacio de transformación de género. Las docentes participantes compartieron experiencias de inclusión de la perspectiva de género en los contenidos curriculares, así como la realización de talleres con familias orientados a promover la corresponsabilidad en las tareas domésticas y de cuidado. Estas iniciativas buscan no sólo educar en equidad, sino también incidir en las representaciones y prácticas de la comunidad, posicionando a la escuela rural como un actor clave en la disputa por sentidos más igualitarios.

El tiempo como nudo crítico: la expropiación de la autonomía temporal

Entre todos los hallazgos del taller, quizás ninguno condensa con tanta potencia la experiencia de las mujeres rurales como la cuestión del tiempo, entendido no solo como un recurso escaso, sino como una dimensión constitutiva del cuerpo-territorio en disputa, tal como lo plantean los feminismos comunitarios (Cabnal, 2010; 2017). En esta perspectiva, el tiempo de las mujeres no es individual

ni neutral, sino que se encuentra históricamente organizado y apropiado por entramados patriarcales, coloniales y comunitarios que regulan su disponibilidad para la sostenibilidad de la vida.

No se trata únicamente de la constatación, reiterada en los relatos, de que el tiempo siempre falta en el campo, especialmente para las mujeres. Esta afirmación podría ser leída desde enfoques gerenciales como un problema de gestión, como si se tratara de optimizar recursos personales para hacer más eficiente una jornada inevitablemente sobrecargada. Pero lo que emergió con fuerza en los intercambios fue algo cualitativamente distinto: no la escasez, sino la expropiación; no la falta, sino el desposeimiento. Una participante lo sintetizó con una pregunta:

Paula (...) Mi tiempo no es mío. Es de la escuela, de mis hijos, de mi marido, de la tierra. ¿Cuándo es mío? (Docente rural mujer – R3)

Esta interrogación no reclama más horas en el día ni mejores técnicas de organización; cuestiona la propiedad misma del tiempo. Detrás de ella hay una evidencia profunda, y es que el tiempo de las mujeres rurales no les pertenece porque ha sido puesto, desde siempre, a disposición de otros. Está destinado a la escuela que forma a las infancias, a los hijos que requieren cuidado permanente, al marido cuya producción debe ser acompañada, a la tierra que exige trabajo cotidiano. Cada una de estas demandas es legítima en sí misma, pero su acumulación sin límites y su naturalización como responsabilidad femenina configuran una experiencia de desposesión que rara vez es nombrada.

Desde la perspectiva del tejido total de trabajo-vida, esta expropiación temporal no puede ser comprendida como un problema aislado, sino como la síntesis de todas las dimensiones analizadas. La distancia expropia tiempo cuando convierte horas de traslado en tiempo improductivo pero indispensable. La falta de servicios expropia tiempo cuando obliga a suplir con trabajo femenino lo que el Estado no provee. La precariedad laboral expropia tiempo cuando exige múltiples estrategias de subsistencia sin reconocimiento. Los cuidados expropian tiempo cuando se organizan como destino biológico y no como responsabilidad compartida.

Pérez Orozco (2014) identifica esta dinámica como "conflicto capital-vida", lo que implica que el tiempo dedicado a la sostenibilidad de la vida compite, y generalmente pierde, frente al tiempo productivo mercantilizado. Pero desde nuestra perspectiva descolonial, esta expropiación no es solo efecto del capitalismo, sino también de una matriz colonial que ha organizado históricamente una distribución desigual del tiempo, jerarquizando qué vidas merecen tiempo propio y cuáles deben estar disponibles para sostener la vida de otros. La colonialidad del tiempo opera asignando a ciertos cuerpos, los de las mujeres, los de las poblaciones rurales, la función de sostener la vida mientras otros disponen de autonomía para actividades socialmente valoradas.

Esta reflexión nos interpela a desplazar la pregunta que suele formularse en los análisis sobre el trabajo femenino. No se trata de indagar ¿cuántas horas trabajas?, pregunta que sigue operando dentro de la lógica de medición heredada del pensamiento moderno-colonial, sino de formular, como hizo una de las participantes, una pregunta políticamente relevante ¿de qué horas dispones para ti?

Esta segunda pregunta desplaza el foco de la cantidad a la autonomía, de la medición al control, de la productividad a la soberanía sobre la propia vida. En esa pregunta se condensa una demanda que atraviesa todos los hallazgos del taller, es decir, la exigencia de tiempo no expropiado, no colonizado, no mercantilizado. Tiempo para el descanso, para la participación, para la organización, para el deseo. Tiempo que no tenga que ser justificado como productivo para ser legítimo. Tiempo que simplemente sea tiempo propio.

Esta demanda adquiere en el marco del tejido total de trabajo-vida una dimensión profundamente colectiva. Porque el tiempo propio no se conquista de manera aislada; se conquista cuando el Estado provee servicios que liberan tiempo, cuando la comunidad organiza cuidados compartidos, cuando los varones asumen su parte en la reproducción cotidiana. El tiempo propio es, en este sentido, un indicador de justicia. Allí donde las mujeres disponen de tiempo autónomo, allí hay condiciones más igualitarias; allí donde el tiempo sigue siendo expropiado, allí persiste la colonialidad del género operando en su forma más íntima.

La pregunta ¿cuándo es mío? resuena, así como un interrogante político que excede el ámbito local. Es la pregunta de todas aquellas cuyo tiempo ha sido puesto

a disposición de otros sin consulta, sin límite, sin reconocimiento. Nombrar esa expropiación, como hicieron las participantes, es ya un acto de resistencia. Convertir esa pregunta en demanda política es el siguiente paso hacia esa cosecha colectiva donde el tiempo, como la tierra y la vida, pueda ser finalmente compartido con justicia.

Reflexión final: de la siembra a la cosecha colectiva

La experiencia del taller “Mujeres de Siembra” se constituyó como un dispositivo de trabajo territorial que, desde una perspectiva de género anclada en el pensamiento descolonial, permitió problematizar la vida cotidiana en los ámbitos rurales más allá de las categorías heredadas. El espacio trascendió la mera sensibilización para convertirse en un ámbito de producción colectiva de sentidos, reflexión crítica y visibilización de las desigualdades estructurales que organizan el territorio.

Este proceso de reconocimiento operó como un primer momento de reflexión y descolonización epistémica, al nombrar las problemáticas, desde sus propias categorías, al identificar las causas estructurales que las atraviesan, al desnaturalizar situaciones históricamente asumidas como parte del orden social, las mujeres de Los Altos nos enseñaron que el conocimiento no se produce únicamente en la academia, sino también –y fundamentalmente– en esos espacios donde la vida se sostiene día a día contra toda adversidad.

Los hallazgos nos muestran que las desigualdades de género en Los Altos no son meras desventajas por superar mediante políticas compensatorias, sino estructuras complejas y arraigadas que se alimentan de la intersección entre patriarcado, capitalismo y colonialidad. El aislamiento geográfico, la precariedad de servicios, la invisibilización del trabajo femenino, la expropiación del tiempo, la organización social de los cuidados como destino biológico; todas estas dimensiones no operan por separado, sino como hilos de una misma trama que solo puede ser comprendida desde la integralidad. Como sintetizó una de las participantes:

Rosa (...) Acá sembramos maíz, sembramos verduras, pero sobre todo sembramos paciencia y lucha. Porque de otra forma, no se sobrevive. (Docente rural mujer -R4)

Desde la perspectiva del tejido total de trabajo-vida que hemos propuesto, lo que emerge con fuerza es, por un lado, la denuncia de la sobrecarga y el abandono, y por otro, la potencia de un entramado comunitario que, en condiciones extremadamente adversas, inventa formas de sostener la vida colectivamente. Las mujeres de Los Altos, como tantas otras en el Cono Sur, siembran no solo alimentos, sino cuidados, resistencias, saberes y redes. Su trabajo -productivo, reproductivo, comunitario, entendido ya no como esferas separadas sino como flujo vital-sostiene la vida cuando el Estado y el mercado se repliegan.

El título “Mujeres de Siembra” resultó revelador. Porque la siembra, en su sentido más profundo, no es un acto individual ni fragmentado. Sembrar implica preparar la tierra, elegir las semillas, esperar el tiempo justo, regar constantemente, proteger de las plagas, compartir la cosecha. Así también el trabajo de las mujeres rurales no puede ser comprendido desde la lógica de jornadas que se suman unas a otras, sino como ese flujo continuo y relacional donde lo productivo, lo reproductivo, lo comunitario, lo afectivo y lo político se entrelazan en una misma trama para organización de la vida cotidiana.

Pero la siembra, como nos recordaron las participantes, no es un acto individual. Requiere tierra fértil en donde se puedan implementar políticas públicas con perspectiva de género y que no sean meros gestos discursivos, sino transformaciones estructurales. Requiere riego constante, para que los servicios básicos universales liberen tiempo y energía para otras dimensiones de la vida. Requiere cuidado colectivo, es decir, redes comunitarias fortalecidas, corresponsabilidad de los varones, organización social de los cuidados que no recaiga exclusivamente sobre las mujeres. Requiere tiempo paciente, para lograr la ruptura con la lógica del rendimiento inmediato, del productivismo, de la mercantilización de cada minuto.

La cosecha, por tanto, no puede ser individual. Debe ser colectiva y redistributiva. Por eso la demanda de las mujeres de Los Altos no es solo

reconocimiento en términos simbólicos, sino transformación material de las condiciones que producen su subordinación. Como concluyó una participante:

Marta (...) Nosotras ya estamos sembrando. Lo que necesitamos es que no nos pisen la siembra, y que alguien también sepa cosechar con nosotras. (Docente rural mujer -R5)

Esta afirmación condensa el núcleo político de nuestra propuesta. Visibilizar lo que ya se siembra -el trabajo invisible de las mujeres, sus saberes, sus resistencias- es una tarea necesaria pero insuficiente si no va acompañada de la creación de condiciones para que esa siembra florezca en autonomía, igualdad y justicia.

El trabajo con enfoque de género en ámbitos rurales tiene una doble tarea que es también una doble responsabilidad ética y política, por un lado, descolonizar las categorías con las que nombramos y pensamos el trabajo femenino, abandonando las lógicas fragmentadoras que nos impiden ver la integralidad del tejido de trabajo-vida; por otro lado, acompañar procesos sin colonizarlos, fortalecer lo que ya existe sin imponer agendas, construir corresponsabilidad sin desplazar a quienes han sostenido la vida durante siglos.

Esa cosecha compartida -entre mujeres, varones, Estado, comunidad, academia- es el horizonte de una ruralidad verdaderamente equitativa. Un horizonte que no es una meta lejana ni una promesa futura, sino que, como mostró este taller, ya está siendo sembrado, día a día, por las mujeres de Los Altos y de todo el Cono Sur. Nuestra tarea, como investigadoras, como facilitadoras, como acompañantes, es aprender a ver esa siembra, a valorarla, a no pisarla, y a sumarnos humildemente a la tarea colectiva de cosechar con justicia.

Referencias

Cabnal, L. (2010). Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. En A. Gargallo Celentani (Ed.), *Feminismos diversos: El feminismo comunitario* (págs. 10-31). ACSUR - Las Segovias.

- <https://elizabethruano.com/wp-content/uploads/2019/07/Cabnal-2010-Propuesta-de-Pensamiento-Epistemico-Mujeres-Indigenas.pdf>
- Cabnal, L. (2017). Tzk'at, Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario desde Iximulew (Guatemala). *Ecología Política*, 54, 104-111. https://www.ecologiapolitica.info/wp-content/uploads/2018/01/054_Cabnal_2017.pdf
- Carrasco, C. (2013). *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*. Los Libros de la Catarata.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A Black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 139-167.
- Deere, C. D., y León, M. (2001). *Empowering women: Land and property rights in Latin America*. University of Pittsburgh Press.
- Espinosa Miñoso, Y. (2014). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *El Cotidiano*, 184, 7-12.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Gutiérrez, M. A. (2012). *Mujeres rurales: Entre el trabajo productivo y reproductivo*. Universidad Nacional de Córdoba. <http://hdl.handle.net/1843/BR-9Y5Y5Y>
- Lamas, M. (1996). *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101.
- Maffía, D. (2007). *Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres*. Biblos.
- Mallimaci, F., y Magliano, M. J. (2019). Tiempos de espera y desigualdades interseccionales en el norte argentino. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género*, 5, 1-25.
- Paredes, J. (2010). *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. Comunidad Mujeres Creando Comunidad.
- Pateman, C. (1988). *The sexual contract*. Stanford University Press.
- Paulilo, M. I. (2004). *Trabajo femenino y ruralidad*. Editora Mulheres.
- Pérez Orozco, A. (2014). Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida. *Traficantes de Sueños*.
- Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva Sociedad*, 256, 30-44. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/4102_1.pdf
- Rodríguez Enríquez, C., y Fraga, C. (2021, octubre). *La organización social del cuidado: Una mirada global a los principales desafíos y las posibles*

alternativas para una agenda sindical feminista. Internacional de Servicios Públicos. https://pop-umbrella.s3.amazonaws.com/uploads/a5a9b8d4-f6ea-465e-bc81-bbc654eof89a_ES_SOOC_2021_Page.pdf

Scott, J. W. (1996). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.), *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). PUEG.

Bloque 3: Uso del tiempo y sostenibilidad de la vida

Entre Quesos, Cocinas e Innovación: Aprendizajes en Interseccionalidad con Productoras Queseras de Amblayo

María Florencia Chavez¹

La producción de queso caprino artesanal es una actividad históricamente significativa para la persistencia de familias en zonas áridas rurales del Noroeste Argentino (NOA) y particularmente, del Valle de Amblayo. Se trata de un territorio de gran aislamiento y escasa infraestructura, con dificultades de acceso a los recursos productivos y fragilidad de la base ambiental. En este contexto, prácticamente todas las familias tienen cabras y destinan la producción de la leche fundamentalmente a la elaboración de quesos de forma artesanal, constituyéndose en un alimento con importante aporte nutricional para las mismas familias locales y en su principal fuente de ingresos monetarios, debido a su gran demanda local y extralocal (Chavez y Alcoba, 2018).

Tanto el cuidado de las majadas de cabras como la elaboración de quesos son actividades realizadas por mujeres –con algunas excepciones– y ambas tareas se realizan en un mismo predio, evidenciando en la dinámica de trabajo, que se trata de sistemas productivos familiares donde la unidad doméstica se integra a la productiva de manera directa. Esta última característica es propia –entre otras– de un significativo sector agropecuario que desde organismos del Estado y sus políticas públicas se denomina como Agricultura Familiar (AF)².

Precisamente, asociada a un proceso de institucionalización en torno a la AF, la presencia estatal en el Valle de Amblayo, se registra con mayor intensidad desde comienzos de la década del 2000. La experiencia de organismos ocupados de implementar estrategias de desarrollo rural en este territorio –como el ex Instituto

¹ Estación Experimental Salta (EEAS) del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).

² En el Programa Nacional de Investigación y Desarrollo Tecnológico para la Pequeña Agricultura Familiar de INTA (PNPAF-2005) se define la AF como un “tipo de producción donde la unidad doméstica y la unidad productiva están físicamente integradas, la agricultura es un recurso significativo en la estrategia de vida de la familia, la cual aporta la fracción predominante de la fuerza de trabajo utilizada en la explotación, y la producción se dirige tanto al autoconsumo como al mercado” (Cittadini et al, 2005, p.6).

Nacional de Agricultura Familiar, Campesina e Indígena (INAFCI)³ y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA)–, fue poniendo en evidencia la necesidad, no sólo de comprender las particularidades y lógicas de la principal actividad productiva de la zona, sino también de las personas quienes efectiva y preponderantemente la realizan.

Este proceso implicó para el equipo técnico, intentar romper con la mirada antropocéntrica e incorporar reflexiones y aproximaciones en torno a la perspectiva de género e interseccional. Y es desde esta conciencia que se hace necesario, plantear cualquier accionar que se pretenda en el territorio y en relación con las personas y grupos protagonistas de la actividad. Desde una simple convocatoria a participar de un taller, pasando por el modo de dirigirse a quien efectivamente toma decisiones sobre la producción y, particularmente, al momento de plantear innovaciones tecnológicas que modifiquen sustancialmente una actividad que se sostiene históricamente sobre la base de saberes y prácticas tradicionales. Porque es desde el saber hacer y de la práctica cotidiana de las mujeres elaboradoras que esta actividad persiste y se constituye en el principal sostén de las familias locales, en términos biológicos, sociales y simbólicos. Es a través de la línea materna que se transmite y conserva el saber hacer. Es la “mano” de cada quesera, la que brinda la heterogeneidad de sabores, característica que la comunidad de Amblayo defiende y que no se negocia al momento de incorporar innovaciones.

Por lo tanto, y dado el significativo papel de las mujeres en la persistencia de estas producciones, resulta fundamental poner en juego en el análisis, aquellos aspectos más invisibilizados y asociados a ámbitos “feminizados”; así como el doble rol que desempeñan las mujeres, en el trabajo productivo y en el doméstico. Desconocer estos aspectos puede derivar en un intervencionismo que ponga en riesgo la sostenibilidad no sólo de los sistemas productivos y recursos locales, sino de toda la comunidad de Amblayo.

³ Disuelto en el año 2025 por decreto presidencial N°462/2025.

Valle de Amblayo y la producción de quesos artesanales de cabra

El Valle de Amblayo es una zona árida de altura que se encuentra a 2.290 msnm en el corazón del Valle Calchaquí⁴ de la Provincia de Salta (Departamento San Carlos). Se estima que habitan más de cien familias, algunas dispersas en parajes como Isonza, Río Salado y La Junta, y otras emplazadas en el pueblo de Amblayo. Por las características geográficas y las dificultades que implica su acceso, este territorio presenta aún cierto aislamiento y una independencia relativa de los procesos más recientes derivados del avance del capital en otras áreas del Valle Calchaquí⁵.

Las/os actuales habitantes de esta zona provienen en gran parte de la etnia Diaguita Calchaquí, quienes desarrollaron innumerables prácticas, muchas de las cuales perduran en la actualidad, como agricultura en terrazas, construcción de canales y acequias para riego, cría de ganado de altura. Durante la colonia los españoles se apropiaron de la tierra, enajenando pueblos enteros, obligándolos a trabajar para ellos a través de la institución de la Encomienda. Luego, hasta que entró en vigencia la primera Constitución Nacional (1853), las viejas haciendas encomenderas se fueron transformando en fincas, manteniéndose aún en la actualidad la relación asimétrica entre la familia dueña de la finca y aquellas que arriendan (Pais, 2010). Actualmente, en la zona, el latifundio se combina con el minifundio, y las relaciones sociales tradicionales de dependencia de la figura de peón rural respecto del latifundista, se mezclan muchas veces con relaciones salariales o arrendatarias. Es decir, las complejidades y desigualdades presentes en

⁴ El Valle Calchaquí de Salta, consiste en un sistema de valles y montañas que se extiende de Norte a Sur por la región centro de la provincia, comprendiendo los departamentos de Cachi, Molinos, San Carlos y Cafayate. En términos agroecológicos esta zona se identifica como los valles semiáridos salteños, situados a una altura promedio de entre 2400 y 3500 msnm. El promedio de precipitaciones es muy bajo (155 mm/año), y se concentra entre los meses de diciembre a marzo. Su vegetación natural es arbustiva, asociada con cardonales. Más de la mitad de la población, en esta zona, se encuentra en poblados de menos de dos mil habitantes y el 66% de esa población rural en forma dispersa. No obstante, teniendo en cuenta los datos censales, se observa un significativo crecimiento de la población urbana (Pais, 2010).

⁵ En las últimas décadas gran parte del Valle Calchaquí viene atravesando significativos cambios asociados a la irrupción de emprendimientos empresariales (vitivinícolas), actividad turística, urbanización, dinamizando la economía local con fuerte impacto en el mercado de tierra (Pais, 2010).

las relaciones y prácticas sociales actuales, remontan y se asocian a los procesos de transformación territorial, basados en una dominación colonial, capitalista y patriarcal.

Entre las principales actividades productivas de las familias que habitan Amblayo, predomina la ganadería extensiva de tipo pastoril, que consiste en cría de caprinos, ovinos y vacunos en menor importancia. Dentro del componente pecuario, la actividad caprina ha sido históricamente un importante rubro llevado adelante por el sector campesino en la zona, y la elaboración de quesos, un producto que le confiere amplio reconocimiento, constituyendo la principal fuente de ingreso de origen predial de las familias que allí habitan. En el Valle de Amblayo prácticamente la totalidad de las familias tiene existencias caprinas, el 90% produce y vende quesos artesanales elaborados a partir de leche de cabra (Chavez y Alcoba, 2018).

La producción de quesos en esta zona se realiza en unidades de producción familiar, las cuales, como se mencionó antes, están ubicadas en un territorio muy aislado y de escasa infraestructura. Los sistemas se caracterizan por su baja productividad y estacionalidad, dificultades de acceso a los recursos productivos y fragilidad de la base ambiental. Como contraparte, las características del clima, la vegetación, el genotipo animal y las formas tradicionales de elaboración, le imprimen al queso de cabra características exclusivas de esta región, y que lo hacen muy reconocido y demandado por sus consumidores -locales y extra locales-.

Figura 1

Ingreso al Valle de Amblayo



Nota. Pablo Garzón (2021).

Figura 2

Ingreso al Valle de Amblayo



Nota. Pablo Garzón (2021).

Los denominados “quesos de Amblayo”, de esta manera, además de representar la principal fuente de sustento económico, constituye una expresión cultural e identitaria para las/os pobladoras/s del lugar. El territorio como espacio apropiado (Giménez, 2005), se plasma así en su sociedad y en sus producciones; lo llevan consigo.

Interseccionalidad: mujeres agricultoras familiares

El territorio no es neutro, es el espacio donde se dan relaciones de poder y dominación (Giménez, 2005) signadas por lógicas capitalistas y patriarcales, y en ese sentido, en él se configuran desigualdades sociales. Alicia Lindón (2012) plantea que es en las prácticas cotidianas donde se puede encontrar pistas sobre estos aspectos, pues es en la cotidianidad donde se configura lo social.

En estos territorios excluidos, limitados en recursos energéticos, naturales y económicos, prima un referente patriarcal, donde las mujeres quedan en desigualdad y más todavía si se articulan al género, otros aspectos como la clase, etnia y edad (Cruz Hernández, 2016). Sobre esta base, existen algunos aspectos fundamentales para tener en cuenta al momento de abordar desde organismos de Desarrollo Rural a la producción artesanal de quesos de leche de cabra, que pese a las condiciones en que se realiza, persiste históricamente. El abordaje reclama tener presente que está sostenida principalmente por mujeres, quienes, además, son mujeres atravesadas por características y problemáticas de un sector rural subordinado: la Agricultura Familiar (AF).

Estas mujeres agricultoras, se encuentran inmersas en relaciones desiguales de poder en un sistema capitalista y patriarcal; el cual, a su vez recrean, a partir de su significativo rol en términos económicos dentro de los sistemas domésticos. Si bien en las familias se da una dinámica donde los distintos miembros ocupan diferentes roles y funciones, tanto a nivel predial como extra predial, son ellas quienes sostienen de manera fundamental la principal actividad de la comunidad, teniendo en cuenta que se encargan mayoritariamente tanto del cuidado de las majadas como de la elaboración de quesos. Luego, y asociado a este tipo de sistemas familiares, la unidad doméstica se integra a la productiva de manera directa. La rutina diaria de la elaboradora incluye ordeño a corral y posterior elaboración del queso en la cocina de la casa ubicada en el predio. En general no se acopia la leche ni se la pasteuriza, porque además no se cuenta en la zona con las condiciones necesarias para hacer estas prácticas, como luz eléctrica, en la mayoría de los casos (Chavez y Alcoba, 2018).

Al integrarse espacialmente la unidad doméstica con la productiva, ambas esferas se condicionan de manera directa: el corral donde la productora ordeña las cabras se encuentra a pocos metros de la cocina de la casa, donde luego elabora el queso.

Figura 3

Productora en el proceso de ordeño



Nota. Ana Müller (2019).

Esta actividad se realiza entre otras tareas cotidianas que tienen que ver tanto con lo productivo –cuidado de las cabras, huerta, gallinas, etc.– como con lo doméstico–alimentación y cuidado de los hijos, actividades éstas últimas no remuneradas, pero fundamentales para la reproducción social. El trabajo incluye tanto el necesario para la reproducción humana (y de la fuerza de trabajo), como al conjunto de atenciones y cuidados necesarios para el sostenimiento de la vida y la supervivencia humana. En el mundo rural, tanto la división tradicional por género del trabajo familiar como la doble jornada de las mujeres fundamenta, muchas veces, la continuidad de las unidades socioeconómicas. Realidades ambas, además, pocas veces problematizadas, e incluso naturalizadas desde los organismos del Estado.

Según De Arce y Pérez Gañán (2019), la concepción de la familia se entrelaza con esa estructuración de los espacios sociales que remiten a la tradicional división sexual del trabajo: el mundo del trabajo y el mundo de la casa. Para las autoras citadas, particularmente en la configuración del trabajo regional norteño, la participación de las familias es fundamental: las asignaciones de tareas en la organización jerárquica de los hogares están relacionadas con el ciclo de vida familiar, es decir, con las etapas que atraviesa la familia desde su constitución a su disolución y con el ciclo agrícola, que establece pautas de distribución de trabajo y recursos, de cooperación y solidaridad. La articulación del ciclo agrícola con la vida cotidiana en las explotaciones familiares contribuye a visibilizar la importancia del cuidado para estas economías de la región.

Figura 4

Productora en el proceso de elaboración del queso



Nota. Nicolás López (2019).

Figura 5

Productora en el proceso de elaboración del queso



Nota. Nicolás López (2019).

Al respecto se advierten procesos en los que se diluye la dualidad productiva/reproductiva para mirar la reproducción social como un complejo proceso de tareas, trabajos y energías cuyo objetivo es la reproducción biológica y la de la fuerza de trabajo. Incluye también las prácticas sociales y los trabajos de cuidados, la socialización y la satisfacción de las necesidades humanas, los procesos de relaciones sociales que tienen que ver con el mantenimiento de las comunidades, considerando servicios públicos de sanidad, educación y transferencias que reducen el riesgo de vida (Carrasco Bengoa, 2017).

Otro aspecto para considerar en la sostenibilidad del entramado productivo de la AF tiene que ver con el planteo de que

la producción familiar como orden moral implica que la tierra, el trabajo y la familia [...] se conciben en términos no-mercantiles. Dicha configuración cultural resulta compatible con diferentes arreglos a nivel de la organización económica de las explotaciones. (Schiavoni, 2001, p. 448)

En esta ordenación de las unidades productivas y domésticas, también entran en juego las diferencias en cuanto al acceso y control de los recursos (tierra, tecnología, ingresos), los distintos tipos de habilidades y conocimientos, las construcciones culturales que asignan ciertas labores (De Arce y Pérez Gañán, 2019), según género, clase, grupo social.

A lo anterior se agrega que ese orden está mediado por la acción del Estado, ejercida a través de la política (Schiavoni, 2001). La principal actividad económica, realizada por mujeres y sostén de numerosas familias, es considerada por el Estado como informal/irregular, dado que ciertas prácticas artesanales y condiciones de elaboración no cumplen con los requerimientos que exige la normativa para producir y comercializar de manera formal. Al respecto, el Estado –como articulador de las relaciones sociales–, condiciona y entra en diálogo –o en contradicción– con el conjunto de procesos biológicos, demográficos, sociales, económicos y culturales, que hacen a la persistencia de la actividad quesera y de toda la comunidad de Amblayo.

El Estado en diálogo y contradicción con el sistema productivo familiar

Las instituciones de Desarrollo Rural y su personal técnico, como agentes del Estado, van construyendo a los sujetos y territorios destinatarios de sus políticas, mediante acciones, dispositivos y repertorios de prácticas; reconfigurando en ese marco, la vida de los habitantes de diferentes maneras y redefiniendo las reglas de uso del territorio (Villagrán et al, 2019).

En el Valle de Amblayo, la presencia del Estado se registra con mayor fuerza desde comienzos de la década del 2000, como paliativo a los impactos de las políticas

de corte neoliberal y el ajuste macroeconómico de los 90s que deterioró aceleradamente la situación socioeconómica de la pequeña producción agropecuaria. Durante el período 2003-2014, la agenda política fue incorporando temas vinculados con la producción de tipo familiar y sus organizaciones, en el marco de las discusiones sobre el desarrollo rural de los territorios en Latinoamérica (Pérez y Díaz, 2019). Así es como a nivel nacional se creó cierta estructura institucional en torno al sector de la AF, materializada en la creación de organismos estatales y políticas específicas.

No obstante, estas políticas deben ser comprendidas en el contexto estructural planteado por los gobiernos y sus objetivos sobre el agro y los sectores más vulnerables. En las últimas décadas y más allá de los distintos modelos de acumulación, el desarrollo del sector rural en Argentina ha profundizado la fragmentación social (Pérez y Díaz, 2019). Siguiendo a estos autores, en el ámbito rural el Estado, a la vez que interviene a favor de sostener la posibilidad de reproducción de la AF -materializada en su institucionalización-, garantiza la perduración de un sistema (capitalista y patriarcal) a partir de sus políticas troncales que terminan subordinando la producción familiar a la lógica del agronegocio. De esta forma, es en tensión con las narrativas hegemónicas y dispositivos de gobierno, que se reconstituyen los actuales sentidos de la identificación rural o campesina, desde un proceso constante de construcción de subjetividades y la generación de formas organizativas propias (Villagrán et al., 2019). Tensiones que a su vez atraviesan al propio Estado e interpelan a los organismos encargados de implementar sus políticas y a las personas que los componen.

Sobre esta base y en pos de ejecutar políticas y estrategias de desarrollo rural, diversas instituciones -como el INAFCI, el INTA, el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), el Gobierno de la Provincia de Salta-, fueron teniendo presencia en el territorio de Amblayo, si bien de manera decreciente luego del 2020. Entre numerosas acciones, se focalizó en el desarrollo e implementación de tecnologías para mejorar la etapa de producción primaria y la elaboración del queso de cabra, apuntando a asegurar la inocuidad y ajustar la práctica artesanal al marco legal vigente para comercializar de manera formal, según las exigencias del Código

Alimentario Argentino (CAA) Capítulo VIII y las normas de comercialización de alimentos lácteos.

Esta normativa que regula los alimentos a nivel nacional ha sido históricamente planteada para emprendimientos industriales y trabajos masculinizados; y en el caso de los lácteos, pensada para lechería bovina pampeana. Estas condiciones limitan el acceso a ciertos estándares por parte de familias productoras caprinas, dejando fuera a quienes no puedan o no quieran producir desde esas lógicas y escalas, generando así desigualdades y su exclusión de muchos mercados. Ciertos requerimientos que exige la normativa para comercializar de manera formal, como la pasteurización de la leche cruda, no concuerdan con algunas prácticas artesanales y tradicionales de elaboración. Desconocen las condiciones de producción de la AF en estos territorios y sus posibilidades –y mucho más de las mujeres elaboradoras–, implicando entre otras cosas, que quienes produzcan deban contar con salas para la elaboración de quesos –en general diseñadas para la industria y su equipamiento, pensado para hombres de mayor talla que la estándar local– y habilitadas según reglamentaciones del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA) y de las Áreas de Bromatología provinciales y municipales para el traslado de los productos fuera de la provincia (tránsito federal).

En ese contexto, la principal presión para la actividad productiva del Valle de Amblayo más preponderante, viene dada por los requisitos que exige el CAA y las normas de comercialización de alimentos lácteos, lo cual resulta una preocupación tanto para las elaboradoras y sus familias como para los distintos organismos e instituciones que trabajan en el desarrollo del territorio. Así es como equipos técnicos de la entonces Secretaría de Agricultura Familiar (SAF) de Salta y grupos de investigación del INTA, entre otras instituciones, fueron implementando acciones de desarrollo, adaptación y difusión de diversas tecnologías no sólo para mejorar la productividad caprina lechera y asegurar la inocuidad de los productos, sino también para acercar el marco legal vigente a la elaboración artesanal de quesos.

Diseño e implementación de dos modelos de salas queseras en el Valle de Amblayo

La exigencia de contar con establecimientos para la elaboración de quesos habilitados conlleva cambios tecnológicos significativos para un sistema familiar de

producción de queso caprino tradicional y artesanal, dadas las características de los territorios y de las personas que lo llevan a cabo. En este sentido, hacia el año 2009 en Amblayo se iniciaron dos procesos de diseño e instalación de salas queseras, con dos modalidades diferentes de intervención y desarrollo tecnológico.

Por un lado, la instalación en territorio de una planta elaboradora de quesos basada en infraestructura y lógica industrial-empresarial, bajo una Cooperativa organizada para tal fin, y que implicó una importante inversión de fondos por parte del Gobierno provincial y nacional. Por otro lado, y como resultado de un proceso en el que intervinieron tanto las elaboradoras de queso como el personal de las instituciones y programas nacionales de investigación y desarrollo, se logró el diseño e implementación paulatina de salas queseras familiares, de pequeña escala y en los propios predios, respetando la modalidad integrada de tambo-quesería de los sistemas familiares. Ambos procesos se dieron de manera contemporánea, pero se diferenciaron y tomaron caminos paralelos en cuanto a objetivos y personas e instituciones involucradas, con resultados también disímiles.

El proceso de diseño del establecimiento de mediana escala de la Cooperativa se centralizó en el técnico del gobierno provincial encargado de llevar adelante el proyecto. De esta etapa las/os productoras/es no participaron, mucho menos las elaboradoras queseras: *“No tienen los conocimientos para hacer aportes que sirvan (...) nunca se me pasó por la cabeza que hagan un aporte”* (Técnico del Gobierno Provincial, comunicación personal, 2019). Los quesos que elaboran en este espacio se obtienen de una única receta -que incluye la técnica de pasteurización- y que las tres elaboradoras de la Cooperativa capacitadas por el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) de Rafaela (Santa Fe) deben respetar para que salga un producto homogéneo -pese a que la variedad de sabores de los quesos de Amblayo representa un valor destacado por las familias locales-. Actualmente la fábrica cuenta con habilitación formal sanitaria y de producto. Sin embargo, la Cooperativa tiene muy pocos miembros activos, a quienes se les dificulta sostener la escala requerida de producción.

Los principales problemas se fueron dando cuando la lógica empresarial se contrapuso con las características y estrategias de los sistemas familiares predominantes y por las distancias que hay entre los distintos predios. Los

obstáculos se evidenciaban tanto en la producción primaria, al momento de cuidar y ordeñar las cabras, como en el acopio y transporte, tanto de la leche como de las elaboradoras desde sus casas hasta la fábrica. Esto conlleva a que, en las épocas de menor producción lechera, las pocas familias que componen la Cooperativa continúan realizando el queso de manera artesanal y en las cocinas de sus domicilios.

Figura 6

Fábrica Cooperativa.



Nota. Eliana López (2019).

Mientras, la incorporación de un lugar exclusivo en el mismo predio resulta una propuesta que viene haciendo una diferencia más positiva. Esta posibilidad se logró cuando hacia el año 2010 a partir de la conformación de la Mesa Regional Caprina integrada por diversas instituciones de Salta, Jujuy y Catamarca, equipos técnicos coincidieron en la toma de conciencia sobre la necesidad de un acercamiento recíproco entre las normativas que habilitan la comercialización de quesos y las prácticas de las elaboradoras de quesos. Una estrategia que apunta a la producción de quesos de cabra artesanal con las habilitaciones correspondientes, pero teniendo en cuenta las particularidades de la AF, tanto en escala como en identidad y contemplando las características geográficas. En ese marco, se pensaron modelos de salas queseras que permitan acercarse a la normativa vigente, asegurando la inocuidad de los productos y facilitando las tareas de las elaboradoras.

Salas queseras a escala familiar como espacio de aprendizaje institucional

El Valle de Amblayo fue el escenario donde se hicieron efectivos los prototipos diseñados por la Mesa Regional Caprina, teniendo en cuenta que la SAF venía realizando apoyo técnico a un grupo de productoras/es desde el año 2001, conformadas/os en un Centro Vecinal del paraje Río Salado. La idea de estas familias siempre fue vender el queso en mejores condiciones, pero sin perder la identidad del queso artesanal y la variedad de sabores: *“Con una única receta, se perdería la esencia de cada familia”* (Miembro de la Comisión Directiva del Centro Vecinal, comunicación personal, 2019). La demanda por parte de las mujeres elaboradoras era contar con un espacio exclusivo y cómodo para la producción de los quesos, que generalmente se realiza en la cocina de las viviendas. Esto además mejoraría la inocuidad de los productos, tan promovida por los equipos técnicos que trabajaban en el territorio. De manera que la implementación de las salas familiares diseñadas en la Mesa Regional Caprina tuvo una significativa aceptación por parte de las familias productoras para formar parte del proceso.

Realizar intervenciones en la forma de elaboración de quesos, implicó para los equipos técnicos, resignificar la propia concepción de la práctica artesanal campesina y los saberes locales. Se trató de encuentros sociales entre “mundos de conocimiento”, que pueden ser analizados bajo la noción de interfase (Long, 2007), muchas veces utilizada en estudios sobre intervención política en espacios rurales para indagar sobre el intercambio de conocimiento y poder generado entre profesionales técnicas/os y productoras/es. La noción de interfase interpela el ejercicio del poder del conocimiento en pocas manos, o en una élite académica o técnica. Se trata de ir más allá de la naturaleza del conocimiento técnico o del poder de la ciencia, para explorar cómo las ideas y las prácticas innovadoras y sustentables son apropiadas y asimiladas en específicas situaciones locales, generando múltiples contratendencias respecto al modelo imperante (Arce y Long, 2000).

Para los equipos técnicos, el proceso que comprendió el diseño e implementación de salas a escala familiar implicó cambiar la mirada y realizar un diseño propio que tuvo numerosas adaptaciones –y aun se sigue ajustando– en función de los recursos del lugar, así como de las necesidades particulares de las mujeres elaboradoras. La distribución de roles en la producción asociados al género,

así como la contextura física de las elaboradoras, influyen en los cambios del diseño original/estándar de una sala quesera y su equipamiento.

En primer lugar, y si bien la propuesta se hizo a partir de un modelo diseñado por un equipo técnico, para su instalación se contemplaron las condiciones y se realizaron adaptaciones para cada espacio y familia donde se iban a instalar. Con el tiempo y la experiencia tanto de técnicas/os como de productoras/es se fueron realizando mejoras, basadas en el reconocimiento de los saberes y experiencia de las elaboradoras por parte de los equipos técnicos: *“Ellas saben bien cuándo hacen bien un queso y cuándo no. Es dejar que ellas se acomoden al uso de la sala”* (Técnico de la ex SAF, comunicación personal, 2019). Como se mencionó, sucede además que muchas herramientas y equipamiento que se necesita para el funcionamiento de los establecimientos, está diseñado de manera estandarizada, generalmente para estaturas promedio del género masculino (mesadas altas, prensas grandes y pesadas, por ejemplo) y para gran escala. Esto también significó un paulatino reconocimiento de la necesidad de rediseñar los implementos, por lo que todavía existe un ida y vuelta con el personal técnico para adecuar los artefactos a las características de las usuarias.

Figura 7

Productora en su sala de elaboración



Nota. Ana Müller (2019).

Más allá de que hasta el momento no se logró ninguna habilitación formal para las salas de escala familiar, la instalación de estos espacios de trabajo, no sólo

aportan a la calidad del producto, sino que presentan un gran valor simbólico para las elaboradoras. Representan un logro que excede lo meramente productivo, siendo un aporte a su calidad de vida y valoración personal. Según menciona una de las queseras con mayor experiencia:

También es mejor higiene y más salud. No sólo para quien consume, sino para quien trabaja, le gané un montón de horas al día (...) horas del día que se ganan para otra cosa: para descansar, para tejer, para lo que sea. Ahora no tengo tantos dolores de espalda. (Elaboradora de Río Salado, comunicación personal, 2019)

Contar con un espacio de uso exclusivo, ayuda a poner en valor no sólo la producción quesera dentro de los mercados, sino también el rol de la maestra quesera en la dinámica familiar y comunitaria, el tiempo que les lleva la producción diaria y su saber hacer, entre otros aspectos.

Además, a partir del trabajo conjunto de la comunidad y los organismos del Estado, en Amblayo se fueron logrando diversas mejoras apuntando a la calidad de vida de las familias: “Ahora tener el calefón (solar), ayuda a tener el agua caliente para bañarte. Antes, teníamos que buscar leña para calentar el agua, prender el fuego y cargar el agua” (Elaboradora de Río Salado, comunicación personal, 2019). Se trata de logros casi imperceptibles y muy poco valorados por los modelos hegemónicos, pero muy significativos, especialmente para las mujeres, quienes desarrollan tareas fundamentales de manera silenciosa. “Pareciera que no es importante, que sólo va a ser importante en algún momento que se logre un éxito, pero en la realidad pasan un montón de cosas que son muy importantes”, afirma una productora, a lo cual agrega: “son cosas que en el medio del camino también están buenas y les dan valor a nuestras vidas” (Elaboradora de Río Salado, comunicación personal, 2019).

Todo lo expuesto pone de manifiesto la importancia de incorporar en los equipos técnicos constantes reflexiones y aproximaciones en torno a la perspectiva de género e interseccional, sobre cualquier accionar que se realice en el territorio. Investigaciones y proyectos orientados al desarrollo de tecnologías y propuestas de

desarrollo deben incluir la complejidad, no sólo de la diversidad productiva, sino también social y cultural; promoviendo en todo el proceso –desde el planteo del problema hasta la solución– un rol activo de sus protagonistas.

Reflexiones finales

Problematizar el rol de las mujeres en la persistencia y reproducción de sociedades, es una necesidad para los agentes del Estado que trabajan en los territorios. Desnaturalizar aquellos aspectos más invisibilizados y silenciados, tareas y ámbitos asignados a las mujeres; así como cuestionar el doble rol que desempeñan las mujeres, en el ámbito del trabajo productivo y en el doméstico, principalmente si se trata de lógicas y estrategias asociadas a la persistencia de la AF, es fundamental a la hora de realizar mejoras. También la necesidad de tomar conciencia de que cualquier innovación o intervención externa en estos sistemas productivos, resulta altamente sensible no sólo a factores técnicos, sino también ambientales, sociales, culturales y económicos. Y en ese sentido, el género aparece como una variable significativa a considerar, que atraviesa diferentes ámbitos y relaciones sociales y que no se puede soslayar.

La búsqueda e implementación de mejoras tecnológicas, así como el cuestionamiento de la inocuidad sobre estas producciones artesanales, plantea entonces la necesidad de innovar con proyectos acordes a los marcos identitarios, que conjuguen con las necesidades de las/os productoras/es, y que a la vez sean congruentes con las exigencias que la legalidad requiere. Este encuentro social entre mundos de conocimiento va más allá del conocimiento científico y tecnológico imperante, y es donde los diferentes actores encuentran lugares para gobernar su espacio de acción y generar contra tendencias. Resulta importante así, instar a que las mujeres protagonistas de las innovaciones tengan un rol preponderante y activo en todo el proceso, reconociendo sus saberes ancestrales y modos de hacer. Son mujeres cuyos conocimientos y prácticas persisten en el tiempo pero que a la vez se permiten incorporar novedades y negociar cambios tecnológicos que faciliten y mejoren su vida; si bien continúan desarrollando sus actividades en condiciones asimétricas y en un contexto difícil.

Por otro lado, cabe considerar los peligros del intervencionismo sin cuidado, que pone en riesgo los recursos naturales y los propios sistemas productivos. Implica la necesidad de tomar conciencia de que cualquier innovación o validación de mejoras tecnológicas en estos sistemas productivos, resulta altamente sensible a factores sociales-técnicos-económicos.

En este aspecto, se espera que vaya creciendo el número de investigadoras/es y técnicas/os en diferentes territorios que hagan consciente y expresen estas problemáticas y den cuenta de la necesidad de promover y mejorar las producciones familiares, considerando las características y los estándares de calidad locales. Preservando y asegurando la inocuidad, a la vez que contemplando la riqueza biológica y cultural, recuperando saberes y experiencias locales y ancestrales. Poniendo en valor la manera en que las comunidades rurales y las poblaciones originarias construyen la naturaleza y luchan contra el modelo hegemónico de producción.

Así mismo, es fundamental continuar con los acuerdos entre productoras/es y organismos para el cambio de normativa, reconociendo que se vienen realizando importantes avances en ese sentido, si bien hasta la fecha la deuda sigue pendiente para el queso artesanal fresco de cabra.

Las instituciones del Estado y sus agentes todavía tienen un largo camino para andar y desandar, principalmente en materia de perspectiva de género e interseccionalidad, como herramientas para el trabajo en y con la ruralidad y apostando a la generación de políticas públicas más inclusivas. Implica un ejercicio y vigilancia permanente; el reconocimiento de prejuicios y su modificación desde el diseño mismo de investigaciones, programas, planes de acción, en los territorios.

Referencias

- Arce, A., y Long, N. (2000). *Antropología, desarrollo y modernidades: Explorando el discurso, las contratendencias y la violencia*. Routledge.
- Carrasco Bengoa, C. (2017). La economía feminista: Un recorrido a través del concepto de reproducción. *Ekonomiaz: Revista vasca de Economía*, 91(1), 50-75. <https://doi.org/10.69810/ekz.1256>
- Chavez, M. F., y Alcoba, L. N. (2018). Estrategias de reproducción y composición de ingresos en familias campesinas de tres comunidades queseras de los Valles

- Calchaquíes de Salta. En G. Preda (Comp.), *Heterogeneidad social en el campo argentino* (pp. 61-74). Ediciones INTA. https://inta.gob.ar/sites/default/files/heterogeneidad_social-dig.pdf
- Cruz Hernández, D. T. (2016). Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos. *Solar, Revista de Filosofía Iberoamericana*, 12(1), 35-46.
- De Arce, A., y Pérez Gañán, R. (2019). Tiempos de producción y tiempos de sostenibilidad de la vida en el norte rural argentino a mediados del siglo XX. En A. de Arce y A. M. França (Comps.), *Género y ruralidades en el agro latinoamericano* (1a ed.). Fundación CICCUS.
- Giménez, G. (2005). Territorio e identidad: Breve introducción a la geografía cultural. *Trayectorias*, 7(17), 8-24.
- Cittadini, R., Catalano, J., Gomez, P., Catullo, J., Diaz, D., y Elverdin, J. (2005). Programa nacional de investigación y desarrollo tecnológico para la pequeña agricultura familiar, documento base. INTA.
- Lindón, A. (2012). Corporalidades, emociones y especialidades: Hacia un renovado *betweenness*. *RBSE: Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 11(33), 698-723.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: Una perspectiva centrada en el actor*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social; El Colegio de San Luis.
- Pais, A. (2010). Transformaciones en el espacio agrario: Viejas y nuevas estrategias de reproducción social en el campesinado de Cachi, Salta. En Manzanal y Villareal (Orgs.), *El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino* (pp. 155-173). Ediciones CICCUS.
- Pérez, A. E., y Díaz, J. R. (2019, 7-9 de agosto). La política pública y el desarrollo rural en Argentina (1990-2015). 4º Congreso de Ciencias Sociales Agrarias, Montevideo, Uruguay.
- Schiavoni, L. (2001). Economía del don y obligaciones familiares: Algo más sobre farmers y campesinos. *Desarrollo Económico*, 41(163), 445-466.
- Villagrán, A. (2019). Formación de estado y reconfiguraciones de poder en Salta entre mediados de siglo XX y el presente: Un estudio antropológico de procesos políticos centrado en momentos, casos y eventos [Proyecto PICT]. ICSOH, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta.

Trabajo, cuidado y sostenibilidad de la vida: una genealogía feminista de las transformaciones en el mundo rural bonaerense en clave de género

María Belén Tona¹

En las últimas décadas, el debate sobre el mundo rural ha transitado desde una mirada productivista hacia enfoques que se centran en la reproducción social y las tramas que sostienen la vida cotidiana. En este marco, la Economía Feminista se configura como una perspectiva clave para analizar la articulación entre procesos productivos y reproductivos y las desigualdades que los atraviesan, situando en el centro el trabajo de reproducción social (Carrasco, 2003; Pérez Orozco, 2014). En diálogo con los enfoques interseccionales (Crenshaw, 1989), esta perspectiva permite cuestionar las narrativas tradicionales del trabajo agrario, mientras que los debates sobre el trabajo no remunerado y la invisibilización de las mujeres resultan fundamentales para reconfigurar los estudios rurales desde una perspectiva de género (Rodríguez Enríquez, 2015).

En el siguiente capítulo me propongo avanzar en un abordaje interseccional a partir de los presupuestos de la Economía Feminista y del cuidado, la perspectiva de la sostenibilidad de la vida, de la concepción del trabajo agrario en clave de género mediante un análisis crítico de bibliografía especializada y del análisis de diversas fuentes de información, como por ejemplo audiovisuales, políticas públicas de los años 1950 a 1990, relatos que den cuenta de experiencias de mujeres rurales o narrativas situadas sobre su trabajo.

La propuesta se estructura en torno a los siguientes interrogantes: ¿Cómo se ha configurado históricamente el trabajo de las mujeres en el ámbito rural, de la provincia de Buenos Aires?, ¿Cómo se ha invisibilizado el rol de las mujeres bonaerenses en la reproducción social de la vida cotidiana desde la Economía Feminista²? ¿Qué transformaciones en las lógicas familiares de producción,

¹ Comisión de Investigaciones Científicas (CIC), Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR), Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).

² A partir de autoras como Pérez Orozco (2014) y Federici (2013), la reproducción social refiere al conjunto de prácticas y relaciones materiales, afectivas y simbólicas que garantizan la continuidad de la vida y los vínculos sociales. Desde la economía feminista, este concepto permite visibilizar el

infraestructura estatal, despoblamiento rural impulsado por la mecanización agrícola, concentración de la tierra han atravesado las dinámicas de cuidado en los espacios rurales desde 1960 hasta finales del siglo XX? ¿Qué estrategias desarrollan las mujeres para sostener la vida frente a la modernización tecnológica, desplazamiento del trabajo familiar, migraciones, agronegocio, por ejemplo? Estas preguntas se orientan a articular una perspectiva que converja el análisis histórico con la problematización del trabajo y del cuidado. Se parte del supuesto de que el trabajo femenino en los espacios rurales ha sido invisibilizado. Sin embargo, traer estas experiencias y narrativas situadas sobre el trabajo en el campo bonaerense, resulta ser una posibilidad para construir y pensar otras realidades o concepciones en estos espacios que se basen en la cooperación, redes y la sostenibilidad de la vida como elementos constructivos de las transformaciones del mundo rural bonaerense.

En suma, este capítulo se propone contribuir a una lectura situada del trabajo y los cuidados en el ámbito rural bonaerense articulando a las experiencias y narrativas de las mujeres rurales más allá del modelo patriarcal/masculina dominante. Reconocer su participación en la reproducción social y en la sostenibilidad de la vida implica no solo ampliar las fronteras del análisis en términos económicos, sino también repensar las bases mismas sobre las que se construye el valor del trabajo y la organización social de la vida en los espacios rurales de la provincia de Buenos Aires.

Interseccionalidad y ruralidad en clave de género

La categoría de género es importante para analizar y describir la condición de subordinación histórica de las mujeres y la desigualdad existente entre ellas y los varones (de Barbieri, 1993). A partir de diversas contribuciones, se pueden repensar las desigualdades sociales y sobre todo en clave de género en los espacios rurales. Jelín (2021) argumenta que a partir de diversas categorías o dimensiones como

carácter estructural del trabajo doméstico, de cuidados y comunitario, así como su articulación con las dinámicas agrarias y territoriales. En los espacios rurales bonaerenses, se expresa en la organización del trabajo familiar y las estrategias de subsistencia, evidenciando cómo las desigualdades de género, clase y territorio configuran el sostenimiento de la vida.

género, clase o etnia se pueden hacer visibles las desigualdades, sobre todo en espacios donde las tareas y experiencias femeninas son invisibilizadas (Jelín, 2021, p. 158). La categoría de género atraviesa todas las clases sociales y todas las comunidades más allá de su localización. En el análisis social contemporáneo, el aspecto multidimensional de las diferencias y de las categorizaciones de aborda a través de la noción de “interseccionalidad”, derivada de las perspectivas feministas relacionadas con la ubicación de las asimetrías de género (Jelín, 2021, p. 159; Crenshaw, 1989).

Una de las autoras pioneras en la definición de la categoría de género es Joan Scott (2003). Ella propone al género como una categoría analítica, es decir, un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos, así como también de una forma primaria de relaciones significantes de poder. Scott (2003) plantea que los sistemas de género estructuran las relaciones sociales en cada tiempo, espacio y, además, establecen sistemas binarios donde se opone lo masculino a lo femenino en un plano jerárquico y, por lo tanto, de subordinación (Scott, 2003, p. 50).

En esa línea, a partir de lo expuesto anteriormente, los estudios de género han marcado la necesidad de analizar la configuración histórico social de la división de espacios sociales, trabajos, roles desempeñados por las mujeres y los varones (Barbieri, 2008). Así, el concepto de género se convierte en una herramienta de análisis con perspectiva histórica y resulta fundamental para estudiar las relaciones de desigualdad y subordinación entre varones y mujeres en el territorio rural. Este permite visualizar las relaciones de poder existentes entre varones y mujeres y las inequidades resultantes. Estas desigualdades se hacen visibles principalmente en el acceso y control diferenciado de los recursos materiales y simbólicos. Esto define una estructura y organización social que es valorativa y jerarquizante, con relaciones de dominación, donde lo masculino subordina a lo femenino y resulta en privilegios para los varones (Biaggi, Canevari y Tasso, 2007, p. 21).

Retomando el concepto de interseccionalidad³, éste según Gebruers (2020) ha sido una gran contribución en los estudios de género ya que intenta promover

³ Crenshaw (1989) utiliza la metáfora de cruces de caminos para describir la manera en que la discriminación racial y la discriminación de género se refuerzan la una a la otra. La autora ofrece un

formas más efectivas de abordar las diversas y complejas formas de desigualdad que viven las mujeres. La idea de interseccionalidad tuvo diversas recepciones. Por un lado, se consideró que las raíces de este enfoque crítico se remontan al feminismo negro y a su tradición política y por otro, no pertenece a las mujeres negras ya que ellas tienen una larga tradición de alianzas heterogéneas con mujeres chicanas, latinas, indígenas y asiática-americanas (Gebruers, 2020, p. 57).

En su escrito Crenshaw (1989) advierte y menciona cómo la raza, género y clase afectan a las mujeres negras de Estados Unidos para dar cuenta de la subordinación y exclusión que padecen. Por lo tanto, si se la traslada al espacio rural, esta noción permite comprender cómo las mujeres y trabajadoras rurales enfrentan condiciones de exclusión a lo largo de sus vidas: la vulnerabilidad (económica, socio-territorial, etc.) y subordinación que padecen.

De esta forma, en Argentina, a través de diversos estudios⁴ como los de Giarracca (1990, 2001), de Arce (2009, 2016), Stolen, (2004), Biaggi, Canevari y Tasso, (2007) y Trpin y Diez (2024) se puede evidenciar cómo el trabajo femenino en el agro ha sido desvalorizado, oculto y considerado como “ayuda”. Además, estas autoras dan cuenta de la “doble presencia” de las mujeres en sus explotaciones y de las múltiples tareas que realizan no sólo en sus hogares o sobre los cuidados, sostenibilidad de la vida sino también productivas, cuidando animales o en la huerta.

Giro hacia la Economía Feminista: la sostenibilidad de la vida y el trabajo rural en clave de género

La economía feminista surge como una crítica hacia la naturalización del trabajo productivo y reproductivo, la invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados que realizan las mujeres (Carrasco, 2007). Sostiene Esquivel (2016) que esta teoría busca visibilizar las desigualdades de género que existen en las políticas

marco para analizar cómo las desigualdades de género se entrelazan con otras estructuras de poder, como la clase, la raza y el territorio.

⁴ Esta es una selección de trabajos. Sin embargo, también priman enfoques interdisciplinarios como los de de Arce (2011); Mingo (2011; 2016); Logiovine y Bianqui (2024); Haugg (2015).

económicas ya que incorpora al estudio del mercado, el análisis del trabajo que llevan adelante las mujeres para la reproducción de la vida.

Según Medá (2007) el trabajo es el fundamento del orden social y determina el lugar de los individuos en la sociedad ya que es el principal medio de subsistencia y ocupa una parte esencial de la vida de los individuos. El trabajo es lo que produce riqueza, es decir, la actividad que aumenta la producción general de la sociedad. Sin embargo, para Medá (2007), menciona que hay un riesgo en mencionar a todas las actividades trabajo, es decir, que éstas se conciben desde una lógica productiva, económica y mercantil ya que el signo de la participación a la producción es la contraparte monetaria. De modo que, si el trabajo doméstico es un trabajo y aumenta la producción nacional, entonces se pregunta la autora, ¿no habría que remunerarlo, inscribirlo en la contraparte monetaria? (Medá, 2007, p. 11). De esta manera, se amplía la noción de trabajo, incluyendo actividades domésticas y de cuidados que, a pesar de ser esenciales para reproducir y sostener el sistema social y la vida de las personas, no son consideradas dentro de la categoría trabajo y se realizan sin una remuneración a cambio.

A nivel de lo político, la economía feminista se replantea que el conflicto a resolver no es entre el capital y el trabajo, sino que es entre capital y vida, apostando por el segundo término. De esta corriente, se desprenden conceptos claves para el estudio de la subordinación entre varones y mujeres en los espacios rurales como la división sexual del trabajo, la participación laboral de las mujeres, la economía del cuidado y la organización social del cuidado, categorías que retoman Trpin y Diez (2024) en su capítulo “Alimentos, tramas y cuidados desde los espacios rurales: aproximaciones teóricas desde los territorios”.

Desde esta perspectiva, el trabajo de cuidados (entendido en un sentido amplio, pero en este caso focalizado principalmente en el trabajo de cuidado no remunerado que se realiza en el interior de los hogares) cumple una función esencial en las economías capitalistas: la reproducción de la fuerza de trabajo (Rodríguez Enríquez, 2015, p.7). Entonces, las tareas de cuidado de la vida implican una temporalidad difícil de traducir en variables mercantiles, por ende, el vínculo interpersonal constituye un asunto elemental en su ejecución. Brindar afecto y seguridad, hacer de comer, vestir, curar y acompañar la educación son actividades

cuya efectividad depende de quién y de las maneras en que se realicen. Por tanto, resulta complejo encontrar sustitutos para todas las tareas que se vinculan al cuidado. De esta forma, los tiempos de la reproducción que conllevan a las tareas de cuidado son necesarios, vividos, donados y difícilmente pueden ser cuantificables, es decir, no podemos medir cuánto tiempo ceden las mujeres para realizar estas tareas ya que, en nuestras sociedades, son ellas las que realizan estas labores debido a la vigencia y reproducción no crítica de la división sexual del trabajo (Pessolano y Linardelli, 2025, p. 4).

Sumado al análisis, Diana Haugg (2021) en el capítulo “Trabajos productivos, domésticos y de cuidados en los yerbales” menciona que el trabajo resulta de recibir remuneración directa por bienes y servicios, sin embargo, no se reconoce las labores que se desempeñan en el ámbito doméstico y de cuidado. Estos aspectos, permiten remarcar las limitaciones para analizar los procesos organizativos del trabajo asalariado sin considerar su relación con los trabajos domésticos o reproductivos (Haugg, 2021, pp. 70-71). Haugg (2021) argumenta que, en los yerbales de Misiones, las mujeres han participado históricamente en la esfera productiva. Sin embargo, al examinar los procesos organizativos en la *tarefa* que se desarrollan en un ambiente masculinizado en el cuál las trabajadoras de yerba mate realizan varias labores que superponen: el trabajo productivo, doméstico y de cuidados, es decir, cuidar mientras se cosecha por ejemplo (2021, pp. 72- 73).

Así, las relaciones de género, son determinantes y relevantes a la hora de explicar la concentración de las mujeres en las actividades de cuidado y su consecuente menor y peor participación en el mercado laboral, especialmente en los espacios rurales argentinos, con características regionales propias. Aquí, como se mencionó a partir de la división sexual del trabajo se observa cómo se distribuyen los tiempos y las tareas que realizan varones y mujeres y puede reflexionarse acerca de la organización de las tareas de cuidado.

Según la bibliografía especializada, el trabajo doméstico y de cuidado guardan similitudes, sin embargo, no son lo mismo, ya que la categoría de cuidado incorpora el análisis de las tareas realizadas, el carácter relacional, afectivo y emocional que estas labores requieren (Lemmi y Muscio, 2023, pp. 330-331).

La articulación entre Economía feminista e interseccionalidad permite concebir al trabajo rural desde una mirada que trascienda las categorías clásicas de producción y empleo. En este sentido, la sostenibilidad de la vida resulta fundamental para comprender las estrategias cotidianas que las mujeres desarrollan para sostener la vida en contextos de crisis y transformación agraria (Pérez Orozco, 2014). Dichas estrategias no se reducen al ámbito doméstico, sino que incluyen prácticas colectivas, comunitarias y territoriales que garantizan el bienestar y reproducción en espacios rurales. Entonces, la sostenibilidad de la vida permite poner de manifiesto los intereses prioritarios de una sociedad, recuperar todos los procesos de trabajo, nombrar a quiénes asumen la responsabilidad del cuidado de la vida, estudiar las relaciones de género y de poder y, en consecuencia, analizar cómo se estructuran los tiempos de trabajo y de vida de los distintos sectores de la población (Carrasco, 2003).

Desde los estudios rurales feministas, se ha destacado que las mujeres desempeñan un papel central en la sostenibilidad de la vida y la organización del trabajo (Díaz y Gradín, 2020). En la provincia de Buenos Aires, estas prácticas se entrelazan con procesos de modernización tecnológica y expansión del agronegocio que reconfiguran las relaciones de trabajo, territorio y vida cotidiana (Balsa, 2006; Barsky y Gelman, 2009). En este sentido, abordar el trabajo agrario en clave de género e interseccional implica reconocer que la sostenibilidad de la vida no se sustenta sólo a través del mercado o del Estado sino también, mediante redes que las propias mujeres rurales construyen en los márgenes del sistema productivo formal y así, dar cuenta del lugar y de la importancia de las mujeres en la economía rural (Carrasco, 2003).

El agro bonaerense en el período de 1960-1970: trabajo rural femenino y transformaciones productivas

A mediados del siglo XX, la estructura agraria de la provincia de Buenos Aires se caracteriza por un modelo predominantemente familiar, con pequeños y medianos productores que combinan la producción agrícola ganadera con formas de abastecimiento doméstico (Lopez Castro, 2011, Balsa, 2006). Durante este período, la expansión de la mecanización agrícola y el desarrollo de nuevas tecnologías

comenzaron a transformar las relaciones laborales en el campo bonaerense, la estructura agraria y la propiedad de la tierra (Balsa, 2006) coincide con el surgimiento del Instituto de Tecnología Agropecuaria (INTA) en el año 1956. Sus motivaciones están en consonancia con las ideas de tecnificación, mecanización y aumento de la productividad en el agro promovidas desde la CEPAL y el IICA (Mecozzi, 2022).

La introducción de maquinaria agrícola redujo la demanda de mano de obra familiar, desplazando a los miembros hacia otras actividades (Lopez Castro, 2011). De esta forma, estas transformaciones afectan las condiciones de vida y de trabajo de los/as habitantes rurales del interior de la provincia de Buenos Aires. Balsa (2006) –retomando a Barsky y Pucciarelli (1991)– señala la presencia de dos tendencias contrapuestas: el éxodo hacia la ciudad y acceso a la propiedad de la tierra por parte de ex arrendatarios. Por lo tanto, miles de pequeños arrendatarios y aparceros fueron expulsados o que, debido a sus duras condiciones económicas y sociales, prefirieron migrar hacia las grandes ciudades. La persistencia de la producción familiar frente al avance del capitalismo en el agro conlleva procesos de diferenciación interna que resultan en niveles crecientes de heterogeneidad, pero no en la desaparición de estos sujetos (Muzlera, 2013, p. 40).

Así, dentro del conjunto de los productores familiares coexisten capas que aumentan su escala productiva e intensifican la capitalización, con otras que persisten en condiciones de creciente fragilidad. Entonces, se observa cómo se complejiza la construcción de sistemas de estratificación social en el agro. Por otro lado, miles de pequeños arrendatarios y aparceros que fueron expulsados o que, debido a sus duras condiciones económicas y sociales, prefirieron migrar hacia las grandes ciudades. El abandono/expulsión de arrendatarios y aparceros se relaciona con otro fenómeno que puede ser visualizado a partir de los datos censales: la concentración de la estructura productiva. En resumen, el proceso de mecanización del agro entre las décadas de 1950-1960, refuerza el carácter familiar de las unidades al incorporar maquinarias, que permitieron trabajar extensiones cada vez más grandes sin tener que incrementar el número de trabajadores. Sin embargo, el avance de la tecnología produjo la reducción de las posibilidades de empleo de los miembros de la familia y además, las explotaciones de menor extensión tuvieron

problemas para afrontar los gastos que surgían de las necesidades del consumo familiar (Balsa y López Castro, 2011, p. 63).

En este sentido, las mujeres rurales desempeñan múltiples tareas. Son aquellas que se encargan de las tareas en el campo, gestionan el hogar, el cuidado de sus familias y de la producción de alimentos para el consumo interno (Stolen, 2004, de Arce, 2009, Biaggi, Canevari y Tasso 2007). El trabajo reproductivo de las mujeres rurales tiene características específicas que lo diferencia del que realizan las mujeres urbanas. Por lo general, transcurre en el mismo espacio físico donde se lleva adelante el trabajo productivo o las actividades generadoras de ingreso del predio rural. La asignación exclusiva de las labores domésticas, la crianza y cuidado de los hijos a las mujeres es una de las fuentes principales de la inequidad en las relaciones de género, especialmente en los espacios rurales (Biaggi, Canevari y Tasso 2007, p. 23, de Arce, 2009; 2016). De esta manera, las mujeres quedan subsumidas a las actividades propias del hogar y la familia ya que estos espacios son interpretados como sus espacios de dominio y deber. Sus tareas cotidianas son comprendidas como “colaboración” y su trabajo es invisibilizado en el del grupo doméstico. Las mujeres son las responsables de la alimentación, la educación de los niños y niñas, tanto como de sus deberes como esposas, labores que son propias de su condición de género (de Arce, 2009, p. 75).

En consecuencia, las mujeres son asignadas a realizar ciertas labores (tanto en los espacios rurales como urbanos) tanto por su condición de ser mujeres como por las condiciones sociohistóricas que se estructuran alrededor de ellas. La división sexual del trabajo constituye la expresión de las relaciones de género en el mundo del trabajo, principalmente la diferenciación binaria de los espacios de vida, es decir, el ámbito laboral y el familiar (Linardelli, Pessolano y Rodríguez Agüero, 2021, p. 16). De este modo, las mujeres dedican varias horas de sus días al trabajo reproductivo ya que se deriva de su capacidad biológica de gestar, parir, por ejemplo. Así, son las responsables del trabajo doméstico y de los cuidados. La idea de trabajo reproductivo se refiere a las actividades cotidianas que sostienen el cuidado de la vida y garantizan el cuidado de las personas. Para las mujeres rurales bonaerenses, su vida cotidiana se encuentra atravesada por las demandas del trabajo productivo y reproductivo de forma simultánea. Esta situación es conocida como “doble presencia”, expresión

que da cuenta de la duplicación del tiempo de trabajo y la sincronicidad del trabajo en la chacra y en el hogar (Linardelli, Pessolano y Rodríguez Agüero, 2021, p. 18).

Entonces, la división sexual y social del trabajo encasilla a las mujeres como aquellas responsables del trabajo productivo dentro del hogar, que en el caso de las mujeres rurales se le suma, además el trabajo productivo en la chacra. Estas tareas, como sabemos, no son remuneradas y además, no son percibidas ni contabilizadas social o económicamente como trabajo, ni siquiera por las propias mujeres ya que se piensan como labores propias del sexo femenino (Biaggi y Canevari, 2010, p. 2, Giarracca, 1990).

Durante las décadas de 1950 y 1960, la mecanización agrícola y la incorporación de nuevas tecnologías transformaron las relaciones laborales en el agro bonaerense, reduciendo la demanda de mano de obra familiar y profundizando la expulsión de productores (Lopez Castro, 2011; Gras, 2009). Este proceso, asociado a la innovación y la profesionalización productiva, contribuyó al debilitamiento de la producción familiar. Asimismo, la mecanización implicó una masculinización de las tareas agrarias, al vincular el saber técnico con los varones (Bourdieu, 1988), reforzando la división sexual del trabajo (Scott, 2003). Estas transformaciones impactaron también en las dinámicas de cuidado, impulsando migraciones hacia espacios urbanos y una intensificación del trabajo femenino, tanto en el ámbito doméstico como comunitario y productivo (Carrasco, 2003; Pérez Orozco, 2014).

La provincia de Buenos Aires entre 1970 y 1990: migraciones y reconfiguración del trabajo rural

Como se analizó anteriormente, el agro bonaerense atravesó una serie de profundas transformaciones estructurales vinculadas a la modernización tecnológica y a la tenencia de la tierra (Balsa, 2006). De este modo, estos procesos tuvieron consecuencias directas sobre las dinámicas familiares, laborales y sobre las condiciones estructurales de vida en las zonas rurales. A su vez, estas transformaciones de índole productiva repercuten en los cuidados ya que se incrementa el trabajo que recae sobre las mujeres rurales, quienes asumen mayores responsabilidades en la gestión de recursos, la producción de alimentos y el mantenimiento de la unidad doméstica (Carrasco, 2003; Federici, 2010). La

intensificación del trabajo femenino está estrechamente vinculado a las desigualdades estructurales de género que se profundizan con las transformaciones económicas, la migración y las políticas neoliberales (Pérez Orozco, 2014).

En primer lugar, como consecuencia de la creciente concentración de la tierra y el avance del capital empresarial, se reducen las posibilidades de subsistencia de los pequeños productores (Balsa, 2006, Muzlera, 2013). Debido a esto, varones y mujeres debieron abandonar sus explotaciones. Entonces, se observa que estos acontecimientos son consecuencia de los profundos desequilibrios en el ritmo decrecimiento de las economías regionales, que crean las condiciones que favorecen el éxodo de importantes sectores de la población hacia zonas que, en función de su mayor desarrollo, pueden ofrecer oportunidades ocupacionales, salarios más elevados y la posibilidad de acceso a ciertos servicios sociales tales como educación, vivienda y salud (Reboratti, 2007).

El despoblamiento del agro bonaerense y el crecimiento urbano evidencian un proceso de redistribución poblacional impulsado por transformaciones en la estructura económica, que expulsaron población rural y concentraron oportunidades en centros urbanos. En este contexto, los flujos migratorios se dirigieron principalmente hacia el AMBA y, en menor medida, hacia ciudades intermedias como Bahía Blanca y Mar del Plata, que se consolidaron como polos de atracción (Lattes, 1980). Asimismo, Buenos Aires se destacó como la provincia con mayor expulsión de población en el período, según los datos estadísticos. Por ende, los procesos migratorios son una clara respuesta a las disparidades regionales en el contexto del desarrollo. Las desigualdades espaciales en las oportunidades económicas, sociales y culturales están en la base de la explicación de la migración y las disparidades demográficas. El despoblamiento rural, el crecimiento del Gran Buenos Aires, la metropolización de las ciudades intermedias, las migraciones circulares, entre otros, son todos fenómenos dinámicos que caracterizan y afectan los cuadros regionales en toda la extensión del territorio bonaerense ya que son los que redistribuyen a la población y que, a su vez, producen cambios en la estructura y el ordenamiento del territorio (Sassone, 1986, pp. 455-457).

Estas migraciones hacia centros urbanos como el AMBA, modifican las estructuras familiares y las dinámicas del cuidado en los espacios rurales

bonaerenses. Algunas mujeres debieron abandonar sus explotaciones y migrar en busca de empleo y de sustento para sus familias realizando trabajos domésticos y de cuidados en centros urbanos. En este período las mujeres rurales se convierten en las principales garantes de la reproducción social en contextos de crisis y desarticulación económica como agraria (Rodríguez Enriquez, 2015; Pérez Orozco, 2014).

La década de 1990 marcó un punto de inflexión con la implementación de políticas neoliberales que promovieron la liberación económica y la reducción del papel del Estado en la protección social (Diez, 2012, Sili, 2005). Estas políticas acentuaron la desigualdad en el territorio rural bonaerense, así como también la precarización laboral ya que varones y mujeres se vieron obligados a trabajar por fuera de la unidad de producción familiar lo que produjo cierta inestabilidad económica (Gras y Hernandez, 2013).

A esto se le suma que, en el caso bonaerense, estas transformaciones económicas, tecnológicas y productivas dieron lugar a una nueva configuración del trabajo rural femenino en el que las mujeres combinan múltiples actividades tales como productivas, reproductivas y comunitarias lo que supone una diversificación en el papel que desempeñan en estos espacios que transitan de manera diaria (Carrasco, 2003; Pérez Orozco, 2014). Esta ampliación e hibridación de tareas también se vincula con procesos estructurales más amplios que redistribuyen el trabajo y los cuidados hacia las mujeres en contextos de reestructuración agraria y neoliberalismo (Federici, 2010). Asimismo, la participación femenina en actividades múltiples en ámbitos rurales refleja dinámicas ya señaladas por los estudios sobre género y agricultura, que muestran cómo las mujeres sostienen de manera simultánea la producción, reproducción y la vida comunitaria

Experiencias situadas: programas, agencia y resistencia

La historia social de las mujeres propone el análisis de la experiencia como una vía para reconstruir prácticas y sentidos de sujetos históricamente invisibilizados. (Scott, 1991; Garazi, 2016). En este marco, las experiencias situadas de las mujeres rurales de la provincia de Buenos Aires permiten dimensionar sus prácticas cotidianas y su papel en la sostenibilidad de la vida. Diversos estudios

evidencian que estas mujeres articulan estrategias que combinan trabajo doméstico, producción de alimentos, participación comunitaria y gestión del cuidado (Trpin y Diez, 2024; Logiovine y Bianqui, 2024; Díaz y Gradín, 2020).

Los programas del INTA

Como parte de acciones orientadas a asegurar que las familias permanezcan en el ámbito rural, se destacan las iniciativas de los programas impulsados por el Instituto de Tecnología Agropecuaria (INTA) desde mediados del siglo XX. En este marco, se destacan espacios formados por extensionistas del INTA y mujeres mayores de 18 años, para la enseñanza de nociones respecto a la economía doméstica como un área central, legitimando y reproduciendo una estructuración de género caracterizada por una estricta división sexual del trabajo al interior del hogar. Mientras que los varones se posicionan como los jefes y los únicos responsables de las unidades de producción, subordinando a las mujeres y relegándolas a la realización de tareas ligadas al cuidado y la sostenibilidad de la vida, que eran consideradas su responsabilidad (Mecozzi, 2025; de Arce, 2009; Biaggi, Canevari y Tasso, 2007).

En el caso del INTA, desde su creación a mediados de siglo, este tipo de contenidos formó parte de la propuesta de los clubes y grupos de Hogar Rural, un programa de extensión que buscaba capacitar a las mujeres rurales con el propósito de contribuir al desarrollo económico, social y cultural del agro. Hasta sus últimos años, a fines de la década del 80, desde este programa se implementó el plan de Nutrición Humana que consistía en la promoción de huertas familiares y escolares y la capacitación en cuestiones relativas a la alimentación, con el objetivo de aumentar el consumo de alimentos frescos de las familias rurales (Mecozzi, 2025, p. 11).

A partir de estos programas y de sus resultados dependientes de agencias nacionales y provinciales responsables del sector, se revelan las diversas situaciones que atraviesan las mujeres rurales en las distintas regiones del país. Estas políticas intentan revertir la invisibilidad de las mujeres ligada a una tradición, a un discurso de género que posiciona a los varones como jefes de la unidad de producción, al mismo tiempo que reproduce la división sexual del trabajo,

subordinando el trabajo femenino. Esta histórica asignación de tareas produce que la responsabilidad exclusiva del cuidado hacia las mujeres, la diferencia en el acceso a los recursos económicos y las excluye del acceso a la renta monetaria, de la gestión de las actividades productivas y de los espacios públicos de toma de decisión (de Arce, 2022).

Programas del INTA, como el de los Clubes del Hogar Rural (1956-1980), invitaban a mujeres amas de casa con inquietudes por el hogar y a jóvenes que tengan interés por el espacio doméstico en el futuro ya que se establece la necesidad de integrar a las mujeres al desarrollo del país a través de su capacitación en actividades comunitarias y para la familia (de Arce, 2022, p. 8; Mecozzi, 2022).

A partir de estas reuniones, se propone mejorar el hogar, particularmente en lo que respecta al ahorro de tiempo, dinero y energía y, a su vez, la visibilización, entre las participantes, de las problemáticas específicas de las zonas rurales (de Arce, 2022, Mecozzi, 2022). De este modo, a partir de las actividades que se realizan en estas reuniones, se intentan explicar la tecnificación del agro bonaerense, el lugar del organismo en su promoción y también la responsabilidad que considera les concierne a las mujeres en la “sociedad moderna”.

Por lo tanto, estas reuniones requieren capacitarse técnicamente en un Club Hogar Rural ya que se adquieren nuevos conocimientos para producir, consumir y conservar en la propia chacra, introducir mejoras en el hogar, favorecer el estrechamiento de vínculos amistosos con otras familias, colaborar con la comunidad, ampliar los conocimientos sobre labores, electrificación, decoración del hogar, mejoramiento sanitario de la vivienda y conocer la importancia del trabajo cooperativo (de Arce, 2022, p. 8, Mecozzi, 2022). De esta manera, estas prácticas se insertan en la perspectiva de desarrollo de la comunidad que se arraiga en esta agencia local en base a propuestas de organismos internacionales (de Arce y Salomón, 2020). Al mismo tiempo remiten a la tradicional y desigual distribución como también, valoración del trabajo rural femenino como apoyo, colaboración o ayuda para con sus esposos, hermanos y padres (de Arce, 2022).

A partir de 1990, el INTA implementó el Proyecto Integrado ProHuerta para mejorar la alimentación de la población con necesidades básicas insatisfechas mediante huertas familiares, escolares y comunitarias (Mecozzi, 2025). El programa

se dirigió a sectores urbanos y rurales en situación de pobreza, buscando complementar y diversificar la dieta, mejorar la distribución del gasto familiar en alimentos e incentivar la autoproducción de frutas y hortalizas. Las acciones se realizaron a través de las Agencias de Extensión del INTA y mediante el apoyo a organizaciones sociales interesadas en la autoproducción (Mecozzi, 2025, pp. 9-10). Aunque los materiales de capacitación señalaban a las mujeres como las destinatarias principales, el ProHuerta promovía a la familia como unidad sin discriminar entre miembros. Sin embargo, no abordaba las desigualdades de género y en la práctica reforzaba los roles domésticos y de cuidado asignados históricamente a las mujeres (Mecozzi, 2025, p. 10).

Agencia y resistencia: el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha

Las estrategias de sostenibilidad desarrolladas por las mujeres rurales no se basan únicamente en la adaptación a las transformaciones estructurales, sino también en la construcción de formas de agencia y resistencia colectiva. Este es el caso del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en lucha (MML) de la Argentina, que surgió en la provincia de La Pampa en el año 1995 a partir de la resistencia de Lucy de Cornelis, esposa de un chacarero de un pueblo, Winifreda. Esta mujer apeló a la movilización de diversos recursos tales como medios de comunicación, convocatoria a sus pares para evitar el remate de chacra (Bidaseca, 2000, p. 7). En sus inicios, las reivindicaciones del movimiento eran de tipo económicas, sin embargo, luego se enfocaron en la suspensión de embargos y/o ejecuciones, al congelamiento de los juicios en trámite y al análisis de la legitimidad de las deudas. De este modo, el movimiento en un primer momento, apunta a una crítica de la política agropecuaria y luego se evoca al rechazo hacia la política a nivel nacional (Bidaseca, 2000, p. 8).

De esta forma, a partir de este movimiento, se cuestiona el discurso agrícola y económico dominante a través de la participación política en la escena pública de las mujeres rurales. El MML aparece en el nuevo escenario rural con un accionar caracterizado por la espontaneidad para impedir una acción judicial. Estas mujeres deciden incluirse en un movimiento más amplio, el movimiento social de las mujeres, apelando a diversos recursos simbólicos (la familia, la reproducción

familiar, la educación de los hijos, la identificación con la tierra), y culturales, defender la permanencia de la explotación agraria familiar, ante la posibilidad de perder una identidad social (Bidaseca, 2000, p. 8).

En el caso de las mujeres del MML la identidad con la tierra, la familia y la maternidad son valores que devienen del pasado. El sentido que el MML le otorga a la “tierra” actúa como elemento simbólico cohesionador, que sirve para interpretar los marcos cognitivos ya que la tierra es asimilada a la cultura y se nombra como un elemento de acción (Bidaseca, 2000; Giarracca, 2001).

...Y es la tierra -dice⁵- si no tenés la tierra, la cultura, no sé qué va a pasar con la gente [...] Es la pérdida de la soberanía. Tenemos que enarbolar la bandera argentina en cada campo para que vean que las mujeres y los hombres no estamos dispuestos a perder nuestra tierra... (Bidaseca, 2000, p. 17)

Por lo tanto, la lucha colectiva de las mujeres rurales a través de la resistencia supone una revalorización de la identidad de género a través de estas experiencias situadas. Las mujeres a través de estas movilizaciones han demostrado su capacidad de agencia (Scott, 2003, Barbieri, 2008). De modo que, este proceso no es ajeno a los cambios producidos en los espacios público y privado, en las nuevas funciones que asumen las mujeres a partir de la transformación de la familia, el dominio del mercado, la mercantilización de las relaciones sociales y la transformación del rol de los estados nacionales (Bidaseca, 2000, pp. 50-51).

El MML constituye una cultura hacia la resistencia para los valores que instaló el neoliberalismo. Además, supone el acercamiento a redes transnacionales a través de su vinculación con otros movimientos y organizaciones, especialmente latinoamericanos (Bidaseca, 2000). En última instancia, a través de las diversas reconstrucciones históricas de trayectorias mencionadas se evidencia cómo estas políticas y participaciones en la escena pública muestran que la participación política y la acción colectiva son elementales para transformar las condiciones de desigualdad instauradas en el agro bonaerense.

⁵ Entrevista a Lucy de Cornelis, diario local Tranquera abierta, 4 al 10/03/1999.

La agencia de estas mujeres rurales se evidencia en el ámbito doméstico ya que son aquellas que sostienen la vida cotidiana. También, en la esfera comunitaria, al crear redes de apoyo y de cuidado y en última instancia, en la esfera pública, al disputar sentidos sobre el trabajo y la producción. De esta forma, estas prácticas se articulan en la cooperación y el cuidado, desafiando las lógicas estructurales del modelo dominante (Pérez Orozco, 2014; Rodríguez Enriquez, 2015).

Reflexiones finales

El recorrido realizado a lo largo de este capítulo permite comprender cómo las desigualdades de género en los espacios rurales bonaerenses se configuran y reconfiguran históricamente a partir de procesos estructurales, productivos y socioculturales. La articulación de los enfoques de la interseccionalidad y de la Economía Feminista, ofrecen un marco conceptual que permiten visibilizar la complejidad de las experiencias de las mujeres rurales, cuya participación en el trabajo agrario y el sostenimiento de la vida ha permanecido invisibilizada. Como se analizó, el género es una categoría que estructura las relaciones sociales y productivas, condicionando el acceso a recursos, a la toma de decisiones y a la valoración del trabajo, tanto en el ámbito doméstico como en el productivo.

Las transformaciones tecnológicas y productivas que atravesó el agro bonaerense a mediados del siglo XX, generaron impactos profundos en la organización del trabajo, en las formas de vida y en la composición social del territorio rural. La mecanización agrícola, la concentración de la tierra y la modernización impulsada por agencias estatales como el INTA, aunque reprodujeron la tradicional división sexual del trabajo, generaron espacios de encuentro, sociabilidad y aprendizaje que permitieron a muchas mujeres ampliar sus redes, roles y capacidades de acción en el ámbito rural. Estas transformaciones no sólo intensificaron la división sexual del trabajo, sino que ampliaron la brecha entre trabajo productivo y reproductivo, reforzando la asignación de las tareas de cuidado como parte de las responsabilidades hacia las mujeres. Asimismo, el éxodo rural y la migración hacia centros urbanos hicieron más evidente la centralidad del trabajo de cuidados en contextos de desestabilización económica y social,

convirtiendo a las mujeres en las principales garantes de la reproducción cotidiana de la vida.

Al mismo tiempo, el análisis de trayectorias históricas demuestra que las mujeres rurales despliegan diversas formas de agencia que cuestionan las jerarquías de género en el ámbito doméstico, comunitario y productivo. Un claro ejemplo, fue la resistencia colectiva, especialmente del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha, que permitió observar la emergencia de las prácticas políticas que disputan sentidos en torno a la tierra, la producción y la sostenibilidad. A partir de estas acciones, se pone en evidencia que la identidad rural femenina se construye en la intersección entre la defensa del territorio, la sobrevivencia familiar y la reivindicación de un lugar activo en la esfera pública.

En última instancia, la sostenibilidad de la vida aparece como un eje articulador que permite repensar el trabajo rural desde una perspectiva que excede a las lógicas del mercado. Al recuperar el valor social, económico y afectivo de las tareas de cuidado, históricamente feminizadas e invisibilizadas; la Economía Feminista y los estudios contemporáneos habilitan una lectura que integra la reproducción social en el agro. Comprender estas dinámicas resulta indispensable para analizar las transformaciones agrarias de la provincia de Buenos Aires y a su vez, para construir políticas públicas que no sólo reconozcan la contribución de las mujeres rurales, sino que avancen en la desarticulación de las desigualdades estructurales que las atraviesan. En definitiva, estas trayectorias históricas, resistencias y prácticas cotidianas de estas mujeres reconfiguran los horizontes posibles de la vida rural, habilitando nuevas miradas sobre el trabajo, el territorio y la organización social del cuidado.

Referencias

- Balsa, J. (2006). El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense 1937-1988. Universidad Nacional de Quilmes.
- Barsky, O. y Gelman, J. (2009). Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta comienzos del siglo XXI. Sudamericana.

- Barsky, O. y Pucciarelli, A. (1991). Cambios en el tamaño y en el régimen de la tenencia de las explotaciones agropecuarias pampeanas. En Barsky, O. (Ed). El desarrollo agropecuario pampeano. INDEC-INTA-IICA.
- Barbieri, M. (2008). Representaciones de lo femenino en los 90. De Madres e Hijas, Abuelas, Tías y Hermanas. Antropofagia.
- Biaggi, C.; Canevari C. y Tasso, A. (2007). Mujeres que trabajan la tierra, un estudio sobre las mujeres rurales en Argentina, Secretaría Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Bidaseca, K. (2000). El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en lucha: la emergencia de acciones colectivas, nuevos actores rurales y alianzas en el escenario del Mercosur, Cuadernos para el Debate no. 12. IDES, Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Blanco Rodriguez, G. (2023). La casa en el trabajo y el trabajo en la casa: migraciones, trabajo familiar y género en la horticultura de General Pueyrredón. Universidad Nacional de Quilmes.
- Bourdieu, P. (1988). La distinción: criterio y bases sociales del gusto. Taurus.
- Carrasco, C. (2003). La economía feminista: Aportaciones y propuestas. Revista de Economía Crítica, 1, 47-72.
- Carrasco, C. (2017). La economía feminista; una apuesta por otra economía. En M. León (Ed.), La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región. UNIFEM
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. University of Chicago Legal Forum
- Díaz, M y Gradín, A. (2020). Mujeres rurales y cuidado: experiencias de sostenibilidad en el agro pampeano. Estudios Feministas, 28 (3).
- Díez, J. M. (2012). Acciones locales y políticas públicas en pequeñas localidades de la provincia de Buenos Aires. [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional del Sur].
Repositorio Institucional:
<https://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/2277>
- de Arce, A. (2009) Las mujeres en el campo argentino, 1930-1955. Trabajo, identidades y representaciones sociales. Universidad Nacional de Quilmes.
- De Arce, A. (2011). En el hogar campesino está la grandeza de la economía nacional. Trabajo e identidades de género en el agro argentino (1930-1943). Secuencia, pp.131-157. <https://doi.org/10.18234/secuencia.voi81.1325>
- de Arce, A. (2016) Mujeres, familia y trabajo. Chacra, caña y algodón en la Argentina (1930-1960). Universidad Nacional de Quilmes.

- de Arce, A. (2022). Desigualdades instituidas. Género y ruralidades en la Argentina (S.XX-XXI). Estudios Rurales, 11(22).
<https://doi.org/10.48160/22504001er22.43>
- de Arce, A. y Salomón, A (2020). Una mirada histórica al bienestar rural argentino: debates y propuestas de análisis. Teseo.
- de Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría género: una introducción teórica metodológica. Debates En Sociología, (18), 145-169.
<https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/6680>
- Esquivel, V. (2016). La Economía Feminista en América latina, Nueva Sociedad, 6, 103-116.
- Federici, S. (2010). Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Traficantes de Sueños.
- Federici, S. (2013). Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Traficantes de Sueños.
- Garazi, D. (2016). Experiencia, lenguaje e identidad: Algunas notas sobre el concepto de experiencia en la obra de Joan W. Scott. Trabajos y comunicaciones, (43), e013. Recuperado de
<http://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/view/TyC2016n43a013>
- Gebruers, C. (2020). La noción de interseccionalidad: desde la teoría a la ley y la práctica en el ámbito de los derechos humanos. Perspectivas, 11 (1), 55-74.
<http://dx.doi.org/10.19137/perspectivas-2021-v11n1a04>
- Giarracca, N. (1990). Las mujeres y el trabajo rural en la Argentina. Centro de Editor de América Latina.
- Giarracca, N. (2001). Ruralidades. Nuevos contextos sociales, actores y políticas. CLACSO.
- Gras, C. (2009). La agricultura familiar en el agro pampeano: desplazamientos y mutaciones. En Cerda, J.M y Gutiérrez, T. (Comp.) Trabajo agrícola: experiencias y resignificación de las identidades en el campo argentino. Ciccus
- Gras, C. y Hernández, V. (2013). El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización. Biblos.
- Haugg, D. (2015). Trabajamos como hombres y encima nos pagan menos: prácticas y representaciones del trabajo femenino entre los tareferos/as. Tekohá. Posadas (Misiones): UNaM. FhyCS;1(1),pp.48-54.

- https://rid.unam.edu.ar/bitstream/handle/20.500.12219/2095/Haugg%20DE_2015_Trabajamos%20como%20hombres.pdf?sequence=6&isAllowed=y
- Haugg, D. (2021). Trabajos productivos, domésticos y de cuidados en los yerbales. En *Cosechar y cuidar: trabajo, género y luchas en la cosecha de yerba mate*. Grupo Editor Universitario.
- Jelín, E. (2021). Desigualdades y diferencias: género, etnicidad /raza y ciudadanía en las sociedades de clases (realidades históricas, aproximaciones analíticas). En Jelín, E.; Motta, R. y Costa, S. (comp). *Repensar las desigualdades. Cómo se producen y entrelazan las asimetrías globales (y qué hace la gente con eso)*. Siglo XXI Editores.
- Lattes, A. (1980). Aspectos demográficos del proceso de redistribución espacial de la población argentina. Centro de Estudios de la Población.
- Lemmi, S. y Waisman, M.A. (2021). Trayectorias migrantes, movilidad social y recambio étnico nacional en la horticultura (La Plata, Argentina, Siglos XXI). *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21(2), e145. <https://doi.org/10.24215/2314257Xe145>
- Lemmi, S.; Muscio, L. (2023). Hablemos de desigualdad. Trabajo y condiciones de vida en el periurbano hortícola platense desde una perspectiva de género. En S. Attademo, L. Fernández y Lemmi. S (Comps.), *Periurbano hortícola del Gran La Plata: Reconfiguraciones en las tramas socioculturales y productivas en el siglo XXI*. (pp. 321-355), IdIHCS <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.6442/pm.6442.pdf>
- Linardelli, F.; Pessolano, D. Y Rodríguez Agüero, L. (2021). Entre fincas y puestos. *Trabajadoras rurales del agro de Mendoza (1960-2020)*. Grupo Editor Universitario.
- Logiovine, S. y Bianqui, V. (2024). El desafío de medir las desigualdades de género en el medio rural, en Logiovine, S. y Bianqui, V. (comp.). *Mujeres y feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias*. Red Editorial.
- López Castro, N. (2011). Las trayectorias de la agricultura familiar en el agro pampeano “de los márgenes”: persistencia y abandono en el sudoeste bonaerense (1988-2010). *Avances de investigación. Jornada de Becarios de Investigación*, Bernal.
- Mecozi, J. G. (2022). Los Clubes del Hogar Rural: una política del INTA dirigida a las mujeres, 1958-1974). Universidad Nacional de Quilmes.
- Mecozi, J. G. (2025). Género y políticas públicas en los orígenes del programa ProHuerta (1986-1992). *Mundo Agrario*, 26(61), e264. <https://doi.org/10.24215/15155994e264>

- Méda, D.(2007). ¿Qué sabemos sobre el trabajo? Revista de Trabajo, 3 (4), 17-32.
<https://mibug.wordpress.com/wp-content/uploads/2013/05/meda-dominique-que-sabemos-sobre-trabajo.pdf>
- Mingo, E. (2011). Género y trabajo: la participación laboral de las mujeres en la agricultura del Valle de Uco, Mendoza, Argentina. Papeles de trabajo. Año 4, N° 7, (pp.172-188).
<https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/216/198>
- Mingo, E. (2016). Asalariadas en el sector agroindustrial. Pensar el lugar de responsabilidad colectiva en el trabajo de cuidado. Revista de Ciencias Sociales, Ds-FCS udelar; vol. 29 p. 35-56.
https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/28618/CONICET_Digital_Nro.7cbdbc-f4-c40d-4341-a80e-b2e6bb58d511_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Muzlera, J. (2013) La Modernidad tardía en el agro pampeano: sujetos agrarios y estructura productiva. Universidad Nacional de Quilmes.
- Pérez Orozco, A. (2014). Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida. Traficantes de Sueños.
- Pessolano D. y Linardelli M. F. (2025). Medir el tiempo de las mujeres rurales: una reflexión teórico-metodológica en contextos agropecuarios de Argentina. Íconos. Revista De Ciencias Sociales, (82), 97-115
<https://doi.org/10.17141/iconos.82.2025.6437>
- Reboratti, C. (2007). Los mundos rurales en Torrado, S. (Compiladora). Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX. EDHASA.
- Rodriguez Enriquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad, Nueva Sociedad N°256.
- Sili, M. (2005). La teoría de la fragmentación. ¿Un nuevo modelo explicativo del funcionamiento de los territorios rurales? . Inédito.
- Trpin, V. y Diez, C. (2024). Alimentos, tramas y cuidados desde los espacios rurales: aproximaciones teóricas desde los territorios. En Logiovine, S. y Bianqui, V. (comp.). Mujeres y feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias. Red Editorial.
- Sassone, S. (1986). Migraciones internas y desarrollo: consideraciones sobre el estudio del caso argentino. Contribuciones científicas”. Congreso Nacional de Geografía. Vol 2pp. 454-467.
- Scott, Joan (1991). La experiencia en Butler, J. y Scott, J. FeministsTheorizethereproducido conel permiso de Routledge, Inc., que es parte del Grupo Taylor y Francis.

Scott, J. (2003). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (compiladora). El género: la construcción cultural de la diferencia sexual. PUEG.

Stolen, K.A. (2004). La decencia de la desigualdad. Antropofagia.

Sostener la vida en la ruralidad: Relatos de mujeres argentinas

María Elena Aradas Díaz¹

La cuestión de género en el territorio

Este capítulo nace del recorrido junto a mujeres rurales de distintas provincias argentinas. Son relatos que expresan dimensiones estructurales y cotidianas de la vida en territorios atravesados por desigualdades de género, por economías de autoconsumo invisibilizadas y por prácticas de cuidado y comunitarias que sostienen la vida. Narrarlas busca ser un acto de justicia y de reconocimiento, no solo buscando recuperar sus voces, sino también situar perspectivas y prácticas de trabajo que permitan comprender la ruralidad desde una mirada integral y situada.

Las mujeres campesinas, rurales, originarias, trabajadoras, cuidadoras y luchadoras por una vida digna, sustentable y en comunidad son una inspiración para mí y han dado sentido a mi vida y a mi profesión; la moldearon silenciosamente. Me atrevo a tratar de poner en palabras lo que muchas veces se invisibiliza: el trabajo que sostiene la vida. Estos relatos son parte de mi experiencia junto a ellas, son aprendizajes que intentaré plasmar con el mayor respeto y esperando que estos relatos nos sigan inspirando a nosotras y a las futuras generaciones, más allá del tiempo y del espacio.

La ausencia de registros

Algunos trabajos como los de (Biaggi et al., 2007; Román, 2009); nos permiten corroborar que la invisibilidad de la mujer rural en las estadísticas es notoria, donde por el tipo de conceptos y formas de relevamiento de datos, dejan afuera las actividades que se llevan adelante en los procesos reproductivos y de cuidado en el caso de la agricultura, también todas las actividades productivas que las mujeres realizan tanto para el autoconsumo como para la venta en mercados locales.

¹ Dra. en Investigación Agraria y Forestal. Red TRAMA.

En mi trabajo como encuestadora y supervisora de las encuestas nacionales agropecuarias, pude observar que la mayoría de las encuestas (90%) eran realizadas a productores varones, aun cuando parte de la información la suministraba la mujer o ella misma tomara las decisiones en ese establecimiento, por lo que, desde que incorporé el enfoque de género, pude constatar la invisibilidad del trabajo de la mujer rural y las limitaciones de estos registros. Por otro lado, trabajando en el análisis económico de explotaciones agropecuarias, cuando considerábamos las actividades para hacer cálculos de margen bruto e ingreso neto de la explotación, se consideraban los ingresos y gastos de las actividades productivas –cultivos y/o producción ganadera– que se comercializaba en el mercado. En muchos casos, el ingreso neto predial, nos daba negativo o con un valor muy bajo y nos preguntábamos: ¿Cómo esta familia aún subsiste? Desde la incorporación de la perspectiva de género, se pudieron visualizar y registrar los aportes de la mujer, que realizaban actividades para el autoconsumo no valorizadas, y además las ventas en cantidades pequeñas (a domicilio, por encargo, en ferias francas), que tampoco se consideraban. Toda esta actividad que no está valorada, la realiza en general la mujer; he allí la invisibilidad estructural de su trabajo en el ámbito productivo.

Sosteniendo la vida

En este sentido, diversos estudios sobre agricultura familiar han señalado que la participación de las mujeres rurales se despliega tanto en el ámbito productivo —huerta, granja, elaboración y comercialización de excedentes— como en el sostenimiento cotidiano de la unidad doméstica. Sin embargo, este trabajo resulta central no solo para la subsistencia familiar, sino también para la reducción de costos productivos, en tanto no es reconocido ni remunerado como tal. Tal como advierte Beatriz Noceti,

Aunque su rol es central en términos de la estrategia productiva y de subsistencia de la familia campesina, no se reconoce el papel económico de la mujer y su trabajo aparece como “invisible” a la hora de adjudicarle un valor. Ella misma lo considera secundario, lo siente como una ayuda y lo vive como la extensión de sus trabajos domésticos, sobre todo a los que realiza en la

huerta, granja, sementera baja, etc. Su trabajo no ha sido registrado en estadísticas y censos hasta el momento. (Noceti, 1997, p. 28).

Tramas teóricas y aprendizajes territoriales

A lo largo de más de treinta años de práctica profesional, mi formación teórica y metodológica se construyó de manera situada, en diálogo permanente con los territorios, las mujeres rurales y los procesos colectivos de los que formé parte. En ese recorrido, distintas corrientes de pensamiento fueron modelando mis perspectivas y prácticas, permitiéndome revisar críticamente los enfoques tradicionales del desarrollo rural y de la extensión.

En el campo de la pedagogía, la obra de Paulo Freire (1970, 1997) constituye un pilar fundamental, al proponer una educación basada en el diálogo horizontal y el reconocimiento del otro como sujeto de saber. En continuidad con esta perspectiva, la Investigación Acción Participativa de Orlando Fals Borda (1987) aportó herramientas metodológicas clave para profundizar la articulación entre teoría y práctica, entendiendo el conocimiento como un proceso dinámico y espiralado, construido colectivamente desde la experiencia.

Desde la perspectiva de género, los aportes de Caroline Moser (Moser, 1993) permitieron visibilizar el triple rol de las mujeres rurales, mientras que Kristi Anne Stolen (1996) contribuyó a problematizar las relaciones de género en contextos rurales desde una mirada antropológica. Estas lecturas se profundizaron con el enfoque de la economía feminista y del cuidado, a partir de los trabajos de Elson (1995), Carrasco (2003; 2011), Benería (2006), Federici (2013), Rodríguez Enríquez (2015) y Esquivel (2011), que ponen en evidencia la centralidad del trabajo no remunerado y su impacto en la autonomía, el tiempo y la salud de las mujeres.

El marco teórico se nutre también de los aportes de pensadoras y referentes campesinas e indígenas de América Latina, cuyos saberes emergen de la experiencia territorial y la defensa de la vida. En este sentido, Rita Segato (2015) aporta claves para comprender las violencias estructurales asociadas a la colonialidad y al despojo territorial, mientras que Julieta Paredes (2010), desde el feminismo comunitario aymara, destaca la centralidad de la comunidad como sujeto político, en diálogo con prácticas de reciprocidad y cuidado colectivo presentes en los relatos.

Finalmente, los aportes de la autora española Amaia Pérez Orozco (2014) resultan centrales para pensar el cuidado de la vida como eje organizador de la economía y de los territorios. Su planteo del conflicto capital-vida dialoga directamente con las experiencias de las mujeres rurales del Cono Sur, donde la planificación cotidiana, la gestión del tiempo y el trabajo de cuidado constituyen saberes estratégicos, aunque frecuentemente invisibilizados.

Junto a estos marcos teóricos, las prácticas colectivas y los espacios de construcción política tuvieron un papel decisivo en la conformación de mis enfoques. La Red TRAMA fue un espacio de formación, refugio y aprendizaje colectivo, donde la consigna “soy porque somos” sintetiza una ética del trabajo basada en la sororidad, el acompañamiento y la construcción colectiva del conocimiento. En este recorrido, destaco especialmente el aporte de Edelmira Díaz, desde la Secretaría de Agricultura de la Nación a través del Programa Mujer Rural, y de María del Carmen Quiroga (Mushy), vinculada a programas financiados por el FIDA en distintas regiones del país, quienes marcaron profundamente mis prácticas y convicciones.

Es fundamental reconocer que fueron las mujeres campesinas e indígenas quienes transformaron y enriquecieron mis modos de intervención, interpelando de manera constante los marcos teóricos desde los que había sido formada. Sus formas de organizar el tiempo, el trabajo, el cuidado y la vida comunitaria evidenciaron los límites de las metodologías técnicas cuando no parten del territorio y de la vida cotidiana. En este proceso comprendí que las teorías no se aplican mecánicamente, sino que son las prácticas de las mujeres las que las tensionan, las resignifican y las producen, obligándonos a construir conocimientos situados, basados en la escucha, el acompañamiento y el aprendizaje mutuo.

Finalmente, en el ámbito del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), me desempeñé en una gerencia de la Dirección Nacional de Transferencia y Extensión, acompañando el diseño e implementación de una propuesta nacional de emprendimientos colectivos en la ruralidad, orientada específicamente a jóvenes y mujeres, con enfoque de género. Esta iniciativa constituyó la primera experiencia, en varios años, de una política institucional que focalizó de manera explícita a estas poblaciones como sujetos estratégicos del desarrollo rural. La propuesta alcanzó 296

proyectos en todo el país y se consolidó como una línea de política pública con presupuesto etiquetado. Asimismo, la conformación de la Plataforma de Género, Infancias y Adolescencias, donde me desempeñé como referente nacional del componente equidad de género, posibilitó la transversalización de la perspectiva de género en las políticas y prácticas del organismo. La participación como referente nacional en estos espacios, hasta el momento de mi retiro, contribuyó a consolidar una mirada integral que articula género, derechos, cuidado y ruralidad, y que atraviesa las experiencias y reflexiones desarrolladas en este capítulo.

Metodología feminista situada

Este capítulo se inscribe en una metodología cualitativa feminista orientada a recuperar y comprender las perspectivas y prácticas de las mujeres rurales, campesinas e indígenas, a partir de sus propias voces y experiencias. El interés principal estuvo puesto en la reconstrucción situada de los sentidos que las mujeres otorgan a su trabajo, a los cuidados, a la organización cotidiana y a la vida comunitaria, así como a las estrategias que despliegan para sostenerla.

Siguiendo a Mingo Acuña (2014), “poner los testimonios de las mujeres en el centro del análisis permitió recuperar su agencia en la escena social, desplazando miradas que tienden a privilegiar exclusivamente los aspectos productivos”. Con la metodología de observación participante, a través de relatos de experiencias, historias recordadas, notas de campo y viñetas etnográficas, se buscó construir una versión de lo que las mujeres hacen, en los distintos momentos de sus vidas: la maternidad, las tareas domésticas y de cuidado, la producción y la participación comunitaria.

Desde este enfoque, las prácticas de las mujeres no fueron leídas como respuestas aisladas o individuales, sino como formas situadas de organización de la vida, atravesadas por condiciones materiales, culturales y territoriales específicas. La metodología adoptada reconoce a las mujeres como sujetas de saber, cuyas narrativas permiten comprender la articulación entre cuidado, producción y comunidad, y al mismo tiempo interpelan y enriquecen los marcos teóricos desde los cuales se piensan las intervenciones en la ruralidad.

Los testimonios incluidos en este capítulo corresponden a entrevistas y registros de campo realizados entre 1998 y 2025 en distintas provincias argentinas. Se presentan respetando la oralidad, como texto interpretativo para facilitar la lectura y se utiliza lenguaje inclusivo como decisión política y epistémica que reconoce identidades diversas en el ámbito rural.

El valor del “piense” organizador invisible del trabajo – Formosa

Una pareja joven se traslada desde la capital a una región rural del norte del país. La familia formada por una pareja y sus tres hijos se instala por trabajo, muy lejos de sus familiares y amigos, en otra latitud, lo que le implica una organización que permita generar una dinámica familiar de trabajo y cuidado para desarrollar la vida cotidiana en ese nuevo lugar.

Para tal fin deciden entrevistar a mujeres que podrían ayudarlos con el cuidado de los niños y el trabajo doméstico para que ellos pudieran desarrollar su trabajo con regularidad y tranquilidad. Luego de hacer varias entrevistas, se interesan por una mujer que les ha generado confianza por su experiencia en el difícil trabajo de imbricar el cuidado de los niños con las tareas domésticas. Por lo que deciden convocarla y acordar con ella las posibilidades concretas de un acuerdo de trabajo.

Al contactarla y conseguir un acuerdo sobre la contratación, se reúnen en la casa a los fines de establecer los detalles y la paga por esas tareas. Una vez ajustados las horas y tareas de cuidado y domésticas, el matrimonio le consulta por sus honorarios por hora para poder cerrar el trato. A lo que la mujer responde: "Bueno, antes deben decirme si es 'con piense' o 'sin piense', porque la tarifa de la hora es diferente" Intrigados por esta diferencia desconocida para la pareja, le piden que les explique. La mujer explica sabiamente: si las tareas que tengo que realizar están con todas las cosas previstas para llevarlas adelante, puedo realizarlas en forma mecánica; no necesito prever anticipadamente nada. A esto le llamamos “sin piense”. En caso de que deba hacerme cargo de organizar cosas, desde compras anticipadas hasta planificación de diferentes comidas, acompañar a los niños fuera del hogar, todas las actividades en las que necesito organizar y prever anticipadamente, a estas las llamamos “con piense”.

He aquí una separación sencilla, pero por eso no menos sabia, del aparente mismo trabajo: la importancia de ese “piense” que ponemos las mujeres en juego en nuestro trabajo es hora de que se considere porque es un desgaste emocional que tiene implicancia en el físico y en la salud mental de las mujeres. Vaya este breve relato a visibilizar el “piense” y cómo es importante a la hora de ponerle valor a un trabajo que, por sencillo que parezca, está mediado por esta dimensión invisible, pero que permite optimizar los recursos, desarrollar estrategias de actividades simultáneas, pero también produce una carga mental y física en las mujeres.

La Fuerza de la Organización (1998) - Chaco

Cuando empecé mi desarrollo profesional, en el noreste argentino, trabajé en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en los programas Pro Huerta y luego en Cambio Rural, en este último por mi función de agente de proyecto, tuve que coordinar unos 20 grupos de productores y un grupo de técnicos que trabajaban con estos grupos, como asesores. Realizaba visitas técnicas y reuniones en las chacras, generalmente con productores. Así transcurrían mis días; en mis visitas siempre charlábamos con las mujeres, hasta que vimos la necesidad de formar un grupo propio de mujeres, lo que me pareció muy interesante, y me pidieron que yo fuera su técnica, la que las acompañara. Nos empezamos a reunir en la agencia de extensión del INTA mujeres de diferentes colonias y algunas de la localidad, pero ligadas al campo; allí empezó mi transitar y mi aprendizaje junto a las mujeres rurales.

He sentido desde siempre que fue un encuentro mutuo, donde yo las elegí a ellas y ellas me eligieron a mí, por lo que siempre estaré agradecida. De allí en adelante armamos una planificación de temas que les interesaban, a nivel macro (necesidades estratégicas) y a nivel micro (necesidades prácticas). A nivel macro, empezaron a preguntarse por qué la entrega de semillas de algodón se realizaba al mismo tiempo en las 3 zonas en que estaba dividida la provincia. Las mujeres iniciaron preguntándose por qué se realizaba así, si las 3 zonas tienen diferentes fechas de siembra dependiendo de las condiciones agroecológicas, por lo que solicitaron una audiencia con el ministro de la producción de la provincia para sugerir fechas diferentes de entrega de semillas dependiendo de las de siembra de

cada zona. Lo que permitió un cambio sencillo pero estratégico que facilitaba tener las semillas en tiempo y forma. Si bien después se vio mediado por numerosas cuestiones técnico-políticas, ellas habían logrado llegar a la autoridad en forma organizada.

En cuanto a las necesidades prácticas, se realizaban reuniones una vez al mes, donde intercambiaban saberes sobre la producción agroecológica de alimentos, recetas de dulces, pickles, panificados. Además, la producción de jabones y cremas medicinales. Comenzaron a participar de eventos, a generar una asociación como forma de organización que permitiera canalizar proyectos de mejora de la calidad de vida de las mujeres. Una mención especial es la fabricación de los jabones, algo que no sabía hacer, ni cómo era la técnica de producción, por lo que no me entusiasmaba mucho, y les dije que sí, y de una reunión a otra me ocupé de otros temas de la organización. En la reunión siguiente ya tenían todo casi estudiado: la técnica, los materiales necesarios y todo lo concerniente a la producción de jabones, por lo que desde allí me dije: o te subes al carro de las mujeres o te quedas de a pie. Cuando se proponen algo, lo logran, y además descubrí otros roles de facilitadora de procesos; no necesitaba saber de todos los temas que querían llevar adelante, sino transitarlos con ellas.

En el año 2000, ganamos el Primer Premio del Concurso Mujer organizado por el Instituto Provincial de la Mujer. Donde presentamos el proyecto Juntas aprendemos a ejercer nuestros derechos. Este financiamiento permitió organizar capacitaciones, talleres en las colonias para que las mujeres pudieran capacitarse.

Las mujeres formaron la Asociación Civil Mujeres Agropecuarias; la primera presidenta fue Isabel Guggisberg. Tramitaron la personería jurídica y lograron, mediante premios y gestiones, conseguir los fondos para construir la Casa de la Mujer Campesina, un espacio propio en el barrio Itatí de la localidad de General San Martín. Ellas continúan organizadas hasta la fecha, formando parte de la organización nacional Mujeres Campesinas y Aborígenes Argentinas (MUCAAR) y de la red internacional Red de Mujeres Rurales de América Latina y el Caribe (RedLac).

Reuniones: aromas, sabores, colores, cuidado (2000) – Chaco

Las mujeres no acostumbraban a salir de sus casas más que para eventos religiosos, cuidados de familiares o acompañar a sus hijos a la escuela. Cuando iniciamos el trabajo en grupo con las mujeres, fue una irrupción en las prácticas extensionistas, ya que nadie se ocupaba específicamente de sus saberes y de sus producciones. Siempre considerada su actividad como "ayuda" por los demás y por ellas misma. La propuesta llegó de mano de Programas del Estado y algunas organizaciones no gubernamentales que empezaron a visibilizar su rol, atravesados por diferentes paradigmas. Cuando empecé, yo también necesité formarme en perspectiva de género, donde la RED TRAMA¹ fue mi lugar de formación, de refugio, de intercambio, de aprendizaje, que me permitió seguir adelante, porque no era un tema más trabajar con mujeres; eran ellas como sujetas de derecho, se constituyeron en un nuevo grupo a abordar con sus características propias y, además, ellas interpelaban también mi vida, mi organización familiar, mi trabajo, mis relaciones, mi tiempo.

Las reuniones fueron un espacio donde estaban autorizadas a asistir por el proyecto productivo, que traía un financiamiento al hogar. A las reuniones venían con sus hijos de diferentes edades, a los que cuidábamos entre todas, haciendo de esos espacios momentos únicos de capacitación e intercambio. Los aromas y sabores a panes recién hechos y tortas fritas que traían para compartir en estos espacios de encuentro de celebración, de fiesta para ellas, les niños y para mí también. Tengo recuerdos en colores de esos momentos, de alegría, de cuidado de los niños, pero de unas a las otras también.

Yo venía trabajando con grupos de varones, productores, y la verdad que ellas cambiaron mi vida. En general, las reuniones con los varones se realizaban al final de la jornada de trabajo, de noche en el campo, sin tiempo de finalización, lo que me implicó muchas veces volver manejando a medianoche a casa. Con las mujeres todo cambió; sus horarios eran acotados y la puntualidad las caracterizaba. Nos reuníamos de tarde en general. Habituada a la flexibilidad horaria de los encuentros

¹ TRAMA es una Red de Mujeres y Organizaciones que trabajan con Mujeres Indígenas y Campesinas argentinas, con el objetivo de revertir las desigualdades que atraviesan por cuestiones de género y de oportunidades de clase.

con varones, en las primeras ocasiones llegué algunos minutos tarde, y enseguida me marcaron la importancia de cumplir el horario; de ellos dependía su organización familiar y la participación en las reuniones. Una vez un compañero extensionista me preguntó por qué me gustaba tanto trabajar con las mujeres, a lo que respondí que su dinámica me gustaba; recuerdo haber dicho: “Si no me subo al carro, me dejan abajo; ellas van a su propio ritmo y yo tengo que aprender a acompañarlas”.

Otras culturas, otros lenguajes (2001) - Chaco

Cuando trabajé con grupos de mujeres en el marco del Programa Social Agropecuario, en este caso, era un grupo de mujeres de la etnia Qom (Tobas). Nos reuníamos a armar el proyecto; ellas intercambiaban en su lengua y luego me traducían las necesidades y los acuerdos para la formulación de los proyectos. Una vez acordados los proyectos con el grupo, se le solicitaba la documentación necesaria. Fue en ese momento que una de las integrantes del grupo manifestó que seguía en el grupo, pero que no quería participar del proyecto, porque su compañero recibía una pensión por parte del Estado y no querían perderla por participar en el proyecto. Ante esta solicitud se continuó con la gestión del proyecto con las demás integrantes del grupo. Pasado un tiempo, el proyecto fue aprobado y el financiado consistía en compras de materiales para mejorar la infraestructura de cría de animales y cercado de las huertas, junto con las herramientas necesarias.

Cuando nos reunimos para gestionar las compras, esta integrante que no quería participar del proyecto manifestó que ahora estaba interesada en participar. Desde la lógica del programa y la mía propia, realmente veía muy difícil poder solucionar esta situación. Las otras integrantes del grupo me pidieron ayuda para solucionar el tema, a lo que respondí con sinceridad que yo no veía solución al mismo porque las cuestiones administrativas ya estaban cerradas. Ante su insistencia, les dije que yo podía acompañarlas estando presente y aclarando lo que necesitaran del proyecto, pero no lograba entender desde mi cosmovisión cómo solucionarlo. A lo que ellas dijeron que me agradecían y me pidieron que me quedara.

Se dio un intercambio largo en su lengua, que nunca comprendí, pero mientras cebaba mates y me mantenía en silencio, ellas solas pudieron resolver el

problema, compartiendo parte de lo que cada una recibía. Allí fui descubriendo su cosmovisión de reciprocidad comunitaria, algo que superaba la manera individual, que constituía comunidad-pueblo y que se solucionaba, de otro modo, no administrativamente, ni matemáticamente, sino con otras estrategias comunitarias. Pudimos luego reflexionar sobre esas formas de solución de conflictos donde la escucha, el intercambio y el ponerse en el lugar del otro son claves, donde la comunidad es más importante que el proyecto.

No puedo dejar de mencionar que, pese a los esfuerzos en fortalecer la autonomía de las mujeres, sobre todo las indígenas, sufren una triple discriminación, por ser mujer, por ser pobre y por ser indígena, en las instituciones en general y en las de salud en particular.

Encuentros y consignas (2003)

En los encuentros de mujeres campesinas e indígenas, la planificación de las actividades y de los espacios de intercambio resulta central para favorecer una participación amplia y diversa. A través de distintas dinámicas grupales —afiches, teatralizaciones, juegos, cantos, caminatas y bailes— se construyen ámbitos de confianza, celebración y reconocimiento de los saberes que circulan en la vida cotidiana de las mujeres rurales.

En este tipo de encuentros, los momentos de cierre y evaluación también forman parte del proceso pedagógico. Las consignas que se proponen no son neutras: su formulación puede facilitar u obstaculizar la participación y la expresión de las experiencias vividas. En una oportunidad, al plantear preguntas pensadas para recuperar el “antes y el después” del encuentro, algunas respuestas remitieron de manera literal al modo de traslado, evidenciando que la consigna había resultado abstracta. Esta experiencia dejó una lección clara y transferible: las consignas deben construirse desde lenguajes accesibles, concretos y contextualizados, respetando los tiempos, las trayectorias y las formas de comprensión de quienes participan. Pensar las consignas es, también, una forma de cuidar el encuentro y de reconocer la diversidad de saberes, formas de comunicación escrita, oral, idiomas y experiencias presentes.

Dejarse acompañar (2005) – Córdoba

Los distintos territorios que fui recorriendo me mostraron, una y otra vez, la diversidad que habita en las mujeres de la ruralidad. Una diversidad que, lejos de inmovilizar, amplió mis formas de comprender los procesos agrarios desde sus miradas. En una oportunidad, en la zona de Bell Ville (Córdoba), nos organizamos con un grupo de mujeres para participar en un Encuentro de Mujeres de Federación Agraria en Rosario. Había que prever los gastos de traslado y comida, algo que yo solía resolver con los recursos institucionales disponibles por mi trabajo junto a mujeres campesinas e indígenas del noreste argentino.

Ese viaje me enseñó otra forma de vincularnos. Viajamos juntas; yo aporté el combustible, como habíamos acordado, y en el destino sabíamos que los gastos estarían cubiertos. Al detenernos a almorzar, cada una pidió lo suyo y, casi por inercia, fui a pagar. Entonces una de ellas me detuvo: “Nosotras invitamos”. Le expliqué que los gastos estaban previstos, pero ellas insistieron.

Su gesto me dejó sin palabras. Guardé ese momento como uno de esos aprendizajes que no se olvidan: allí entendí que la dignidad no es homogénea, que las necesidades no son comparables y que cada territorio produce sus propias formas de reciprocidad, afecto y reconocimiento. Comprendí que acompañar a las mujeres rurales también implica dejarse acompañar por ellas, sin jerarquías, desde la humanidad.

Visión estratégica (2005) – Córdoba

Durante mi etapa en el Programa Cambio Rural del INTA, como agente de proyecto en el área de Marcos Juárez. Existían varios grupos; el relato corresponde a un grupo mixto de producción porcina, pero con un planteo muy integrado de cultivos para la alimentación de los animales y también para venta además de un criadero de gallinas de tamaño mediano. Una unidad productiva formada por las hectáreas de los productores (dos hermanos) más una superficie que arrendaban para lograr una unidad económica, que asegurara el desarrollo de la propuesta en su integralidad y que permitía el mantenimiento de las familias de los dos hermanos y la madre que vivía en forma independiente de ellos.

Estuvimos de reunión analizando mediante la técnica DAFO (2) las fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas de la propuesta productiva, cosa que hacíamos frecuentemente como parte de la metodología de análisis grupal. La propuesta que nos presentaron los hermanos era realmente muy sólida y claramente permitía observar que las estrategias de esta chacra mixta eran un ejemplo. Mientras el análisis discurría sin dificultades, identificando claramente los factores internos y externos de la chacra en análisis. En ese momento, que ya era casi el final de la reunión, se solía servir un lunch a los participantes; en este caso, la mamá de los dueños del establecimiento era la que estaba organizando, una mujer de unos 80 años aproximadamente. Ella quiere intervenir y uno de los hijos le dice que espere para servir la comida, por lo que la señora se retira a la cocina.

Cuando ya terminamos, le avisan para que traiga la comida a compartir; como tuve la impresión de que ella quería aportar al análisis, le pido que nos comente qué idea tenía sobre lo que escuchó. Y ella con una sabiduría innegable nos dijo: "Yo no tengo miedo al futuro de nuestra chacra, sabemos producir bien, mis hijos están al tanto de todos los adelantos genéticos, de alimentación y productivos, por lo que estoy tranquila". A lo que le tengo miedo o que miro con cuidado es a los nuevos actores que aparecieron a arrendar las tierras y cada año levantan el precio de la hectárea para arrendar; a ellos no les importa esta forma de producción que cuida el ambiente y puede alimentar a tres familias. Ellos lo único que quieren es ganancia.

Y su voz cayó como un rayo en medio de la reunión, o así la recuerdo yo; esa sentencia de la que nadie había hablado era el verdadero problema de la pampa húmeda que, con su riqueza climática, edáfica y de producción, estaba en peligro. La sabiduría de las mujeres me sigue asombrando, cómo son capaces de ver con claridad peligros estructurales.

Autoridad y dignidad en la chacra (2006) – Chaco

Un día en una chacra del norte del Chaco, cerca de Corzuela, visitando a una mujer campesina, sería una mujer de unos 60 años que vivía con su hijo, un hombre ya de unos 40 años. Me encontré en un rancho sencillamente prolijo, ordenado, con la simplicidad de los pobres, pero con el cuidado exquisito. Techo de paja, paredes de adobe (3), horcones de madera, ventanas pequeñas. En los alrededores, cabras,

gallinas, la huerta y la chacra con zapallo, maíz y porotos que la mujer cultivaba y cuidaba para el consumo familiar y para la venta en ferias locales. La unidad productiva también contaba con un horno de ladrillos, donde su hijo trabajaba.

Intercambiamos un rato sobre la producción y las formas de venderla: a veces en la feria, a veces en la chacra, los desafíos, y en eso me dice: "Te voy a contar algo que me pasó hoy". Con mucha atención escuché su relato.

Esa mañana el hijo no estaba; tuvo que ir a hacer unos trámites al pueblo y ella estaba sola en la chacra cuando llegó un "gringo" (en general, personas de mayor poder adquisitivo y de estilo machista). Me ha dicho: "Quiero comprar ladrillos", a lo que respondí: "Mi hijo no está, pero puedo mostrarle el tipo de ladrillo que tenemos".

Y nos fuimos al horno de ladrillos, donde agarró un ladrillo de la pila, casi sin que me diera cuenta, y lo tiró al piso y, como no se rompió, me dijo: "Bien". ¿A cuánto están los mil ladrillos? A lo que respondí: a cuatrocientos pesos. Me miró en forma despectiva y con altivez en su postura, y me respondió: "Es muy caro", A lo que respondí, sin saber de dónde me vinieron las palabras: Bueno, entiendo, no hay problemas, si no puede comprarlos, porque "el dinero es muy suyo y los ladrillos son muy míos". Me miró nuevamente, siempre con altivez, pero con asombro en sus ojos, y me dijo: "Bueno, me llevo los mil al precio que me dijo", A lo que asentí.

Yo la miraba con admiración y orgullo; no podía dejar de admirar a esa mujer. Que tuvo el valor, estando sola, de plantarse con lo suyo. Esa dignidad hasta hoy me ilumina y da sentido a mis pasos.

Cosmovisiones en tensión (2008) – Formosa

En un encuentro de Economía Social allá por el 2008, un grupo de mujeres de la etnia Qom presentaba su proyecto de artesanías: la producción, la venta, las formas de poner en valor su cultura de pueblo originario. Durante la presentación, nos mostraron sus avances, vivían en una colonia pequeña y necesitaban ayuda para lograr vender sus productos en la capital y en otras provincias.

Para el proceso de cosecha de las hojas de la palma caranday utilizan un gancho especial para no dañar la planta, extrayendo las hojas de la parte superior o el cogollo. Luego las hojas se atan en paquetes y se dejan secar a la sombra de 8 a 20

días. El secado a la sombra previene la decoloración causada por el sol y asegura que el material esté listo para tejer. Es importante que las hojas estén secas, ya que las hojas verdes pueden deformar el producto final. Se retiran las partes pequeñas y no utilizables de las hojas. Luego, se deshojan y se cortan los ápices de las pinnas para obtener las fibras o las hojas listas para tejer. Los materiales que realizan son canastos de diferentes tamaños, paneras, posa fuentes, adornos para las casas con formas de animales del monte.

Durante el encuentro y luego de su presentación, se abrió a preguntas al auditorio, que variaron desde detalles del material que usan como materia prima, acondicionamiento y provisión, dónde lo venden, si tienen colaboración de diseñadores, cómo logran los colores. Pero la pregunta que más quedó en mi recuerdo, mejor dicho, la respuesta: fue cuando se le preguntó en qué gastaban el dinero que ganaban. Y una de ellas, la lideresa, dijo con mucha dignidad que eso no lo iban a contestar porque no correspondía. Estas dos miradas se encuentran en tensión, seguramente la persona que preguntó quiso poner en valor el destino del dinero que ganan las mujeres desde su cosmovisión, y la mujer de pueblo originario, con otra mirada desde su propia cosmovisión, consideraba innecesario decirlo; era parte de su privacidad. Las diferencias de cosmovisiones culturales son importantes de descubrir en el acompañamiento a las mujeres.

El rol de las Mujeres en las Ferias francas (2010) – Formosa

Las feriantes explican que son ellas quienes se ocupan de multiplicar sus tareas para sostener la familia y la producción, Aradas Diaz (2014). Una mujer describe su día: con todos los niños en la escuela durante la semana, ella se queda sola organizando la feria los viernes. Tiene cuatro hijos pequeños (8, 10, 11 y 6 años) y, a pesar de la carga, asume por completo la venta de sus productos. Para poder terminar todo, busca ayuda en la práctica cotidiana: la hija mayor colabora con los animales, llevándoles agua y alimento a las gallinas. De este modo logra cumplir con las actividades domésticas antes de irse a trabajar.

El trabajo en la chacra o la huerta requiere paciencia y atención diaria. Las mujeres feriantes relatan que, aunque no necesitan atender todo el día los animales,

deben dedicarles al menos una o dos horas diarias: trasplantan verdura, riegan continuamente, limpian los corrales y cargan.

Señalan que sin ese cuidado diario nada crece. Una de ellas comenta que la constancia es vital; deja de lado cualquier “haraganería” porque sabe que si quiere vivir bien en el campo debe mantener los animales y la huerta. Asegura que siempre ha tenido animales (un chanco, un chivo) y cómo se sentiría si estos faltaran. Mantener su producción propia le brinda tranquilidad y seguridad alimentaria a ella y su familia, sin depender totalmente de la compra en el pueblo.

Las feriantes valoran la independencia económica que han ganado. Muchas cuentan que ahora ya cuentan con ingresos propios y no tienen que depender del marido para cada gasto. De hecho, comentan que ha cambiado la mirada en la casa: antes siempre tenían que pedirle dinero al hombre, pero ahora ellos asumen que las mujeres también generan un estipendio con la venta en la feria, explicando que antes ella debía pedirlo, pero que poco a poco ha logrado asumir sus gastos.

En cuanto al cansancio, las mujeres coinciden en que, a pesar de andar todo el día trabajando, al final no lo sienten como un sacrificio porque es algo que les gusta y están acostumbradas. Una comenta que, aunque les guste trabajar desde que salen hasta la noche, a la noche descansan y se preparan para el día siguiente. Aprenden constantemente de sus compañeras y aprovechan cada experiencia para mejorar su organización.

Respecto al apoyo del varón, las entrevistadas señalan que, en general, los hombres no ponen trabas. Dice una mujer que su marido “no tiene problema” porque él hace su trabajo y confía en ella; nunca le ha cuestionado por qué se levanta temprano o por qué va a la feria. Esta aceptación tácita indica que, en estas familias, el aporte de la mujer emprendedora va ganando visibilidad y, aunque no siempre expresado con palabras, es reconocido en la práctica cotidiana.

A nivel doméstico, las mujeres reconocen que la división de tareas sigue siendo tradicional: los hombres se encargan de la agricultura y la ganadería, y ellas, del cuidado de la familia y del hogar. En conjunto, estos relatos muestran una estrategia diaria donde las mujeres rurales combinan trabajo en la finca y en la feria con las tareas domésticas, buscando día tras día formas creativas de sostener la vida rural con autonomía y perseverancia.

Estrategias hogareñas (2018) – Formosa

Las mujeres campesinas describen que en su comunidad existe una marcada división sexual del trabajo. Los hombres se ocupan de la agricultura y el ganado, mientras que ellas se encargan del cuidado de la familia, la cocina, los niños y la organización de actividades escolares y comunitarias (festividades religiosas, obras benéficas, etc.). Sus tareas productivas propias son casi siempre para el autoconsumo o para vender excedentes: cultivan huertas para la subsistencia, crían gallinas y otros animales menores para huevo y carne, ordeñan vacas y elaboran quesos, y recolectan hierbas medicinales para usos domésticos. Las campesinas sostienen la producción de alimentos y las tareas de cuidado en el hogar sin recibir reconocimiento ni compensación. Esto resalta cómo el sistema patriarcal invisibiliza su aporte doble (productivo y reproductivo) en la economía del campo.

Las familias entrevistadas suelen tener ascendencia paraguaya (guaraní-español) y utilizan el jopará (mezcla de guaraní y español) en su comunicación cotidiana. Históricamente, las mujeres debían pedir dinero al marido para los gastos familiares; ahora observan que sus parejas asumen que ellas ya cuentan con sus propios ingresos: “Ya tienen un estipendio”, comentan. Una entrevistada contó que, cuando se quedaba sin recursos, llegó a esconder la sal para que su marido le diera dinero para el almacén. Estas estrategias reflejan cómo administran los escasos recursos. Investigaciones sobre género Perez Orozco (2007) señalan que cuando las mujeres aportan económicamente al hogar, esto puede reconfigurar las relaciones de poder en la familia, reforzando su autonomía.

En conjunto, las mujeres manifiestan que pueden asumir más actividades simultáneas en su día a día: combinan el trabajo en la huerta o la feria con las tareas del hogar sin perder energía, y observan un cambio en la actitud de los demás. A medida que ellas logran generar ingresos propios, sienten que su trabajo deja de ser cuestionado y empieza a recibir apoyo incluso dentro de la familia. En palabras de las propias participantes, al aportar más dinero en casa, “la actividad no será cuestionada y será apoyada”. Esto coincide con la reflexión de Ortega y Aradas Díaz (2025), quienes señalan que cuando las mujeres rurales aumentan su independencia

económica, suelen ganar mayor reconocimiento en las decisiones familiares, poniendo en valor el trabajo invisible que realizan en el campo.

Formas de violencia (2020) – Formosa

Las mujeres del proyecto relatan, según Ortega y Aradas Diaz (2025), cómo el papeleo exigido por el Estado se convirtió en un muro de desconfianza y violencia. Contaban que muchas no conocen los ingresos familiares ni tienen acceso a esa información, y al tener que rellenar formularios con sus esposos presentes, preferían ocultar montos por miedo a sus reacciones. Hubo quien abandonó el grupo avergonzada por no poder completar la documentación requerida de su familia.

La burocracia, en estos casos, terminó desencadenando violencia directa. Por ejemplo, cuando una participante pidió hacer el proyecto en la casa de su padre y no en la tierra que ocupaban informalmente con su pareja, el hombre reaccionó golpeándola. La obligación de mostrar títulos de tierra provocó la salida del grupo de esa mujer: su pareja la agredió físicamente, estuvo preso y luego ambos huyeron a Paraguay. Otro grupo de ocho mujeres tuvo un episodio similar: al solicitar la documentación de identidad, tierra y salarios, las integrantes empezaron a sentirse tan amenazadas por la tensión que preferían abandonar el proyecto. Dos de ellas efectivamente se apartaron, reduciendo el grupo a seis.

También surgieron casos interseccionales de violencia previos. Una joven, ayudada por sus padres para dejar a un maltratador y volver al campo con su hija, había conseguido un terreno para plantar frutales junto a su mamá. Quería inscribirse como participante individual, dado que estaba iniciando su independencia, pero la imposibilidad de presentar papeles de propiedad la desanimó. Su historia es un ejemplo de cómo la falta de documentación impide la autonomía de las mujeres rurales, especialmente de aquellas que intentan escapar de relaciones violentas.

Durante los días de formularios y trámites, las mujeres sufrieron también acoso institucional. Los varones de las familias comenzaban a llamar frecuentemente a las instituciones y hasta a las técnicas del proyecto, desconfiando de la tarea que se estaba realizando. En un caso extremo, un hombre fue hasta la casa de la técnica para exigir ver la documentación que su esposa estaba por firmar en el

proyecto. Las mujeres reportaron sentirse menospreciadas y desconocidas cuando debieron acudir a la policía, al juzgado o al médico debido a episodios de violencia, o simplemente para presentar gran cantidad de papeles. En esos lugares, muchas notaron un trato despectivo: las autoridades las ignoraban o subestimaban sus demandas, reforzando así la sensación de injusticia.

Estos relatos reflejan cómo la burocracia impone una forma de violencia institucional sobre las mujeres rurales. Los procedimientos administrativos, lejos de ser neutrales, reprodujeron las lógicas patriarcales al convertirse en un obstáculo que tensiona grupos y familias. Al negarles el acceso directo a la información y exigir documentos que ellas no manejaban, la institucionalidad obligó a las mujeres a exponerse al poder masculino y, en varios casos, las dejó desprotegidas frente a la violencia de género.

Los textos académicos y de organizaciones feministas coinciden en señalar que los trámites estatales pueden agravar la vulnerabilidad de las mujeres víctimas de violencia. En este contexto rural, queda claro que la burocracia no solo dificulta la participación de las mujeres en proyectos comunitarios, sino que también puede ser un disparador o agravante de agresiones. El relato de estas mujeres demuestra la urgencia de simplificar procesos y sensibilizar a las instituciones: de lo contrario, la violencia machista encuentra en los papeles un mecanismo más de control y miedo, reforzando las desigualdades existentes en el campo.

Qué revelan estas historias sobre la ruralidad del Cono Sur

Las experiencias analizadas muestran que las mujeres rurales del Cono Sur articulan de manera inseparable trabajo productivo, reproductivo y de cuidado. Sus perspectivas se construyen desde una experiencia situada, donde la planificación, la gestión del tiempo y la responsabilidad intergeneracional – expresadas en la noción de “piense” – configuran un saber estratégico, aunque socialmente invisibilizado.

Desde una perspectiva feminista situada, los relatos evidencian miradas propias sobre la producción, el cuidado y la vida comunitaria que desbordan las categorías técnicas e institucionales. Se configura así una visión integral de la ruralidad, donde la organización del trabajo se orienta al sostenimiento de la vida

antes que, a la maximización de ganancias, en línea con los aportes de Pérez Orozco (2014).

En este marco, emerge una noción ampliada de trabajo que incorpora la carga mental, la planificación y el cuidado, tal como han problematizado Corina Rodríguez Enríquez y Valeria Esquivel en relación con la organización social del cuidado. Asimismo, se identifica una lectura estratégica del territorio y la construcción de perspectivas comunitarias basadas en la reciprocidad, la dignidad y la autonomía colectiva, en sintonía con el feminismo comunitario de Julieta Paredes. Estas experiencias permiten también reconocer, como plantea Rita Segato, la persistencia de tramas de poder que organizan la desigualdad en los territorios.

La autonomía económica, en este sentido, no se reduce al ingreso monetario, sino que se vincula con la capacidad de decisión y de sostener la dignidad en los vínculos cotidianos. Estas perspectivas cuestionan la pretendida neutralidad de las políticas rurales y de las prácticas extensionistas, posicionando a las mujeres como sujetas de conocimiento y de acción territorial.

Las prácticas relevadas expresan materialmente estas perspectivas. Se destacan la organización colectiva como espacio de aprendizaje y autonomía; las estrategias de gestión del tiempo que posibilitan la participación; las prácticas productivas orientadas al autoconsumo y la generación de excedentes; y diversas formas de resistencia cotidiana frente a desigualdades económicas y culturales. Asimismo, se identifican prácticas pedagógicas basadas en la educación popular y estrategias de cuidado colectivo que sostienen los procesos organizativos. En contraste, ciertos dispositivos institucionales, especialmente burocráticos, pueden operar como formas de exclusión cuando no incorporan enfoques de género, cuidado e interculturalidad.

La potencia de estas experiencias radica en la coherencia entre perspectivas y prácticas: lo que las mujeres piensan, valoran y hacen se expresa en formas concretas de organización, producción y cuidado. A su vez, la participación en espacios colectivos amplía horizontes, fortalece la autonomía y habilita nuevas lecturas sobre el Estado, el mercado y las relaciones familiares. En este proceso, el acompañamiento técnico se redefine como un espacio de facilitación, escucha y aprendizaje mutuo.

Hacer visible lo invisible como práctica política y epistemológica

Lejos de constituir experiencias aisladas, las historias analizadas revelan patrones compartidos en territorios del Cono Sur atravesados por desigualdades de género, pobreza estructural, diversidad cultural e intervención estatal. En este contexto, la organización colectiva emerge como una práctica central que fortalece la autonomía, habilita espacios de aprendizaje y reconocimiento mutuo, y construye redes de apoyo entre mujeres.

Asimismo, las experiencias muestran que las prácticas institucionales no son neutras, sino que interactúan con relaciones desiguales de poder al interior de las familias y comunidades. Exigencias burocráticas vinculadas a ingresos, tierra o firmas pueden profundizar exclusiones e incluso derivar en situaciones de violencia, evidenciando la necesidad de enfoques de intervención que integren perspectivas de género, derechos y cuidado.

Las perspectivas y prácticas de las mujeres rurales expresan una racionalidad orientada a la sostenibilidad de la vida, donde producción, cuidado y comunidad se articulan en una visión estratégica que desafía las lógicas productivistas dominantes. En este sentido, el trabajo con mujeres rurales no puede reducirse a una estrategia productiva o de inclusión económica, sino que constituye un proceso político, pedagógico y cultural.

Hacer visible lo invisible implica reconocer que estas prácticas no son marginales, sino estructurantes de la vida rural, y que en ellas se gestan formas alternativas de organización social más justas y sostenibles. No obstante, persisten deudas significativas en materia de acceso a derechos, particularmente en relación con la salud, la seguridad social y las migraciones forzadas.

Referencias

Aradas Díaz, M. E. (2014). Desestructuración y reestructuración en las formas de producción y comercialización de los agricultores familiares: Aportes desde la perspectiva de género [Tesis de maestría]. Universidad Nacional de Rosario. Repositorio Institucional UNR. <https://hdl.handle.net/2133/21104>

- Benería, L. (2006). Trabajo productivo/reproductivo, pobreza y políticas de conciliación. *Nómadas*, 24, 8-21.
- Biaggi, C., Canevari, C., y Tasso, A. (2007). Mujeres que trabajan la tierra. PROINDER – Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Carrasco, C. (2003). La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de mujeres? En C. Carrasco (Ed.), *Mujeres y economía* (pp. 5-25). Icaria.
- Carrasco, C., Borderías, C., y Torns, T. (2011). El trabajo de cuidados: Historia, teoría y políticas. Los Libros de la Catarata.
- Elson, D. (1995). *Male bias in the development process*. Manchester University Press.
- Esquivel, V. (2011). La economía del cuidado en América Latina: Poniendo los cuidados en el centro de la agenda. PNUD.
- Fals Borda, O. (1987). La investigación-acción participativa: Política y epistemología. Tercer Mundo Editores.
- Federici, S. (2013). Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Traficantes de sueños.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.
- Mingo Acuña Anzorena, M. E. (2014). Desde la voz de las mujeres. Invisibilización, aprendizaje y oficio de las obreras agroindustriales. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 14(4), 319-328. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1490>
- Moser, C. O. N. (1993). *Gender planning and development: Theory, practice and training*. Routledge.
- Noceti, B. (1997). ¿Por qué lo privado no se hace público? Investigación participativa con mujeres de sectores populares urbanos y rurales. Editorial Espacio.
- Ortega y Villasana, P., y Aradas Díaz, M. E. (2025). Extensión rural con enfoque de género: Irrupción de las violencias machistas. XVI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres XI Congreso Iberoamericano de Estudios de Género. [Información de publicación del congreso, si está disponible].
- Paredes, J. (2010). Hilando fino desde el feminismo comunitario. Comunidad Mujeres Creando Comunidad.
- Pérez Orozco, A. (2007). Cadenas globales de cuidado. INSTRAW.
- Pérez Orozco, A. (2014). Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida. Traficantes de sueños.

- Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. Nueva Sociedad, 256, 30-44.
- Román, M. (2009). Una mirada con enfoque de género sobre el trabajo rural. Primer Encuentro del Observatorio de Género y Pobreza. <http://www.generoypobreza.org.ar/index.php/archivo-doc/item/171-una-mirada-con-enfoque-de-genero-sobre-el-trabajo-rural>
- Segato, R. L. (2015). La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda. Prometeo Libros.
- Stolen, K. A. (1996). Género, trabajo y poder en el agro argentino. FLACSO.

Conocer midiendo el tiempo. Trabajo doméstico y de cuidados en la ruralidad argentina

Daniela Pessolano¹, María Florencia Linardelli² y Micaela Lisboa^{3,4}

La medición de los cuidados es un asunto que ocupa a los estudios de género y feministas, especialmente aquellos realizados desde la sociología y la economía, desde hace al menos dos décadas en América Latina. La intención de cuantificar estas tareas, otorgarles valor monetario y contabilizar su extensión temporal forma parte de los esfuerzos académicos feministas para contribuir al reconocimiento y, ulteriormente, reducción y redistribución de las labores que sostienen la vida.

Las Encuestas de Uso del Tiempo (EUT) resultan una herramienta estratégica para generar información sobre la carga diferencial de Trabajo No Remunerado (TNR)⁵ entre varones y mujeres, pero también entre mujeres con diferentes ingresos, niveles educativos, procedencias socioculturales y situaciones familiares. Estos instrumentos se comenzaron a aplicar en la región en la década del noventa, con diferentes frecuencias y alcances, pero con un progreso sostenido en cuanto a su implementación.

¹ Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), e Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (INCIHUSA, CONICET), Argentina. danipessolano2016@gmail.com

² Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (INCIHUSA, CONICET), Argentina. linardellimf@gmail.com

³ Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (INCIHUSA, CONICET) y Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), Argentina. lisboa.mica89@gmail.com

⁴ En este capítulo recuperamos algunos contenidos del artículo “La jornada diaria de las mujeres rurales argentinas. Un enfoque cuantitativo y de género” de autoría de Florencia Linardelli y Daniela Pessolano que se encuentra en revisión por la revista Estudios Rurales del Centro de Estudios de la Argentina Rural de la Universidad Nacional de Quilmes.

⁵ Esta categoría es utilizada para aludir a las labores domésticas y de cuidados en este tipo de relevamientos, según lo propuesto por la Clasificación de Actividades de Uso del Tiempo en América Latina (CAUTAL). Su foco en la condición no remunerada de la actividad se asocia, en buena medida, con que estas encuestas procuran producir información para el Sistema de Cuentas Nacionales.

A pesar de estos avances, existe un asunto que ha sido menos abordado por los relevamientos de uso del tiempo. Se trata de las diferencias territoriales que modelan el TNR y generan diferentes cargas, actividades y patrones de distribución temporal. Esta carencia se asocia con que la mayor parte de las EUT en Latinoamérica se realizan en aglomerados urbanos y zonas metropolitanas, existiendo pocas exploraciones en las áreas rurales (Mascheroni, 2021). En Argentina, la información cuantitativa disponible sobre TNR es reciente y limitada, en general, mientras que no se registra producción de datos oficiales nacionales en zonas rurales, en particular.

En ese contexto, entre 2022 y 2024 un grupo de investigadoras, docentes y activistas nos reunimos para elaborar y aplicar una EUT orientada a relevar las especificidades y la magnitud de la carga de trabajo de las mujeres que habitan en territorios rurales argentinos. El estudio se llevó a cabo en cuatro provincias argentinas: Mendoza, Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba, en las que recabamos información cuantitativa de 296 mujeres adultas sobre sus hogares, viviendas y formas de producción, como también sobre la división sexual del trabajo y el uso del tiempo.

Uno de los hallazgos centrales de la investigación fue advertir que todas las encuestadas destinaban aunque sea 10 minutos de su día al TNR y que representaba para ellas una alta carga de tiempo promedio, de 8:16 horas y minutos. Esta cifra es superior a la dedicada por estas mujeres al trabajo en la ocupación y mayor que la hallada por la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (2021) para mujeres que residen en zonas urbanas (INDEC, 2022). Por esa razón, en este capítulo sistematizamos específicamente los datos que arrojó la encuesta sobre el TNR. El objetivo principal es presentar los hallazgos que permiten caracterizar las labores domésticas y de cuidado en las zonas rurales estudiadas, desde una perspectiva cuantitativa y de género.

Subyace a este propósito el supuesto de que, afortunadamente, los estudios sobre cuidados en zonas rurales han dejado de ser una rareza y constituyen un tópico

que no ha cesado de crecer desde las últimas décadas del siglo XX. Actualmente contamos con diversas investigaciones en las que predominan estrategias cualitativas y estudios de alcance local, que ofrecen información profunda y relevante, pero evidencian un desequilibrio en el tipo de conocimiento disponible. En efecto son menores y escasos los trabajos que realizan un abordaje cuantitativo.

Entre ellos se destaca literatura sobre el uso del tiempo en la ruralidad, trabajos que identifican acusadas brechas de género y residencia en la carga de cuidados, a la vez que señalan la necesidad de desarrollar instrumentos de medición adecuados a la especificidad de los contextos agropecuarios para subsanar los actuales vacíos de datos (Logiovine y Bianqui, 2024; Pessolano y Linardelli, 2025; Basaldi y Motta, 2021; Peña y Uribe, 2013). También se advierte que en la ruralidad latinoamericana, factores estructurales como la dispersión territorial y la carencia de servicios, junto con una división sexual del trabajo tradicional, operan como barreras para la implementación efectiva de políticas de cuidado (Mascheroni, 2021). Por último, la evidencia también indica que, si bien el trabajo doméstico constituye una constante en todos los hogares, la carga de cuidados representa una labor intensiva condicionada por la presencia de personas dependientes, lo cual se traduce en una menor participación en el mercado laboral remunerado para las mujeres del ámbito rural en comparación con otros grupos sociodemográficos (Gómez y Balbuena, 2021; Charmes, 2019; Nobre y Hora, 2017; Batthyány, 2011; Dos Santos et al., 2020).

En ese contexto, entendemos que es imperioso contribuir a generar información cuantitativa que profundice el conocimiento disponible, permita identificar tendencias a nivel nacional y regional, y advierta problemáticas comunes a diferentes territorios. El estudio que aquí presentamos intenta constituir un pequeño paso de cara a los desafíos señalados.

El capítulo se organiza en dos secciones. En primer lugar, exponemos las características metodológicas del estudio realizado. En segundo lugar, sistematizamos y analizamos información específica sobre TNR, en torno a tres

tópicos: 1) los rasgos del entorno doméstico y territorial en que se desempeñan estas tareas; 2) su distribución entre los/as integrantes de hogar y 3) sus características distintivas: alta carga temporal, extensión durante la mayor parte del día y la simultaneidad de tareas. Finalmente, las conclusiones apuntan a sintetizar las principales tendencias advertidas por la experiencia de investigación enmarcada en el PICTO 2022-GÉNERO- 00020 (2023).

Encuadre metodológico del estudio

El estudio que realizamos tuvo como objetivo principal diseñar y aplicar un instrumento cuantitativo para registrar la magnitud y las especificidades de la carga de trabajo (remunerado y no remunerado) que recae sobre las mujeres residentes en territorios rurales de Argentina. Nos propusimos generar información pertinente para la formulación de políticas públicas en materia de cuidados y desarrollo agrario, además de proveer datos valiosos para las instituciones dedicadas a la producción estadística oficial.

La muestra estuvo conformada por 296 mujeres de 18 años o más que, en el momento de la encuesta, residían de forma permanente, o la mayor parte del año, en zonas rurales de las provincias de Mendoza, Tucumán, Córdoba y Santiago del Estero, y que realizaban trabajo agropecuario, independientemente de si este era o no su ocupación principal. Se relevaron aproximadamente 74 mujeres por provincia. Se adoptó un muestreo no probabilístico y multietápico, seleccionando primero las provincias, luego las zonas (departamentos o localidades) y, finalmente, las unidades de análisis individuales.

Es fundamental reconocer la diversidad de la ruralidad abordada. Como señala Alberti (2023) el espacio rural dista de ser homogéneo, presentando matices según se trate de pueblos rurales, áreas periurbanas de producción hortícola o asentamientos dispersos. En consecuencia, las mujeres encuestadas representan un espectro amplio y heterogéneo de realidades rurales.

La técnica utilizada fue la encuesta, que se tradujo en un instrumento configurado en dos partes: la primera recuperó datos sobre las características de las viviendas, los hogares, los entornos de vida, los ingresos monetarios, la producción

agropecuaria y la forma de dividir el trabajo de autoconsumo, doméstico y de cuidados. La segunda consistió en un diario de actividades (Delfino, 2009), organizado como una grilla cerrada que cubría las 24 horas del día, comenzando desde las 00:00 hasta las 23:59 horas, dividida en bloques horarios de 10 minutos. En cada rango horario se podía registrar hasta dos actividades simultáneas, que fueron codificadas utilizando la Clasificación de Actividades de Uso del Tiempo para América Latina y el Caribe (CAUTAL) (Gómez Luna, 2016).

En cuanto al trabajo de campo, participamos extensionistas, activistas, docentes e investigadoras de distintas provincias del país⁶ en colaboración con organizaciones sociales territoriales, cuya labor fue fundamental para viabilizar el relevamiento. Las encuestadoras fueron seleccionadas y acompañadas por equipos técnicos que conformamos en cada provincia. Ellas completaron el formulario físico de forma presencial y manual junto a las participantes y, específicamente para el diario, preguntaron por las actividades realizadas el día anterior.

Posteriormente, los formularios fueron recepcionados y revisados por los equipos y se procedió a la carga, procesamiento y un primer análisis de la información a través del programa SPSS.

Las mujeres encuestadas, su contexto territorial y el entorno doméstico

El relevamiento se llevó a cabo en cuatro provincias argentinas, abarcando un total de 15 departamentos. La selección de territorios procuró captar grupos representativos de la producción agropecuaria local, asegurando cierta diversidad agroecológica y sociolaboral.

En Mendoza, la economía agropecuaria presenta un profundo contraste, determinado históricamente por el acceso al agua: los oasis agrícolas irrigados y el secano ganadero (Linardelli, Pessolano y Rodríguez Agüero, 2021). Por ello, se seleccionaron dos áreas representativas de esta dualidad. Por un lado, el departamento Lavalle, zona donde predominan las actividades ganaderas de

⁶ Fue un trabajo coordinado entre distintos equipos: Cecilia Canevari, Rosa Isac, Irma Chazarreta, Priscila Badillo, Nadia Hoyos y Lucrecia Gil Villanueva (INDES, Santiago del Estero), Daniela Pessolano y María Florencia Linardelli (INCIHUSA, Mendoza) Mariana Gamboa, Alejandra Domínguez y Paula Gaitán (UNC, Córdoba) y Marilú Aradas, Cristina Biaggi y Carolina Cerniak (INTA Tucumán).

subsistencia (principalmente cría de caprinos) realizadas por los/as puesteros/as. Por otro lado, el departamento de Maipú, zona irrigada orientada a la agroindustria vitivinícola, olivícola, frutícola y hortícola. Aquí se encuestó a mujeres productoras de hortalizas, que operan usualmente bajo el régimen de aparcería. En este esquema, la mano de obra –generalmente familiar– contribuye a cambio de un porcentaje de la cosecha (entre 20% y 30%). También se incluyó a mujeres contratistas de la vitivinicultura; obreras sin tierra que trabajan una parcela familiar por una remuneración mínima y un porcentaje de la cosecha. En ambos regímenes, es habitual que los acuerdos se formalicen a través del varón, por lo que usualmente mujeres e infancias trabajan sin pago.

El relevamiento en Santiago del Estero también incluyó zonas de secano y de regadío. Las primeras, en los departamentos de Pellegrini, Copo y Alberdi. Allí las encuestadas fueron mujeres dedicadas principalmente a la producción agrícola de cucurbitáceas para autoconsumo, crianza de animales menores y actividades forestales (carbón vegetal). Una práctica sociolaboral clave entre ellas es la migración estacional a cosechas de otras provincias. Un grupo significativo de encuestadas se identifica como parte de los pueblos originarios chunupíes, paizanes, lules, vilelas y tonocotés. Las encuestas en zonas de regadío se realizaron en los departamentos Robles y Banda. Estas áreas cuentan con infraestructura hídrica desarrollada y prevalece la agricultura familiar (parcelas menores a 25 hectáreas), complementada con la crianza de animales para consumo. Los cultivos incluyen hortalizas, alfalfa y algodón. Esta agricultura coexiste con la operación de empresas agroindustriales de gran escala orientadas a la exportación.

En Córdoba, el trabajo de campo se focalizó en el norte y oeste de la provincia, abarcando una importante diversidad productiva. En el norte, las localidades relevadas fueron Río Seco, Tulumba y Cruz del Eje, zonas con perfiles productivos que van desde las actividades agropecuarias históricas (Río Seco) hasta la integración de turismo y comercio (Tulumba y Cruz del Eje). En el oeste, encuestamos en San Alberto y Pocho, departamentos con un perfil diversificado en agricultura, ganadería y turismo. En conjunto, las mujeres encuestadas en Córdoba participan en la ganadería (vacuna y caprina), la elaboración de alimentos (mieles, quesos, dulces) para autoconsumo y comercio, y en nuevas unidades productivas

(textiles, cosmética, reciclados). Estos territorios surcan escenarios complejos, pues la tenencia de la tierra se enfrenta al avance de la frontera agropecuaria y al mercado inmobiliario.

El relevamiento en Tucumán se desplegó en el centro y sur de la provincia, con dos estructuras productivas bien definidas. La zona Centro, específicamente el departamento Lules, es la principal área hortícola de la provincia (frutilla, tomate, pimiento), actividad que se ve afectada por la expansión urbana. Gran parte de las familias productoras son de origen boliviano y trabajan bajo el régimen de aparcería. Las mujeres mantienen una presencia constante y activa en las labores agrícolas, junto a sus parejas. En la zona Sur, puntualmente los departamentos de Río Chico y Monteros, predomina la producción de caña de azúcar, desarrollada en unidades minifundistas. La mecanización de la cosecha ha desplazado a las mujeres de las tareas agrícolas principales, concentrándose en el cuidado del hogar y trabajos en el sector de servicios o comercio. La participación en el autoconsumo y la migración temporal de varones a otras provincias refuerzan su rol en el mantenimiento del predio familiar.

Ahora profundizaremos en algunas características de las mujeres encuestadas. Respecto de la edad, tienen entre 18 y 89 años, predominando el grupo etario entre 21 y 60 años, que representa el 69% de la muestra. Más de dos tercios de ellas están en pareja: un 42% convive en uniones de hecho y un 30% están casadas. La mitad posee estudios primarios, el 30,7% alcanzó estudios secundarios, y un 2,7% nunca asistió a la escuela. Al indagar si, además de las tareas del hogar, realizaban otro tipo de trabajo, el 90% respondió afirmativamente; en el 63% de estos casos se trata de un trabajo agropecuario, mientras que sólo el 10% de estas mujeres cuenta con aportes jubilatorios por dicha actividad.

En relación con los hogares, el 41% son numerosos, es decir, cuentan con cinco o más integrantes. Además, en el 61% hay personas que demandan cuidados, entendidas como aquellas que requieren asistencia para realizar actividades básicas de la vida diaria – alimentarse, asearse, cuidar su salud o trasladarse-. En lo que respecta a la cobertura de salud, predomina ampliamente el sistema público estatal (78%), y en consecuencia, el 75% de las personas de estos hogares utiliza

habitualmente efectores públicos, en sus diferentes niveles (hospitales, centros de salud y postas sanitarias).

En los territorios analizados, las tareas domésticas y de cuidado suelen superponerse con el trabajo agropecuario, en gran medida porque la mayoría de las encuestadas (72%) vive junto a sus familias en el mismo predio donde trabajan o en sus inmediaciones. Además, las condiciones de la vivienda y del entorno rural tornan más complejas las tareas de cuidados. Entre las principales dimensiones que presionan sobre el TNR de las mujeres se destacan:

- La escasez de tecnologías domésticas, ya que el 92,6% de los hogares carece de calefón, estufa, lavarropas y/o heladera.
- El tipo de fuentes de combustible para cocinar y calefaccionar, pues la mayoría de los hogares usa gas envasado (67%), muy pocos cuentan con gas de red (el 5%) y un porcentaje significativo usa leña o carbón (20,3%).
- El acceso al agua para consumo diario, dado que el 44% de los hogares debe buscarla fuera de la vivienda –dentro o fuera del terreno– a partir de pozos, perforaciones, cisternas o aljibes.
- La disponibilidad de baño, dada su importancia para la higiene personal y de los/as dependientes. En un 42% de los hogares encuestados el baño se ubica fuera de la vivienda y el 5% de las viviendas no tiene baño de ningún tipo.
- Las distancias y las condiciones de tránsito hasta instituciones de cuidado: un 80% de las encuestadas debe recorrer más de 20 km para llegar a un hospital, un 68% para acceder a una oficina de ANSES, un 24% para llegar al municipio, un 15% a una tienda de provisiones y un 12% a una escuela secundaria.
- El limitado acceso al transporte público, ya que en el 39% de los hogares se deben transitar al menos 10 km para conseguirlo, situación directamente relacionada con que el 51% de las familias recurren a medios privados, como remises, con elevados costos.

A este panorama se suma una situación crítica en términos socioeconómicos. Al momento de la encuesta, realizada en agosto de 2023, el 97% de los hogares analizados se encontraba bajo la línea de pobreza y el 62% bajo la línea de indigencia.

Si bien los ingresos son sólo una parte de los recursos que utilizan los hogares rurales para subsistir –dado que la producción de autoconsumo es una estrategia común–, estos datos evidencian la escasez de recursos monetarios que enfrentan en determinados momentos del año. También es importante destacar que una proporción significativa de los ingresos provenía de transferencias monetarias de programas sociales: el 89% de los hogares recibía alguna de estas transferencias y, dentro de ese grupo, el 48% percibía la Asignación Universal por Hijo/a, el 37% el programa Potenciar Trabajo y el 32% la Tarjeta Alimentar.

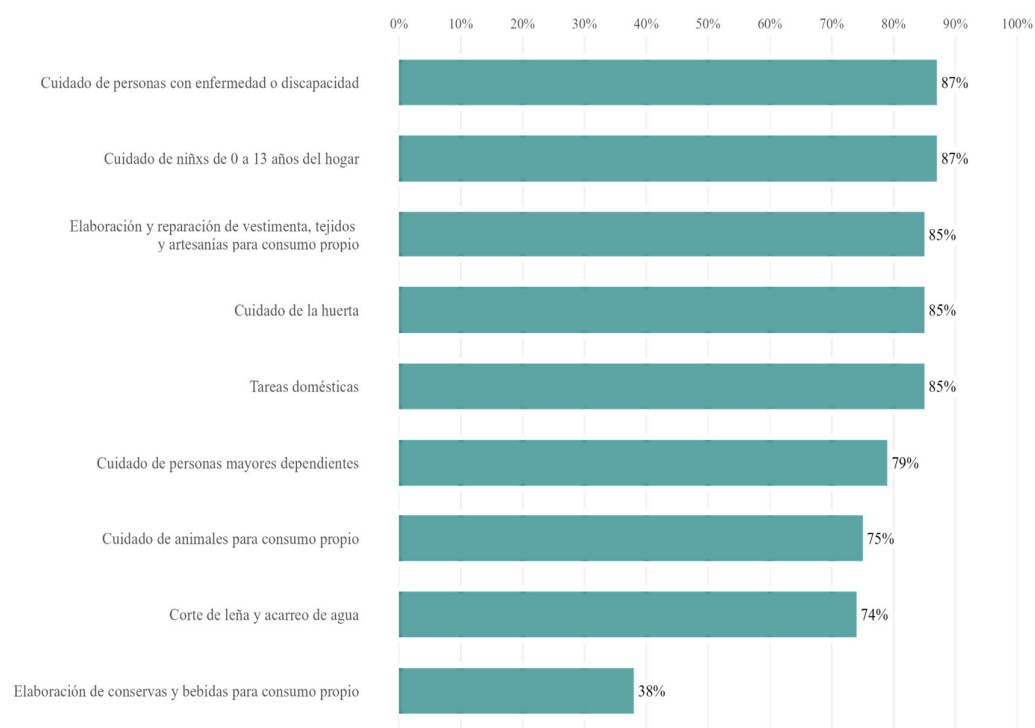
Distribución del trabajo no remunerado entre las/os integrantes de hogar⁷

Un primer asunto que considerar es la distribución de responsabilidades domésticas y de cuidado al interior de los hogares. Identificar entre quiénes se reparten estas tareas y su concentración o distribución nos ofrece referencias generales sobre la división sexual y generacional del trabajo. Para captar esta cuestión se les pidió a las mujeres encuestadas que identificaran quién/es, de manera habitual, se ocupaban de las diversas tareas que usualmente componen el TNR en los hogares rurales. Las tareas que relevamos incluyeron: 1) tareas domésticas, como preparar y servir comida, limpiar la vivienda, la ropa o el calzado, mantener o hacer reparaciones menores en el propio hogar, administrar el hogar, hacer las compras, cuidar mascotas y plantas; 2) cuidado de niños del hogar de 0 a 13 años; 3) cuidado de personas con enfermedad o discapacidad; 4) cuidado de personas mayores dependientes; 5) corte de leña y acarreo de agua; 6) cuidado de la huerta; 7) cuidado de animales para consumo del propio hogar; 8) elaboración de conservas y bebidas para consumo del propio hogar y; 9) elaboración y reparación de vestimenta, tejidos y artesanías para consumo del propio hogar. La figura que sigue muestra el porcentaje de hogares en los que una persona integrante del propio hogar es la responsable principal por las diferentes tareas que componen el TNR.

⁷ Para este apartado recuperamos un primer procesamiento y análisis de datos realizado por Susana Morales (2024) que se plasmó en el informe *El trabajo de las mujeres rurales. Una propuesta para la medición del trabajo de cuidados en áreas rurales del NOA, Cuyo y Centro*.

Figura 1

Hogares en los que el/la responsable principal de las tareas no remuneradas es un componente del hogar, por tarea, en porcentajes



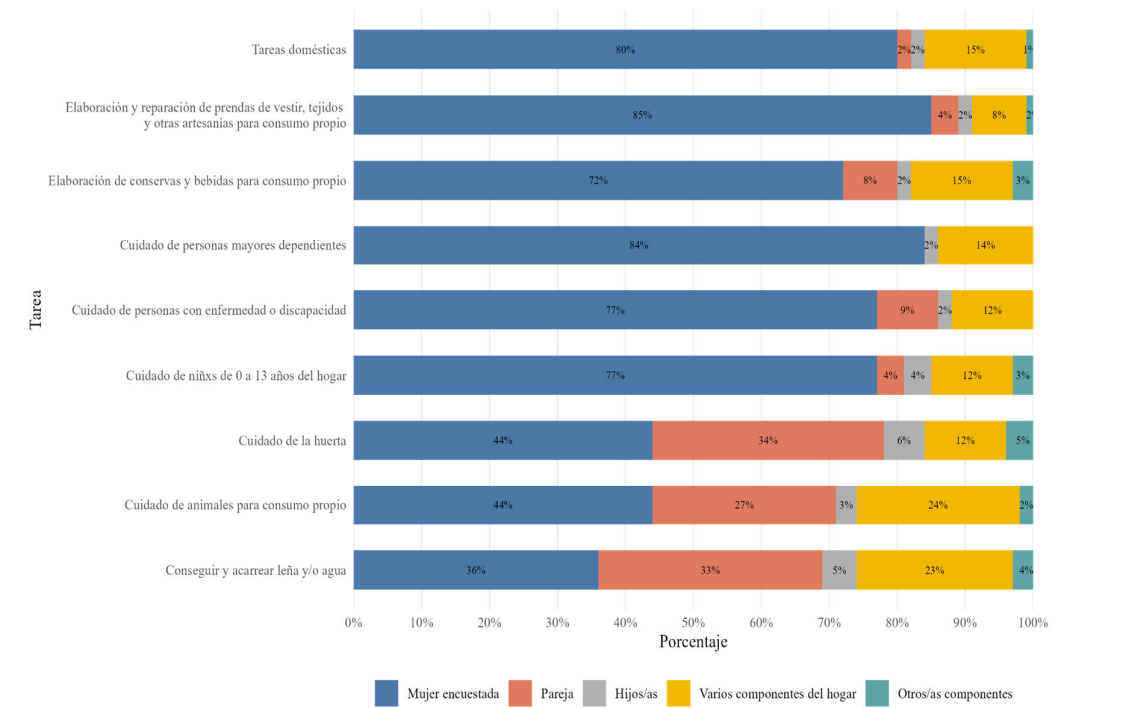
Nota. Elaboración propia con base en datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020 y sistematización de Morales (2024).

Los datos recabados permiten corroborar, en primera instancia, el carácter profundamente familiarista de la organización social del cuidado en los territorios estudiados. Tal como se observa en la figura 1, la resolución de las necesidades reproductivas y de subsistencia recae de manera abrumadora sobre los propios miembros del hogar, evidenciando una escasa o nula tercerización de estas labores en el mercado o en servicios públicos.

En siete de las nueve actividades relevadas –que van desde el cuidado de personas dependientes hasta el mantenimiento de huertas–, más del 74% de las encuestadas indicó que la responsabilidad principal es asumida exclusivamente por un componente del hogar. Esta tendencia se agudiza en los “núcleos duros” del cuidado: la atención a niños y niñas (87%), a personas con discapacidad o enfermedad (87%) y la realización de tareas domésticas generales (85%) se resuelven casi en su totalidad puertas adentro. La única excepción a esta tendencia se registra

en la elaboración de conservas y bebidas, donde la resolución por parte de miembros del hogar desciende al 38%. Esto podría explicarse por el carácter estacional de la actividad o por la existencia de redes comunitarias e intercambios vecinales que trascienden la unidad doméstica para este tipo de producción.

Figura 2
Componente del hogar identificado como responsable principal del TNR por tarea, en porcentajes



Nota. Elaboración propia con base en datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020 y sistematización de Morales (2024).

A su vez, en los hogares en que la persona encargada del TNR es un componente del hogar, en una ostensible mayoría de tareas y casos, las mujeres declararon ser las que habitualmente realizan esas labores, como muestra la figura 2.

Si el primer gráfico confirma que los hogares rurales deben ser autosuficientes para las tareas de reproducción de la vida, el segundo revela que esa autosuficiencia se sostiene fundamentalmente sobre el trabajo de las mujeres. Al

desagregar quiénes son las personas responsables de estas tareas al interior de la familia, la división sexual del trabajo se manifiesta con notoria rigidez.

En lo que respecta a las labores reproductivas básicas, la asimetría es casi absoluta. Las mujeres encuestadas son las responsables principales de las tareas domésticas en un 80% de los casos, frente a un escaso 2% de participación de sus parejas. Esta brecha se replica en el cuidado directo: en la atención a personas mayores dependientes, la responsabilidad femenina asciende al 84%, mientras que la participación de los cónyuges es nula (0%). Del mismo modo, en el cuidado de infancias, las mujeres asumen el rol principal en un 77% de los hogares, en contraste con el 4% asumido por los varones.

Sin embargo, uno de los hallazgos más relevantes de este estudio es que la sobrecarga femenina trasciende el umbral de lo doméstico y avanza sobre las tareas de autoconsumo y obtención de recursos, actividades que el imaginario tradicional suele masculinizar. Los datos cuestionan la dicotomía que asigna a las mujeres el espacio de la casa y a los varones el del predio.

Como se observa en la figura 2, en tareas como conseguir leña y acarrear agua las mujeres (36%) superan ligeramente a sus parejas (33%) como responsables principales. Esta tendencia se mantiene en el cuidado de la huerta (44% mujeres frente a 34% parejas) y en la cría de animales para consumo (44% mujeres frente a 27% parejas).

Finalmente, la categoría de responsabilidad compartida (“Varios componentes del hogar”) muestra porcentajes bajos en general, alcanzando sus máximos apenas en el cuidado de animales (24%) y la obtención de agua y leña (23%). Esto sugiere que la corresponsabilidad es la excepción y no la norma: el trabajo no se distribuye equitativamente, sino que se asigna a una figura central –las mujeres– que sostienen tanto la reproducción biológica y social de la familia como gran parte de la producción de alimentos y recursos para la subsistencia.

El trabajo no remunerado a lo largo del día. Carga temporal, tareas y simultaneidad

Para comenzar esta sección es preciso clarificar el lugar que ocupa el TNR en un día de las mujeres rurales⁸. Los datos del PICTO 2022-GÉNERO- 00020 (2023) indican que el tiempo de trabajo total de las encuestadas (en promedio, por día) es de 13:26 h. Al observar con mayor detalle esa información, identificamos que dedican 6:17h al trabajo en la ocupación, 3:40h a las actividades de autoconsumo y 8:16h al TNR⁹. En efecto, este último tipo de trabajo es el que declaran con mayor carga horaria y además es el más extendido, pues todas las mujeres lo atestiguan en sus diarios de actividades.

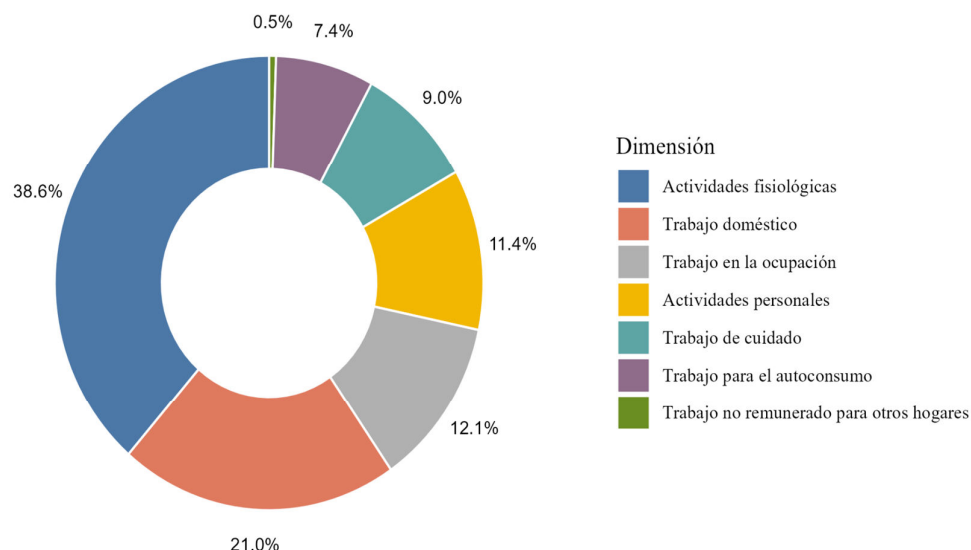
En la figura 3 podemos ver representada la participación relativa que tienen cada una de las actividades en un día, para el total de las mujeres. Como es esperable las actividades fisiológicas (que incluyen dormir), se llevan la mayor proporción (38.6%). Las actividades incluidas en el TNR (domésticas, de cuidado y remuneradas para otros hogares) ocupan casi un tercio (30.6%) del total del tiempo social, que representa al trabajo más declarado. Mientras que el trabajo en la ocupación tiene una participación relativa bastante menor (12.1%). Ahora bien, si consideramos el trabajo para el autoconsumo junto a las tareas domésticas y de cuidado, ya que las tres permiten la sostenibilidad de la vida en el campo, puede apreciarse que el 38% de la jornada se orienta a actividades de reproducción y subsistencia, incrementando la diferencia con el trabajo en la ocupación. En conjunto, la figura 3 ilustra una organización del tiempo donde la supervivencia material (autoconsumo y ocupación) y el sostenimiento del hogar (doméstico y cuidados) absorben la mayor parte de la vigilia, confirmando la centralidad del trabajo femenino en el mantenimiento de la vida rural.

⁸ Los indicadores que recuperamos aquí son el tiempo promedio por participante por día, esto es el “...tiempo total que se dedica a cada actividad dividido por el total de las personas que participaron en la actividad (no por el total de las encuestadas)” (INDEC, 2022: 68). Este cálculo lo expresamos en horas: minutos. Asimismo utilizamos el tiempo con simultaneidad, que significa que, si hay dos actividades en el mismo rango horario, se les asigna a las dos el tiempo total (sin dividirse). De esta manera, la suma del tiempo con simultaneidad en cada diario puede superar las 24 horas (INDEC, 2022).

⁹ El promedio de tiempo en cada una de las actividades se calcula según la cantidad de participantes, que varía entre una y otra, por lo tanto, la suma simple de estas actividades no equivale al tiempo de trabajo total.

Figura 3

Distribución porcentual del tiempo social por dimensión para todas las encuestadas¹⁰



Nota. Elaboración propia con base en datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020.

Al interior del TNR nos parece útil diferenciar la carga específica que demandan, por un lado, las actividades domésticas y, por otro, las de cuidado. La tabla 1 expone que la primera actividad la realizaron todas las encuestadas, con un tiempo diario promedio de 5:44h. La segunda, en cambio, fue desarrollada por una proporción menor (177 mujeres) con una dedicación de 4:14h promedio por participante. Aquí resulta llamativo que, si bien fueron menos encuestadas las que declararon cuidar ese día, las que lo hicieron mantuvieron una alta carga horaria.

Tabla 1

Tiempo de trabajo en actividades domésticas y de cuidados promedio social y por participante (con simultaneidad)

¹⁰ Es el porcentaje de horas que el total de encuestadas le dedican a cada actividad.

	Participantes	Promedio social	Promedio por participante
Actividades domésticas	296	5:44	5:44
Trabajo de cuidado	177	2:26	4:14

Nota. Elaboración propia con base en datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020.

Esta información nos permite advertir, por una parte, una participación plena en el trabajo doméstico que confirma que estas tareas son una base constante e ineludible de la vida cotidiana rural. Por otra parte, si bien el número de participantes que reportan tareas de cuidado es menor, la carga horaria que asumen es muy elevada, equiparable a media jornada laboral promedio. En ese contexto, advertimos que el compromiso y los costos que implica cuidar, en el marco de la injusta forma de organizar el cuidado en nuestras sociedades, se agudizan en zonas rurales por falta de servicios y medios de transporte, así como por las distancias a recorrer, solo por nombrar algunas marcas territoriales.

Otro factor determinante para la magnitud de la carga de TNR es la presencia de personas demandantes de cuidado en el hogar; es decir, de integrantes que requieren asistencia para actividades básicas de la vida diaria, como la alimentación, el aseo, la salud o el traslado. En este estudio, el 61% de los hogares analizados cuenta con personas que necesitan esa atención. Entre ellos, en el 60% de los casos, la demanda proviene de niños y niñas menores de 13 años, cuyo promedio de edad se sitúa en los 5,4 años.

Tabla 2

Tiempo diario promedio de las encuestadas de trabajo total y no remunerado

	Trabajo Total	TNR
Sin demandantes de cuidado	11:40	6:11
Con demandantes de cuidado	14:33	9:35

Nota. Elaboración propia con base en datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020.

Como se aprecia en la tabla 2, esta configuración doméstica incide de manera drástica en la distribución del tiempo: mientras que en hogares sin demandantes la jornada de trabajo total es de 11:40 horas, la presencia de personas dependientes la eleva a 14:33 horas diarias. Este incremento de casi tres horas recae casi exclusivamente sobre el ámbito no remunerado, el cual escala de 6:11 a 9:35 horas en contextos con necesidades de cuidado. Estos datos demuestran que, ante la carencia de servicios e infraestructura en el territorio rural, las mujeres absorben la demanda mediante una intensificación extrema de su tiempo. A su vez, señalan la presión que ejerce el TNR en la cotidianidad de las mujeres cuando hay demandantes de cuidados, pues absorbe casi el 65% de la jornada total de trabajo.

Al desagregar el trabajo no remunerado (TNR) en tareas específicas, emerge una radiografía detallada sobre las exigencias temporales que configuran la cotidianidad en el campo. La información sistematizada en la tabla 3 permite jerarquizar estas actividades por la cantidad de mujeres que las realizan y, a su vez, comparar la densidad horaria que imponen. La tabla además incluye las tareas de autoconsumo pues, aunque los clasificadores de actividades que se utilizan para las EUT separen el TNR del orientado al autoconsumo, en la jornada de trabajo de las mujeres rurales son tareas estrechamente relacionadas, que responden a la misma lógica de reproducción y subsistencia familiar¹¹.

Tabla 3

Principales actividades de TNR y de autoconsumo, por tasa de participación y tiempo promedio diario dedicado a la actividad

¹¹ Si bien la encuesta que aplicamos registró por separado TNR y trabajo de autoconsumo, dado que seguimos en gran medida la CAUTAL, el análisis conjunto de su carga responde al reconocimiento del estrecho vínculo entre producción y reproducción.

Actividad	Participantes en la actividad	Tiempo promedio
TRABAJO NO REMUNERADO		
Preparar y servir comida	292	2:36
Limpieza de la vivienda	259	1:39
Cuidado y apoyo a miembros del hogar de 0 a 14 años	134	3:09
Limpieza y cuidado de ropa y calzado	190	1:42
Acompañamiento y traslados de miembros del hogar de 0 a 14 años	85	1:16
TRABAJO PARA EL AUTOCONSUMO		
Cría y cuidado de animales y productos derivados	146	2:33
Recolección de leña	73	0:44
Cuidado de la milpa, parcela, huerto o similares	39	1:08
Otras actividades primarias para el autoconsumo	37	0:42
Compras y traslado relacionados con actividades de autoconsumo	18	1:19

Nota. Elaboración propia con base en datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020.

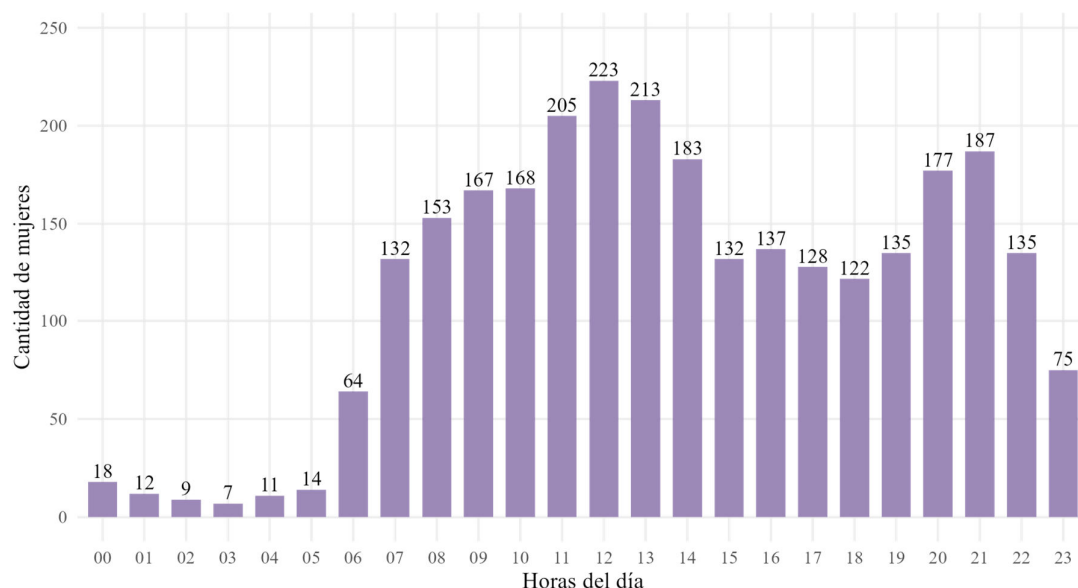
La tabla 3 muestra algunos datos relevantes. En primer lugar, dentro del TNR, el cuidado y apoyo a miembros del hogar de 0 a 14 años, es la actividad que mayor tiempo insume por participante con un promedio de 3:09 horas diarias. Aunque es la tarea más demandante temporalmente, no tiene la participación más alta, pues es declarado por 134 mujeres. En segundo lugar, observamos ciertas tareas que operan como un “piso” ineludible en la jornada laboral de las mujeres. Preparar y servir comida es la actividad declarada por mayor cantidad de encuestadas, involucrando a 292 de ellas, con una carga de 2:36 horas. La limpieza de la vivienda (1:39 h) y el cuidado de ropa y calzado (1:42 h) también muestran una alta tasa de participación y reflejan el esfuerzo constante por el sostenimiento de las condiciones de habitabilidad. También aparece con notoria carga el

acompañamiento y el traslado de miembros del hogar de 0 a 14 años (1:16 h). Finalmente, en la carga del trabajo para el autoconsumo, la dedicación horaria a la cría de animales (2:33 h) es la tarea temporalmente más intensa y declarada, algo que señala las peculiaridades de la domesticidad rural y el modo específico en que las mujeres de estos territorios satisfacen las necesidades de alimentación de sus hogares.

A continuación, avanzamos sobre la distribución del TNR a lo largo del día y, para ello, elaboramos un gráfico de barras (figura 4) que representa la cantidad de encuestadas que realizan trabajo no remunerado en los distintos horarios del día. Contabilizamos a quienes declararon que habían realizado estas tareas al menos durante 10 minutos.

Figura 4

Cantidad de mujeres que realizan trabajo no remunerado en cada hora del día



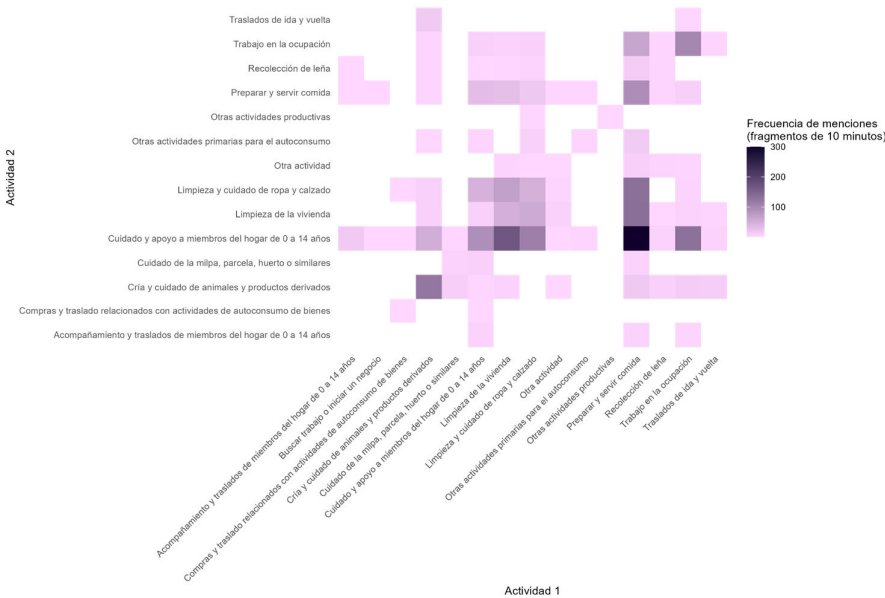
Nota. Elaboración propia con base en datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020.

Si observamos con detenimiento la figura 4, identificamos que el tipo de trabajo en cuestión se extiende aproximadamente 18 horas (desde las 6:00 hasta las 00:00 h) con un patrón disperso y presenta dos picos de actividad: el primero, entre las 11:00 y las 15:00 h, y el segundo, desde las 20:00 hasta las 22:00 h. Según los datos que sistematizamos en la Tabla 3 esa mayor carga de tiempo se relaciona probablemente con las diversas tareas para asegurar el almuerzo y la cena del grupo

familiar. Queremos recalcar, a su vez, que el TNR se extiende durante la noche en algunos casos. La prolongación temporal de estas labores es un indicador de su centralidad en la jornada de las mujeres encuestadas y se asocia directamente con la realización de actividades en simultáneo.

En relación con lo anterior, el estudio relevó hasta dos actividades en la misma franja horaria, pues la simultaneidad es un rasgo habitual en las actividades desarrolladas por mujeres. Para el grupo de encuestadas con las que trabajamos identificamos, por un lado, que 256 de ellas indicaron en al menos un fragmento de tiempo, realizar actividades en simultáneo (en promedio realizan tareas en simultáneo unas 3:39 horas diarias). Por otro lado, que esa simultaneidad se produce en gran cantidad de casos entre tareas no remuneradas de distinto tipo.

Figura 5
Actividades simultáneas, según frecuencia de mención en el diario de actividades de las mujeres



Nota. Elaboración propia en base a datos de PICTO 2022-GÉNERO- 00020.

La figura 5 muestra la frecuencia con la que se declaran actividades en simultáneo (Actividad 1 y 2) en un mapa de calor: los colores más oscuros denotan los pares de actividades que más declaran las mujeres encuestadas. Así, vemos que el par “Preparar y servir la comida” y “Cuidado y apoyo a miembros del hogar de 0 a 14 años” presenta la mayor cantidad de menciones en los diarios de actividades del

total de encuestadas. Le siguen “Limpieza de la vivienda” con “Cuidado y apoyo a miembros del hogar de 0 a 14 años” y “Preparar y servir comida” con “Limpieza de la vivienda”. Es decir, las actividades que más se realizan en simultáneo corresponden al TNR, y a la combinación de trabajo doméstico con cuidado. Luego, también se destaca la alta frecuencia de la actividad “Trabajo en la ocupación” con “Cuidado y apoyo a miembros del hogar de 0 a 14 años”.

El gráfico de tareas superpuestas revela que la simultaneidad no es un evento fortuito, sino la estrategia central que permite a las mujeres rurales compatibilizar el trabajo en la ocupación con elevadas exigencias del hogar. Esa doble presencia permite explicar cómo logran dedicar 6:17 horas al trabajo en la ocupación y, durante el mismo día, sostener el TNR como un telón de fondo que pocas veces se interrumpe.

Reflexiones finales

En este escrito nos propusimos caracterizar las labores domésticas y de cuidado en las zonas rurales estudiadas, desde una perspectiva cuantitativa y de género.

Aunque el estudio presenta limitaciones para realizar comparaciones directas con los antecedentes de otras EUT, nuestros hallazgos coinciden con las tendencias regionales que muestran la sobrecarga de trabajo de las mujeres rurales. A la vez pudimos aportar evidencia empírica sobre cómo la especificidad territorial modela el TNR. Esto resulta valioso, especialmente, dada la particular ausencia de datos sobre uso del tiempo en la ruralidad argentina.

Primeramente, recuperamos algunas características territoriales que de forma más o menos directa influyen en la provisión y distribución de cuidados. Sin dudas, la falta de transporte, las pronunciadas distancias, la ausencia de servicios, entre otros aspectos, inciden en que la organización social del cuidado en los territorios rurales estudiados sea pronunciadamente familiarista. En ese marco, son las mujeres quienes asumen el grueso de una tarea ardua y muy demandante temporalmente.

Un aspecto relevante del estudio fue no limitar el análisis a una contabilización de tiempo, sino “desmenuzar” el contenido y la distribución del

TNR para identificar qué tareas y exigencias lo integran, cuáles son las actividades más demandantes temporalmente y cómo se distribuyen cotidianamente. Según logramos graficar, las actividades domésticas constituyen el piso fundamental del TNR, mientras que los cuidados muestran la mayor densidad temporal. Los datos muestran de manera contundente que cuidar insume mucho tiempo, lo que genera diferencias pronunciadas en las cargas de las mujeres con y sin personas bajo su cuidado. Ambas tareas se extienden durante 18h del día de forma dispersa, con picos en intervalos horarios específicos. Esto se produce, en oportunidades, desarrollando actividades simultáneas, tanto no remuneradas, como de autoconsumo, y de trabajo en la ocupación. El conjunto de esta información muestra la intensa presión temporal que modela la jornada de las mujeres rurales y permite presumir un impacto profundo en su bienestar y autonomía.

Por último, queremos destacar la importancia del trabajo dedicado al autoconsumo. Actividades como la cría de animales o la recolección de leña y agua parecen funcionar como un eslabón fundamental para la subsistencia familiar. Los resultados sugieren que, en contextos de escasa infraestructura pública y pobreza monetaria, el trabajo de autoconsumo realizado por las mujeres podría estar operando como un soporte indispensable que sostiene materialmente la vida en el campo y requiere de una dedicación temporal considerable que compite con otras esferas de la vida.

En suma, consideramos que el aporte central de este capítulo reside en haber ofrecido una aproximación cuantitativa situada, respecto de las dinámicas de uso del tiempo de una porción de mujeres de la ruralidad argentina, permitiendo visibilizar dimensiones centrales del TNR que suelen quedar desdibujadas en los registros estadísticos convencionales. Los indicios aquí presentados sugieren que la organización de los cuidados en el campo no es solo un problema de “carga horaria”, sino que se trata de un complejo entramado de estrategias de supervivencia frente a desigualdades territoriales persistentes. En esa dirección, esperamos que este escrito resulte un insumo para debates teóricos, diseño de políticas públicas y acciones colectivas orientadas a redistribuir los cuidados con perspectiva de género y territorial.

Referencias bibliográficas

- Albertí, A. V. (2023). Experiencias y desafíos en el abordaje de los cuidados comunitarios en contextos rurales. En N. Sanchís y J. Bergel Varela (Comps.), *La vida en el centro: desafíos hacia sociedades del cuidado* (pp. 223-239). Red de Género y Comercio. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/237936>
- Basaldi, O., y Motta, D. (2021). Diversidade de vínculos de trabalho de mulheres no censo agropecuário brasileiro de 2017. *InterEspaço: Revista De Geografia E Interdisciplinaridade*, 7(20), 1-27. <http://dx.doi.org/10.18764/2446-6549.e202113>
- Batthyány, K. (2011). Uso del tiempo y trabajo remunerado: división sexual del trabajo y contratos de género. Un estudio de caso en el medio rural familiar. En D. Piñeiro, S. Vitelli, y J. Cardeillac (Coords.), *Relaciones de género en el medio rural uruguayo: inequidades “a la intemperie”* (pp. 81-206). Universidad de la República.
- Charmes, J. (2019). *The unpaid care work and the labour market: An analysis of time use data based on the latest world compilation of time-use surveys*. Organización Internacional del Trabajo.
- Delfino, A. (2009). La metodología de uso del tiempo: sus características, limitaciones y potencialidades. *Espacio Abierto*, 18 (2), 199-218. <https://www.redalyc.org/pdf/122/12211826001.pdf>
- Dos Santos, J., Bohn, L., y Almeida, F. (2020). O papel da mulher na agricultura familiar de Concórdia (SC): O tempo de trabalho entre atividades produtivas e reprodutivas. *Textos de Economia*, 23(1), 1-27. <https://www.academia.edu/download/101238296/43878.pdf>
- Gómez Luna, M. E. (2016). *Clasificación de actividades de uso del tiempo para América Latina y el Caribe (CAUTAL)*. Naciones Unidas/CEPAL.
- Gómez, R., y Balbuena, A. (2021). Organización social de los cuidados: políticas, normas, actores, instituciones y desafíos en República Dominicana. En A. Torres Santana (Ed.), *Los cuidados: Del centro de la vida al centro de la política* (pp. 2-32). Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). (2022). *Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2021: Resultados definitivos*.
- Linardelli, M. F., Pessolano, D., y Rodríguez Agüero, L. (2021). *Entre fincas y puestos: Trabajadoras rurales del agro de Mendoza (1960-2020)*. Grupo Editor Universitario.

- Logiovine, S., y Bianqui, V. (2024). Modelo de encuesta de los usos del tiempo para la agricultura familiar. *RIVAR*, 11(32), 60-79. <https://doi.org/10.35588/rivar.v11i32.6185>
- Mascheroni Laport, P. (2021). Ruralidad, cuidados y políticas públicas. Reflexiones a partir del caso de Uruguay. *Revista de Ciencias Sociales*, 34(49), 35-62. <https://doi.org/10.26489/rvs.v34i49.2>
- Morales, S. (2024). *Informe PICTO GÉNERO: El trabajo de las mujeres rurales. Una propuesta para la medición del trabajo de cuidados en áreas rurales del NOA, Cuyo y Centro* [Manuscrito inédito].
- Nobre, M., y Hora, K. (2017). *Atlas de las mujeres rurales de América Latina y el Caribe: "Al tiempo de la vida y los hechos"*. FAO.
- Peña, X., y Uribe, C. (2013). *Economía del cuidado: Valoración y visibilización del trabajo no remunerado* (Documento de Trabajo 191). Instituto de Estudios Peruanos. <https://repositorio.iep.org.pe/bitstreams/fc55fc49-9c25-490f-a701-be4e419bfdcc/download>
- Pessolano, D., y Linardelli, M. F. (2025). Medir el tiempo de las mujeres rurales: una reflexión teórico-metodológica en contextos agropecuarios de Argentina. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, (82), 97-115. <https://doi.org/10.17141/iconos.82.2025.6437>
- PICTO 2022 Género 00020. (2022). *Proyecto: El trabajo de las mujeres rurales. Una propuesta para la medición del trabajo de cuidados en áreas rurales del NOA, Cuyo y Centro* [Manuscrito inédito].

Segunda parte

Memoria del conversatorio “Resistencias frente al extractivismo: cuerpos, territorios y organizaciones en lucha”

Relatoría del conversatorio: “Resistencias frente al extractivismo: cuerpos, territorios y organizaciones en lucha”

En conmemoración del “Día Internacional de las Mujeres Rurales”¹

Macarena Mercado Mott², Mariela Pena³ y Daniela Pessolano⁴

Desde nuestros inicios como Grupo de Trabajo de Género y Ruralidades, perteneciente a la Asociación Argentina de Sociología Rural (AASRu), los 15 de octubre de cada año han sido una excusa para encontrarnos, para pensar una actividad que, aun con sus limitaciones, recupere los sentidos, las vivencias, los anhelos y las luchas que representan al heterogéneo conjunto de las “mujeres rurales”. El Día Internacional de las Mujeres Rurales es una fecha conmemorativa establecida por la Asamblea General de las Naciones Unidas en el año 2007, como una manera de enfatizar el rol que ellas desempeñan en el desarrollo rural, la producción de alimentos saludables y el sostén económico de sus familias y comunidades.

El 31 de octubre de 2025 realizamos el conversatorio virtual “*Resistencias frente al extractivismo: cuerpos, territorios y organizaciones en lucha*” que tuvo por objetivo dialogar sobre las diferentes experiencias de organización y lucha contra las distintas formas que asume el extractivismo en los territorios. La propuesta fue revisar las complejidades del contexto actual y su impacto en las mujeres, así como posibles respuestas y resistencias.

Decidimos invitar a mujeres de diversos territorios que forman parte de organizaciones que surgen frente al avance del modelo extractivo-exportador, en

¹ Las exposiciones orales sobre las que se basa este capítulo fueron realizadas por: Daniela Dietrich, Miriam Samudio, Olga González, Mariana Barrios, Patricia Reyes y María González cuyas pertenencias institucionales se presentan en el capítulo.

² Docente en la carrera de sociología de la Universidad Nacional del Chaco Austral (UNCAUS) e integrante del Grupo de Trabajo "Géneros y Ruralidades" (AASRU) y del Programa "Trabajo, hogares y organizaciones en espacios rurales" (CEIL-CONICET).

³ Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones en Estudios de Género/CONICET.

⁴ Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), e Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (INCIHUSA, CONICET), Argentina.

sus diferentes formas y escalas, y cuyas demandas, reivindicaciones y acciones entrelazan las luchas feministas por la supervivencia y la defensa de la vida: el agua, la tierra, los alimentos y el territorio.

Convocamos a activistas que no separan la protección de la naturaleza o del hábitat de la defensa de los medios de vida, la autonomía política o la reproducción social de sus comunidades. Ellas pelean por todo eso a la vez y por las formas de vida a las cuales están integradas (Fraser, 2023). Son quienes protagonizan ese “otro conflicto más profundo que está en los fundamentos del sistema social y económico: la tensión existente entre dos objetivos contradictorios, la obtención de beneficios, por una parte; y el cuidado de la vida humana, por otra” (Carrasco, 2003, p. 5). Ahí donde “se manifiesta el género en las resistencias antiextractivistas (...) en la centralidad que poseen el cuidado, la reproducción y la sostenibilidad de la vida como aspectos estructurantes de las defensas territoriales” (Cabrapan Duarte, 2023, p.25).

Nos interesaba poner en diálogo experiencias de distintos rincones de Argentina, rescatando las particularidades de cada región y los puntos en común que permiten entender cómo opera el modelo extractivista y las formas en las que se territorializa en cada uno de los casos. También nos preocupaba atender a las particularidades de cada coyuntura, a los desafíos que plantean cada una de las organizaciones y las estrategias que se organizan no solo para resistir sino para construir otras alternativas vivibles. En ese sentido, consideramos fundamental lo que plantean Mamblona y Rodríguez (2023) sobre esas luchas que “nos muestran que la producción y reproducción de nuestras vidas es posible, no sólo en clave de resistencia sino también en la gestación de lógicas de vida que antagonicen con la sociabilidad mercantilizada y posibiliten otras experiencias en el horizonte” (p. 2).

Con este objetivo, organizamos el conversatorio en dos bloques. El primero consistió en la presentación del libro “Experiencias Colectivas y Luchas de Mujeres Rurales en la Argentina” de la Colección Cuadernos publicada por la editorial Topos del IPEHCS-CONICET, a cargo de Verónica Trpin. En una segunda parte, luego de presentar a cada una de las invitadas, sus organizaciones y territorios desde los cuales se conectaban, iniciamos el conversatorio del cual participaron: Miriam Samudio (Productores Independientes de Piray, Unión de Trabajadores/as de la

Tierra – Misiones), Daniela Dietrich (Productora de nueces en Centenario. Secretaría de la Red de Agroturismo – Neuquén), María González (Movimiento Nacional Campesino e Indígena – Jujuy), Olga González (UST Campesina y aterritorial, Comunidad Huarpe de Lagunas del Rosario – Mendoza), Mariana Barrios y Patricia Reyes (Asamblea por la Vida Chilecito y Mujeres Defensoras del agüita del Famatina – La Rioja). A todas las invitadas les enviamos unas preguntas previas con la intención de facilitar la conversación: *¿quiénes son? ¿qué organización integran? ¿cuáles son los conflictos territoriales más importantes? ¿cómo se organizan y luchan en esos escenarios de conflictividad?*

Tanto la organización del conversatorio, su difusión, coordinación y posterior desgrabación y transformación de la oralidad al formato escrito involucró el trabajo de varias manos. Todo el camino implicó una hechura colectiva entre quienes integramos el Grupo de Trabajo Géneros y Ruralidades de la Asociación Argentina de Sociología Rural y las participantes.

Para esta oportunidad, y transcurrida una ventana de tiempo que nos permitió volver a estas conversaciones con cierta distancia, decidimos elaborar un escrito que recuperase estos testimonios y a su vez nos permitiese una relectura actual. Así es que decidimos estructurar el texto en dos apartados. El primero está dedicado a conocer cada una de las experiencias en sus territorios a partir de las voces de sus protagonistas. Cómo se manifiesta el modelo extractivista, qué conflictos atraviesan o han atravesado, cómo se organizan y cuáles son sus acciones. Si bien la decisión ha sido la de conservar los testimonios de manera completa y con la mayor fidelidad y literalidad posible, cabe señalar que han sido narrados por las autoras de este artículo a partir de un diálogo y reappropriación de las palabras de las mujeres, junto a un trabajo de cuidado y reflexividad a partir un ida y vuelta de lecturas con las participantes.

En esta labor, las autoras hemos acompañado los relatos con datos de contexto que aportan a la inteligibilidad de cada una de las situaciones, con fuentes que ayudan a respaldar y complementar la información provista por ellas e imágenes, muchas de ellas compartidas por las mujeres invitadas. En el segundo apartado, exponemos algunos puntos de diálogo que emergen a partir de esta relectura y esbozamos un cierre que no tiene intenciones de cerrar nada, sino que,

por el contrario, invita a continuar la conversación, a pensar qué está pasando en otros territorios, y fundamentalmente a problematizar de qué modo estas coyunturas situadas son expresiones concretas de un mismo modelo. Por último, insistimos en la necesidad de poner en valor el lugar –y las voces– de las mujeres rurales en estos procesos.

Territorios y organizaciones

Daniela Dietrich – Productora de nueces en la localidad neuquina de Centenario y Secretaría de la Red de Agroturismo de Centenario y Vista Alegre

En el Conversatorio, Daniela inicia la ronda de intervenciones. Se presenta ligada a la producción local y como defensora de la Tierra. Se trata de una historia marcada por el traspaso generacional del trabajo productivo, una dinámica que, según señala, se repite en muchas familias de la zona:

Yo soy tercera generación de productora. Mi abuela fue la que empezó la chacra, la producción acá de manzana. Luego continuó mi mamá y mi papá y hoy la continuo yo dedicándome exclusivamente a la producción de nueces. Mi historia es la que se repite en muchas de las familias que hoy forman parte de la red, son tercera o cuarta generación que están buscando en el agroturismo una alternativa para que podamos sostener la tierra productiva.

La productora agropecuaria relata cómo, en Neuquén, la organización en redes de agroturismo les permitió construir una alternativa de resistencia y de defensa por el acceso a la tierra y a los recursos, así como proponer otros modos de vida frente a las dinámicas extractivas vinculadas a los desarrollos hidrocarburíferos.

La provincia de Neuquén se caracteriza por el predominio de la actividad hidrocarburífera, especialmente a partir del desarrollo de la formación Vaca Muerta. En este contexto productivo, se han generado dinámicas económicas y territoriales que profundizan ciertas desigualdades sociales asociadas a la concentración de actividades vinculadas al sector energético. La actividad también trae aparejados

procesos de transformación del uso del suelo, expansión del mercado inmobiliario, desplazamiento de poblaciones y crecimiento de actividades como el turismo. Asimismo, la provincia convive con otros tipos de producciones y modos de vida, ligados a proyectos de agricultura familiar, fundamentalmente producciones de fruticultura, y con la lucha contra el extractivismo a partir de propuestas de producción agroecológica (Arrieta, 2023).

Esta realidad socioproductiva se replica en la localidad de Centenario, la cual se encuentra a 16 kilómetros de la capital de la provincia.

En base a los datos registrados por el Censo 2022, la localidad cuenta con un total de 48.981 habitantes. La actividad económica es variada, aunque sobresale la fruticultura: las peras y las manzanas producidas en el Alto Valle de Río Negro que se caracterizan por su gran calidad y su impacto de comercialización en el mercado nacional como en el internacional. Dicha producción se ha constituido en un monocultivo, evidenciando, con el paso del tiempo, la crisis frutihortícola.

En sus palabras, la localidad de Centenario:

Se encuentra en el corredor Vaca Muerta que es justamente la ruta que conecta con toda la zona productiva hidrocarburífera y la capital de la provincia. Por lo tanto, quedamos en el medio de la circulación y esto genera que sea una zona, una región, una ciudad de fácil acceso y de conectividad entre la zona de producción hidrocarburífera. Lo cual derivó en el alto valor inmobiliario que tienen estas tierras para unos pocos porque el acceso a las tierras en zona rural es de un gran valor.

El Valle Verde, zona donde se radica la red, se caracteriza por condiciones de accesibilidad y características geográficas de las zonas rurales que se reconvirtieron a raíz de la especulación inmobiliaria. Con la facilidad de la instalación de servicios, estas áreas se fueron transformando por medio de la construcción de barrios privados, barrios cerrados, desplazando a los y las pobladores rurales y sus producciones. Por ejemplo, en la zona entre Centenario y Vista Alegre, se pasó de tener mil quinientas hectáreas en producción a casi la mitad. También hay otras localidades cercanas en este Valle irrigado del río Neuquén y Limay que han visto

desaparecer su tierra productiva a raíz del desarrollo inmobiliario que viene creciendo ya hace 20 años. Esto se tradujo en desplazamiento de las personas que allí habitaban y la producción local.

El avance de los extractivismos y de los agronegocios impone condiciones desfavorables para la producción y comercialización de los/as pequeños/as productores. Las tierras consideradas “no productivas”, o que no representan ganancias comparables a las de las actividades extractivas, son vendidas o alquiladas.

Si la chacra no rinde, no da para vivir, las opciones son pocas y la ocupan justamente, aquellos/as que la utilizan para los grandes negocios. Terminando de monopolizar toda la cadena productiva dado que alquilan las chacras, las trabajan, llevan la producción a sus propios galpones de empaque y la exportan.

En estas condiciones de competitividad los/as pequeños/as productores/as ya no pueden ingresar y/o sostenerse en el circuito productivo. Sin embargo, Centenario es una de las pocas regiones que aún hoy sostienen una gran franja verde dedicada a la producción primaria de alimentos y en donde pequeños/as productores/as se proponen sostener la actividad a partir de una gran consigna que es la defensa de la Tierra productiva, con mucho esfuerzo y con mucho sacrificio. Así, una forma de seguir defendiendo la tierra es produciendo. Esto impulsó que los/as productores/as de la zona se reúnan, piensen colectivamente salidas, elaboren conjuntamente estrategias que les permitan permanecer y resistir. En este contexto, Daniela comparte que un grupo de ellos/as, y, a partir de preguntarse cómo podían generar una alternativa económica que les permita sostener sus unidades productivas, decidió construir una red de agroturismo.

Figura 1

Logo de la Red de Agroturismo Centenario y Vista Alegre



Nota. Instagram de la Red <https://www.instagram.com/la.red.agroturismo/>

En base a la ex Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación (2023) el agroturismo se basa en experiencias vinculadas a la vida rural en donde pequeños y medianos productores ofrecen en sus establecimientos e inmediaciones la posibilidad a los/as visitantes de participar de actividades agropecuarias, vinculadas a la naturaleza, a las formas de vida y a las culturas del medio rural. Es una actividad sustentable que permite diversificar ingresos, agregar valor, fortalecer las economías regionales e impulsar el desarrollo local al generar empleo.

Daniela refiere que “muchas y muchos seguimos sosteniendo la producción a partir de una gran consigna que es la que a nosotras particularmente nos atraviesa: la defensa de la tierra productiva”. A partir de esto, un grupo conformado particularmente por mujeres tomó una capacitación vinculada a la promoción del turismo, transformándose en un puntapié que les permitió pensar cómo organizarse a partir de una red de agroturismo. Comenzaron a pensar en actividades que los/as puedan vincular con la urbanidad, y en el agroturismo encontraron la forma para resistir y proponer una alternativa de defensa de las tierras y de las producciones locales:

Cuando decidimos constituirnos en red de agroturismo lo que pensamos fue ¿cómo podemos generar una alternativa económica que nos permita sostener nuestras unidades productivas que nosotros definimos como chacras? y bueno el agroturismo aparecía como una oportunidad para nosotros.

A partir de lo que se conoce como turismo de cercanía, comenzaron a imaginar diferentes actividades en función de la estación, tales como visitas guiadas y ferias en las chacras de los/as pequeños/as productores rurales. De esta manera, fueron diseñando estrategias para que la comunidad se acerque a la producción en formato de chacra, la conozca, vea cómo se trabaja y así generar una forma de difusión en torno a las actividades dentro de la red de agroturismo. Por ejemplo, se organizó una “feria del solsticio de verano” en la cual dieron la bienvenida a la nueva estación y con ella al nuevo ciclo de la naturaleza, o la “feria de la floración en primavera” y otras ferias en invierno para mostrar cómo es la chacra en esa época del año, qué características adquiere este espacio natural en cada estación.

Esta red finalmente quedó integrada por emprendimientos de distintas familias productoras de la zona, y se constituyó como Asociación Civil, lo cual les permitió tener este estatuto legal y a su vez posicionarse para seguir sosteniendo la lucha por la tierra y por la soberanía alimentaria.

Figura 2

Integrantes de la Red de Agroturismo



Nota. Imágenes otorgadas por Daniela Dietrich.

Figura 3

Integrantes de la Red de Agroturismo



Nota. Imágenes otorgadas por Daniela Dietrich.

Figura 4

Integrantes de la Red de Agroturismo



Nota. Imágenes otorgadas por Daniela Dietrich.

Figura 5

Integrantes de la Red de Agroturismo



Nota. Imágenes otorgadas por Daniela Dietrich.

Entre los emprendimientos de la Red encontramos aquellos dedicados a la producción vitivinícola, a productos de valor agregado como la elaboración de dulces, conservas dulces y saladas y otros a la producción de manzanas de manera orgánica certificada. A su vez, la certificación orgánica es uno de los requisitos fundamentales para la exportación internacional, por lo que disponer de esto les permite a los/as integrantes de la red acceder a mercados como el brasilero o al europeo.

En el transcurrir de estos proyectos, otro obstáculo con el que se topan los/as productores/as es la escasez de personal calificado y preparado para trabajar en las producciones de las chacras. Dado que los valores de los salarios de un trabajador o trabajadora rural no se equiparan a los que puede percibir una persona que trabaje en el rubro de hidrocarburífero, se enfrentan con la dificultad de conseguir personal para trabajar en temporada, generando desgaste y cansancio entre quienes integran la asociación.

Sin embargo, Daniela concluye que a pesar de las dificultades que se encuentran, la red no baja los brazos, defienden el proyecto, sosteniendo la trayectoria construida durante generaciones por la tenencia de la tierra y la soberanía alimentaria.

Miriam Samudio - Integrante de la organización PIP UTT (Productores Independientes de Piray) Misiones

Puerto Piray es un municipio del departamento de Montecarlo, situado en la Región del Alto Paraná (Misiones) que presenta una intensa actividad forestal. Si bien dicha actividad data de principios del siglo XX en la provincia, tiempos en los que se talaba el bosque nativo, se expandió durante la década de 1990 con la creación de un régimen de promoción especial (Ley 25080 sancionada en 1998). El sector se compone en la actualidad de un 95% implantado de coníferas (particularmente pino taeda), seguido de un 4% de eucaliptos (González y London, 2018). Piray es una localidad con un desarrollo forestal destacado, pues según indican González y London (2018) allí se localiza el aserradero y la planta de tableros más grandes del país.

Los relatos de Miriam, sobre los procesos de organización de los y las productoras independientes de Puerto Piray (Misiones), se remontan al año 2000. Como veremos en otras experiencias de esta sección, los efectos del neoliberalismo y sus expresiones concretas en el ámbito agropecuario han empujado a las familias, especialmente a las mujeres, a ensayar formas colectivas de hacer frente a la penuria económica y de dar batalla política. La problemática que tuvieron que afrontar en Puerto Piray desde esos años fue el agronegocio forestal, que enfermaba con agrotóxico a sus seres queridos y al resto de la vida en el monte. En las palabras de Miriam:

Cuando estaba todo tan difícil, la situación económica y nuestros varones, nuestros maridos, nuestros papás, nuestros hermanos, tenían que irse de nuestra provincia para buscar trabajo [...] y nosotras estábamos solas casi la mayoría éramos mujeres y así comenzó nuestra organización, fueron las mujeres, la que dijimos qué está pasando alrededor cuando talaban todos los

pinos, mares y mares de pinos largaban los agrotóxicos, no fumigaban alrededor. Y era todo neblina.

Y nosotros en ese momento no nos dábamos cuenta que nos estaban envenenando, que nos estaban matando [...] con el correr del tiempo hablábamos de lo mismo las mamás; nuestros hijos con problemas de respiración, las personas mayores con broncoespasmo, con asma. En tiempo de floración de los pinos [...] con granos en la cabeza, abajo de los brazos, los chicos con conjuntivitis.

[...] las tortugas, las palomas, los pajaritos, todo apenas resistiendo y muriéndose, como saliendo de tanta contaminación del monte que quedaba y venían para nuestras a refugiarse.

Los perjuicios de la industria forestal sobre la salud y el ambiente son reconocidos (González y London, 2018) y según el testimonio de Miriam han configurado en su entorno un escenario de extrema gravedad. Los y las pobladoras de Piray tenían de antecedente la expulsión territorial de otras comunidades misioneras, como resultado del accionar de la empresa forestal Alto Paraná⁵ (Samudio, Odoguardi y Suarez, 2025), por tanto, emprendieron un arduo trabajo que comenzó por unirse y generar conciencia social respecto de los efectos nocivos de esta forma de producción forestal, que confrontó con el lobby empresarial y la connivencia de distintas dependencias y poderes del Estado. La consigna que construyeron fue: “Aire puro y tierra para trabajar y producir nuestros alimentos” (Samudio, Odoguardi y Suarez, 2025). Y debemos destacar que, particularmente en los comienzos, se trató de una “lucha de mujeres”, pues Miriam expresó en el conversatorio: “...no nos dábamos cuenta a quién nos enfrentábamos, siempre recuerdo eso, tan inocente, éramos las mujeres, éramos cuatro grupos de mujeres”.

El pino avanzaba tanto, esa gente quedaba sin trabajo y no tenían tierra para producir, entonces ¿de qué iban a vivir? tenían que mudarse a la orilla del

⁵ Es preciso aclarar que el grupo Arauco S. A. de origen chileno adquirió Alto Paraná S.A. (empresa creada en 1975) en 1996 e intensifica desde allí los procesos de reforestación en Puerto Piray (González y London, 2018).

pueblo. Y eso nosotros no queríamos [...] ‘tenemos que buscar la forma, la estrategia de resistir’. Y empezamos a ir con notas en el Consejo Deliberante, ¿no? y después de a poquito se fueron sumando la comunidad, la sociedad, fue muy difícil que la gente entienda, que la comunidad diga que era una lucha justa porque la multinacional venía hablando de que daba trabajo y de que tenía compromiso con la sociedad, es el cuento que nos dicen siempre. Van a la escuela, llevan algunos lápices, algunas ayuditas; van en la sala de primeros auxilios y arreglan el baño, se hacen algunas pinturas y ese es el compromiso social.

Uno de los principales logros de la perseverancia de los procesos de organización, así como del consenso y acompañamiento logrado por parte de distintos sectores sociales (vecinos/as, organizaciones sociales, territoriales, centrales sindicales e iglesias), fue la sanción en 2013 de la ley Provincial XXIV- n°11 que dictaminó la compra-expropiación de 600 hectáreas en poder de Arauco S.A (empresa forestal) por parte del Estado, para donarlas con cargo⁶ a la Asociación de Productores Independientes de Puerto Piray (Samudio, Odoguardi y Suarez, 2025; posteo Facebook Pip Misiones 7/10/23).

Los relatos de Miriam informan que en la actualidad esta ley se ha cumplido parcialmente. De las 600 hectáreas han obtenido en 2016, en una primera etapa, 166 ha, de las cuales sólo 80 son aptas para producir. Resta que se garantice por parte del Estado, el acceso a las 434 hectáreas faltantes, según las disposiciones de la ley en cuestión, asunto que la organización continúa demandando. Por los años en que se consigue la aprobación de la ley, los y las pequeñas productoras de Piray se incorporan a la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT), organización de alcance nacional con la que se sintieron identificadas/os en la convicción de producir alimentos sanos, agroecológicos.

⁶ Una donación con cargo es un acto jurídico donde el donante transfiere un bien al donatario imponiéndole una obligación accesorio (el "cargo"), ya sea a favor del donante o de un tercero. El cargo puede consistir en el destino de la cosa o prestaciones específicas, siendo revocable si no se cumple. Para más detalle visitar el siguiente enlace: <https://www.revista-notariado.org.ar/index.php/2018/07/donacion-con-cargo-eficacia-temporal-prescripcion-revocation/#31-donacion-con-cargo>

[...] fue una estrategia de poder plantearle el proyecto productivo a todos los candidatos, a todos los partidos, fuimos puerta por puerta, este es nuestro proyecto, así queremos vivir.

[...] cuando nos dieron las tierras decíamos ‘bueno, ¿qué vamos a hacer con esas tierras contaminadas, duras, maltratadas?’ ‘¿y encima nos largaron así?, echaron los pinos, recogieron todo y dejaron un desastre la tierra y fue ahí cuando nosotros justo nos unimos a la UTT [...] (que) venía con una propuesta de agroecología y sentíamos que hablábamos el mismo idioma. Nosotros agrotóxicos, agroquímicos, ya no queríamos saber, ni escuchar.

Hoy estamos produciendo en veinte hectáreas que en manera cooperativa nosotros decidimos en las asambleas qué producir para poder comercializar y poder sostener nuestra cooperativa. Después cada familia, cada socio, tiene una hectárea de tierra detrás de sus casas donde pueden producir sus propios alimentos, ellos deciden qué semilla, en qué época y qué hacer con sus producciones.

Figura 6

Reclamos por las tierras no adjudicadas a PIP UTT Misiones



Nota. PIP Misiones, <https://www.facebook.com/pip.misiones> (7/10/2023).

La recuperación de las tierras trajo aparejado la recuperación del agua y la biodiversidad, como plantea Miriam:

[...] al año pudimos ver cómo volvían las mariposas de distintos colores, los pajaritos, volvían las tortugas, volvían los animales silvestres porque nosotros creíamos que, por ejemplo, nuestros hijos no iban a ver más los tucanos que son clásicos en nuestro territorio... volvieron los tucanos. Y sobre todo volvieron a recuperarse las nacientes, los arroyitos de alrededor [...] vemos como todo el sistema cambió.

En la actualidad el reclamo por la tierra persiste junto a toda una serie de iniciativas que muestran la forma en que las comunidades dan pelea cotidiana por definir con dignidad una forma de vivir que contradice los designios de la “racionalidad” capitalista. De allí el nombre que han elegido para la yerba agroecológica que están comercializando actualmente: *La soberana*.

Hoy estamos organizados con grupos de trabajo y con proyectos productivos que estamos desarrollando a pulmón y golpeando puertas también. Porque logramos así demostrar que con trabajo y mucho compromiso resistimos (en) nuestro territorio, se cambió todo lo que es el paisaje.

Por eso siempre invito contándoles con mucha alegría que antes era mares y mares de pinos y una comunidad ahí asfixiada ...nosotros pudimos cambiar. Antes había pinos y había agrotóxico, hoy hay alimentos y de manera agroecológica.

Venimos trabajando hace mucho tiempo con la yerba agroecológica. Gracias a la UTT nacional logramos en la provincia trabajar con catorce localidades, con pueblos originarios, con pequeños productores, algunos son cooperativa, otras asociaciones, otros son grupos de mamás de mujeres, así como nosotras empezamos, y trabajamos articuladamente desde cada rincón de nuestra provincia [...] produciendo en la tierra, amando lo que hacemos y cuidando nuestro medio ambiente [...] está saliendo ya en paquete la yerba

agroecológica ...que se llama La Soberana. Sí, La Soberana, la yerba agroecológica UTT Misiones.

Figura 7

Mujeres de la organización con los productos que producen



Nota. PIP Misiones, foto de portada <https://www.facebook.com/pip.misiones> (23/07/2019).

Olga González - integrante de la UST Campesina y Territorial y de la Comunidad Huarpe de Lagunas del Rosario en el Departamento de Lavalle, Mendoza

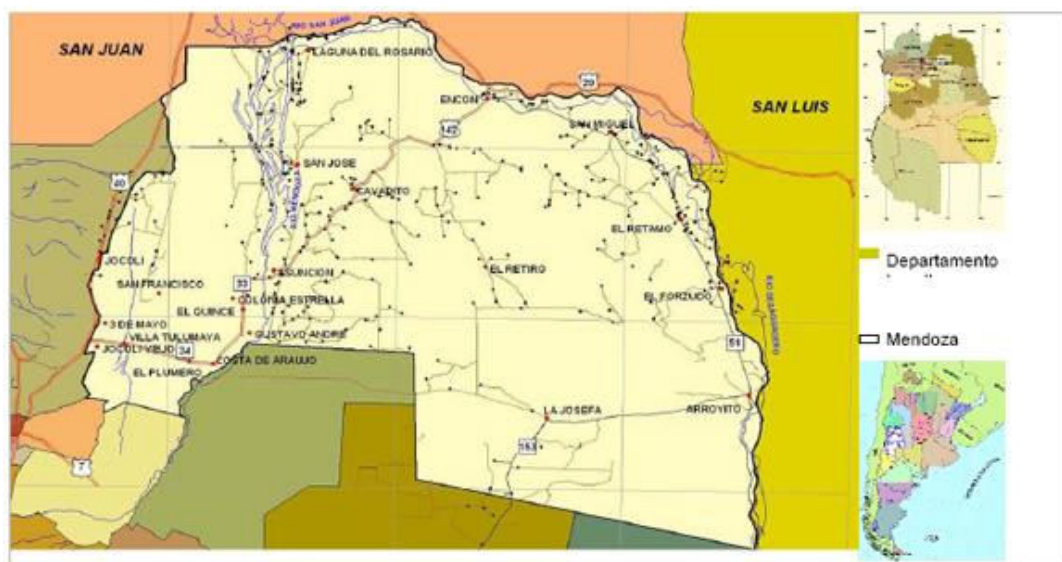
Nosotros estamos en las peores condiciones, porque [...] hacen ya más de 20 años que nos quitaron el agua, por decir así, nos quitaron porque fue cortada por los grandes empresarios”. “Quedamos en la nada, se puede decir, sin poder producir y sin producción no hay trabajo, y sin trabajo no hay vida. [...] cuando había agua, yo con mi papá, con mi familia, sabíamos trabajar la tierra y al trabajar la tierra, sabíamos tener lo que era [...] harina, porque sabíamos hacer chacras de trigo y bueno, y todo el resto, la verdura que uno plantara en nuestra tierra se da, porque lo que una semilla que uno tire se da.

Así inicia Olga su relato, con la nostalgia de lo perdido en el territorio que habita desde que tiene memoria. El distrito de Lagunas del Rosario se localiza al norte del Departamento de Lavalle (Mendoza), lugar marcado por condiciones extremas de aridez que limitan fuertemente las actividades productivas, así como las condiciones de vida. Sus pobladores/as residen en puestos ubicados de forma dispersa en el llamado “secano lavallino” y hasta hace no tanto tiempo, se dedicaban a la producción caprina, hoy tan difícil de sostener. Continúa:

“[...]yo llegué a tener cuatrocientas cabras, doscientas ovejas, veinte vacas... no tengo nada. Y así como yo, hay muchos productores que hoy en día no cuentan con nada de eso y es un tema, porque era nuestra vida” “[...] teníamos carne, teníamos abono, teníamos chivo”.

Figura 8

Mapa de Lavalle con puestos y distritos



Nota. SIG DESER - LaDyOT / IADIZA.

El despojo al que se refiere Olga tiene una larga historia y responde a decisiones político- económicas emplazadas dentro de la matriz colonial que ha permeado la historia del continente. Las Lagunas del Rosario integraban el área de Guanacache, el cual constituía un complejo lacustre que surcaba parte de la

provincia de San Juan y de Mendoza, y que había servido de refugio para las poblaciones huarpe desde la época hispánica. Allí se dedicaban a la ganadería, la pesca, la caza y la agricultura (Escolar, 2005). Desde fines del Siglo XVIII y durante el S XIX se desenvuelve un proceso de expropiación de tierras de los pueblos indígenas por parte de los españoles y luego del agua, en momentos de consolidación del Estado Nación Moderno. Se construyeron diques y canales que cambiaron el cauce del Río Mendoza en favor de propietarios inmigrantes de la élite mendocina y del modelo vitivinícola, ocasionando con los años el desecamiento total de las lagunas (Escolar y Saldi, 2013, en Díaz Valentin, 2023).

Sumado esto a la tala del monte nativo, cuya madera alimentaba el ferrocarril y la construcción de viñedos, la mayoría de los humedales se convirtieron en tierras secas y medanosas. En base a esto podemos decir que el desecamiento de estas lagunas no se debió a factores geológicos y geográficos, sino que más bien tuvo que ver con factores políticos, económicos y sociales. (Díaz Valentin, 2023 p. 23)

Parte de los logros de la resistencia del Pueblo Huarpe ha sido que la Comunidad de Lagunas consiguiera en el año 2010 la propiedad comunitaria de una parte de las tierras que conforman su territorio. Sin embargo, aún deben lidiar de manera cotidiana con los efectos del despojo histórico.

Los asuntos que preocupan a Olga tienen que ver con el envejecimiento de la población en los puestos y el desarraigo de los jóvenes, producto de la falta de oportunidades laborales y de la consecuente necesidad de migrar. Asimismo, cuando probaron proyectos alternativos como el turismo rural la sensación ha sido de fracaso, pues no han recibido el apoyo necesario de un actor central, el Estado:

[...] (al) no haber producción, no hay trabajo y al no haber trabajo que hacer, vamos quedando la gente grande, la gente mayor. La comunidad cada vez se va apocando... porque como decimos muchos, de hambre no se van a morir (los jóvenes), tienen que salir a buscar trabajo a otros lugares y a la finca [...] va quedando siempre el territorio sin gente, sin vida.

[...] también estuvimos intentando hacer una red de turismo [...] Hubo fracaso por el tema del agua... mucha gente que venía y muchas de las que estamos criticamos, decimos, si no tenemos agua como pudimos tener turismo [...] (estuvimos) tres años, casi cuatro con el proyecto [...] después con tantos cambios políticos, con tantas reuniones que tuvimos, salen con la sorpresa que nos dijeran que no, que no nos iban a poder dar (el agua).

El abandono del Estado también se observa en otras preocupaciones que expresa Olga, en concreto, el acceso a las verduras por parte de las personas de la comunidad. Dicha situación revive el recuerdo de una economía campesina que tiempo atrás supo proveerles alimentos saludables, agroecológicos. La paradoja es lastimosa: quienes han dedicado su vida a la producción de alimentos, en estos territorios, hoy no pueden acceder a ellos.

[...] se padece mucho lo que es el tema de la verdura, aquí no se sabe cuándo hay una fruta, porque estamos tan lejos de las grandes ciudades donde se puede conseguir. Entonces cuesta mucho, es muy sacrificada la vida” [...] “...viene un solo proveedor para toda la comunidad de acá donde yo vivo. Que viene una vez por semana, pero en los últimos puestos por decir así no, no llega con las cosas, entonces se pone crítico.

Y para mí no es como una alimentación como la que comíamos antes, que era sana. Y por eso yo digo que hoy ocurren tantísimos casos de enfermedades raras, por la falta (de alimentos saludables) y la mala alimentación.

[...] hemos sabido tener producción agroecológica, uno comía todo alimentación sana verdura sana, carne sana. Ahora no lo podemos hacer, y cada vez se pone más crítica la vida en el campo, tanto para una mujer que ha sabido con una vida trabajar la tierra, vivir de la tierra.

Y recuerdo esos años que sabíamos trabajarla (a la tierra) y [...] comprábamos solamente el aceite [...] lo único que no producíamos. El resto lo teníamos todo nosotros.

La historia de Olga es también la historia de muchas otras mujeres del secano lavallino. Hoy el problema no es la expulsión de sus tierras, sino un extractivismo que fuerza a las comunidades a resistir en un territorio que acumula despojos históricos que privan del agua, del bosque, de los animales a las poblaciones locales. Allí el acceso a alimentos y a la salud se ven comprometidos. A esto debemos sumar el hecho de que el mismo Estado que expolió estos territorios antaño, hoy los abandona a su suerte. Sin embargo, hay resistencia y organización principalmente a través de la UST Campesina y Territorial.

Mariana Díaz Valentin (2023) expresa que la UST Campesina y Territorial tiene sus orígenes en el año 2001, como otras organizaciones populares conformadas para afrontar la dura crisis socioeconómica resultado de una década de políticas neoliberales. Surge en Lavalle para abordar las problemáticas locales y se compone de agricultores/as, trabajadores/as rurales y profesionales. Es interesante, observar cómo esta experiencia organizativa en Mendoza ha recibido influencias de otras organizaciones campesinas como el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) y el MCC Movimiento Campesino de Córdoba (MCC), pues, de esto mismo dieron cuenta otras participantes del conversatorio, Deolinda y Mercedes. Estas articulaciones dejan en evidencia el carácter nacional de la reestructuración agraria y de la concentración de tierras desde el prolongado período que se conoce como la expansión de la frontera agraria (Lapegna, 2019).

Tempranamente un grupo de mujeres de Lagunas del Rosario, llamadas a resolver los problemas de la sostenibilidad de la vida, se suma a la actual UST Campesina y Territorial. Desde entonces, vienen desarrollando distintos proyectos destinados a mejorar, por ejemplo, las tecnologías de acceso al agua, junto a la construcción de cisternas de placa y pozos excavados y calzados. También han sido significativos los avances críticos y reflexivos a partir del feminismo campesino, indígena y popular, que han favorecido la participación en la toma de decisiones por parte de las mujeres de la comunidad (Díaz Valentín, 2023).

Figura 9

Olga y su familia en conmemoración del 8 de marzo de 2022



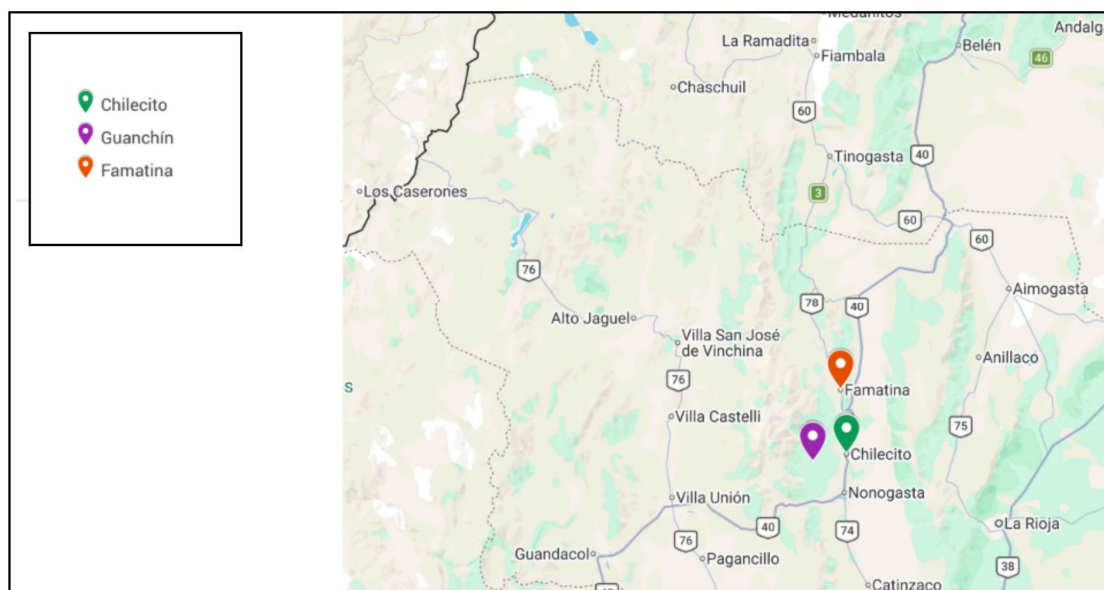
Nota. UST campesina y territorial (2022).

Mariana Barrios y Patricia Reyes – “Defensoras del agua del Famatina”

Mariana y Patricia se presentan haciendo referencia a dónde están al momento del Conversatorio. Aclaran que están conectadas desde Chilecito, en el interior de la provincia de La Rioja, y dan más precisión con un gesto de orgullo: “al pie del Famatina, nuestro cerro”. Ambas forman parte de la organización “Defensoras del agua del Famatina” y son protagonistas de aquellas luchas que ocurren en defensa del territorio y de todo lo que esa palabra implica. En su caso, son parte de una lucha que lleva 20 años. En 2006, las asambleas riojanas de Chilecito, Famatina, Nonogasta y de La Rioja capital, iniciaron un proceso de resistencia al extractivismo minero y a la contaminación ambiental y sus consecuencias sociales, organizando cortes, bloqueos y movilizaciones, tanto en el interior de la provincia como en la plaza principal de la ciudad capital.

Figura 10

Chilecito, Famatina y Guanchín (provincia de La Rioja)



Nota. Elaboración propia con base en lo señalado por las expositoras.

Las asambleas riojanas integran la Unión de Asambleas de Comunidades (UAC) (antes Ciudadanas) una instancia nacional de coordinación asamblearia que nace en el año 2006 en Argentina y que llegó a aglutinar, durante la primera década del siglo XXI, a más de ochenta organizaciones sociales, territoriales, artísticas y asambleas socio-ambientales y/o ciudadanas de distintos puntos del país. Esta articulación se constituyó en una expresión de la organización en tanto movimiento socioterritorial (Halvorsen, Mançano Fernandes y Torres, 2021), implicando que quienes integran la UAC expresan ser un movimiento emergente en defensa del territorio, en contestación a la expansión del modelo extractivista que recorre los distintos testimonios de este Conversatorio, basado en la reprimarización de la economía y la sobre-explotación de los recursos naturales.

Mariana y Patricia nos cuentan un capítulo reciente de la historia larga de resistencia al pie del Famatina; “un pueblo argentino que ha expulsado a cinco mineras de su territorio” (Chadileuvú, 2025). Evitaron el ingreso de la empresa canadiense Barrick Gold con un bloqueo de caminos en 2007. Luego intentaron instalarse la china Shandong Gold, en 2008, la canadiense Osisko Mining, en 2011, y las de capitales argentinos Midais en 2015. El último movimiento lo hizo Seargen

S.A. en 2018. Cuando la minera buscó avanzar, un bloqueo, donde Patricia participó, la expulsó.

De acuerdo con lo que relatan, “todo empezó en abril de ese año”, cuando la empresa Seargen, que venía introduciéndose hacía un tiempo en Chilecito mediante la realización de relevamientos y del ofrecimiento de puestos de trabajo en la zona, anunció en conferencia de prensa que iniciaría el cateo, la exploración y posible explotación de un yacimiento de cobre en las sierras de Famatina (La Tinta, 2018). La reacción fue inmediata. La población se organizó rápidamente en la forma de una Asamblea en donde se discutió y analizó la situación, y de la cual surgió la iniciativa de movilizarse a modo de protesta hacia las oficinas de la empresa. Las acciones de rechazo continuaron, y el 7 de mayo de 2018, una Asamblea Popular en Guanchín, constituida por pobladores/as de la mencionada localidad e integrantes del Frente Social por el Agua y la Vida, iniciaron un corte de ruta selectivo por tiempo indeterminado (La Tinta, 2018). Patricia recuerda ese día:

Estuve para defender(nos) de la minería [...] estuve en el corte colectivo de cuando iba a entrar la empresa Seargen para trabajar, la minera. Estuve ahí desde el 6 de mayo al 6 de junio, estuvimos ahí. Les cuento un poquito cómo fue ese día cuando llegaron para ver si empezamos con el corte. Fue Doña Jenny Luján con otra gente más y me invitaron a una reunión a las seis de la tarde. En ese tiempo era mayo, empezaban las patronales de mi pueblo que es la virgen de Fátima San Isidro Labrador y bueno, nos reunimos ahí después de novena y todo eso. Nos reunimos y empezamos a conversar sobre el peligro en el que estábamos. Porque iban a empezar a trabajar la minera y bueno, qué es lo que hace la minera; nos saca el agua [...] Y ese mismo día había gente de San Juan, de Catamarca, vecinos de Chilecito y algunas visitas que estaban, personas que estaban de visita de Córdoba. Y empezamos ese día ya con el corte. Esa noche hacía mucho frío [...]

Una semana después del primer corte en la ruta provincial N 15 (No a la Mina, 2018), comenzó el segundo en la localidad de Santa Florentina, otro de los caminos alternativos para subir al cerro. Estos dos bloqueos se sumaron al histórico corte en

Alto Carrizal, acceso que permanece cortado desde el año 2006 (La Tinta, 2018). Como resultado de la denuncia de pobladores y de las asambleas, y tras un mes de bloqueo y movilizaciones, todas las máquinas que se encontraban en función fueron bajadas del cerro por orden judicial y Seargen S.A. fue clausurada por el municipio (Silva y Cerruti, 2020).

Figura 11

Mariana y Patricia junto a compañeras de Defensoras del agua del Famatina en la garita que construyeron donde fue el corte contra Seargen en 2018



Nota. Fotografía proporcionada por una de sus integrantes.

Mariana y Patricia se reconocen herederas de las asambleas riojanas, en particular de la Asamblea por la Vida de Chilecito de la cual, varias de sus integrantes, hicieron el camino hacia el “feminismo antiextractivista”, construyendo el espacio de Defensoras del agua del Famatina. Si bien pasaron ocho años desde ese último intento, ellas mencionan que han abrazado otras luchas:

[...] porque ya no es solamente la minería, sino que hay muchos proyectos extractivistas, donde siempre el centro o el principal interés de todos estos grandes proyectos sigue siendo el agua, por eso es que nos reconocemos como

defensoras del agua y también nos hemos reconocido como feministas en estos años porque entendemos que no hay extractivismo sin patriarcado.

Ambas muestran preocupación y denuncian asimismo que, del otro lado del Cerro, al oeste, hay 16 proyectos más en etapa de exploración. Además, resaltan que la minería no es la única forma de extractivismo que amenaza con penetrar sus territorios; también se encuentran resistiendo a los agronegocios que son parte del mismo modelo. Hacen referencia a la producción de nogal y olivo, y aclaran que no se refieren a la producción a pequeña escala; (incluso Patricia es productora de nueces). Su resistencia es frente al modelo de gran escala cuya producción se orienta a la exportación, consumiendo gran cantidad de agua en una provincia donde las lluvias son escasas y son necesarias, y el agua es motivo de preocupación para quienes producen a pequeña escala.

No queda otra que buscar el agua cada vez más abajo con perforaciones de las aguas subterráneas, donde se está perforando más agua de la que hay y en el medio también todo lo que es la manipulación climática; los aviones rompe tormentas y las bombas que no están permitiendo llover.

Su defensa del agua no es una consigna abstracta, viven en carne propia esa escasez. Patricia estuvo mucho tiempo sin agua en su casa, se la habían cortado. Cuando llamó a la Delegada Municipal para reclamarle, esta “dijo que no, que le pida a la gente de la Asamblea, que ellos me lleven agua”. Y así fue, la gente, sus compañeros/as le llevaron agua y comida a su casa. Patricia, fortalecida por su participación en el corte contra Seargen, siguió insistiendo para volver a tener agua en su vivienda y consiguió que el “señor” de IPALAR se hiciera presente.

Lo llevé a mi casa y le mostré y ya se me estaban secando las plantas. Iban mis nietos, los tenía que mandar de vuelta. Y tenía un anciano de 90 años y una niña con problemas de salud. Y bueno, así llegó, me prometió que para el día de la madre me iba a dar el agua. Todavía estoy esperando porque no llegó. Después se enfermó el abuelo y una de mis hijas me dijo que ella iba a llamar

una radio de acá, de Chilecito. Y así, al otro día llegaron a ponernos una manguera exclusivamente para nosotros.

Patricia defiende el agua porque accede a ella por una manguera mientras en el mismo territorio la Empresa Coralino S.A.⁷ –productora procesadora y exportadora de nueces– “tienen 30 pozos que hicieron para el agua y ahora esos pozos se están secando [...] ahora quieren ir directamente a la toma del agua del río a dónde van los turistas en Guanchín a refresca sus pies, a bañarse los niños y ahora esa agua la están levantando ellos. La están entubando para tener para su producción”.

En su relato, Patricia va más allá. No es solo el agua, la operación de la empresa en su territorio transforma el día y la noche, contamina el aire, enferma a personas y animales, reduce las oportunidades. Solo queda la posibilidad de emplearse, en forma precaria, en Coralino.

A partir de las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana son trece tractores que los ponen de fila y empiezan a curar. No se lo ve a ninguno, ni los tractores ni la gente que maneja, nada, es una neblina de veneno. Hay mucha gente este año con problemas de salud. [...] Cuando sentimos pasar los tractores ya nos tenemos que encerrar, cerrar la puerta y poner cortinas y poner algo bajo de la puerta para que no vaya a entrar el olor. Andar en la calle a esa hora es imposible, ir al almacén ni para ir a ningún lado. Yo creo que se puede vivir de otra cosa también y yo he tenido trescientas cabras y criado a mis seis hijos. Y tuve que irme deshaciendo de las cabras porque una que me las robaban y otra que no se puede llevar ni un animal. En esa finca, como ellos son exportadores, no puede entrar ni un animal. Al estar todo seco el campo, los animales entraban a comer ese pasto (dentro de las fincas de la empresa) y lo matan, ellos matan los caballos, una vaca, una cabra, un perro, lo que entre a la finca ellos lo matan. Y esos obreros tienen que trabajar porque no

⁷ La empresa está establecida en los Valles Precordilleranos de la provincia de La Rioja con una superficie productiva de más de 1.000 hectáreas en Chilecito. Cada temporada emplea a unos 500 trabajadores y procesa unas 3.000 toneladas de nueces (Infocampo, 2021).

hay otro medio de trabajo, de vida. Guanchin antes era una zona exportadora de papa, de zapallo, de morrón, membrillo, manzana, durazno. Pero ahora, desde que ellos entraron, no hay nada, únicamente la nuez. Que hay que esperar que ellos vendan todo primero y recién van a comprar a los pequeños productores. Pasa que la nuez de nosotros es más chiquita, es más oscura, pero de sabor es lo mejor sin lugar a dudas.

La organización en la que participan defiende el agua del Cerro Famatina. Por esto mismo, su preocupación también se extiende a otras formas más recientes de explotación del cerro y de búsqueda de legitimidad, específicamente mediante la intención de crear un Parque Nacional⁸, el cual impactaría sobre la gran diversidad de flora y fauna nativa existente que, según explican, para las comunidades locales “son más que paisajes”. Asimismo, rechazan el convenio entre el gobierno de la provincia de La Rioja y Mekorot, empresa israelita contratada para recabar información estratégica sobre los recursos hídricos y elaborar un Plan Maestro del Agua.

Su denuncia contra el convenio radica en que fue realizado de forma inconsulta, sin informar ni incluir a la comunidad, y por los antecedentes de la empresa, la cual comete apartheid del agua en territorio ocupado de Palestina con el objetivo de despojar a la población originaria, colonizar y apropiarse del territorio y sus bienes comunes (Asamblea por la Vida Chilecito, 2025).

Tanto Mariana como Patricia, mencionan que el agua escasea para ellas, para los vecinos/as, para la producción de pequeña escala, pero que sobra para las grandes mineras y para el monocultivo a gran escala de oliva, nogal y de pistacho.

Esa es la parte más importante, son proyectos en los que la comunidad no participa, no hay una, no se respeta el derecho de la consulta libre previa e

⁸ Como señala Jofré (2022), en 2017, un rumor comenzó a escucharse más fuerte: existía la intención de crear un Parque Nacional en el cerro Famatina, lo cual generó expectativas turísticas, económicas y hasta políticas, al mismo tiempo que sembraba la duda y activaba alarmas en la comunidad.

informada que tenemos los pueblos. Están haciéndonos creer que necesitamos un Parque Nacional cuando en realidad el Famatina lo hemos protegido y no solamente los últimos 20 años, sino desde nuestros pueblos indígenas.

Cuando Mariana y Patricia intervienen en el conversatorio se replica lo que otras invitadas comentan: no solo resisten, no solo dan pelea, su organización frente a proyectos de despojo, desplazamiento, contaminación, también da frutos y proyecta caminos en otras direcciones.

[...] cuando hablamos de nuestra lucha, siempre decimos todo lo que nos oponemos o lo que nos resistimos, pero nuestra lucha no es nomás oponernos. Obviamente es una parte muy importante la resistencia, pero también luchamos por otras formas de vida y por eso, por ejemplo, como defensoras del agua, tenemos un programa de radio que se llama Sonido Ambiente que va a estar cumpliendo ahora cinco años y es un proyecto que queremos mucho porque es también luchar por otras formas de comunicación. Somos productoras de harina de algarroba agroecológicas sin agrotóxicos, es decir, la lucha no es solamente la resistencia, sino también luchar con la convicción de que hay otros mundos posibles, otras formas de producción posible.

Figura 12

Molienda de algarroba y programa de radio. Actividades que realizan desde la organización



Nota. Fotografías proporcionadas por una de sus integrantes.

María González - Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI-Jujuy)

María se presenta como parte de una familia campesina oriunda de La Esperanza (Jujuy), la cual al momento del Conversatorio estaba enfrentando una situación de desalojo. Su testimonio debe comprenderse en el marco del auge extractivista en su provincia y de las reformas constitucionales y legales que tuvieron lugar durante el gobierno provincial de Gerardo Morales (con una larga trayectoria de conflicto y persecución a organizaciones de sectores populares e indígenas de la provincia), y desde 2024 con la asunción de Javier Milei a nivel nacional. Por una parte, María hace mención a la reforma parcial de la Constitución de Jujuy, jurada el 20 de junio de 2023, que introdujo cambios significativos tales como la modificación de la Ley de Tierras Rurales 26.737, generando fuertes protestas sociales, sindicales y de comunidades originarias. Por otro lado, la situación de desalojos de su localidad, La Esperanza, aconteció en el marco

inmediatamente posterior a la aprobación del Régimen de Incentivo para Grandes Inversiones (RIGI).

De acuerdo con lo que cuenta María durante el Conversatorio, ella vive en un Ingenio que fue fundado en 1888 por empresarios británicos quienes le cedieron a su tatarabuelo 41 hectáreas de tierras, de la que tienen posesión desde ese entonces. Esta información puede complementarse con el comunicado oficial que realizó el Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI) en ese momento, alegando que la familia González habita la zona desde el año 1906, siendo que Ausalón González fue el primer habitante de la familia⁹. María denuncia que en el año 2019 el Ingenio la Esperanza pasa de manos y se vende al grupo de la familia Bodeguer/Empresa Productora del Noroeste S.A, iniciando un conflicto en torno a las tierras que lo circundaban. En 2023, desde la reforma de la constitución provincial y de la Ley de Tierras Rurales, las familias campesinas poseedoras y habitantes sin título de propiedad formal han quedado aún más desamparadas. Asimismo, han denunciado la complicidad entre empresarios y autoridades políticas locales.

La familia de María y otras familias campesinas e indígenas de su localidad subsistían principalmente manteniendo un estilo de vida rural basado en la cría de animales para la auto subsistencia (cabra, chanchos, bovinos y aves de corral) con el sembrado de pequeñas hectáreas. Cuando se concreta la venta del Ingenio, dichas tierras pasan de manos ignorando la presencia de aproximadamente 30 familias que las habitan y trabajan allí desde hace generaciones, vulnerando todo tipo de derechos. De acuerdo con el relato de María, las personas que administraban el Ingenio comunicaron la situación de hecho a la comunidad sin tiempo para anticiparse y engañosamente transmitiendo que “se tranquilizaran” porque nada iba a cambiar en el uso de las tierras. Explicaron a los pobladores que “del alambre para afuera” (donde se conservaba el monte nativo), no se iba a modificar nada. Sin embargo, el testimonio da cuenta de que hubo desmontes en toda la zona que bordea el Río Lavallén, Río San Pedro y Río Bahía, desde el año 2023, incumpliendo también

⁹ Ver más sobre este comunicado y el contexto en: <https://www.juuydice.com.ar/noticias/juuy-3/juuy-desalojos-desmontes-e-incendios-contra-campesinos-en-el-ingenio-la-esperanza-54932#:~:text=Despu%C3%A9s%20de%20dos%20semanas%20de%20dilaciones%20por,su%20padre%20C%20Ernesto%20Gonz%C3%A1lez%20de%2058%20a%C3%B1os%20C>

la obligatoriedad de consulta previa, libre e informada (CPLI) a las comunidades indígenas¹⁰.

A continuación, y muy conmovida, relató cómo su familia, junto a otras tantas, debió afrontar un proceso de desalojo y desmembramiento familiar, además de las pérdidas no sólo en sus tierras y viviendas sino de sus animales y sembradíos. Lo que cuenta demuestra las distintas formas de violencia empleadas para persuadir a los/as campesinos/as de dejar las tierras que habitan, como forma sistemática del proceso de acaparamiento de tierras desde la década de 1990 en varias provincias argentinas¹¹. Una de las primeras acciones que comprometen a los empresarios involucrados se vincula al amedrentamiento mediante el daño y matanza a los animales necesarios para la subsistencia:

Las vacas nuestras que salían volvían con las patas quemadas, porque ellos desmontan todo con la topadora. Luego forman como unos cordones y le prenden fuego” Y a estos atropellos le suele acompañar la intimidación mediante la contratación de personal armado en sitios claves como caminos o fuentes de agua para interrumpir su ingreso: “mandaron una persona también, pusieron seguridad. Por ahí una compañera mencionaba esto, cómo se quieren adueñar de todo, ponen personal privado de seguridad, te cierran caminos, te cortan el agua.

¹⁰ La consulta previa, libre e informada (CPLI) es un derecho fundamental de los pueblos indígenas, respaldado internacionalmente por el Convenio 169 de la OIT (ratificado por Argentina), que obliga al Estado a dialogar con las comunidades antes de adoptar medidas legislativas o administrativas que las afecten, garantizando su participación en el territorio. María incluso denuncia que sin dar a conocer la noticia a la comunidad “hicieron firmar” a un pequeño grupo de pobladores que trabajaban para la propia empresa para poder comenzar con los desmontes.

¹¹ Este accionar y sus trágicos desenlaces han sido documentados en varias ocasiones. Ver por ejemplo la película “Toda esa sangre en el monte” (2018) de Martín Céspedes, acerca del juicio posterior al asesinato de Cristian Ferreyra, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Qa7lXeQxniE>. Y también la más reciente película “Nuestra Tierra” (2026) de Lucrecia Martel, que aborda el caso del juicio por el asesinato de Javier Chocobar de la comunidad Chuschugasta de Tucumán, bajo circunstancias que trazan paralelismos muy estrechos con lo que comenta María González.

María también hace referencia a una idea de continuidad de estas acciones con los ya precedentes daños producidos por la contaminación por parte de individuos a quienes coloca bajo la misma lógica del agronegocio:

Bueno, nosotros llevábamos años conviviendo con todos los dueños que habían pasado el Ingenio el tema de la cachaza¹², que son los residuos tóxicos. También es algo con lo que hemos luchado toda la vida. Mi papá, mi abuelo, mi bisabuelo... ¿por qué? Porque cuando pasa cuando es época de zafra, y ellos tiran la cachaza, el agua que cruza por el arroyito, los animales no la pueden tomar porque si la toman se mueren.

Otra de las formas de desalojos que menciona María (también documentada y denunciada en otros casos similares de comunidades campesino-indígenas) tiene que ver con una forma de violencia más encubierta. Este mecanismo presupone el uso de capital social, jurídico y político sumado a redes de complicidad y corrupciones para denunciar penalmente a las familias campesinas de “usurpar” las tierras compradas, por lo que María, conocedora de este hecho relata:

creo que es como el caballito de batalla, que hacen con todas las familias campesinas para los empresarios y con la complicidad de los políticos somos usurpadores. Eso trajo muchos problemas de salud, para mi familia principalmente para mi papá.

Por último, un episodio que incrementó los niveles de asedio y violencia tuvo que ver con un incendio intencional provocado alrededor de su vivienda en 2024:

Prendieron fuego todos los cordones alrededor de mi casa, que va de la casa de mi padre ahí en los arrozales, se prendió fuego. Parte de un chiquero de los chanchos [también] y llamé a los bomberos y no los dejaban ingresar [...] hasta que llegó mi papá, estaba como podía, pobrecito, acarreando agua con

¹² La cachaza es un residuo de la industria azucarera cuyo vertido directo en el campo o ríos causa contaminación biológica y ambiental.

balde. Mi mamá es más grande que mi papá, entonces no podía hacer fuerza, estaba mi papá solo. Eso yo lo tengo grabado en un video que grabé desesperada [...] Y cuando Página 12 se comunica con el jefe de bomberos local de San Pedro, él dijo que no, que no había pasado nada. Y yo lo tengo grabado en video.

Figura 13

Tierras incendiadas en La Esperanza



Nota. Blog El submarino¹³.

A partir de estos hechos, cuenta María, se deciden a recurrir al Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI)¹⁴, en 2024, quienes organizan y acompañan el proceso de reclamo colectivo. María narra que, a partir de este contacto, una de las mujeres referentes de dicha organización, Deolinda Carrizo, de la localidad santiagueña de Quimilí, se acercó junto a otros compañeros/as al lugar e integraron el conflicto a las demandas del Movimiento. De esta forma, María y otras familias de

¹³ Disponible en: <https://elsubmarinojujuy.com.ar/sigue-el-hostigamiento-contra-familias-campesinas-en-la-esperanza-incendian-sus-tierras/>

¹⁴ El MNCI es una organización que tiene una fuerte presencia en todo el territorio nacional, pero con una fuerte representación del Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE-VC) y es emblema de por las tierras a nivel nacional y regional, articulando con La organización global La Vía Campesina.

La Esperanza afectadas se integraron al MNCI reconociéndose como comunidad campesina. En el marco de este proceso de reconocimiento como comunidad campesino-indígena es que María declara: “yo soy quinta generación, por ahí escuchaba a las compañeras que son tercera, segunda generación. Bueno, yo soy quinta”, aludiendo a su presencia en el territorio afectado por los desalojos. Además, explica que, a diferencia de lo que narran otras compañeras en su región (el sur de Jujuy) el extractivismo no se presenta en la forma de megaproyectos mineros sino bajo el formato de los “monstruos” del agronegocio. Previamente, habían procurado patrocinio jurídico de manera particular, utilizando los ahorros que la familia había juntado para el festejo de los 15 años de su hija, pero estos abogados, de acuerdo con su testimonio “se venden”:

[El MNCI] hoy en día son mi familia, me enseñaron la importancia de organizarse, de juntarse, de saber que no estás solo, porque a veces en el monte cuando tenés tanta distancia con tu vecino (se interrumpe) [Nosotros] somos la tercera familia que están sacando de del monte (...). Bueno, ya destruyeron todo, no pudimos nosotros no pudimos frenar el desmonte.

Ante la falta de herramientas legales (pensado desde la noción de propiedad privada de la tierra), y aprovechando las desigualdades en materia de recursos culturales, sociales y políticos, la violencia jurídica se combina fácilmente con la violencia física por parte de las fuerzas armadas:

Cuando no tenés cuestiones legales que te amparen, porque en el caso nuestro fue el ayudante del fiscal fue a ver y teníamos un alambre todo viejo, había un árbol (para demarcar la propiedad)”. [Y vemos llegar a] la policía, infantería, un montón, un despliegue que para vos que sos trabajador de la tierra, que siempre has vivido respetando la pachamama en armonía con el monte, eso te asusta porque te cae un día, no sé teníamos como cuarenta, entre policía e Infantería había más de 40 uniformados con esos escudos, ¿viste? obligándolo a mi papá que firme, ¡que firme!, que se notifique, que tenga que

salir...Bueno, un montón de cosas, es muy doloroso. Se vuelve muy compleja la lucha en soledad.

María comenta que en su caso particular no tiene demasiadas esperanzas de que se resuelva: “ya tenemos fecha límite, ya perdimos nuestras tierras” pero la motiva participar políticamente para ayudar al resto de las familias de su localidad que aún continúan disputando sus territorios. Luego recupera palabras de su padre en relación a la importancia de la organización política: “el otro día me decía mi papá: nos hacen las del tigre, te casan solo. Van uno a uno, familia por familia y te van sacando”. En función de ello, ha iniciado varias acciones de protesta tales como colgar un pasacalle durante una celebración importante de su localidad, tras lo cual se supo hostigada en redes sociales y recibió amenazas telefónicas de que iban a desaparecer a su padre. También da cuenta de haber intentado radicar varias denuncias ante la comisaría local, pero: “saben la cantidad de veces que se me reían en la cara para tomarme la denuncia [una] termina sintiendo como que la policía local, los jueces locales, todos trabajan como complotados en tu contra, digamos”.

Diálogos y alternativas en un contexto de ofensiva neoliberal

El conversatorio ocurre en un contexto nacional e internacional convulsionado. A escala global, se han agudizado los conflictos por el control de recursos estratégicos energéticos y minerales. Esta disputa que tiene como centro la provisión de energía, empuja a reconfigurar las cadenas globales de valor y suministro, escenario en el cual Europa demanda energía y Argentina dispone de ella en abundancia. Estamos frente a una historia que se repite y explica, en parte, el actual proyecto reprimarizador de la economía a escala nacional.

En Argentina, de la mano del gobierno de La Libertad Avanza (LLA), vivimos hoy las consecuencias de un nuevo y reaccionario proyecto político, que se despliega en distintos frentes y favorece la transferencia de riqueza hacia sectores concentrados del poder económico (principalmente exportador y financiero). Si bien no es posible atribuir la erosión de las condiciones de vida y trabajo exclusivamente a la gestión de la LLA, las políticas desplegadas desde finales de 2023 marcaron un fuerte quiebre regresivo en materia de derechos y de distribución del

ingreso. Podemos destacar el ajuste fiscal que se vio plasmado en el achicamiento del sector público, en despidos y recortes presupuestarios en áreas sensibles como seguridad social, ciencia, educación, salud, políticas de género y diversidades, y destinadas a la agricultura familiar, que desprotegen sectores vulnerables de la sociedad. Una marca de época es la negación sistemática de las desigualdades estructurales por parte de la actual gestión de gobierno y con ello el ataque deliberado a sectores organizados y que ofrecen alguna resistencia como el movimiento feminista y de LGBTQ+, organizaciones socioterritoriales, ambientales y de la economía popular, jubilados/as y personas con discapacidad, entre algunos importantes.

Estas medidas –junto a tantas otras–, no configuran hechos aislados, sino que se explican dentro de una estrategia disciplinadora que se sirve del empobrecimiento de la población en términos materiales, políticos y simbólicos. El modelo reprimarizador de la economía que se plasma, por ejemplo, en el Régimen de Incentivos a las Grandes Inversiones (RIGI), es parte de este proceso. El RIGI, incluido en la Ley Bases (Ley 27.742), que entró en vigencia en 2024, presenta alrededor de diez proyectos aprobados, donde los sectores de energía y minería concentran la mayor parte de la inversión, orientada fundamentalmente a la exportación (Del Carril, 2025). El régimen contempla la reducción del impuesto a las ganancias, la exención de derechos de exportación e incluso de importación para bienes de capital, repuestos, partes y componentes, entre otros beneficios.

Se suman, además, los acuerdos recientes entre el MERCOSUR y la Unión Europea, y el convenio bilateral entre Argentina y Estados Unidos. Todos ellos configuran elementos centrales de la política económica vinculada a los recursos estratégicos con los que cuenta nuestro país. Según se ha señalado, el acuerdo “supone una oportunidad para que el Mercosur pueda consolidarse como proveedor de energía y materias primas para la Unión Europea”, mientras que el convenio bilateral implica una “facilitación del ingreso de inversión estadounidense en minerales críticos y recursos energéticos, incluyendo actividades de exploración, extracción, procesamiento, refinación, transporte, distribución y exportación” (Heredia, 2026, s/p).

El extractivismo avanza con el intento de reforma a la Ley de Glaciares (Ley 26.639) que, mientras este capítulo se termina de escribir, se ha aprobado en la Cámara de Diputados de la Nación.

La historia se repite. Una vez más el paradigma colonialista y el capitalismo en su fase neoliberal atacan la vida con fuerza. Los testimonios dan cuenta de esto cuando Daniela expresa que el agroturismo en Neuquén se ha convertido en una manera de resistir frente a la actividad hidrocarburífera que absorbe todo lo que la rodea; cuando Miriam habla de las luchas que llevan adelante desde el PIP UTT (Misiones) para lograr la entrega de las tierras según lo establecido por ley; cuando Olga menciona el abandono estatal de las poblaciones de Lagunas del Rosario (Mendoza); cuando Mariana y Patricia denuncian la existencia de 16 proyectos mineros en etapa de exploración en sus territorios riojanos y cuando María en La Esperanza (Jujuy) cuenta, con desesperación, cómo en ese preciso momento está siendo objeto de un desalojo junto a su familia, en un contexto provincial de auge extractivista y reformas legales.

Otro aspecto que liga estas experiencias tiene que ver, no con su presente, sino con su pasado. En su mayoría el origen de los procesos de organización data de fines de los años 90 y principios de los 2000, momentos en se viven las crudas consecuencias de una década de neoliberalismo y estalla la crisis del 2001. Las organizaciones de las que forman parte son nacidas al calor de esa coyuntura y herederas de los métodos asamblearios, de cortes de rutas y de construir alternativas desde lo común. A su vez, muchas de estas voces traen extensas historias y memorias generacionales de desplazamiento, migraciones e invisibilización de las violencias a sus comunidades, en algunos casos de identidad indígena, como bien marcadamente lo cuenta María en Jujuy.

Todas las voces proyectan puntos de encuentro, más allá de los matices y particularidades de cada experiencia. Uno de ellos es que plantean alternativas y propuestas políticas. Frente a los relatos sobre despojos, contaminación, enfermedad, sequía y violencia, emergen narrativas que hablan sobre la construcción de posibilidades: el agroturismo, la agroecología, los alimentos sanos, la gestión del agua, los animales co-habitando territorios recuperados, la salud. En medio de esa puja histórica entre el capital y la vida las encontramos a ellas: sus

programas de radio, sus proyectos, sus cultivos, sus ferias, su creatividad. En medio del conflicto y la desolación, sus compañeras.

“La mayoría éramos mujeres”, comenta Miriam, y con ello expresa algo común, algo que se replica en cada una de las intervenciones de las invitadas, pues, por motivos distintos son las mujeres las interpeladas a sostener la vida. Ellas se nombran defensoras del agua, de la tierra, de sus comunidades. Se defienden de grandes empresas y de gobiernos cómplices, que muchas veces actúan de forma represiva. Se defienden y defienden a los suyos porque entienden y señalan, como lo dice Olga sin vueltas en su intervención: “Quedamos en la nada ... sin poder producir y sin producción no hay trabajo, y sin trabajo no hay vida”.

El trabajar la tierra, “vivir de la tierra”, es puesto en valor por ellas. Lo reivindican como parte de su historia, de su pasado, pero también como pieza fundamental del horizonte que construyen a futuro. Es así que con su problemáticas y experiencias revitalizan la agenda de los feminismos, la “ruralizan”, la llevan más allá de la ciudad, hacia otros espacios de producción y reproducción.

El conversatorio, al igual que este texto, se caracterizó por una polifonía de voces que hablan y se escriben en plural y esbozan ideas de soberanía sobre los cuerpos y los territorios. Las encontramos en las siguientes expresiones de las invitadas: “nuestro cerro” “nuestra organización” “nuestra cooperativa” “nuestras unidades productivas” “las vacas nuestras” “nuestra lucha” “nuestra tierra” “nuestra vida”.

La actividad tuvo como propósito dar lugar a las experiencias de lucha, a las alternativas e intereses planteados y protagonizados por mujeres rurales. Llevar a cabo este tipo de encuentros nos plantea un doble desafío. Por un lado, pensar y habitar “la academia” de una manera particular, más amplia y abierta. Esto quiere decir: generar espacios por fuera de los tradicionales, en donde circule la palabra entre los/as protagonistas de los hechos sociales que solemos estudiar, promoviendo el diálogo abierto a la comunidad para dar visibilidad a los conflictos y luchas sociales de nuestros territorios.

Por otro lado, este tipo de acontecimientos, por medio de la circulación de la palabra de sus protagonistas y de la enunciación, permiten visibilizar ante otros/as

los sucesos y las desigualdades y otorgarle lugar político en la trama social. Hablar es materializar lo que sucede. Es darle entidad. Darle corporalidad.

somos sujetas de transformaciones desde la toma de palabra y mucho nos ha costado, nos ha costado desde el ninguneo, hasta los intentos de neutralizarnos para que no participemos, pero le seguimos dando batalla. Creo que es esto el tejido de la red que estamos haciendo, es darle mayor fortaleza y para que se sepa que las mujeres de monte adentro, de puna dentro, del río adentro, de selva adentro hemos dicho que al miedo al silencio no vamos a volver más. (Deolinda Carrizo, fragmento del Conversatorio).

Asimismo, hablar, enunciar, manifestar las desigualdades, las luchas y resistencias, implica darle lugar al dolor. Esto nos llevó a (re)preguntarnos qué hacemos en estas situaciones. Qué hacemos desde espacios mediados por la virtualidad, en donde lo que se expone es doloroso. Y evidenciamos que la posibilidad de decir en estos eventos permite resignificar de manera colectiva, sacar del aislamiento aquellos acontecimientos que incomodan, que duelen. Los testimonios conmovieron, pero también llevaron a la reflexión conjunta, mensajes de “Fuerza compañera”, “Te acompañamos” “Te abrazamos”. Dieron lugar a la solidaridad, a la necesidad de armar o de reforzar las redes.

Que las luchas sean entramadas, enraizadas. Tomamos el compromiso político feminista como trabajadoras de la ciencia de acompañar estas realidades a partir de la creación de estos encuentros que se replican y de su sistematización.

La tarea, en estos contextos, sigue siendo el desafío de Unir las Luchas porque “Luchar Sirve”:

Por eso celebro más que nada este espacio. Y celebro que tantas Marías, tantas compañeras, tantas Olgas también nos hayamos encontrando. (Deolinda Carrizo, fragmento del Conversatorio).

Referencias

- Arrieta, S. (17 de agosto 2023). Fruticultura y monocultivo forestal, la histórica trashumancia y los brotes agroecológicos. Tierra Vida-Agencia de Noticias. <https://agenciaterraviva.com.ar/fruticultura-y-monocultivo-forestal-la-historica-trashumancia-y-los-brotes-agroecologicos/>
- Asamblea por la Vida Chilecito. (2025, 30 de julio). *Pedido de anulación del convenio con Mekorot*. Huella del Sur. <https://huelladelsur.ar/2025/07/30/pedido-de-anulacion-del-convenio-con-mekorot/>
- Cabrapan Duarte, M. (2023). La centralidad del género en las resistencias antiextractivistas del Consejo Zonal Xawvn Ko. *(En)clave Comahue. Revista Patagónica De Estudios Sociales*, 29, 28, 9-39. <https://revele.uncoma.edu.ar/index.php/revistadelafacultad/article/view/4675>
- Carrasco, C. (2003). La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de mujeres? En M. León. T. (comp.) *Mujeres y trabajo: cambios impostergables* (pp. 43-70). Veraz Comunicação.
- Chadileuvú. (2025, 11 de junio). Famatina, el pueblo argentino que ha expulsado a cinco mineras de su territorio. <https://chadileuvu.org.ar/2025/06/11/famatina-el-pueblo-argentino-que-ha-expulsado-a-cinco-mineras-de-su-territorio/>
- Del Carril, S. (2025, 24 de febrero). *RIGI y escenarios globales: Informe al 24 de febrero de 2025*. Universidad Austral. https://www.austral.edu.ar/wp-content/uploads/2025/02/VF-RIGI-Escenarios-Globales-FEB-25_VF.pdf?x14936=
- Díaz Valentín, M. (2023). *Construyendo estrategias de igualdad económica y sostenibilidad de la vida con las mujeres campesinas de Lagunas del Rosario, Lavalle, Mendoza*. [Tesis de Maestría en Extensión y Desarrollo Rural]. UCA, UNCuyo.
- Escolar, D. (2005). El 'estado de malestar'. Movimientos indígenas y procesos de desincorporación en la Argentina: el caso Huarpe. En C. Briones (Ed.). *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Antropofagia.
- Fraser, N. (2023). *Capitalismo caníbal: Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*. Siglo XXI Editores.

- González, F. A. y London, S. (2018). Aportes a la identificación y cuantificación de las externalidades de la foresto industria: el caso de Puerto Piray (Misiones, Argentina). *SaberEs*, 10, 2, 129-151.
- Halvorsen, S., Mançano Fernandes, B. y Torres, F. (2021). Movimientos socioterritoriales: Casos de América Latina y Europa. *Geograficando*, 17,2, e097. <https://doi.org/10.24215/2346898Xe097>
- Heredia, F. (2026, 18 de febrero). Cuánto benefician los acuerdos con Europa y Estados Unidos a los nuevos motores de la Argentina. Forbes Argentina. <https://www.forbesargentina.com/negocios/cuanto-benefician-acuerdos-europa-estados-unidos-nuevos-motores-argentina-n86393>
- Infocampo. (2021, 3 de diciembre). Una empresa de nueces fue distinguida por su excelencia. Infocampo. <https://www.infocampo.com.ar/una-empresa-de-nueces-fue-distinguida-por-su-excelencia/>
- Jofré, C. (2022, 22 de marzo). Resistencias contra el Parque Nacional Famatina”, Agencia de Noticias Tierra Viva. <https://agenciaterraviva.com.ar/resistencias-contr-el-parque-nacional-famatina/>
- Lapegna, P. (2019). *La Argentina transgénica: de la resistencia a la adaptación, una etnografía de las poblaciones campesinas*. Siglo XXI.
- La Tinta. (2018, 7 de mayo). Famatina: corte de ruta contra la minería en Guanchín. La Tinta. <https://latinta.com.ar/2018/05/07/famatina-corte-de-ruta-mineria-guanchin/>
- La Tinta. (2018, 14 de mayo). Cortan accesos al cerro Famatina contra Seargen. La Tinta. <https://latinta.com.ar/2018/05/14/cortan-accesos-cerro-famatina-seargen/>
- La Tinta. (2020, 19 de junio). Guanchín: expulsión de la empresa Seargen. La Tinta. <https://latinta.com.ar/2020/06/19/guanchin-expulsion-empresa-seargen/>
- La Tinta. (2018, 6 de abril). Rechazo a la instalación de Seargen en Famatina. La Tinta. <https://latinta.com.ar/2018/04/06/rechazo-instalacion-seargen-famatina-mineras/>
- Mamblona, C. y Rodriguez, M. D. (2023). Prólogo al Dossier Extractivismo y territorios en disputa: aportes para pensar configuraciones territoriales de resistencia. *(En)clave Comahue. Revista Patagónica De Estudios Sociales*, 29, 1-8. <https://revele.uncoma.edu.ar/index.php/revistadelafacultad/article/view/4674>

- No a la Mina. (s. f.). Vecinos cortan ruta contra minera Seargen S.A. en Guanchín. <https://noalamina.org/argentina/la-rioja/item/40447-vecinos-cortan-ruta-contra-minera-seargen-s-a-en-guanchin>
- PIP Misiones (2023, 7 de octubre). facebook <https://www.facebook.com/photo?fbid=1003381064322460&set=pcb.1003385434322023>
- Samudio, M.; Odoguardi, L. y Suarez, L. (2025). Resistencias ante el agronegocio forestal en Misiones: entrevista a Miriam Samudio, referente de Productores Independientes de Piray (PIP). *Boletín Geografías desde el Sur*, 12. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.19632/pr.19632.pdf
- Secretaria de Agricultura, Ganadería y Pesca. (2023). Programa de fortalecimiento del agroturismo sustentable. Boletín Oficial. https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/293643/20230907?utm_source=chatgpt.com
- Silva, M. P- y Cerutti, D. (2020, 19 de junio) Guanchín: la expulsión de la empresa Seargen, La Tinta. <https://latinta.com.ar/2020/06/19/guanchin-expulsion-empresa-seargen/>

Las editoras y las autoras

Las editoras

Laura Lorena Leguizamón

Nació en la provincia de Córdoba, creció y vive en la provincia de La Rioja. Madre de Candelaria y de dos wawas que coexisten desde otro plano. Bailarina como otra actividad principal. Apasionada por el arte, la antropología social y la coexistencia entre seres. Es Licenciada en Trabajo Social (UNLaR), Posdoctoranda en Trabajo Social (UNLP), Dra. en Ciencias Sociales y Humanas (UNQ), Mg. en Estudios Sociales para América Latina (UNSE), Esp. en Docencia Universitaria (UNCuyo), Diplomada en Géneros y en Feminismos Populares y Comunitarios para el Abya Yala (CLACSO-UNJu). Se desempeña como Investigadora y Extensionista en el Instituto de Estudios Antropológicos y Sociales de Géneros de la Universidad Nacional de La Rioja. Docente de Grado y Posgrado en diferentes universidades nacionales. Es coordinadora del GT: Géneros y Ruralidades de la AASRu.

Sus investigaciones se sitúan en el NOA desde una perspectiva regional amplia, a la vez situada y comunitaria. Ha estudiado a las mujeres riojanas y su relación con la participación política, dando cuenta de un sostenido mecanismo patriarcal de segregación aun en los momentos de mayor presencia de las mismas. En el presente se ocupa de la relación entre mujeres y ruralidad, proponiendo un posicionamiento identitario no para generar especificidad sino para aportar a la diversidad largo tiempo invisibilizada, no hay un único modo de ser mujer rural y éste se imbrica con la cosmovisión territorial y el tejido propuesto por los feminismos comunitarios, es la premisa que guía su línea de trabajo actual.

Contacto: loreneish@gmail.com

Elena Mingo Acuña

Nació y creció en la Ciudad de Buenos Aires donde actualmente vive. Es Licenciada en Sociología, UBA, Mg. en Estudios sociales agrarios por FLACSO, Argentina y Dra. en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es docente de grado en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y de posgrado en la Universidad Nacional de Lanús y en la Universidad de Buenos Aires. Es investigadora del Conicet con sede en el Departamento de Planificación y Políticas Públicas de la UNLa. Es coordinadora del GT Género y ruralidades de la AASRu. Su trabajo de investigación se interesa en comprender la forma en que las relaciones de género explican los procesos de trabajo productivos y reproductivos en la ruralidad argentina.

Contacto: elenamingo19@gmail.com

Las autoras

Daniela Pessolano

Creció en la Patagonia argentina y hace más de 20 años que vive en la provincia de Mendoza. Es Licenciada en Trabajo Social y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina). Actualmente es investigadora asistente de CONICET (aguardando la efectivización) y se desempeña como docente universitaria en la cátedra Problemática del Trabajo y la Seguridad Social, de la Licenciatura en Trabajo Social, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNCuyo). Su línea de investigación se orienta a analizar en territorios rurales y agropecuarios las relaciones de género y trabajo.

Contacto: danipessolano2016@gmail.com

Verónica Trpin

Nació en Caleta Olivia, provincia de Santa Cruz, pero desde pequeña su vida ha transcurrido en otra ciudad de la Patagonia, Cipolletti, Río Negro. En la ciudad de Neuquén estudió el profesorado de Historia en la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). Una vez graduada comenzó a transitar, gracias a becas de investigación de la UNCo y CONICET, diálogos con la Antropología Social, a partir de sus estudios sobre trabajadores rurales en la fruticultura. Estos intereses la llevaron a Misiones, a estudiar en el Programa de Postgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones, en el que realizó su maestría y doctorado. Actualmente es docente de Antropología Social en la UNCo, investigadora de CONICET y directora de un instituto de bipertenencia, el Instituto Patagónico en Estudios en Humanidad y Ciencias Sociales (IPEHCS-CONICET-UNCo), espacio desde el cual motoriza investigaciones sobre transformaciones en los espacios rurales, géneros y migraciones. Coordina la Asociación Argentina de Sociología Rural y participa del GT Género y ruralidades.

Contacto: vtrpin@gmail.com

Micaela Lisboa

Nació y creció en Mendoza, es licenciada en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo, institución en la que se desempeña como docente en la cátedra de Metodología para la Investigación en Ciencia Política. Actualmente transita el tramo final de la Maestría en Estadística Aplicada en la Universidad Nacional de Córdoba. Es profesional asistente de la Carrera de Personal de Apoyo a la Investigación en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales del CONICET (INCIHUSA-CONICET), donde asesora y acompaña a equipos de investigación en las etapas de producción, procesamiento y análisis de datos estadísticos. Sus intereses giran en torno a las metodologías cuantitativas y su aporte a la comprensión de fenómenos sociales complejos.

Contacto: mlisboa@mendoza-conicet.gob.ar

María Florencia Linardelli

Nació y vive en Mendoza, lugar donde desarrolló toda su formación. Es Licenciada en Trabajo Social, Especialista en Salud Mental y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Cuyo. Su trayectoria profesional se inició junto a otras mujeres en barrios populares, programas sociales y servicios de salud, experiencias que luego volcó al campo científico. Actualmente es investigadora de CONICET con sede en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales y docente de posgrado en la Facultad de Ciencias Médicas de la UNCuyo. Desde hace una década, sus investigaciones articulan la salud colectiva, la sociología rural y los estudios del cuidado desde una perspectiva feminista e interseccional. Su producción académica reciente se enfoca en el análisis conjunto de desigualdades sociales, trabajo de cuidados y problemáticas sociosanitarias en territorios rurales.

Contacto: linardellim@gmail.com

María Belén Tona

Nació en Quilmes y vive en Berazategui, provincia de Buenos Aires. Es Licenciada y Profesora en Historia por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Doctoranda en Estudios Territoriales por la misma casa de altos estudios. Es becaria doctoral de la Comisión de Investigaciones Científicas (CIC-PBA) con lugar de trabajo en el Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR-UNQ). Se desempeña como docente en escuela de enseñanza media del municipio de Berazategui. Ha investigado sobre las migraciones rural-urbanas femeninas en la provincia de Buenos Aires con destino al Conurbano bonaerense entre los años 1960 y 1970. Actualmente, se dedica a la indagación del despoblamiento rural en las localidades de General Guido, General Lavalle y Tordillo entre 1960 y 2001 a partir de las condiciones materiales de vida, las desigualdades territoriales y de género, en relación con las transformaciones socioeconómicas y socioambientales, y la migración hacia ciudades intermedias.

Contacto: mb.tona@gmail.com

Mariana Mazzufero

Nacida en Rosario, provincia de Santa Fe. En la actualidad, reside en la ciudad de Rosario. Es Ing. Agrónoma recibida en el año 2010 en la Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad Nacional de Rosario (UNR). Se desarrolla como docente en el Taller de Integración I: La investigación en las Cs. Naturales y en las Cs. Sociales en la carrera de Ing. Agronómica y en la cátedra de Epistemología de la carrera de Lic. en Recursos Naturales de la Facultad de Ciencias Agrarias, UNR. Es asesora técnica en producción hortícola agroecológica en el área urbana de la ciudad de Rosario desde el año 2010. Participa como asociada a la Cooperativa de Producción y Consumo Mercado Solidario de la Red de Comercio Justo del Litoral y economía solidaria del movimiento cooperativo. En este momento, se encuentra en desarrollo la tesis doctoral versa en los tópicos agroecología, cooperativismo y sociedad. Participa en el proyecto de investigación denominado “La Participación Institucional de las Mujeres en la Ruralidad” desde el año 2022, con un gran interés por investigar la

participación de las mujeres en las cooperativas del ámbito rural y su relación con las redes de comercio justo.

Contacto: marianmazzufero@gmail.com

Silvana Andrea Seta

Nació en Rosario, provincia de Santa Fe, donde estudió Ing. Agronómica como carrera de grado y la Especialización en manejo poscosecha de frutihortícolas y Doctorado en Ciencias Agrarias, en la Universidad Nacional de Rosario. Se desarrolla como docente en Cultivos Intensivos Área Fruticultura de la carrera. Desde 2017, desde la gestión académica de la facultad, promovió la creación del Espacio de atención a situaciones de violencia de género y diversidades. Se desempeñó además como Referente de dicho Espacio y colaboró en la redacción y activación del Protocolo de acción ante situaciones problemáticas al respecto. Desde el año 2019 hasta la actualidad es integrante del proyecto de investigación denominado La participación institucional de las mujeres en la ruralidad.

Contacto: sil.seta@gmail.com

Paula Ibarrola

Vivió toda su vida en Chubut, Patagonia argentina. Estudió Historia en la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco y desde hace más de una década es docente en escuelas secundarias. Actualmente es becaria cofinanciada entre CONICET y la Secretaría de Ciencia y tecnología de Chubut y doctoranda en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Su investigación examina las experiencias de mujeres de la pesca artesanal en el área protegida Península Valdés y su relación con la propiedad privada y el estado, desde una perspectiva feminista situada.

Contacto: pauladibarrola@gmail.com

Adhemar Pascuale

Nació en San Nicolás de los Arroyos, provincia de Buenos Aires, y por adopción es rosarino. Tras 38 años y 5 meses de labor docente de la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional de Rosario, el 1 de octubre de 2025 accedió a la jubilación como Jefe de Trabajos Prácticos Ordinario en la asignatura Extensión Rural. Asimismo, se desempeñó durante 31 años como docente en la Tecnicatura Superior en Administración Rural dependiente de Educación Superior de la provincia de Santa Fe donde además ocupó durante varios años el cargo de Jefe de Carrera. En la mencionada facultad de Ciencias Agrarias formó parte de distintos equipos de investigación; uno de ellos cuenta con una trayectoria de aproximadamente 25 años y en los últimos tiempos, se ha focalizado en la problemática de la mujer rural de la región pampeana analizando el rol, las condiciones de participación y las transformaciones en la vida de estas mujeres.

Contacto: adhepas2014@gmail.com

Mariana Moreno

Nació, se crió y actualmente habita el territorio de Santa María al interior de la Provincia de Catamarca (Argentina). Es Licenciada en Trabajo Social (UNCa) y doctoranda en Estudios Sociales Agrarios (CEA-UNC). Es becaria doctoral del Instituto Regional de Estudios Socio-culturales (IRES-CONICET-UNCA) y docente en el Instituto de Estudios Superiores de Santa María (IESSMA). Forma parte del Colectivo de Investigación de Ecología Política del Sur y del proyecto de investigación sobre política social y derechos humanos en la provincia de Catamarca de la SCYT-UNCa. Ha publicado sobre temas vinculados a derechos humanos y Trabajo Social, extractivismo y repatriarcalización y memoria material y afectiva de los pueblos.

Contacto: morenomariana382@gmail.com

Esteban Pereyra

Nació en Fiambalá, localidad de Tinogasta (Catamarca), y actualmente reside en San Fernando del Valle de Catamarca. Licenciado en Trabajo Social por la Universidad Nacional de Catamarca (UNCa). Es especialista en Estudios Sociales y Culturales (UNCa), Epistemologías del Sur (CLACSO) y Métodos y Técnicas de Investigación Social (CLACSO). Actualmente cursa las maestrías en Políticas Públicas y Desarrollo (FLACSO Argentina) y en Docencia Universitaria (UBA). Es Doctorando en Ciencias Humanas (UNCa). Es Profesor Adjunto concursado en la UNCa. Es Co-Director del proyecto de investigación (+D+I) “Función social, económica y política de la política social y los Derechos Humanos en la Provincia de Catamarca (2024-2027)”. Participó en el PIUNT “Claves para repensar y resignificar ideas y prácticas culturales del norte grande argentino”. Fue director de la Revista de Divulgación Científica *A-Inter-Venir* (UNCa). Integra el Centro de Estudios Transdisciplinarios Nuestra América, el Foro de Pensamiento Latinoamericano (UNT), la Red Latinoamericana y Caribeña “Tejiendo Trabajo Social De(s)colonial” y la Red de Cátedras de Trabajo Social y Educación. Los temas de interés se centran en la Economía Política, los Feminismos Comunitarios, las Políticas Culturales, el Derecho a la Educación, la incidencia en políticas públicas desde una perspectiva latinoamericana y decolonial. Contacto: estebangabriel.pereyra@gmail.com

Roxana Paez

Nació en Tinogasta, provincia de Catamarca (Argentina), y a los 18 años se trasladó a la capital, San Fernando del Valle, para iniciar su formación universitaria, donde reside actualmente. Es Licenciada en Trabajo Social (UNCa), Especialista en Estudios Sociales y Culturales (UNCa), en Violencia(s) de Género: Estado, Políticas Públicas y Movimientos Sociales desde una perspectiva latinoamericana (ACCI) y en Epistemologías del Sur (CLACSO). Es Magíster en Estado, Sociedad y Derechos Humanos (UNTREF) y actualmente se encuentra cursando la Maestría en Políticas Públicas y Feminismos (UNPAZ) y el Doctorado en Ciencias Humanas (UNCa). Se desempeña como docente, investigadora y extensionista en la UNCa. Ha dirigido el Departamento de Trabajo Social de la UNCa (2019-2023). Dirige el

proyecto de investigación sobre política social y derechos humanos en la provincia de Catamarca, dependiente de la SCYT-UNCa. Es miembro del Foro de Pensamiento Latinoamericano y el Centro de Estudios Transdisciplinarios de Nuestra América (UNT), la Red Tejidos Interculturales y De(s)coloniales del Trabajo Social Latinoamericano y Caribeño, y el Grupo de Teoría Social - Estudios Descoloniales y Pensamiento Crítico (CLACSO/CONICET, UNMdP). Ha publicado sobre temas vinculados a las políticas sociales, sentidos del trabajo, derechos humanos, feminismos, despatriarcalización. Contacto: crpaez868@gmail.com

Gabriela Palavecino

Nació y creció en San Fernando del Valle de Catamarca. Es Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Nacional de Catamarca. Posee una especialización en Estudios de Violencia por Razones de Género otorgada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Se encuentra en el tramo final de la Maestría en Género, Sociedad y Políticas Públicas de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con tesis pendiente. Se desempeña como perito forense del área social en el Cuerpo Interdisciplinario Forense del Poder Judicial de Catamarca. Fue docente del Ciclo Complementario de la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Catamarca. Es miembro del proyecto de investigación sobre política social y derechos humanos en la provincia de Catamarca, dependiente de la SCYT-UNCa. Cuenta con participación en investigaciones y publicaciones científicas sobre responsabilidad penal juvenil, violencia de género y políticas públicas. Contacto: Gabspalavecino@gmail.com

Valeria Mamanis

Nació en Tinogasta, departamento de la provincia de Catamarca. Es Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Nacional de Catamarca, institución en la que se desempeñó como consejera egresada. Coordinó la Diplomatura en Intervención Comunitaria, dictada por el Departamento de Trabajo Social. Trabajó durante 12 años en el Instituto Nacional de la Agricultura Familiar, desarrollando tareas vinculadas al fortalecimiento de comunidades rurales. Se desempeña como docente de nivel superior en distintos Institutos de Educación Superior de la provincia de Catamarca. Es miembro del proyecto de investigación sobre política social y derechos humanos en la provincia de Catamarca, dependiente de la SCYT-UNCa. Sus intereses de investigación se orientan al estudio de las problemáticas de género y la igualdad, especialmente en contextos rurales. Contacto: vale.m823@gmail.com

Diana Haugg

Nació en Puerto Esperanza, al norte de la provincia de Misiones. A los 17 años migró a Posadas para estudiar y desde entonces habita esa ciudad.

Hija, hermana de diez, amiga, compañera de vida y madre de una, cultiva vínculos que sostienen su andar. Le encantan las plantas, escuchar la radio y el trabajo con la madera.

Es Profesora en Historia con orientación en Ciencias Sociales y Licenciada en Historia (FHyCS-UNaM). Además, es Doctora en Antropología Social por el Programa de Posgrado en Antropología Social (PPAS) y diplomada en estudios de género (UNPAZ) y en estudios del trabajo (UNTDF). Docente de grado y posgrado, investigadora, extensionista y coordinadora del GT Géneros y Ruralidades de la AASRu (Asociación Argentina de Sociología Rural). Sus investigaciones se inscriben en la historia social, los estudios del trabajo y los estudios de género, analizando la realidad social en clave de género, clase y raza.

Contacto: hauggd@hotmail.com

Alejandra de Arce

Nació en Quilmes, provincia de Buenos Aires. Vivió en la Ciudad de Buenos Aires y desde los cinco años reside en Hudson, Berazategui. Es Licenciada en Ciencias Sociales, Diplomada de Posgrado en Historia Pública y Divulgación Social de la Historia y Doctora en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Es docente de grado, posgrado y extensionista en esa misma Casa de Altos Estudios. Es Investigadora Adjunta del CONICET en el Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR-UNQ). Es coordinadora del GT: Géneros y ruralidades de la AASRu. En simultáneo, hija, hermana, nieta y amiga; madre de tres. Adora la música, las plantas, los museos, leer, pintar y bordar. A partir de un enfoque regional, sus estudios enlazan lo macro-microhistórico, para dar cuenta de las representaciones, prácticas e identidades de género que se construyen en las diversas ruralidades argentinas. En este sentido, ha investigado históricamente la organización del trabajo familiar en la región pampeana y el norte argentino y las modalidades de participación femenina en las corporaciones y asociaciones rurales en esos mismos territorios. Actualmente, se dedica a la indagación de la actividad tambera en la Cuenca de Abasto lechera de la provincia de Buenos Aires, en clave histórica y de género.

Contacto: aledearce@gmail.com

Carolina Diez

Nació en Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires y a los 19 años migró a la ciudad de Posadas (Misiones) para realizar sus estudios en la carrera Lic. en Antropología Social en la Universidad Nacional de Misiones (UNaM). Durante su formación de grado comenzó a participar en proyectos de investigación y extensión en ámbitos rurales. Durante casi 10 años se dedicó al estudio de la producción tabacalera en Misiones, realizando su formación de postgrado (Maestría y Doctorado) en el Programa de Postgrado en Antropología Social (PPAS) de la UNaM financiado mediante una beca Doctoral de CONICET. En el año 2012 migró a Buenos Aires para sumarse, en la etapa de creación de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, desde entonces es docente regular desarrollando investigaciones, docencia y vinculación territorial en el Instituto de Ciencias Sociales y Administración. Desde el año 2020 participa en el GT Géneros y ruralidades de la Asociación Argentina de Sociología Rural (AASRu) y desde el 2024 forma parte del equipo coordinador. También forma parte del equipo responsable del Programa de Estudios de Género de la UNAJ. A lo largo de su trayectoria

académica se interesó en los estudios campesinos, las relaciones agroindustriales y la afectación corporal en los procesos y condiciones de trabajo rural. En su práctica profesional ha participado en diversas consultorías que vinculan la producción de conocimiento con las políticas públicas y evaluaciones de proyectos sociales. En paralelo ha desplegado su pasión por el movimiento formándose como facilitadora de Biodanza (2015-2020), disciplina que propone la integración afectiva, la expresión vital y creativa en contextos grupales.

Contacto: cdiez@unaj.edu.ar

Soledad Lemmi

Nació en la ciudad de La Plata y migró a General Guido (un pueblo de la provincia de Buenos Aires) a los 6 años. Vivió allí un año, luego se mudó junto a su familia a Mar del Plata, donde residió hasta los 20, momento en que volvió a su ciudad natal en la que vive hasta la actualidad. Es Profesora en Historia (FaHCE-UNLP), mamá de dos hijos y Doctora en Ciencias Sociales y Humanas (UNQ). Trabaja como Investigadora en el CONICET y como docente a cargo de la cátedra Historia Rural Argentina en la FaHCE-UNLP. Actualmente dirige la Revista Mundo Agrario y forma parte de la coordinación del GT Género y Ruralidades de la AASRu. Sus investigaciones abordan diferentes tópicos sociohistóricos, culturales y políticos acerca del periurbano hortícola del Gran La Plata desde una perspectiva interseccional.

Contacto: lemmisoledad@gmail.com

María Elena Aradas Díaz (Marilu)

Nació en Resistencia Chaco y vive en San Lorenzo, Santa Fe; aunque desarrolló su actividad profesional también en Chaco, Córdoba, Formosa y Buenos Aires. Es mamá de Laura, Juan, Matías, Roli y Joaquín (este último nos acompaña desde otra dimensión) con su compañero Francisco – Kico. Se autodefine Ingeniera de Vida, estudió Ingeniería Agronómica y Magíster en Desarrollo y Gestión Territorial por la UNR. Dra. en Investigación Agraria y Forestal por la Universidad A Coruña España. Cuando se recibió de su carrera de grado se fue a Pampa del Indio/Chaco en un proyecto de trabajo con campesinos e indígenas. Luego trabajó en el INTA por más de 30 años en diferentes provincias. Se especializó en perspectivas de Género, Agroecológicas y Socioambientales. Sus proyectos e investigaciones acompañaron a mujeres del pueblo Qom, Wichi campesinas, chacareras, del periurbano, según las regiones. En ellos aborda el triple rol de la mujer en las agricultura familiar y la valorización del trabajo doméstico desde la economía feminista. También estudia sobre espacios periurbanos y las relaciones y conflictos socioambientales que se generan desde la perspectiva de la complejidad. Además, incorpora la agroecología como forma de producción de alimentos que integra la producción, el agregado de valor, la distribución, el consumo y el reciclaje de excedentes ubicando en el centro la vida como una experiencia colectiva. Actualmente es Consultora Independiente. Pertenencia institucional es integrante de la Red TRAMA desde hace más de 30 años. En INTA trabajó en programas de Prohuerta, Cambio Rural, Proyectos de Desarrollo Local y como Responsable del Componente Equidad de Género PGIA y Gerenta

de Gestión del Conocimiento y la Innovación de la Dirección Nacional de Transferencia y Extensión hasta julio 2024.

Contacto: aradasdiazmaria@gmail.com

Mariela Pena

Nació en Lanús, provincia de Buenos Aires. Es antropóloga por la Universidad de Buenos Aires (Licenciatura, Doctorado, Posdoctorado). Es Investigadora Adjunta en CONICET, con sede de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires (IEGE-UBA/CONICET). Se especializa en estudios en género y ambiente; y movimientos sociales rurales. Es docente de grado en la Universidad de Buenos Aires (Licenciatura en Ciencias Antropológicas), y de posgrado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Maestría en Estudios y Políticas de Género) y en la Universidad Nacional de José. C. Paz (Maestría en Políticas Públicas y Feminismos). Forma parte de del Grupo de Trabajo e Investigación sobre Antropología Feminista de la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA), del Grupo de Trabajo sobre Géneros y Ruralidades de la Asociación Argentina de Sociología Rural (AASRU), del Núcleo Argentino de Antropología Rural (NADAR) y de otros grupos y redes temáticas de alcance internacional. Ha publicado en revistas científicas como Estudios Feministas, Revista de Estudios Sociales, Íconos y Revista Colombiana de Antropología, entre otras.

Contacto: marielapena6@gmail.com

Macarena Mercado Mott

Nació y creció en La Rioja. Actualmente vive en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Es Doctora en Ciencias Sociales (UBA), Magister en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO), Magister en Integración Contemporánea de América Latina (UNILA), Licenciada en Ciencia Política (UNLAR), Diplomada en Sindicalismo, liderazgos y género en América Latina (CLACSO). Desde hace tres años es docente en la carrera de sociología de la Universidad Nacional del Chaco Austral (UNCAUS). Integra el Grupo de Trabajo "Géneros y Ruralidades" (AASRU), el Programa "Trabajo, hogares y organizaciones en espacios rurales" (CEIL-CONICET) y el Grupo de Pesquisa Marxismo e Política (UNILA). Tiene interés por los feminismos, el trabajo agrario, el sindicalismo y la conflictividad, tanto laboral como socioterritorial.

Contacto: macarena.mermott@gmail.com

Epílogo, o una invitación para seguir aperturando diálogos

Este libro colectivo echa mano de la potencia creativa de las integrantes del GT de Géneros y ruralidades para continuar el diálogo a través de una invitación. En este caso la invitación es hacia la construcción colectiva, pero, en este caso, del relato vivo, de las voces de las mujeres de la ruralidad. Es por ello que, en esta despedida, las/os/es animamos a colaborar en la construcción colectiva y situada del conocimiento que emprendimos con el *Mapa de Campo Sonoro* y que divulgamos a través de nuestras redes sociales. Dejamos aquí sus enlaces, nuestro contacto y el instructivo de participación.

Les agradecemos la difusión y la lectura.

Las coordinadoras, autoras e integrantes del GT Géneros y Ruralidades

Correo del GT: generosyruralidades.aasru@gmail.com

Redes



@gt_generosyruralidades



generos.ruralidadesaasru

Instrucciones para sumar voces



El Mapa de Campo Sonoro surge con la intención de mostrar una parte de nuestro trabajo como investigadoras. A través de fragmentos de audio y una breve reseña, compartimos registros sonoros de nuestro trabajo de campo en el campo.

Los/as/es invitamos a escuchar testimonios individuales, conversaciones grupales y diálogos entre quienes investigamos el campo y quienes lo habitan, cuidan y trabajan.

Pueden escucharlo en Spotify



Nuevas voces en el Mapa de Campo Sonoro

Para sumar aportes enviar un correo con el archivo de audio y texto a: generosyruralidades.aasru@gmail.com con el **asunto** “Aportes al Mapa de Campo Sonoro”.

Audio

Enviar en formato audio un fragmento de entrevista, testimonio o conversación en buena calidad (que se escuche bien)

Duración: máximo 10 minutos.

Texto

Enviar en un archivo de word la siguiente información:

- *Quién registró el testimonio, entrevista o conversación.* Nombre y apellido, rol (investigador/a/e, estudiante, docente, etc.), lugar de trabajo o vinculación institucional. Pueden agregar profesión (antropólogo/a/e, sociólogo/a/e, etc.).
- *Marco en el que se realizó el registro sonoro.* Puede ser un trabajo de campo de tesis o un proyecto de investigación o extensión, entre otros espacios y actividades.
- *Quién/quienes hablan en el registro.* Si es posible mencionar: lugar, fecha, organización, etc. Por ejemplo: Entrevista grupal a mujeres campesinas de Santiago del Estero que integran el Movimiento Nacional Campesino e Indígena, realizada el 8 de marzo de 2018.

El GT Géneros y Ruralidades (AASRu) nació en 2020 para transformar diálogos académicos y militantes en una apuesta crítica que visibilice la potencia y el trabajo de las mujeres y los feminismos rurales.

La cuestión de género en las ruralidades se propone pensar la relación entre género y trabajo en la ruralidad a través de los modos de organización del trabajo productivo, del de reproducción y cuidados, como así también las estrategias para la organización de la vida cotidiana, de la vida política y la manera en que se producen las disputas. Los capítulos que lo conforman aportan claves interpretativas y herramientas metodológicas que superan los sesgos de medición e interpretación contruidos para los territorios urbanos.

La deriva es hacia una cuenca común, la que se produce al intersectar cuerpos-territorios-trabajo. Es un movimiento hacia la construcción de aquello que se produce cuando se procesan los cruces de categorías, de convicciones, de expresiones. Esta perspectiva puede posicionarse disputando el carácter colonial, patriarcal, racista, capitalista y hegemónico de la organización social, las formas en las que entiende el trabajo, las posibilidades de relacionamiento, los límites impuestos por el *statu quo*.

